



Cristóbal de Virués

El Monserrate

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Cristóbal de Virués

El Monserrate

Al Exmo Señor Don Joaquín Roca, y Castelví &c. Conde de Buñol, gentilhombre de cámara de S. M. con ejercicio &c.

EXMO. SEÑOR:

Un poema épico de tan alto mérito, y que salió por primera vez a la luz pública baxo los auspicios del inmortal Felipe II, y cuyo autor es un benemérito valenciano, como V. E. lo es, juzgo tiene suficiente recomendación para hallar honrosa acogida baxo su sombra, y amparo. Añádese a esto, que la afición que profesa V. E. a toda literatura, particularmente a la poesía, y los estrechos vínculos con que la gratitud me tiene unido a su persona y a toda su familia, no me dexan arbitrio para la elección de Mecenas. Dígnese pues V. E. admitir a su trato al Capitán Virués, que a buen seguro no se arrepentirá de haberle conocido, pues en la lectura de su Monserrate hallará V. E. mucho que admirar, y que aprender.

B. L. M. de V. E.

su reconocido servidor

Agustín Bonacasa.

[I]

A los apasionados a la buena memoria

del célebre capitán y egregio poeta

valenciano Cristóbal de Virués

Discurso preliminar

Si la noble emulación de siete ciudades de Grecia llegó a competir por la palma de haber dado cuna al inmortal cantor de Aquiles, ¿cuán envidiable deberá ser la gloria de Valencia, que vio nacer en su regazo no uno solo, sino muchos Homeros, cuyas liras acordes resonaron dulcemente en la cumbre del alto Pindo, siendo las delicias y el recreo del mismo Apolo? Las Musas placenteras miraron siempre con risueño semblante aquel suelo fecundo de ingenios poéticos, é introdujeron en el alcázar de aquella deidad a los Aldanas, Artiedas, Polos, y Rebolledos, formando vistoso coro con los Ausías, Agnesios, Mercaderes, y Aguilares, cuyas huellas siguen felizmente con asombro de los eruditos los Colomeses, Lassalas, y Bahamondes

. Estos, y [II] otros muchos canoros cisnes vieron nacer [III] las riberas del Turia apacible, cuyo clima, [IV] en sentir del sábio historiador Mariana, [V] es el mas á propósito entre los restantes [VI] pueblos de la península para criar [VII] ingenios sublimes, cuyos progresos en las artes, y bellas letras confiesan francamente hasta las naciones mas remotas. Pero el sublime mérito de las obras poéticas del capitán Cristóbal de Virués merece ciertamente un lugar muy distinguido en el Parnaso Español, y por ello nos proponemos dar una breve noticia a los aficionados á la poesía de su excelente poema El Monserrate, deseando se renueve, por medio de su reimpression, el buen gusto que caracterizó á nuestros poetas del siglo XVI. Y para proceder con el orden debido, digamos algo tambien de nuestro Virués, y su familia. Valencia le vio nacer, y ya desde sus niñeces se echaron bien de ver las vislumbres de su virtud, valor, y talento prodigioso. Procuró darle una educación correspondiente á su estado su buen padre Don Alonso, natural de la misma ciudad, excelente médico, y humanista de primer orden. Las proezas militares de aquellos héroes inmortales de su siglo inflamaron su pecho, y le hicieron tomar las armas. [VIII] Sirvió con la mayor reputación al invencible Felipe Segundo en la expedición y armada naval de Lepanto. Los mas famosos guerreros de aquella Liga quedaron asombrados del invicto valor de este rayo de Marte. De allí pasó al estado de Milán, donde continuó sus servicios. Su propensión á las Musas le tenia dulcemente embelesado en aquellos intervalos de ocio

que le permitian los estruendos de Belona. Por ello se hizo acreedor á los justos elogios, que de su disciplina militar, y brillante mérito en la poesía, hicieron en todos tiempos los sábios de mejor nota. En el prologo de sus Obras trágicas, y líricas se atribuye la gloria de haber sido el primero que reduxo las comedias á tres jornadas, como hoy regularmente lo acostumbran nuestros poetas cómicos y esta misma primacía le concede francamente Lope de Vega.

Don Nicolás Antonio no nos dexa duda alguna sobre la patria de nuestro Capitan Virués en las siguientes expresiones: Christophorus de Virues, valentinus, ex ipsa urbe principe, quod quidè[m] [IX] patrium appellans Turiam, fluvium eidem adjacentem, confirmare nobis videtur, y se apoya en las mismas palabras de nuestro poeta, donde dice:

Querido, y pátrio Túria, quando pienso

En lo que sin cesar pensar debria,

Entre tu tanto bien quedo suspenso &c.

Baltasar de Escobar, su amigo, y coetáneo, confirma esto mismo en la carta que le dirige en elogio del poema El Monserrate, «Demás de esto (son expresiones tuyas) habiendo vmd. de formar el poema de materia verdadera, fue bien considerado tomalla de historia de aquellos reynos de donde vmd. es natural, siéndolo de Valencia, porque demás de cumplir con el precepto de Platon, de que nacemos para nuestra patria, es respeto de ánimo reconocido emplear el talento en pagar lo que le dió la benignidad de aquel clima tan favorable á los ingenios. Esto mismo, [X] y mucho mas expresa en abono de quanto va referido el Doctor Don Vicente Ximeno en sus Escritores Valencianos.

El haber servido nuestro Virués á Felipe Segundo ascendiendo hasta el grado de capitan, es igualmente notorio, y averiguado. El mismo Virués en su enérgica égloga de la batalla naval de Lepanto confiesa haberse hallado en dicha expedicion, quando en persona del pastor Criseo se expresa de esta suerte:

Es como de lo vivo á lo difunto

El oirlo contar, Felicio amigo,

Y el quererte mostrar aquí el trasunto.

La menor parte de lo que hay no digo

En quanto á encarecer la menor parte,

Aunque de todo fuí tan buen testigo.

Y hácia el fin de dicha égloga, después de haber pintado con la mayor viveza el choque, y triunfos, que la católica Liga reportó de las lunas otomanas, y como nuestra armada partió para Mesina, añade lo siguiente: [XI]

Al fin allí, pastores, pues quedamos

En aquel puerto de Mesina, donde

Divertidos en fiestas hibernamos,

Mientras el cielo el claro tiempo esconde;

Y segun victoriosos nos hallamos,

Si al ánimo la suerte corresponde,

El año de setenta y dos cercano

Era nuestro el imperio del tirano.

El presente poema épico, titulado: El Monserrate, ó bien sea fundacion de aquella Real Casa, y cámara angelical, con la relacion de la vida y penitencia de Fr. Juan Garin, se dió por primera vez á la luz pública en Madrid año de 1588 (y no 1587, como lo afirma Don Vicente Ximeno en sus Escritores Valencianos, siguiendo sin duda equivocadamente en esta parte a Don Nicolás Antonio) de que he visto un exemplar en la Real Biblioteca del Escorial, impreso por Querino Gerardo, y dedicado al Príncipe nuestro Señor: allí mismo se reimprimió en 1601; luego el mismo Virués le reimprimió en 1602 en Milán, en casa de Gratrado Ferrioli, titulándole El Monserrate segundo, no porque fuese [XII] segunda parte de dicho poema (pues es obra en sí perfecta, y completa en todas sus partes) sino porque salió mas aumentado, y añadido; y así la edicion última, que se hizo en Madrid en 1609, en casa de Alonso Martin, dedicada al Rey nuestro Señor, se conformó con la insinuada; y de dicha edicion última he visto un exemplar en la Real Biblioteca de S.M., y otro en la de San Francisco el Grande de esta Corte, segun el qual se hace la presente reimpression.

Al principio se lee la expresada carta de Baltasar de Escobar, que mi eruditísimo patricio Don Gregorio Mayáns y Siscar insertó en sus Cartas Morales. El objeto de Escobar fué dar á conocer el mérito de este poema épico, el mas ajustado, segun dice, á las leyes de la poesía heroyca de quantos se han escrito en lengua castellana.

En aquel discreto examen de libros, que fingió el inmortal Cervantes en su Don Quixote, se hace igualmente honorífico recuerdo, y se recomienda el mérito singular del Monserrate, habiéndose mandado reservar del incendio á que fueron condenados otros muchos libros, por [XIII] ser una de las mas ricas prendas de poesía que tiene España, y uno de los mejores libros, que en verso heroyco están escritos en lengua castellana, el qual puede competir con los mas famosos de Italia.

Sus Obras trágicas, y líricas merecen igualmente la mayor recomendacion, aunque no tanta como el Monserrate, por haberlas trabajado el autor en su mocedad, y hallarse el teatro moderno mas reformado, y con muchas ventajas al de los tiempos de Virués; sin embargo no dexa de tener su mérito el entusiasmo poético, la variedad del metro, la diction castiza, y otras mil bellezas que en ellas se descubren. Dichas obras, segun Don Nicolás Antonio, y Don Vicente Ximeno se dieron una sola vez á la luz pública, y fué en Madrid por Alonso Martin (no Luis, como aquellos afirman) en 1609, en 8.º; pero por una licencia que hay allí del Ordinario de Milán de 1604 para la publicación de dichas obras, conjeturo con alguna probabilidad, que la de Madrid fué reimpression [XIV] de la que en dicho año, y en la mencionada ciudad se hizo por primera vez. Contiene esta obra cinco tragedias, intituladas: La gran Semiramis; La cruel Casandra; Atila furioso; La infelice Marcela; y Elisa Dido. Las obras líricas comprehenden una tercera parte de dicho volumen; entre ellas hay algunos sonetos muy discretos, y otras poesías y canciones líricas de mucho mérito, y la ya insinuada égloga de la batalla naval de Lepanto.

Por no hallarse sino muy escasamente, y fuera de dichas obras, una canción lírica, que nuestro Virués escribió en elogio de las Jornadas para el Cielo, la insertaré aquí, por ser muy tierna, y un rasgo de sus años juveniles, que muestra bastante los sentimientos, de que estaba poseído el corazón de este poeta cristiano. Es pues la siguiente.

CANCION LÍRICA

Ya que volveis al cielo,

Que es vuestra dulce tierra,

O alma, por jornadas tan seguras,

Recibid el consuelo

Adonde Dios encierra [XV]

Sus mayores regalos, y dulzuras;

Porque por las alturas,

Donde con clara luz Moreno os guía,

No perdais el aliento

Por falta de alimento,

Y quedeis con desmayo, y agonía,

Y con pena infinita

Nel mezzo del camin di nostra vita.

DANTE, canto I. cant. I.

Toma el manjar suave,

Que agora se te ofrece,

Pues excede al mejor del suelo en gusto,

Y en provecho no hay ave,

Planta, animal, ó pece,

Que á vuestra calidad venga tan justo.

El pecho que de injusto

Está para morir de mortal asma,

Y el corazon helado,

Que está con el pecado

Tal, que vuestra virtud oprime, y pasma,

Quitándoos poco á poco

La dulce vista del beato loco.

PETRARCA, sonet. 135.

Esta sacra comida,

Tomada de la suerte

Que el Autor os la da por dulce postre,

Restituye la vida,

Ahuyentando la muerte,

Y tras ella no hay bien que no se arrostre, [XVI]

Ni mal que no se postre,

Ni gusto terrenal que no empalague,

Ni celestial dulzura

Que no os esté segura,

Sin que su dulce gusto el mundo estrague,

Aunque en aquello os cebe

Che sempre inchina aquel che mensi deve.

ARIOSTO, canto 27. estanc. 168.

Pues donde se interesa

Tanto bien, y regalo,

Y tal remedio para el alma enferma,

Vaya corriendo apriesa,

Sin que cause intervalo

Ninguna cosa de esta tierra yerma:

No se enagene, y duerma,

Aunque el cantar de mil sirenas sienta,

Que al fin de la jornada

(La racion mejorada)

Le dará este manjar, que la sustenta,

El lugar que pretende

Nèl ciel che piu de la sua luce prende.

Allí donde tú aspiras,

Alma cristiana bella,

Y allí donde Moreno te encamina,

Si bien su cara miras,

Y su luciente estrella,

Por quien el puerto de salud se atina,

Allí donde te inclina [XVII]

El amor de tu patria tan querida,

Allí te dará el resto

Aquel que aquí se ha puesto

En el manjar que es tu camino, y vida,

A donde el gozo eterno

Nè stato el cangra ne lo spegne il verno.

PETRARCA, canc. 28.

Aunque pudieras decir mas, conviene,

Cancion, que no detengas

Con prolixas arengas

Al que siguiendo al gran Moreno viene,

Tras la luz de su rostro,

Ornamento è esplendor del secol nostro.

ARIOSTO, cant. I. estanc. 3.

Qué tal? parece que no siga la profesion militar quien así se explica, sino que sea el asceta mas contemplativo, y versado en materias de la mística mas refinada; pues tales son la mayor parte de sus poesías. Siempre tienen por blanco la utilidad mezclada con la dulzura, sin exceder los límites del decoro aun en las pinturas mas halagüeñas. ¡Poetillas almibarados! [XVIII] que profanais el sagrado de las Musas con vuestras amorosas cantilenas, y obscenas letrillas; ¿de quando acá os habeis encaprichado que la poesía séria, y sensata, esa hija de las dulzuras del cielo, pierde de su esplendor, y decoro, quando se la hace servir junto al trono de la deidad increada, y emplearse dignamente en cantar sus

inefables atributos? Descorred el velo á vuestra preocupacion, y seguid las honrosas huellas de nuestro Virués, del inmortal Fr. Luis de Leon, del Agustiniiano Malon, y de tantos otros sensatos, hijos del verdadero Apolo, que inmortalizaron el Parnaso Español con sus amenas producciones.

Ni quiero menos defraudar al gusto de los eruditos de un discreto soneto del mismo Virués, dirigido a Felipe Segundo, en alabanza de la expresada obra de las Jornadas para el Cielo, y es el siguiente. [XIX]

Sacro Felipe, cuyo nombre solo

Doma los fieros monstruos de Levante,

Y los que tiene y mira el alto atlante,

Y quantos ciñe el mar, y alumbra Apolo:

Reparo, abrigo, puerto, monte, polo,

Donde la Santa Madre militante

Asegura la barca fluctuante,

Por mas que sople el infernal Eolo:

Entre las obras del gobierno honroso

En que os ocupa todo el ancho suelo.

Esta importante obra se os ofrece:

Favorecedla, Príncipe glorioso,

Pues obra de Jornadas para el Cielo

Vuestro real favor pide, y merece.

Razon será hacer aquí honorífico recuerdo del padre y hermanos de nuestro insigne poeta, todos eruditos, y amantes de las Musas. Aquel, como dixé arriba, fué uno de los mas famosos médicos que tuvo Valencia en su tiempo, conservó estrecha amistad y comunicacion literaria con el célebre Juan Luis Vives, nuestro paisano. Debieron sin duda ser muy eruditas sus cartas, porque escribiendo Vives á Erasmo en 1527, se expresó en estos términos: *Missi ad te nupèr quod mihi erant illinc ab Alphonso Viruesio scripta: :: :-* y contrayéndose luego á cierta [XX] carta de Virués, añade: *Ea epistola circùm per Hispaniam et legitur cum maxima omnium approbatione, et est elegantissimè scripta.* Sus hermanos Gerónimo y Francisco de Virués no fueron menos humanistas que el padre. Aquel, al paso que era médico muy acreditado, no dexó de ser elegantísimo poeta. Concurrió en Valencia, su patria, á la Academia de Humanidades, llamada de los Nocturnos, desempeñando el título de académico con elegantes discursos, é ingeniosas poesías, no faltando un momento a sus obligaciones, y al crédito que se grangeó en casi toda España de médico sublime, como lo expresa el agudísimo poeta valenciano Don Vicente Marinér en el siguiente dístico: [XXI]

Utroque affulsit divinus Apolline summo

Splenduit et medicus, versibus et nituit.

Vaya en prueba de esta verdad siquiera un solo soneto; en que elogia el presente poema del Monserrate de su hermano Cristobal.

Un Ulises prudente, un pio Eneas

En sus largos viages, y cuidados

De ánimos, y elementos indínados,

Metidos en mil ásperas peleas,

Hace mi hermano aquí, lector, que veas

En un Monge pobrísimo cifrados.

Y con cristiana poesía ornados

De mil hermosas galas, y libreas;

Y vivamente ante tus ojos pone

La maravilla vista en Monserrate

Del virginal retrato, y templo santo:

El arte juzga tú con que dispone,

Y guarda, y da su altísimo quilate

Al verso heroyco, y al heroyco canto.

Don Francisco Virués, su hermano, fué sacerdote, teólogo, y beneficiado en la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia, su patria, profesó igualmente afición á las Musas, como se colige de algunas poesías suyas que han quedado manuscritas, segun lo afirma con documentos el mencionado Don Vicente Ximeno en sus Escritores Valencianos. El sentimiento que causó al Capitan Virués la muerte de este su caro hermano, le expresa en el siguiente

SONETO

¡Ay dulce hermano! ¿qué dará consuelo

A quien le quita la espantosa mano,

Que tan en daño mio, tan temprano

Os arrebatá de este triste suelo?

¿Darále el ver que vais sin duda al cielo?

¿Podrá tener un corazon humano,

Perdiendo en vos tan principal hermano,

En tal dolor este discurso, y zelo?

Este pequeño ramo tan medrado

De Virués en Valencia, ya no espere

Ser qual el de su origen señalado:

Con vos, Francisco, su esperanza muere,

Todo será dolor, pena, y cuidado

Hasta que donde estais con vos se viere. [XXIII]

Por último hasta su misma hermana Gerónima Agustina Benita de Virués fué muger muy perita en la lengua latina. ¡Contagio feliz de literatura hereditaria, que prendió hasta en un sexô, que regularmente se retrae de la sujecion á Minerva! Pero tal era el exemplo de su padre Don Alonso, y tal el estímulo de nuestro Capitan Virués con sus inmortales obras. De estas pues, ó lector erudito, te presento la mas apreciable en el Monserrate, cuya reimpression he procurado con el objeto de promover el buen gusto en la poesía española, y las glorias de los hijos de mi patria. Madrid, y Mayo 20 de 1804. [XXIV]

Carta de Baltasar de Escobar sobre este libro quando se imprimió la primera vez el año de 1588.

He leído con mucho gusto mio, y considerado el Monserrate, poema con que vmd. ha ilustrado su patria, y enriquecido nuestra lengua, y confesaré una verdad desnuda de la pasión de amigo, porque la modestia de vmd. no la recuse, que de los poemas heroicos que hasta ahora han salido en España, que casi todos se han dado á la estampa de veinte años á esta parte, ninguno he visto que me haya dexado satisfecho como el de vmd., porque si bien en algunos se halla, ó agudeza de conceptos, ó gala de elocución, ó hermosura de invenciones, en los mas se descubre desproporcionado argumento, inobservante contextura, y inculto estilo, cayendo en tales defectos, unos de floxedad y pereza (vicio en que facilmente dan los buenos ingenios) otros de ignorancia del arte, otros por no se querer sujetar á las leyes del poeta épico, gustando de vivir en las de naturaleza, digo en las de su buen natural, que es condicion propia de nuestros españoles; y así han emprendido poemas heroicos, sin cuidado de los tres principios en [XXV] que deben poner la mira en la epopeya, que son invención, disposición, y elocución; y pues á vmd. he conocido cuidadoso en ellos, no callaré, por modo de discurso, lo que en estas tres partes he advertido por mas notable, y de consideración. Lo primero hizo vmd. elección de buen argumento, religioso, porque demás de la autoridad que con esto recibe, si uno de los principales efectos que ha de hacer el poeta, es mover los afectos de los lectores; mas seguro será para la conciencia contar las acciones de buen exemplo, que fábulas lascivas que provoquen pensamientos amorosos, por el escrúpulo del pecado á que se pudo dar causa. Fué tambien acertada elección sacar el argumento de historia verdadera, porque, autorizado, como he dicho, con la religion, y ayudado de la verdad, durará mas en la memoria de las gentes: así lo hicieron Homero, y Virgilio, príncipes de la poesía griega y latina, no juzgando por menos ingenioso artificio contar con novedad los casos sucedidos á Aquiles y Eneas, que inventar otros de nuevo: valiéndose, en la narración de aquellas, de la licencia y arte poética, que permiten y requieren los enxertos de las invenciones, y para esto es muy á propósito la historia en que se funda el poema antiguo; porque estos enxertos, [XXVI] mas parece que son reparar lo que los tiempos han arruinado en este edificio histórico, que hacer en él nuevas fábricas, mayormente no ofuscándose ni pervirtiéndose la verdad puntual de la historia, ni siendo estos enxertos impios, sino antes de sana y exemplar doctrina, ni siendo artículo de fe la historia en que se enxeren: con todo lo qual vienen a ser justa y doctamente aplicados, y mas siendo verisimil. Y porque la verisimilitud es una de las dos partes naturales del heroico, siendo la otra la maravilla, que en sí mismas casi tienen repugnancia estas naturalezas: digo, antes de pasar adelante, que vmd. las ha acomodado y hecho tan compatibles, que lo verisimil siempre en este poema va templando lo maravilloso para que no pase al exceso, y lo maravilloso quando parece que va a exceder, atribuyéndose á Dios, o al demonio, se salva con lo verisimil. Esto se ve bien en la estanza última del canto primero, que comienza: no es maravilla pues que Garin quede: diciendo lo que sataná puede y obra con estímulo de hermosura en nuestra flaqueza. Demás desto, habiendo de formar el poema de materia verdadera, fué bien considerado tomalla de historia de aquellos reynos de donde es vmd. natural, siéndolo de Valencia; porque demás de cumplir con el [XXVII] precepto de Platon, de que nacemos para nuestra patria, es respeto de ánimo reconocido emplear el talento en pagar lo que le dió la benignidad de aquel clima tan favorable a los ingenios. Las personas asimismo que introduce vmd. todas son convenientes á escena épica, para que las acciones salgan nobles y generosas, con lo qual, segun Aristóteles, y los que le exponen, se ha cumplido bastantemente con la primera parte, que es la invención. Vamos a la disposición, ó contextura, que es la segunda: en ella mide vmd., con proporcionada geometría la grandeza de la historia, compasándola de manera que en un

sugeto entero, que consta de principio, medio, y fin, quedan sin desproporcionarle los episodios y enxertos que el artificio del poeta debe contribuir en la obra, caminando en ellos con tal tiento, que siendo miembros del cuerpo principal no salgan tan desmesurados que le hagan monstruoso; y labrándole finalmente con tan perfecta escultura, que queda de estatura buena, y de cantidad suficiente, para que qualquier mediano entendimiento le pueda percibir todo. Muy bien cumple vmd. con la libertad de poeta, sacudiendo el yugo estrecho de historiador, en no pintar las cosas aplicadas y enxertas como fueron, sino como pudieron ser, sin desviarse [XXVIII] de la derecha senda del verisimil, valiéndose de la ocasion de enxerir y aplicar acciones sucedidas en tiempos á propósito, y reduciéndolas a la unidad de la accion principal, de suerte que a nuestra vista todo nos parece uno. Este cuidado podrá advertir quien acompañare á Garin en su admirable peregrinacion, donde le forma vmd. un itinerario desde el tercero canto de mucha variedad y gusto. No veo menos cuidado en las ocasiones que se ofrecen alguna de las tres calidades en que el heroyco ha de ir cuidadoso, que son las que los griegos llaman peripecia, que es mutacion de fortuna, el reconocimiento, y la perturbacion, guardándoles siempre que las encuentra el decoro poético. De la mutacion de fortuna se ve el exemplo, sin otros, en el segundo canto, quando Garin pierde la gracia, y cae en el pecado, pondéralo muy bien la comparacion de la primera estanza: qual en un campo seco los rastrojos: y las que se siguen; y en el canto diez y seis, quando para contar la confesion de Garin se hace aquella invocacion: ó musa, tú las lágrimas y el llanto. Del reconocimiento se hallan admirables demostraciones en el canto diez y ocho, que trata la aparicion de la sagrada imagen, y de la perturbacion en la tercera estanza del canto tercero; y [XXIX] en la octava del treceno canto, que pinta los afectos que mueve á Garin la vista de la hija del Conde Don Jofre, tampoco quiero callar esta menudencia, que fué buen acuerdo no imitar a los modernos en las moralidades de los principios de los cantos, pues los antiguos no las usaron, y es introduccion afectada y fuera de propósito, y con esto quede mostrada la disposicion del poema. Quédame por decir de la elocucion, tercera y última parte principal dél, que podemos aplicar al ropage, siendo las otras dos ya dichas alma y cuerpo de este individuo; pues siendo la elocución, ó estilo, el ornato, necesariamente se ha de cortar al talle de los que le visten; el sublime para las personas heroicas; el mediocre para las que no lo son tanto; no admitiendo en ningun caso el humilde para el poema, por ser mas propio del cómico: que el heroyco debe siempre caminar por entre la gravedad del trágico y la florida belleza del lírico, valiéndose desta regla, que tratándose de materias morales, o introduciendo personas heroicas, se avecine con el estilo al trágico, y tratándose materias ociosas se avecine al lírico. Destos preceptos usa vmd. en sus lugares con destreza de maestro del primero en la penitencia que se cuenta de Garin, tan maravillosamente pintada [XXX] en el canto diez y siete, y introduciendo con tanto arte las personas y hechos del Capitan Alberto, de Don Diego Florel, y del Papa Leon: donde, y en las demás partes que se ofrece tratar cosas de guerra de mar y tierra, no diré mas de que las trata vmd. con el mismo honor y punto que tantos años las ha tratado. Del segundo precepto en el lamento, y caso de Lixerea, que se pone en el décimo canto, y en el doceno, quando se pinta la casa aparecida (dos cosas verdaderamente bellas) se ve toda la belleza que dél se puede desear. No me quiero alargar en notar la felice imitacion de autores extrangeros, que bien lo testifica la estanza veinte y seis del canto noveno, la buena composicion de los periodos, la hermosura de los miembros de cada uno, la trasportacion alguna vez de substantivos, los números, las figuras que se cometen á cada paso, la única fineza de los consonantes; pues ya á su parecer lo dixo todo el padre Padilla, quando cerró la aprobacion con este endecasílabo: el verso facil, grave, y numeroso: por que quidquid

conobatur &c. Querria hablar aquí también un poco de la ortografía, loando el parecer de vmd. en habella seguido; pero exclúyome por andaluz y apasionado della. Bien creará vmd. de lo dicho, que no fué adulacion [XXXI] lo que al principio le dixé, pues lo ha fundado en razon, aunque á costa de quien me ha escuchado discurso tan largo, y leida carta tan prolixa, en que fué mi intento (pero acabaré con él) alegrarme con vmd., con su patria, con la poesía española, y conmigo mismo: con vmd. pues en tan buena edad ha dado fin á empresa tan honrada; con su patria, que ve por mano de tan excelente artífice engastados en oro tan subido, y con tan ricos esmaltes, aquellos peñascos de Monserrate, joyas de la corona de Aragon mas preciosas que finísimos diamantes; con la poesía de España, por tener ya un exemplar método para emprender obras deste género, y una luz tan clara que en ellas la alumbre; y conmigo finalmente de que nos haya abierto este camino tan cerrado un amigo tan grande mio, cuya gloria me redunda en gozo. Ya con tan buen pié como vmd. ha salido a publicar obras suyas, podrá sacar las rimas que se hallaren recogidas por los borradores que se han escapado de las borrascas y peligros de sus honrosas peregrinaciones militares, en tanto que esperamos los frutos mas maduros de ese ingenio autorizado con los años y mucha experiencia: los quales dé Dios á vmd. tan prósperos, que pueda sin perturbacion de fortuna atender á tan virtuosos exercicios. De Roma á 12 de Marzo de 1589. [XXXII]

Don Juan de Albiol

Aquel valor, Virués, que habeis mostrado

En el heroyco proceder de Marte,

Siguiendo su honrosísimo estandarte

Con pecho de virtud y honor armado,

Aquel mismo mostrais en alto grado

Siguiendo del divino Apolo el arte

En su mas bella y mas excelsa parte

De sus dones altísimos dotado;

Y así palma de Marte á vuestra mano

Dará, y lauro de Apolo á vuestra frente,

La piadosa de Dios potente diestra;

Y todo por el monte soberano

De donde lo esperais devotamente,

Segun la palma y lauro en él nos muestra.

El Alferez Matias de Vargas

Así como en el fin del quinto canto

Al vivo os retratais, en la pintura

Que del rostro, del talle, y compostura

Haceis allí de vuestro monge santo;

Así debeis de retratarle en quanto

Muestra de su valor vuestra escritura,

Pues de vuestro alto espíritu y cordura

No se puede esperar menos que tanto;

Y así tambien como en el cuerpo y alma

Creo que de Garin sois un modelo,

Segun en cuerpo y alma le pintastes;

Así creo Virués que en gloria y palma

Le habeis de parecer en tierra y cielo

Por el alto sugeto que contastes. [XXXIII]

Juan Hurtado de Guevara y Mendoza.

Sin duda que llevais triunfante el punto

A todos los que Apolo inflama el pecho,

Pues vemos en el libro que habeis hecho,

Lo dulce y util dulcemente junto:

Con quanto aplauso y quanto amor barrunto

Lo recibirá el mundo, satisfecho

Que ha de salir para el comun provecho

Su deseado altísimo trasunto.

Vive dichoso alumno de Helicon,

Con cuyas vivas obras, no sujetas

Al vulgo, á la virtud llamas, y atizas:

Vive, que en vida el cielo á tu persona

Guarda el honor, que muy raros poetas

Alcanzaron despues de sus cenizas.

El Doctor Gerónimo Virués.

Un Ulises prudente, un pio Eneas,

En sus largos viages y cuidados,

De ánimos y elementos indinados,

Metidos en mil ásperas peleas,

Hace mi hermano aquí, lector, que veas

En un monge pobrísimo cifrados,

Y con cristiana poesía ornados

De mil hermosas galas y libreas;

Y vivamente ante tus ojos pone

La maravilla vista en Monserrate

Del virginal retrato, y templo santo:

El arte juzga tú con que dispone,

Y guarda, y da su altísimo quilate

Al verso heroyco, y al heroyco canto.

Argumentos de los XX cantos de este libro
Canto I

Mueve á Garin á fuego y sangre guerra

El comun enemigo riguroso,

Y al Conde trae á su aserrada sierra

Con su doliente hija lastimoso:

Del cuerpo de la dama desencierra

A satán el bendito religioso;

Y con él, encendiendo ardiente llama,

Sin poderlo excusar, queda la dama.

Canto II

Por el poder del apetito ciego,

Rendido todo al infernal engaño,

Roba la castidad, roba el sosiego

A la noble doncella el ermitaño;

Y mal aconsejado, dando al fuego

Mas leña, y añadiendo daño a daño,

Mata á la dama, y á este punto entiende

Que es el que le aconseja quien le ofende. [XXXV]

Canto III

Conociendo sus culpas, al remedio

Garin aspira con fervor divino,

Yorando al cielo por el justo medio

Que repare su injusto desatino:

De tierra y mar piensa poner en medio

Gran trecho, ya trazado un gran camino:

Huye del monte, á Rosas llega, y junto

Con Alberto y su armada parte al punto.

Canto IV

El alto golfo de Leon navega

Garín, y en tablas de inmortal memoria

Ve de romana gente, y persa, y griega

Victorias dignas de notable historia,

Y de la santa Liga allí se alega

Aquella sin igual naval victoria;

Tras esto al General Garín da cuenta

De sí, con que su angustia y pena aumenta.

Canto V

Pinta el discreto monge á Monserrate

Con todos sus regalos celestiales:

Su cuento acaba sin perder quilate

En callar sus secretos principales:

Llega á Marsella, y siente qual le trate

La guerra de las furias infernales,

Yendo á ver el sagrado monumento

De Madalena con devoto intento. [XXXVI]

Canto VI

Pinta la sacrosanta Eucaristía,

Y la alta concepcion inmaculada,

Y la asuncion triunfante de MARIA,

Y Madalena á penitencia dada,

Y Agueda que a la gloria el alma envia,

Y es la grande Judit aquí pintada,

Juntando sus dulcísimos primores

Pluma y pincel en versos y colores.

Canto VII

De Provenza, de Génova, y Toscana

Pasa la armada á su placer la costa,

Hasta que ya metida en la romana

Temida playa, al puerto ya se acosta;

Pero la contrapuesta tramontana

Estorba en él tomar segura posta,

Y al mar arroja al monge la tormenta,

Por quien solo se causa, y se acrecienta.

Canto VIII

Salta en Portofarin la gente en tierra

Por agua y leña tras la gran fortuna,

Y un bárbaro cosario en fiera guerra

Con poder y arrogancia la importuna;

Mas el poder y la arrogancia atierra

La virtud y razon, hechas á una

En la mano dichosa del valiente

Florel, venido misteriosamente. [XXVII]

Canto IX

De sí da cuenta el gran Don Diego, y junto

De la victoria que Leon sagrado,

Tuvo del fiero moro, que en mal punto

Fué á querer perturbar su santo estado:

La guerra sigue, y casi la difunto

Cautivo viene Armeno desdichado

Por Filadelfo al campo fiel traído,

De su valor y su virtud movido.

Canto X

Llega en socorro el bravo Abenagonte,

Y Lixerea lastimada y fiera,

Cuyo llorar enterneciera un monte,

Si capaz de sentille un monte fuera:

Dan, al claro ilustrar del horizonte,

Fiero principio al daño que se espera,

Mostrando alto valor de fuertes manos,

Y nobles pechos, moros y cristianos.

Canto XI

Alcanza Alberto por Florel victoria

Del temerario bárbaro africano,

Con su doliente fin lleno de gloria

Para el valor del esquadron cristiano;

Trágicos casos dignos de memoria

Traen muerte y amor con fiera mano,

Que de ordinario en lo mejor se emplea,

A Filadelfo, Armeno, y Lixerea. [XXXVIII]

Canto XII

Dexa el puerto africano Alberto, y parte

Para Italia con viento favorable,

Y della alegre toma aquella parte,

Que es la grande Partenope admirable,

De donde el buen Garin, aunque se aparte

Con diligencia y con fervor notable

Para ir á Roma como le conviene,

Su adversario el camino le detiene.

Canto XIII

Ilusion, tentacion, peligro, y duelo

Garin padece en la fingida casa,

De donde sale con favor del cielo

Todo encendido en vergonzosa brasa:

Vuelve al camino lleno de consuelo

Con el fervor que el corazon le abrasa,

Mas halla estorbo lleno de dolores

Prendiéndole crueles salteadores.

Canto XIV

A las fieras que comen carne humana

Es el pobre Garin por pasto puesto,

Pero fuerza del cielo soberana

Le libra de este mal tan manifiesto,

En tanto que á la infiel gente inhumana

Asalta gente fiel el fuerte puesto

Con tan airada y tan sangrienta guerra,

Que se estremece á su furor la sierra.

[XXXIX]

Canto XV

Es de la muerte el pio Garin librado

Por el Florel, que en la mortal caverna

Al detestable lestrigon la ha dado,

Haciendo su valor su fama eterna:

Vuelve el monge al camino y anegado

Casi es de una borrasca; mas su interna

Virtud le ayuda, y al romano suelo

Llega, y avisa dello al Papa el cielo.

Canto XVI

Las culpas que le agravan la conciencia

Garin confiesa al Papa enteramente,

Y la alta absolucion y penitencia

Recibe humilde el santo penitente:

Llega del gran Prelado á la presencia

Con santo amor el español valiente,

Y al mismo tiempo de Sabá es sabido

El alegre naufragio dolorido.

Canto XVII

Sale de Roma el penitente raro,

Su rara penitencia comenzando,

La qual prosigue con valor preclaro

Toda la Italia y Francia atravesando:

Llega a su monte deseado y caro,

Donde el alegre fin della esperando,

Qual fiera en la aspereza dél se esconde,

Y qual fiera es cazado por el Conde. [XL]

Canto XVIII

De este poema el principal intento

Aquí el arte descubre, descubriendo

El celestial favor que dió y contento,

El virginal retrato apareciendo,

Y de su misterioso alojamiento

El notable principio describiendo,

Pintando la divina maravilla

El verso heroyco eu puridad sencilla.

Canto XIX

De su admirable penitencia al punto

Llega el fuerte Garin, y al monte vuelve

A trasladar el cuerpo que difunto

A su entender oscura tierra envuelve:

Hallan la dama viva, y bella, y junto

Santa, pues con el padre se resuelve

A quedar en la santa casa nueva,

Que tan santo principio y nuevo lleva.

Canto XX

Los divinos sucesos y grandezas

Del sacro milagroso monasterio,

Las heroycas hazañas y proezas

Que en él ha obrado el celestial imperio,

Las excelsas santísimas altezas

A que ha llegado su alto ministerio,

La musa da á Garin que contar pueda,

Y la gran devocion fundada queda. [1]

Historia del Monserrate, del capitan Cristobal de Virués

Canto I

La excelsa causa del honor divino,

Que causa á Monserrate excelsa gloria,

Y de aquel su habitante y peregrino

Que junto se celebra en su memoria,

El admirable celestial camino,
5

La mortal guerra, y la inmortal victoria,

Vuelvo á cantar habiendo alzado el punto

Al grave tono, y dulce contrapunto.

Tú; santa Musa, que por premio ofreces

Divina laureola de tu mano
10

Al mismo que tú dotas y enriqueces

Por tu gracia, de intento soberano,

Pues por la misma ilustras y engrandeces

Con divino favor estilo humano,

Tú levanta mi voz, dale tú el tono
15

Que mejor suene en tu elevado trono. [2]

Y adorna tú, con el primor del arte,

El admirable principal intento,

Quanto conviene de su dulce parte

Ser adornado el alto heroyco acento:
20

Lo uno y lo otro es gracia que reparte

A su eleccion tu favorable aliento,

Lo uno y lo otro, ó santa Musa, imploro

A gloria eterna del eterno coro.

Y vos, excelso Rey, en quien el cielo
25

Nos muestra con tan ciertas esperanzas

Aquel valor del padre y del abuelo

Que no cabe en humanas alabanzas,

Quando el gobierno universal del suelo

Suspendeis en justísimas balanzas
30

Con santos ocios de que el alma usa,

Volved á oír el canto de mi Musa.

Por el alto supuesto de que canta,

Y por su melodía sonora,

Al gusto de vuestra alma se levanta
35

Con proporción entre las dos gozosa,

Pues música divina, heroyca y santa,

Como en su centro natural reposa

En heroyco, divino y santo gusto,

A gran intento y gran contento justo.
40

Al peso inmenso de la real diadema

Este alivio entre algunos se interponga,

Con ese gusto de virtud extrema,

Quando en sus santos ocios se componga,

Para volver en magestad suprema

45

a donde el cielo os guie, y os disponga

a ser señor de su divina Astrea

De quanto ciñe el mar y el sol rodea. [3]

Y no menos que tanto el mundo espere

Del gran nieto de César invencible,

50

Del gran hijo del Rey, por quien se infiere

Virtud en vos en grado incomprehensible,

La qual, quando en su punto pareciere,

Puesta ha de estar en punto inaccesible

A humano canto, mas mi Musa ahora
55

Al de su monte grata audiencia implora.

Revuelto habia el tiempo presuroso

Ocho siglos y medio, desde el dia

Que el humanado Redentor piadoso

Salió del sacro claustro de MARIA,
60

Quando el valiente Don Jofre Velloso

Libre del francés feudo poseía

El condado y ciudad de Barcelona,

Por el valor y ser de su persona.

En cuyo tiempo en Monserrate estaba
65

Garin, el ermitaño, recogido,

Donde con aspereza ejercitaba

En santidad su espíritu encendido;

Y tanto en ella el gran varon ganaba,

Que el angel comunero, y confundido,
70

Teniendo su virtud por propia injuria,

Le movió guerra con inmensa furia.

Y resuelto en hacella á todo trance

El principe furioso del infierno,

Acrecentando va de lance en lance
75

Su interna rabia, y su rencor interno;

Y dándole el dolor furioso alcance,

Con horror nuevo del horrible averno,

Y alteracion del mas confuso abismo,

Desta suerte el cruel dixo á sí mismo.

80

[4]

¡Que pueda el hombre contra mí ya tanto!

¡Que tan enflaquecida esté mi fuerza!

¡Que á tan cobarde miedo y vil espanto,

y a tanta mengua el hombre ya me fuerza!

¡Que yo he de ser el del eterno llanto!

85

¡Que el hombre tan de veras ya se esfuerza

Con la gracia y favor de aquel cordero,

Que fué y es para mí leon tan fiero!

¡Que una vil criatura, torpe y llena

De desventuras, y de imperficiones,
90

Que anda afanando de una en otra pena

Tras mil várias miserias y pasiones,

Ha de heredar aquella estancia amena

Que tiene asiento sobre los triones!

¿Aquella dulce y rica patria mia,
95

Llena de eterno gozo y de alegría?

¡Yo en ella colocado, en ella puesto

Por lustre y ornamento á su grandeza,

No de materia baxa y vil compuesto,

Sino de tan real naturaleza,
100

Eternamente de mi bien depuesto,

Privado de mi próspera riqueza,

He de sufrir el gran rigor del cielo,

Sin que haya para mí jamás consuelo!

No será así, que aun no está en mí perdido
105

Aquel valor y espíritu primero

Con que en ardiente cólera encendido

Al alto trono me mostré tan fiero;

Y aunque quedó mi brazo enflaquecido,

No dexó de quedar mi ser entero,
110

Para poder hacer sangrienta guerra,

Ya que no al cielo, á toda la ancha tierra. [5]

Y así ha de ser mientras el cielo diere

Sus influxos al hombre favorables;

Y si él, qual padre le favoreciere
115

Con regalos y dones tan amables,

Yo no habrá cosa, en quanto el mundo fuere,

Que con ingraticudes detestables

No procure que el hombre corresponda,

Con que á mi saña su dolor responda.
120

¡Que un vil ermitañuelo, que no sabe

Si hay mas mundo que un monte y una cueva,

Donde duerme en el seno, y do le sabe

A maná el fruto que la sierra lleva,

Tanto contente á Dios, tanto le alabe,
125

De virtud haga tan heroyca prueba,

Que eterno gozo tenga! Y yo que tanto

Sé, y puedo, he de tener eterno llanto!

Pero ¡que estoy mi pena acrecentando

Con la gloria, el contento, y el sosiego
130

De que este monge vil está gozando,

Leña añadiendo á mi encendido fuego!

¿Qué sirve estar gimiendo y reventando

Con mortal inmortal desasosiego

En la ponderacion de la esperanza,
135

Y de la gloria que este monge alcanza?

Consuelo, ó sombra de consuelo busque

Mi potencia, y mi furia vengativa,

Sin que la pena y el dolor me ofusque

La soberana inteligencia altiva:
140

Ya que no vendimió gloria, rebusque

Las sombras della mi virtud nativa:

Tenga en batalla en su vital palestra

Al hombre siempre mi potente diestra. [6]

Desta suerte á sí mismo se provoca
145

El fiero rey del tártaro tremendo:

Así su mal con brava envidia toca

El rico bien del pobre monge viendo:

Sus ministros fortísimos convoca,

Y en su extremo espantable, airado, horrendo,
150

Con furores bravísimos altera

El inmenso esquadron de gente fiera.

Y á todos los rebeldes capitanes,

los mas crueles, bravos y furiosos,

Pláticos en mortíferos afanes,
155

Probados en mil trances peligrosos,

Con soberbias palabras y ademanes

Impone sus intentos maliciosos,

Diciéndoles con voz turbada y fuerte,

Ardiendo en ira y rabia, desta suerte.
160

Valientes capitanes, que á mi lado

Desde la gran jornada temerosa

Habeis con tanto esfuerzo militado,

Que espanta vuestra mano belicosa:

Ese valor y espíritu indignado,
165

Esa astucia sutil y artificiosa,

Ahora quiero que la vea el hombre,

Para que mas nuestro poder le asombre.

Anda por el camino verdadero,

Que al hombre a nuestras altas sillas lleva,
170

Uno, nuestro enemigo bravo y fiero,

Haciendo en santidad divina prueba:

Este, soldados valerosos, quiero

Que venga á mi infernal eterna cueva,

A despecho del cielo que le guía
175

Con tanta infamia y tanta pena mía. [7]

¿Quién emprendió la guerra contra el alto

Empíreo cielo con tan fuerte pecho,

No ha de tener de valor más alto

Contra un vil hombre de vil polvo hecho?
180

Alcáncese un asalto a otro asalto:

No haya defensa en él, no haya pertrecho

Que de cimiento no se desmantele:

Todo se bata, se destruya, y vuele.

Tengo, no sé porque, un temor oculto,
185

Que me atormenta como el fuego eterno,

Al grande y enriscado monte inculto,

Donde habita este monge en tal gobierno;

Y aunque en vencelle yo no dificulto,

Y el modo facilísimo discierno,
190

Temo, como si viese en tal vitoria

De pena aumento en mí, y en él de gloria.

Pero padezca quanto mi adversario

Cielo me da con vengativo intento,

Y este monte, no menos que el calvario,
195

O que el carmelo, cáuseme tormento,

Que eternamente yo he de ser contrario

Tambien al hombre, sin cesar momento,

Qual verá ahora con su inmenso daño

En el temido monte este ermitaño.
200

Volad a Monserrate, mis leones,

Y empréndase Garin, que libre y suelto

Está de nuestras ásperas prisiones,

Y en las de su esperanza y gozo envuelto:

Ya me entendeis, ya veis mis intenciones,
205

Ya conoceis en lo que estoy resuelto;

No he menester deciros mas, volando

Partid, poned por obra lo que mando. [8]

Tembló por largo espacio el gran profundo,

Y pararon Cocito y Flegetonte
210

Al soberbio mandar fiero, iracundo,

Del bravo rey del reyno de Aqueronte,

Y en aquel punto, acá en el claro mundo

Se estremeció mas de una sierra y monte,

Y el soberano de la luz ministro
215

Casi turbóse desde el Tajo al Istro.

Visto pues ya lo que su rey les manda,

Con furia horrenda parten al momento

Los dos, á dar principio á la demanda,

Que es tan á gusto de su mal intento.
220

Garin, el enemigo se os desmanda,

Poned en orden vuestro alojamiento,

Fortificad la mal segura tierra,

Que á sangre y fuego se os hará la guerra.

Fuego que encienda en vuestro flaco pecho
225

Llamas abrasadoras sensuales,

Sangre inocente derramada á hecho

Por vuestras fieras furias desleales:

Guerra mortal, que os traiga al fuerte estrecho

De eternas destrucciones infernales,
230

Batalla á todo trance, á toda muerte,

Presenta el enemigo armado y fuerte.

Estaba el religioso en una cueva,

Que aun hoy se llama de su mismo nombre,

Haciendo de su cuerpo y alma prueba
235

De casi mas que humano y mortal hombre.

En solo Dios allí sus gustos ceba;

No hay contento sin Dios que no le asombre;

Oraciones, cilicios y abstinencia

Regalan su limpísima conciencia.

240

[9]

Pero los dos, sus enemigos fieros,

Que ya emprendieran su mortal viage,

Con pies apresurados y ligeros

Llegaron en un punto á su parage.

Diferentes tomaron los senderos,

245

Y diferente el hábito y language;

A Barcelona el uno va invisible;

Al monte el otro llega, y va visible.

En forma y trage de ermitaño anciano,

Blanco el cabello, y barba blanca y larga,
250

A Monserrate llega aquel tirano

Vestido de grosera y vieja sarga;

Y con plática dulce, y rostro humano,

Fingiendo la inhumana voz y amarga,

Como si allí á Garin á caso viera
255

Se le presenta, y habla en tal manera.

Si, como pareceis, sois ermitaño,

Y no divino espíritu escondido

En esa humanidad, y en ese paño

Humilde y pobre de que estáis vestido,
260

Vuestra mano me dad, y el desengaño,

Diciendo la ocasion que os ha traído

Aqui, donde en el hábito que os veo

El habitante solo yo ser creo.

Admirado Garin de lo que oía
265

Responde al enemigo simulado:

La razon misma que decís podria

Deciros yo muy cierta, padre amado;

Pues desde que la santa compañia

Por quien en este monte en este estado
270

Viví faltó, jamás hasta ahora supe

Que hubiese en él quien como yo se ocupe. [10]

Desde que al cielo el alma santa, á cuya

Virtud divina debo yo esta vida,

Subió dichosa á convertir la suya
275

En la eterna de gloria enriquecida,

Hasta este punto la persona tuya

Otra jamas he visto, y que traída

Por el cielo ella sea estimo y tengo,

Con que á cobrar la ya perdida vengo.
280

Finge notable admiracion el fiero

Y cruel enemigo, y junto muestra

Gran contento en hallar tal compañero,

Y dale con amor la mano diestra,

Diciendo: vuestra vida, padre, espero

285

Que me será tan singular maestra

Para mi pretension y firme intento,

Que consiga su fin mi pensamiento.

Con la humildad á su virtud anexa

Le responde Garin: antes yo creo
290

Que aquella perficion que se me aleja

Tanto quanto alcanzalla yo deseo:

Si en lo exterior el alma ver se dexa,

En vos, padre carísimo, la veo,

Y por vuestra bendita compañía
295

Podrá ser alcanzalla yo algun dia.

Estas y otras razones se dixerón

Con que la compañía confirmaron,

En sus dos cuevas ambos estuvieron,

Y sus secretos se comunicaron.
300

Desde aquel dia cada dia se vieron,

Y mil cosas santísimas trataron,

Tratadas por el uno santamente;

Por el otro, rabiando en saña ardiente. [11]

Cerca de donde el buen Garin estaba
305

Tenia el enemigo en una altura

Una pequeña cueva en que habitaba,

Que el nombre de Satán aun hoy le dura;

Mas mientras esto así despacio andaba,

El otro compañero se apresura,
310

El otro que, cumpliendo su viage,

Fué á Barcelona sin fingido trage.

Este del cuerpo de una dama bella

Se apoderó con presurosa furia,

Hija es del Conde Don Jofre, y doncella,
315

y á él, el fiero, como á ella, injuria:

Fué conjurado, y respondió que della

Jamás saldrá, ni cesará su injuria,

Si Garin no lo manda, y que en su cueva

Nueve días estar la dama deba.
320

Dice quien es Garin, y dice donde

Tiene su habitacion. Pártese al punto

Con la doliente dama el triste Conde,

Ella en tormento, y él casi difunto:

Hallan la cueva, y que en su centro esconde
325

Al que es de santidad vivo trasunto:

Póstrasele delante el Conde en verle,

Sin que Garin pudiese detenerle.

Y con los ojos hechos fuentes dice:

No os espanteis si destos ojos hago
330

Rios, pues las ofensas que á Dios hice

Hacen en l'alma de amargura un lago;

Y ellas son causa de que martirice

Esta niña inocente el fiero drago,

El infernal dragon, que el cuerpo á ella,
335

Y el alma á mí, qual veis, nos atropella. [12]

Que sea del cielo paternal castigo,

Siéntolo así, bendito padre, y veo

Que el justo Dios, que al hombre es tan amigo,

Y que es solo salvarle su deseo,
340

Permite que este pérfido enemigo

Haga en nosotros de su saña empleo

Para ganancia nuestra: así del pío

Divino amor yo firmemente fío.

Y así, qual padre de misericordia,
345

Consuela mi mortal desasosiego,

Por este mismo padre de discordia

Que ardiendo veis en tan airado fuego;

Pues venimos con él en tal concordia,

Que á vuestro mandamiento saldrá luego
350

Del afligido cuerpo de mi hija,

Sin que mas la atormente, ni la aflija.

Por esto vine aquí, por esto os pido

Que os dolais desta moza lastimada.

Así el Conde rogaba, y condolido
355

Con alma en caridad toda abrasada,

Garin postrado, el vuelo mas subido

Levanta, en su oracion de punto alzada,

La qual apenas el varon concluye,

Quando Satán de la doncella huye.
360

Huye el demonio, y huye juntamente

La tristeza, el dolor, la pena, el llanto

Del ya contento Conde, y de su gente,

Huyendo de la dama el fiero espanto:

La qual revuelve con serena frente
365

Los bellos ojos que espantaban tanto,

Y al padre y los demás y al monte mira,

Y de todo, y de verse así, se admira. [13]

No maravilló mas la extraña vista

A Lázaro el dichoso muerto, visto
370

Que trasladado de una en otra lista

Por quien el hecho tuvo tan previsto,

Sin que el infierno, ó muerte le resista

Al mundo vuelve á la alta voz de Cristo,

De lo que á la doncella maravilla
375

El ver en sí la misma maravilla.

Y no con mayor gozo las hermanas

Al hermano ya vivo acariciaron,

Y las gentes incrédulas profanas

No con mayor admiracion quedaron
380

De ver salir las carnes vivas sanas,

Que quatro dias antes enterraron,

Que es del padre la dama acariciada,

Y que toda su gente está admirada.

Y vuelto el Conde al pío Garin, llorando
385

Le dice: padre, pues lo mas hicistes,

Vence del todo al enemigo bando

Con el valor que ahora le vencistes

Porque nos dixo aquel tirano, quando

Puestos nos tuvo en el dolor que vistes,
390

Que aunque como ha salido ya saliese

Quando á vuestra obediencia aquí viniese,

Con mas furor sin duda volveria

A dar á esta afligida jóven pena,

Si en esta santa cueva no tenia
395

En vuestra compañía una novena.

El buen Garin que atento aquello oía,

Con voz de amargo sentimiento llena,

Y con cristiana alteracion responde,

No convenirle aquello á él, ni al Conde,

400

[14]

Y esfuerza aquesto con fervor haciendo

Mil razones vivísimas y urgentes,

Con gran prudencia y santidad poniendo

Mil graves causas, mil inconvenientes,

Con exemplos notables concluyendo

405

Sus argumentos firmes y prudentes;

Pero, aunque mas se esfuerce, y mas arguya,

La agena voluntad fuerza á la suya.

Porque, demás del encendido ruego

Del afligido Conde, el triste llanto,
410

El bravo miedo, el gran desasosiego

De la triste doncella, pueden tanto,

Que vino bien en ello: y así luego,

Condescendiendo el ermitaño santo,

Quedó en su pobre cueva la doncella,
415

Donde solo Garin queda con ella.

A Monistrol, un pueblo situado

Al pié del alto monte floreciente,

De la cueva una legua desviado

Hácia la parte del dorado oriente,
420

Baxó, contento el conde, y consolado

De haber dado remedio al daño urgente,

Con sus criados, y sus compañías,

Para esperar allí los nueve dias.

Y cada dia desde alli enviaba
425

Criados con regalos y comida,

De quien sabia quanto ella gustaba

De aquella santa solitaria vida:

A los quales Garin importunaba,

Su mortal guerra ya reconocida,
430

Que llevasen al padre la doncella,

Lo qual rehusaban ellos, y él, y ella. [15]

El tiempo ahora, ó buen Garin, os fuerza

A mostraros soldado valeroso,

Para valer contra la brava fuerza
435

Del enemigo fiero y poderoso:

Mirad que ya con la ocasion se esfuerza,

Y juntamente es fuerte y cauteloso:

Prevenid vuestras armas y defensas

Para que se resistan sus ofensas.

440

Anchos fosos abrir, cerrar portillos,

Reconocer traveses y cortinas,

Levantar puentes y calar rastillos.

Cuidoso prevenir secretas minas,

Municionar del alma los castillos,
445

Plataformas en ella alzar divinas,

Caballeros trazar, poner reparos,

Conviene ahora para aseguraros.

Y aunque veo que destas defensivas

Prevenciones os vais aperciendo
450

Con las trazas mas finas y mas vivas,

Que estais en vuestro espíritu escogiendo;

Las armas enemigas ofensivas

Son dañosas en modo tan horrendo,

Que de sus furias pocos se defienden,
455

Si como á vos ahora los emprenden.

Vos, Garin, encendeis la ilustre dama

A contemplar la celestial riqueza,

Y en vos el enemigo enciende llama

Que os arda y dexen en mísera pobreza:
460

Vos le mostrais el bien del que bien ama,

Del bien eterno la inmortal belleza;

Y el enemigo á vos amar os hace

Esa mortal belleza que os aplace. [16]

Era la virgen tierna y delicada,
465

Un angel en aviso y hermosura,

Las gracias la tenian adornada,

Y dellas era una real hechura:

Los dos hermanos que con luz amada

Platean y doran la estrellada altura,
470

Cada qual con la faz serena y bella,

Menos hermosos son que la doncella.

De quince á diez y seis años tenia

La bellissima dama generosa,

Enriquecidos de una gallardía
475

Tierna, suave, blanda y amorosa:

Solo con el mirar rendir podia

El furor de una tigre rigurosa,

El de un cruel determinado asalto,

El del airado mar quando mas alto.
480

Si la gran perficion, si la luz viva

De sus ojos, mexillas, boca y frente,

Y aquella gracia angélica y altiva

De que sabía usar perfectamente,

Hubiera visto el gran pintor que iba
485

Buscando lo perfecto y lo excelente,

No deseára mas hermosa idea

Para pintar la linda Citeréa.

Su gran beldad á toda humana vista

Admiracion dulcísima causaba:
490

Fué su alta gracia con espanto vista,

Espanto que en mil gustos se anegaba:

Su excelso aviso general conquista

Hizo de quantas almas regalaba,

Formando en cuerpo y alma un paraiso,
495

Gran beldad, alta gracia, excelso aviso. [17]

Fué al fin en hermosura aventajada

A quantas en su tiempo en todo el suelo

Al alma de mas dones adornada

Causar pudieran celestial consuelo:
500

Naturaleza, de su fuerza armada,

A imitacion de la beldad del cielo

La de la generosa dama hizo,

Y allí de su poder se satisfizo.

No es maravilla pues que Garin quede
505

Vencido por Satán en la batalla,

Si demás de lo mucho que obra y puede

Tal ocasion para su intento halla:

Si al valiente Varon en fuerza excede,

Y en este trance rinde y avasalla,
510

No es de espantar que á fuerza de belleza

Resista mal nuestra mortal flaqueza. [18]

Canto II

Qual, en un campo seco, los rastrojos

Entra abrasando la furiosa llama,

Quando ocupan las eras los manojos,

Y las hojas se secan en su rama;

Así la luz de los divinos ojos,
5

Y la belleza de la linda dama,

Entra en el pecho de Garin, talando

La santidad, y su divino bando.

Conoce el afligido el fuego ardiente,

Y procura con ánimo esforzado
10

Evitar tan mortal inconveniente,

Y destruir tan infernal cuidado:

Hace discursos el Varon prudente,

Y viéndose confuso y apretado,

Determinado de pedir consejo,
15

Su pasión dice al ermitaño viejo.

A quien la causa, su pasión descubre;

Con quien su mal procura, se aconseja;

Llega el cordero al lobo, que se cubre

Y disimula con la piel de oveja:

20

Y él, contento de oír, el daño encubre

Arcando á veces la una y otra ceja,

Como maravillándose, y sintiendo

Aquel caso tristísimo y horrendo. [19]

Dice Garin su lástima y congoja,
25

Ora con faz de amarillez teñida

Por el dolor, ora de empacho roxa,

Con baxa voz en lágrimas rompida;

Y mostrando tambien que se congoja

El traidor de su pena dolorida,
30

Encubriendo mejor lo que en sí esconde,

Así á Garin con blanda voz responde.

No solo, ó padre, no ha de dar tormento

Esa pasion que vuestro pecho aflige,

Sino consolacion, gozo y contento,
35

Considerando quien la ordena y rige:

Los que el Señor para su excelso asiento

Con su infinita providencia elige,

Siempre quiere que sean apurados

En semejantes penas y cuidados:
40

Y que muestren la santa fortaleza

De que han de estar armados los varones

Que desean gozar la eterna alteza

Entre los celestiales esquadrones;

Asi que, padre, no mostreis tibieza,
45

Como la muestran ya vuestras razones,

Sino seguid con ánimo la empresa,

Pues en su peso el mérito se pesa.

Bien veis quan grande exemplo y testimonio

Nos son de lo que digo, padre amado,
50

Hilario, Paulo, Juan, Macario, Antonio,

De fortaleza cada qual dechado:

Resistid á la fuerza del demonio,

No dexeis el camino comenzado,

Apurad vuestro espíritu en la llama
55

Que causa la presencia de esa dama. [20]

No conviene que sea tan cobarde

Quien sirve á Dios que del peligro huya,

Es menester que al enemigo aguarde,

Pues ha de ser en honra eterna suya:
60

Si el alma ahora en ese fuego arde,

Con valor su templanza restituya,

Y así merecereis por la vitoria

Como varon perfeto mayor gloria.

¡O fiera brava de veneno llena,
65

Monstruo cruel, perverso y pernicioso,

Que con la voz y rostro de sirena

Encantas al mas sabio y valeroso!

¡Simulacion traidora, que condena

Tu trato doble, infame y alevoso
70

A que valga el doméstico enemigo

Lo que el tesoro del leal amigo!

¡O tirana absoluta de las cortes,

A donde no hay Proteo que te iguale

En variar de trazas y de cortes,
75

Segun las formas del que puede y vale,

Tomando alturas mil, mudando nortes

A cada viento que reynando sale

Por los profundos golfos espantables,

Solo á tí y tus sequaces navegables!
80

Si en el excelso trato cortesano

Tú no mezclases tu mortal cicuta,

Y en dulce estilo gravemente llano

A la verdad dexases resoluta;

¡Ay quanta de Jacob trocada mano
85

Viéramos, bendicion dando absoluta

A quien mas justamente le tocase,

Sin que simulacion se lo estorbase! [21]

Pues quanto en la milicia heroyca y alta

Donde honor y valor tienen su punto,
90

Donde sublima, donde fama exalta

Las cosas con excelso contrapunto,

¿Cuanto tú contrapuntas? quanta falta

Por tí se tiene? y quanta sobra? y junto

Quanto daño y ruina? varios puestos
95

Trocados por tu mano, y contrapuestos?

Lobo voraz, airada tigre horrible

En traje de cordero y de ovejuela,

Zángano ponzoñoso, aborrecible,

En hábito y susurro de abejuela,

100

Grande miseria, daño muy terrible,

Caso que en l'alma al justo es justo duela,

Que el trato fiel que la amistad requiere

La infiel simulacion así adultere.

La infiel simulacion, por cuyas sobras
105

Pobre y desnuda vas filosofía,

Por ser el trato de tus justas obras

El que verdad, el que modestia cria:

Donde salvarte tú debes, zozobras,

Y ella se salva do morir debria.

110

Tanto daña á tu sabio y fiel intento

Su bárbaro y su infiel atrevimiento.

Podrá guardarse facilmente el hombre

De quien tuviere manifiestamente

De su adversario título y renombre,

115

Aunque sea fortísimo y valiente;

Pero de aquel amigo, que en tal nombre

Envuelve esta mortífera serpiente,

No se puede guardar: que el fiero daño

Viene qual aquí vino al ermitaño.

120

[22]

El qual vuelve engañado así á su cueva,

Con un grande propósito encendido

De emplear su virtud con fuerza nueva

Hasta ver su mortal deseo rendido;

Mas este buen propósito que lleva

125

Presto fué con su fuego consumido,

Con su fuego cruel, con aquel fuego

Que consume la vida, y el sosiego.

Recibíole la dama generosa,

Mostrando en el cristal resplandeciente
130

En los dos soles, y en la fresca rosa,

(Helado asiento del amor ardiente)

Que sin consuelo, triste y temerosa

Había estado mientras dél ausente:

Esto diciendo con tan dulce acento,
135

Que por oírla se paraba el viento.

Como suele salir la blanca aurora

Del negro albergue de la noche oscura

Con el alegre rostro que enamora,

Vertiendo maravilla y hermosura,
140

Tal sale de la cueva la señora

En rostro alegre, en corazón segura,

Conque al monje enamora y maravilla,

Hermosura vertiendo y maravilla.

No tan presto sus luces se encontraron
145

Con las que de los ojos del salieron,

Quando el intento principal borraron,

Y el propósito santo consumieron:

Ambos alegres en la cueva entraron,

Y entre varias razones estuvieron,
150

Hasta que ya cansado y anhelante

Esto pasó del mauritano atlante. [23]

Ya mostraba la luz qualquier estrella

Que le reparte la febéa mano,

Ya la casta Lucina blanca y bella
155

Hacia su curso tras su rubio hermano,

Plateaba su clara y fría centella

El monte, el mar, la playa, el valle, el llano,

Y esparciendo venía ya Morfeo

Las descuidadas aguas de Leteo.
160

Quando Garin, rendido ya y postrado

Al enemigo riguroso y fuerte,

El ser de la razón preso y atado

En ásperas cadenas de la muerte,

Del alma, tan amada, ya olvidado
165

Como cosa de poco precio y suerte,

De hombre, y tan bueno, se convierte en fiera,

Qual si Medéa, ó Circe le prendiera.

Ya la noble doncella que esperando

Está de oír lo que él decir solía,
170

Con ambiguas palabras murmurando

Confusa y atajada la tenía,

Y con furioso atrevimiento osando

Ya sus honestas tocas componía,

Ya llegaba á las ropas, ya impaciente
175

Daba licencia al suspirar ardiente.

Ya las madexas de oro le tocaba

Temblándole las manos temerosas,

Y en las delgadas hebras se enlazaba

Como en fuertes cadenas poderosas,
180

Ya con menos temor acariciaba

Las tiernas azucenas y las rosas,

Y entre la no tocada nieve fría

Como en ardiente fragua se encendía. [24]

Ya entre las tuyas toma aquellas manos
185

Blancas, largas, suaves, delicadas,

Que vencieran leones inhumanos,

Mortíferas serpientes enconadas;

Y en estos actos viles y profanos

Se vieron las mejillas matizadas
190

De un fino rosicler, con que encendiera

La mas helada salamandra y fiera.

Volvia los ojos la doncella honesta,

Triste, turbada, atónita y confusa,

Como si preguntara, que obra es esta
195

Tan nueva, ó padre, que tu mano usa;

Y aunque él la entiende, no le da respuesta,

Que bien conoce que no tiene excusa,

Ni desiste del acto torpe y ciego,

Rendido al sensual furioso fuego.
200

No solo no le ataja con mirarle

Con castos ojos, la gentil doncella;

Mas antes sirve para acrecentarle

Con fuerza nueva la mortal centella:

Siente aquellos espíritus entrarle,
205

Que salen de la una y otra estrella,

Al tierno corazón, donde esforzados

Aumentan los deseos y cuidados.

Ya el carro de la noche, gobernado

Por el silencio y por el sueño, había
210

De su viage la mitad andado

Por la estrellada relumbrante vía,

Quando Garin en llamas abrasado

La luz pequeña que en la cueva ardia

Mató, porque sin duda al que mal hace
215

La luz no le apetece ni le aplace. [25]

Viendo tras tantas novedades esta,

La doncella temblando se arrincona

Hácia una parte de la cueva, y puesta

Entre mil dudas entre sí razona;
220

Pero Garin, toda razon pospuesta,

Violó su castísima persona,

Ni en él, ni en ella, habiendo resistencia,

Rotas las armas ya de la conciencia.

¡O mas que vidro fragil suerte nuestra
225

Con que facilidad te precipitas!

¡O furia que diabólica maestra

A tan mortales obras nos incitas!

¡O carne poderosa, brava y diestra,

Con armas que tú misma inhabilitas!
230

¿Quien sino tú causar pudiera tanto

En un varon tan escogido y santo?

¿Que poderosas fuerzas de leones

No fuerzas con las tuyas invencibles?

¿Que entrañas de diamante y corazones
235

Son á tus sentimientos resistibles?

¿De quien no cuentas tú en cien mil blasones

Triunfos, á no ser vistos, increíbles?

¿Quien á Anibal tanto en Italia daña?

¿Quien perder hace al gran Rodrigo á España?
240

¿Quien el que á tantos bravos Filisteos

Hizo con la quixada mil pedazos,

Dando al fiel pueblo célebres trofeos

De mil infleles poderosos brazos,

Trae rendido á gustos y deseos
245

De tan falsos y míseros abrazos,

Que de alma y cuerpo, vista y vida quita

La desesperacion le precipita? [26]

¿Quien al que á Dios en corazon conforme

Tan santo fué, tan valeroso y fuerte,
250

Fuerza á adulterio, y á homicidio enorme,

Con solo dél dexar desnuda verte?

A quien para que desto se reforme

Particular aviso se lo advierte

Con alto exemplo de notable espanto,
255

Que es menester contra tus fuerzas tanto.

¿Y quien al hijo deste (que advertido

Tanto lloró con penitencia tanta)

Tan sabio y poderoso, y tan querido

De la divina mano eterna y santa,
260

Le tuvo entre los ídolos metido,

Con ceguedad y error que al mundo espanta,

Sino tú, carne, que con tu flaqueza

Triunfas de humana ciencia y fortaleza?

Apenas cometió el estupro, quando
265

Movió en Garin con ronco son y horrendo

Del arrepentimiento el fiero bando

En confuso rumor tan alto estruendo,

Que el discurrir de la razon turbando,

Y el alma y corazon estremeciendo,
270

Le puso en punto de dolor tan fuerte,

Que estuvo casi para darse muerte.

En su forma terrible y espantosa

La confusion se le mostró delante,

Y con turbada vista y rigurosa,
275

Qual la del lince fuerte y penetrante,

El arrepentimiento en faz llorosa

Le mostró del pecado aquel semblante

Lleno de espanto y de terror, y lleno

De cruel y mortífero veneno.

280

[27]

En reñida batalla brava y fiera

Con estos poderosos combatientes

Garin quedó, tal que mover pudiera

A compasion leones y serpientes:

De pena el alma un mar amargo era,

285

Y de amargo dolor los ojos fuentes,

Y de congoja el corazon cuitado,

Un fuego vivo, riguroso, airado.

¿Mas quien la pena de la dama bella

Podrá decir, y la congoja brava?
290

Era una larga fuente cada estrella,

Que los claveles y el jazmin regaba:

Lloraba el mismo amor allí con ella,

La castidad con ella allí lloraba,

Y las gracias lloraban juntamente
300

En sus ojos, mexillas, boca y frente.

El blanco pecho con rigor heria,

Guedejas se arrancaba de oro fino,

Las delicadas manos se mordía,

Arañábase el rostro, cristalino,
305

Y con la voz que al viento suspendía,

Con triste lloro y suspirar contino,

Llamaba en su favor la triste dama

La muerte, que no viene á quien la llama.

La muerte, que no viene á quien la llama,
310

Llama llorando en voz amarga y triste;

Triste tanto, que el llanto que derrama

Derrama el alma que en su cuerpo asiste:

Asiste el duelo ardiendo en viva llama,

Llama que la vergüenza enciende. Oiste
315

Oiste, amor, que lloras con su llanto,

Llanto que te forzase á llorar tanto? [28]

Así estuvieron hasta que en la cumbre

De la montaña vieron que la Aurora

Doraba con los rayos de su lumbre
320

Los esmaltes riquisimos de Flora;

Y entonces con turbada pesadumbre

Salió el contrito mísero, que llora

Su triste culpa, y la espantosa pena

A que le precipita, y le condena.
325

¿A donde vas, Garin? tente, no vayas,

Guárdate de mayor inconveniente,

No te ciegue el dolor, mira no cayas

En otro rio de mayor corriente:

Guarda que quando aconsejado te hayas
330

Con la cruel mortífera serpiente,

Que tú tienes por santo compañero,

No sea otro mayor despeñadero.

Va Garin por consuelo al falso viejo,

Queda la dama en desconsuelo horrible:
335

El busca quien le pueda dar consejo,

Ella no puede dalle al mal terrible:

Mira su culpa él, como en espejo,

En la faz del pecado aborrecible:

Ella mira su bien, mira su gozo,

340

Caido todo en un profundo pozo.

A la cueva del falso monge llega

Con tal congoja y pena el monge pobre,

Que con el llanto que su rostro riega

Muestra quanto el dolor le aflija y sobre;
345

Y pudo tanto la cruel refriega

De los sentidos, que postrado sobre

La dura peña, como peña dura

Quedó perdida la vital figura. [29]

Haciendo muestra de piadoso amigo
350

Con diligencia corre á socorrerle

El pérfido, sagaz, ímpio, enemigo,

Siendo solo su intento el ofenderle;

Y vuelto en sí, y á él, Garin: yo os digo,

Dice, padre, que ha sido el defenderle
355

Al alma su partida deseada

Grande piedad, con impiedad mezclada.

Que aunque ella gana en no partirse ahora

Con culpa digna de tan gran tormento,

Tal es mi fuerte pena moradora,
360

Que le diera el partirse algun contento.

Así dice Garin, y gime y llora

Con tan amargo y grande sentimiento,

Que no pudiendo ser, casi parece

Que su enemigo dél se compadece.
365

Al fin con triste voz que se rompía

Con mil sollozos donde toma forma,

De lo que el falso viejo bien sabía

Con grande empacho y gran dolor le informa;

Y quando el caso ya escuchado habia,
370

Como quien gran dificultad reforma,

Que está profundamente imaginando,

Así muestra el traidor estar pensando.

Puesta la barba sobre el pecho estaba,

En el báculo el cuerpo reclinado,
375

Ya los ojos abria, ya enarcaba

Ambas las cejas, el color mudado;

Mas mostrando el cruel al fin que daba

Verdadero remedio á su cuidado,

Con animosa voz al monge dice,
380

Que no se aflija, ni se martirice. [30]

Que acuda luego á remediar el daño

Antes que sea mayor, y mas le ofenda,

Que aunques tan grave el caso, y tan extraño.

Si presto se procura tendrá enmienda:
385

Que le parece que use algun engaño

Para que su flaqueza no se entienda,

Pues los casos injustos el discreto

Suele desagravar con el secreto.

Y que pues la pasión que ahora manda
390

A la razón, y al buen discurso, impide

Poder él escoger lo que demanda,

Y su consejo en aquel caso pide,

Que le parece, pues tan lejos anda

Del remedio que al mal se quadra y mide,
395

Que mate aquella dama, y que la entierre,

Y que él de la montaña se destierre.

Turbóse oyendo aquello el afligido,

Y replicó mil cosas en contrario;

Mas con otras cien mil fué persuadido
400

Por el fuerte astutísimo adversario.

Y aunque de varias dudas combatido,

Teniendo á aquel traidor por un Hilario,

En hacer lo que dice se resuelve,

Y á su cueva tristísimo se vuelve.
405

Olvidado del todo de sí mismo

Con la pasión que en las entrañas ceba,

Haciendo ya un confuso silogismo,

Y aun discurso de horror, llega á su cueva:

Llama siempre un abismo á otro abismo,
410

Y un daño en mil nos precipita, y lleva

El pecado tras sí, como cadena,

Mil eslabones de tormento y pena. [31]

Halló á la triste dama de tal suerte,

Y tanto la aterró con su presencia,
415

Que para recibir la fiera muerte

Hizo poca, ó ninguna resistencia.

¡Ay alma ya rendida, ay furia fuerte!

¡O terrible rotura de conciencia!

¡O corazon al de Satán conforme!
420

¿Así intentais un caso tan enorme?

Atónita la dama y vergonzosa,

De la cueva en la parte mas interna

Se arrinconó, sin duda deseosa

De esconderse en hondísima caverna;
425

Y allí la mano injusta y rigurosa,

Que el infernal furor rige y, gobierna,

Llegó con un cuchillo no afilado

Para tan fiero y tan atroz pecado.

Detén, Garin, la mano, no te arrojes
430

A maldad tan enorme y atrevida:

Mira bien, desdichado, quan mal coges

El fruto de las obras de tu vida:

No dividas, cruel, no desalojes

Esa alma de esa carne su querida:
435

Acude á Dios, ¿qué olvido te enagena

De su clemencia de dulzura llena?

Al fin, del infernal poder vencido,

El fiero monge va á la dama bella,

Y el cuchillo mortal apercebido
440

Pasa por la garganta tierna della.

Cayó el hermoso cuerpo ya rendido

A la fiera que todo lo atropella:

¡Cayó el hermoso cuerpo, ay fiera muerte!

Quan espantable en caso tal y fuerte.

445

[32]

Qual tierna rosa al asomar del día,

Quando de fino rosicler pintada

Sus hojas con fragancia desparcia,

Que fué de su materno pié cortada,

Y con los rayos que el planeta envia,

450

Siendo en la tierra al cielo abierto echada,

Se marchita, y lo blanco y roxo, y verde,

El olor, la belleza, y gracia pierde;

Así el cuchillo y la inhumana mano

Que en la garganta su furor probaron,
455

Perdida su frescura y su verano,

A la dama bellísima dexaron;

Así aquel cuerpo y rostro mas que humano,

Donde tanto las gracias se esmeraron,

Quedó, perdida la belleza y gracia,
460

Dignas del canto del cantor de Tracia.

¡O miserable y lastimosa muerte!

¡O furor infernal! ó mano airada!

¿Cómo pudiste, cómo, dí, atreverte

A tal crueldad tan fieramente usada?
465

Antes tú misma habias de ponerte

A ser con el mortal cuchillo asada

En un fuego qual tu bravo y furioso,

Como la del Romano valeroso.

El claro sol se escureció al instante
470

Que con un ay! rindió la dama el alma:

Mil visiones Garin vió allí delante:

Mil gritos dar, batiendo palma á palma

En mil truenos el cielo resonante

Trocó la dulce y apacible calma:
475

El alto monte fué vayveneadado

De un súbito temblor arrebatado. [33]

En lo mas hondo de otra cueva oscura,

Para esconder el bello cuerpo frio,

En un momento abrió una sepultura
480

El triste monge, aunque sin fuerza y brio;

Y allí enterrado, parte y se apresura

Hacia la cueva de su amigo pío,

Adonde el pobre, en vez del ermitaño,

Vió de que era demonio el desengaño.
485

Con risa, y con el dedo señalando,

Recibe el monge falso al verdadero,

En su contento y ademán mostrando

Ser su enemigo poderoso y fiero:

Llegó de pena al postrer punto, quando
490

Su daño vio Garin tan por entero;

Y así cayó en el suelo sin sentido,

Casi del todo al gran dolor rendido.

Quisiérale ayudar á dalle muerte

Con mayor obra el áspero enemigo,
495

Aunque de aquel desmayo largo y fuerte

Piensa llevarse el alma ya consigo;

Pero tuvo Garin mas buena suerte,

Fuéle mas pío el cielo y mas amigo,

Pues vuelto en sí del parasismo, pudo
500

Hacer contra la muerte eterna escudo.

Alzase mejorado y fervoroso,

Y con el enemigo al punto cierra

Armado de la cruz, arnés dichoso

Que al fiero engañador vence y destierra,
505

Y con esto animado y temeroso,

En lo mas intricado de la sierra

Al momento emboscándose se esconde,

Puesto en huir del injuriado Conde. [34]

Con tristes rayos el que alegra el mundo
510

Volando por su esfera se subia,

Dando causa á Garin de horror profundo

Con que aumente su pena y su agonía,

Viendo que el sol, mostrándose iracundo,

Con priesa tal las horas ya traía,
515

Que visitada suele ser la dama

Con los regalos de quien tanto la ama.

Vuela el sol, vuela el monge; el uno al curso

De su veloz carrera acostumbrada,

El otro á procurar mejor recurso
520

Que el de su iníca y falsa camarada:

No el temor á Garin quita el discurso,

Antes le aviva, y de la sierra amada

Toma seguro puesto y oportuno,

Antes que venga á ver la dama alguno. [35]
525

Despues que el enemigo bravo y fuerte

Del incauto Garin hubo triunfado,

Y en las gruesas cadenas de la muerte

Revuelto le dexo y aprisionado,

Aquel divino espiritu que advierte
5

Al alma, de quien es por guardia dado,

Quanto conviene á su esencial gobierno,

Dixo á Garin en su secreto, interno.

Vencido quedas por el enemigo,

Pecaste lastimosa y gravemente,

10

Mira la ofensa, tiembla del castigo,

Goza, Garin, de la ocasion presente,

Repara en las razones que te digo,

Llora, y haz pentencia suficiente,

No tienes ante el justo Dios disculpa,
15

Parte luego á purgar tu grave culpa.

Oyó la voz el alma arrepentida,

Que de fiero dolor arrebatada

Casi no daba al triste cuerpo vida,

Dél en su confusion enagenada;
20

Y al son divino y dulce resentida,

Aunque de mil pasiones aquejada,

Al cuerpo anima, y lo que oyo revuelve,

Y á tomar el consejo se resuelve. [36]

La fria noche, el ayre, el cielo y tierra,
25

Confuso en sombra lóbrega encerraba,

Y con tristeza en la fragosa sierra

Los árboles el viento meneaba:

La cueva que el leon ardiente encierra

De sus ronos rugidos resonaba,
30

Las sordas aguas triste son hacian,

Y las del rio y las del mar se oían.

Quando temblando sale el ermitaño

Del secreto escondrijo, y como mira

Aquel horror nocturno tan extraño,
35

Con mayor miedo dentro se retira;

Pero resuelto en remediar su daño,

Como su buen espíritu le inspira,

Vuelve á salir, y en el oscuro cielo

Puestos los ojos, póstrase en el suelo.
40

Y con voz dolorosa y triste dice:

Pequé, Señor, en tu real presencia:

Sé, mi Dios, que la ofensa que te hice

Mortal trae consigo la sentencia:

Veo quan al contrario satisface
45

A mi debido amor y continencia:

Mi iniquidad conozco, y mi pecado

Contra mí fieramente veo armado.

Es clara y conocida la justicia

Que contra mí, justísimo Rey, tienes,
50

Por mi grave abundancia de malicia,

Y por mi ingratitud á tantos bienes;

Pero, Dios de la angélica milicia,

Si severo juez al hombre vienes,

Si á la piedad permites apartarse,
55

¿Quien ante ti podrá justificarse? [37]

Yo no solo, Señor, no justifico

Esta alma mia, ilustre imagen tuya;

Pero mi grave culpa te público,

Puesto que en tu saber ella se incluya:
60

Sé que no hay parte en todo el cerco oblíco

Del mundo, adonde de tus ojos huya:

Conozco que á mi grave y fiera culpa

No hay cosa que le pueda ser disculpa.

Y así, mi Dios, no de justicia pido
65

El favor á tu mano omnipotente:

El de piedad que tanto me ha valído

Invoco ahora con afecto ardiente.

Desta, mi Dios, sea yo favorecido

En peligro y en daño tan urgente:
70

Desta la absolucion, Señor, imploro,

Con que borre las culpas por quien lloro.

Tú, Dios, que eres verdad pura, infinita,

Y que tanto de oirla y verla gustas,

Ves que solo mi lengua se exercita
75

En culparme ante ti de obras injustas,

Y que ni un punto de mis culpas quita

Con excusas que sé que no son justas

De inclinacion, y de la culpa y pena

Original, destas miserias llena.
80

Que tú, Señor, que de tu oculta ciencia

Con cierta luz el alma me alumbraste,

Dando á mi voluntad libre potencia

Que á resistir al enemigo baste,

Me muestras, pues no tuve resistencia,
85

Que no es razon que yo palabras gaste

En injustas excusas y disculpas,

Que sería aumentar mis graves culpas. [38]

Misericordia simplemente pido

Con corazon contrito y humillado:
90

No le desprecies, dale grato oido,

Qual suele dalle el padre al hijo amado;

Y quanto en mí el pecado ha destruido,

Vuelva á ser por tu mano edificado:

Borra mi iniquidad, y mi desgracia:
95

Vuélveme la alegría de tu gracia.

Vuelve, Señor, tu gran piadosa cara

A mí tu redimida criatura,

Y con la fuerte mano que me ampara

Dame al perseverar fuerza segura;
100

Y darte he yo con penitencia rara,

Con suspiros y llanto de amargura,

Con dolor que mi espíritu renueve,

Lo que un contrito corazón te debe.

Así Garín oró, y al punto un fuego
105

Sintió que dulcemente le encendía

El pecho, que en mortal desasosiego

La fiera ofensa con terror tenía;

Y que en él, al temor helado y ciego

Con un ardor suave consumía,
110

Poniéndole animado ya de suerte

Que emprenda á defenderse de la muerte.

Y esfuerzo nuevo con fervor haciendo,

Vuelto en sí reportado y animoso,

Hacia la mar el rostro revolviendo,
115

Baxa por aquel monte fatigoso,

Y el áspero camino prosiguiendo,

Llegó con el silencio tenebroso

A donde con el llano se termina

El alto monte, enfrente á la marina.

120

[39]

Entonces con mayor cuidado y priesa

Los bien guiados pasos apresura:

Campos, valles, y arroyos atraviesa,

Por malezas, por bosques, y espesura:

Del presuroso caminar no cesa

125

Mientras la noche lóbrega le dura;

Y siempre vuelto el rostro al alto oriente,

Teniendo la marina por de frente.

Abria ya las puertas de levante

La blanca aurora á la diurna lumbre,

130

Y poco á poco le salia delante

Guiando como tiene de costumbre:

Doraba ya mas alta y mas radiante

Del alto monte la enriscada cumbre,

Y el sol ya poco á poco descubria
135

El claro rostro, dulce autor del dia.

Quando Garin el paso apresurado

Detuvo, de ser visto receloso,

Y en intricadas matas emboscado

Estuvo el dia largo y enojoso:
140

De yerbas y agua siendo alimentado,

Y de triste y brevísimo reposo,

Y de oracion y lágrimas ardientes,

Con que los ojos convertia en fuentes

Y á veces, vuelto el rostro al monte amigo,
145

Decia con fervor divino y santo:

No dexaré el camino que ya sigo,

Aunque lo estorbe el reyno del espanto.

A Dios mi dulce albergue, y caro abrigo:

A Dios fértiles peñas, donde tanto
150

Consuelo tuvo, quien sin él ahora

Tan justamente gime, afana, y llora. [40]

A Dios arrieno y rico Monserrate,

Cuya sublime altura á la del cielo

Hará que se trasporte y se arrebaté
155

El alma que gozará su consuelo,

Donde puede subirse de quilate

De la contemplación el largo vuelo,

Y regalarse entre esas piedras duras

Con sus divinos gustos y dulzuras.
160

Donde yo, miserable, poseía

Tan sosegada y apacible calma:

Donde quanto trataba, y quanto via,

Era colmado bien de cuerpo y de alma:

Donde de gloria celestial tenia
165

Parte tan grande en esta fragil palma:

En quien, como no mérita, no cupo,

Ni conocella, ni tenella supo.

Pero si desde que nació he tenido

Esta admirable bienaventuranza,
170

Sin que haya en parte alguna padecido

La ordinaria del mundo malandanza,

Fuera como no ser de Adan nacido

Sino tuviera de tal bien mudanza,

Pues á infalible y á mortal fatiga
175

Forzosamente el serlo nos obliga.

Y así, pues es la general carrera

De los hijos de Adan fatiga y muerte,

No por pasalla yo en su furia entera

Siento perder aquella dulce suerte:
180

Es lo que siento, que mi culpa fiera

Tan alto bien destruya de tal suerte:

Es que por culpa tan atroz y extraña

Pierda yo mi dulcísima montaña. [41]

¡O peñas, mas preciosas que diamantes,
185

Que zafiros, jacintos, y topacios!

¡O plantas bellas, fértiles, fragantes,

Que adornais con tal regla sus espacios!

¡O cuevas, mas hermosas y abundantes

Que reales riquísimos palacios!
190

¡O monte, para mí parte del cielo,

En su santo y dulcísimo consuelo!

No me esperéis, no os veré mas: mi ofensa

De vos me aparta miserablemente;

Y será della en parte recompensa
195

El haber de vivir de vos ausente.

Quiera el alto Señor que lo dispensa,

Que, á gloria suya, deste mal presente

Eterno bien suceda, eterna gloria,

Ganando al enemigo la victoria.
200

Que si en este furioso trance he sido

Roto y desbaratado, espero y creo

Que con victoria quedaré, y válido,

Si llevo á pelear como deseo:

De mi Rey seré luego socorrido
205

Si segun mi propósito peleo,

Yendo á pedir favor á su Vicario,

Contra mi fiero y áspero contrario.

Proseguiré con el favor divino,

Que al santo intento nunca desampara,
210

Este mi comenzado ya camino,

Que en Roma en mi intencion llorando para,

Que desde aquí con viva fe adivino,

Pues la piedad la contricion ampara,

Que he de ser amparado de tal suerte,
215

Que á mi enemigo no valdrá ser fuerte. [42]

Como yo como debo le demande

Al Capitan supremo de la tierra

Favor, socorro, amparo, en este grande

Trance mortal, de rigurosa guerra;
220

Por mas que mi enemigo se desmande

Con el poder que en su impia mano encierra,

De mano tan piadosa quan potente

Espera el lauro mi humillada frente.

Así decia, quando el sol ya daba
225

En las espaldas del infiel atlante,

Y con templados rayos perfilaba

Las nubecillas que tenia delante;

Y él, que la escura noche deseaba,

Sin que haya en ella cosa que le espante,
230

Levántase, y en paso presuroso

Convierte el cansadísimo reposo.

Toda la noche sin parar anduvo,

Y ya que el alba se mostró en oriente,

Pasada Barcelona se detuvo
235

Entre las altas yerbas de una fuente,

Donde escondido poco rato estuvo,

Porque aquel día con el sol ardiente,

Y despues con las sombras tenebrosas

Caminando, llegó el siguiente á Rosas.
240

A Rosas, villa ilustre, y grande puerto,

Llego Garin pasado medio dia,

Del nuevo caminar cansado, muerto,

Y mas de la mortal nueva agonía.

Halló él allí que el general Alberto

245

Su armada ya para partir tenia,

La bandera de leva al viento suelta,

Toda la gente en embarcarse envuelta. [43]

Era de la gran Nápoles la armada,

Que con tormenta habia allí aportado;
250

Y ya de su naufragio reparada,

El tiempo adverso en próspero trocado,

Quería dar la vuelta deseada

Con diligencia al patrio puerto amado;

Y así, puesta señal ya de partida,
255

Se embarcaba la gente apercebida.

A vista pues del puerto, y de la villa,

Se detuvo Garin, mirando atento

El acudir las gentes á la orilla,

Todas al parecer con un intento:
260

La novedad le causa maravilla,

Y un receloso y cauto pensamiento;

Siendo la vez primera que galeras

Ver se le ofrece, y gentes extranjeras.

Aunque el varon prudente, por lectura
265

Y relacion de quien le fué maestro,

Que en santidad, en juicio, y escritura,

Y en las cosas del mundo fué muy diestro,

Con claro entendimiento y conjetura

Hizo luego juicio no siniestro,
270

Y en Rosas entra, y con industria grande

No hay cosa que al seguro no demande.

Y viendo ya que le faltaba el dia,

Cierto y asegurado bien de veras,

De las personas que en la armada habia,
275

Donde van, y quien lleva las galeras;

Del gran peligro y daño que temia,

Seguro con mil pruebas verdaderas,

Salió, aunque con recato y gran prudencia,

Poniendo en embarcarse diligencia.

280

[44]

Y lleno de dulcísimo consuelo

A la marina llega presuroso,

Con esperanza en el clemente cielo

De gozar del pasage venturoso;

Y ya que quiere con humilde zelo
285

Procurar de su intento el fin dichoso,

Conoció entre la gente que iba al puerto

En el respeto al General Alberto.

Llégase á él con santa confianza,

Y dícele humillado: el ser quien eres,
290

Señor, de tu favor me da esperanza,

Y muy, qual tú, será el que á mí me dieres.

Alzóle Alberto, y dixo: en lo que alcanza

Mi mano, alcanzarás lo que quisieres,

Pues el rostro y el hábito asegura
295

Que el complacerte me será ventura.

Sé, Señor, replicó Garin, que partes

Para Nápoles hoy con esta armada;

Y aunque de merecer hay pocas partes

En mi persona mísera y cuitada;
300

Pues tu gracia en todos aquí partes,

No me ha de ser ahora á mí negada.

Es á Roma por fuerza mi viage:

Manda, Señor, que tenga yo pasage.

Con rostro alegre el General la mano
305

Entonces á Garin tomó, diciendo

Con amigable voz y trato humano,

Y al esquife el camino prosiguiendo,

Bien facil es lo que pedís y llano,

Vuestra necesidad y intento entiendo:
310

Venid, padre, conmigo á mi galera,

Que solo á mí para llevarse espera. [45]

Al esquife, que á tierra ya acostado

Aguarda al General, llegan contentos;

Y allí, de los que viene acompañado
315

Despedido con gratos cumplimientos,

Fué en hombros de dos moros levantado,

Y puesto del batél en los asientos,

Que estaban adornados hasta el suelo

De alhombros ricos de pintado pelo.
320

Garin luego tras él, y, luego el resto

De la gente se embarca diligente.

Calan los alieres remos presto,

Vuelan los barcos con la alegre gente,

Desocupan la orilla, mudan puesto;
325

Y vuelta cada qual la aguda frente,

Da la popa á la escala de galera,

Que ya dada á la banda los espera.

Apenas pone el pié en la escala Alberto,

Quando con altos gritos sonoros,
330

Y con dulces clarines á concierto,

Le saludan alegres y gozosos.

Quedó por largo espacio el ancho puerto

Con los acentos últimos gustosos,

Que los llevó por él con voz sonora
335

Eco, de los desiertos moradora.

El planeta mas rico y mas lumbroso,

De arreboladas nubes despejado,

Habia en el océano espacioso

Sus claros rayos ya somorgujado;
340

Y la noche, no el manto tenebroso,

Sino puesto se habia el estrellado,

De dulces esperanzas ciertas lleno

De ser el tiempo próspero y sereno. [46]

Quando sentado el General prudente
345

En su popa real, rica y hermosa,

Con quince Capitanes, y la gente

Contina suya, ilustre y valerosa,

Le sirvieron la cena, realmente

Servida y ordenada y suntuosa:
350

En la qual dió, el General cristiano,

Asiento al monge á su derecha mano.

Bien que lo rehusó Garin, modesto,

Humilde, sábio, sóbrio y vergonzoso;

Pero por fuerza el señalado puesto
355

Con obediencia ocupa el religioso.

Fué bien notada su bondad en esto,

Y su encogido trato y virtuoso;

Y dió muestra evidente en la comida

De ser varon de continente vida.

360

Acabada la cena regalada,

Dió por última postre della Alberto

El orden general de la jornada,

Con discreto propósito y concierto;

Y allí, en breve consulta señalada

365

La hora de levarse de aquel puerto,

Todos del General se despidieron,

Y á sus galeras, y á sus puestos fueron.

El con los de su popa solamente,

Cuyo número ya Garin aumenta,
370

En su real quedó, donde la gente

Ya del amado sueño se alimenta.

Manda dar á Garin lugar decente

En el escandelár, porque no sienta

Tanto las pesadumbres de galera,
375

Como sin este cómodo sintiera. [47]

Retíranse al fin todos, entretanto

Que el partir esperado se dilata,

Al silencio entregando todo quanto,

El activo rumor ordena y trata:
380

Rindiéndose al suave y dulce encanto,

Que en olvido las almas arrebató,

Quedando solamente en pié y despiertos

Los de la guardia, con cuidado alertos.

Así estuvieron hasta que tocado
385

En la mitad de su camino había

La noche, y de la guardia el señalado

Quarto segundo ya rendir se via;

Que entonces, en un tono levantado,

Que en vuelo por el ayre se esparcia,
390

Un alegre clarin con voz sonora

De la partida señaló la hora.

En dulce calma está la mar quieta,

Que ni á ella ni al ayre mueve el viento:

La gente al blando sueño está sujeta,
395

Sin hacer un pequeño movimiento.

Tan solamente el plástico trompeta

Españe por el aire el alto aliento,

Dando con varios son alegre nueva

De aquella alegre y deseada leva.
400

Como del centro de la mar salido,

O del cóncavo cerco de la esfera,

Así sonaba en el atento oído

El alto son de aquella voz primera.

Oyóse, el gran silencio entretenido,
405

La pausa del primer aliento entera;

Mas esta, el hombre apenas acababa,

Y para la segunda respiraba. [48]

Quando como si el carro tenebroso,

Qual el de Faeton roto y abierto,
410

Con ímpetu y estruendo riguroso

A dar viniera en aquel ancho puerto,

Un rumor se levanta presuroso;

Y en un momento cada qual alerta

Atiende á su faena diligente,
415

Y á lo que manda el cómitre prudente.

Abaten, zarpan en un punto, y cian,

De tierra el cabo ya desamarrado:

Del puerto salen ya, ya se desvían

Del que á las veces es tan deseado.
420

Sostan la boga, la galera avían,

Tras la real el curso enderezado,

Que por guia de todas vigilante

El fanal encendido va delante.

Al céfiro esperado desplegaron
425

Las velas del trinquete los proeles,

Y sin que las hinchiese navegaron

Bogando algunas millas á quarteles;

Pero, ya que en el alto golfo entraron,

Avivando el favonio los pineles,
430

El cómitre silbando luego ordena

Levar los remos, y amaynar la entena.

Afrenillada ya la palamenta,

Viene la entena abaxo con ruido:

La espiga en un momento se le aumenta,
435

Y en un punto el bastardo está tendido.

Iza la chusma alegre ya y contenta

Del viento á su descanso que ha venido:

Sube la entena, y llega á dar al tope:

Va la galera mas que de galope.
440
[49]

Con aquel fresco embate navegaron

Hasta que viendo de Titon la esposa,

Alegres y devotos saludaron

Al Hacedor de aquella luz hermosa;

Y en acabando la oracion calaron
445

Remos, con que saltó la agua espumosa

Del apacible golfo sosegado,

Ya del hermoso sol iluminado.

El son agudo de la campanilla

Del breve sueño al buen Garin despierta,
450

Y escucha con atenta maravilla

Lo que se trata ya sobre cubierta.

El cuerpo y alma el ermitaño humilla,

Y á la santa oracion abre la puerta,

Alzado de las tablas donde estaba,
455

Y no del traspontin que le esperaba.

En éxtasis divino arrebatado,

Los ojos vueltos, y las manos puestas,

Está el contrito monge trasportado

En divinas demandas y respuestas:
460

El rostro y pecho con fervor bañado

En lágrimas ardientes, ya dispuestas

A recibir favor de amor eterno,

Para prevalecer contra el infierno.

Con un suspiro de dulzura lleno
465

De aquel santo consuelo se levanta:

Las lágrimas enxuga al rostro y seno,

Y compone la voz en la garganta.

Sube del ayre lóbrego al sereno,

Tanta virtud mostrando, y bondad tanta,
470

Que en viéndole subir, toda la gente

Se le humilla y ofrece juntamente. [50]

Llévanle á popa, donde la nobleza

Le acoge y acaricia y honra tanto,

Como si se tuviera gran certeza
475

De que era el afligido Garin santo:

Y ellos con caridad y con llaneza,

Bendecidos y honrados fueron quanto

Por el discreto monge convenia,

Usando humilde y santa cortesía.

480

Y retirado luego en un asiento

De un corredor, que por defuera daba

Maravillosa gracia al ornamento

De la soberbia popa extraña y brava,

Dió rezando las horas alimento
485

Al alma, que de aquello alimentaba;

Recogiéndose allí de la manera

Que si solo en un páramo estuviera. [51]

Canto IV

Hecho el santo ejercicio acostumbrado

En el mismo lugar entretenido,

Garin contempla el golfo sosegado

Al claro sol en plata convertido,

Y el resplandor alegre tremolado
5

Dulcemente le tiene divertido;

Luego la vista donde está convierte,

Y allí mas se entretiene, y se divierte.

Mira de la real popa sublime

Puesto en su punto el arte y la riqueza:
10

Los ojos, en pié puesto, en ella imprime,

Y admira la riquísima belleza;

Pero la vista un poco mas reprime,

Para ver con mas gusto y entereza

Parte por parte de la gran hechura
15

La milagrosa traza y compostura.

La materia es marfil, ébano, y oro,

De la real y artificiosa popa.

En la ancha basa está historiado el toro

Que pasa el mar Cretense con Europa:
20

De la dama el espanto, el miedo, el lloro,

Y el movimiento del cabello y ropa

Exprime lo esculpido de manera,

Que mostrar mas lo vivo no pudiera. [52]

Desde la bella basa que restriba
25

En el suelo de flores matizado

Del corredor, hasta el bandil de arriba,

Que en forma de cornisa está labrado,

Hay quatro dioses Términos, que arriba,

Cada qual con el brazo levantado,
30

A dar por pié la mano á las primeras

Ménsulas, que sustentan las tixeras.

De los hermosos Términos, ornados

De trofeos marítimos infieles,

Estan los tres vacíos empleados
35

En el arte bellísimo de Apeles.

Muestran estos tres quadros señalados

Quanto pueden mostrarnos los pinceles,

Representando en su color diversa

Tres batallas navales del gran Persa.
40

En el quadro primero se mostraba

Negroponte del mar Egeo ceñida,

Que de galeras bárbaras estaba

Confusa y fieramente circuida;

Y por la angosta parte que miraba
45

A la costa de Grecia, la reñida,

La fiera, la sangrienta, la espantosa

Batalla, de ambas partes peligrosa.

Xerxes con casi mil y quatrocientas

Galeras con Temístocles pelea,
50

Que, dél acometido, con quinientas

La griega industria y el poder emplea;

Pero la noche, envuelta en las violentas

Tinieblas, la victoria que desea

Cada qual de los dos aquí les quita,
55

Con pérdida de todos infinita. [53]

En la segunda tabla otra batalla,

Allí en el mismo mar de Negroponte,

Se muestra tan sangrienta, que al miralla

Se via turbar la luz del horizonte:
60

En la qual la famosa griega malla

Fue retirada al Artemisio monte,

Donde á los Jónios escribió el famoso

Temístocles su exceso vergonzoso.

En el tercero quadro el gran Corinto,
65

La isla Salamina al istmo enfrente,

El espumoso mar en sangre tinto,

Y lleno de la infiel soberbia gente:

Un intricado y fiero laberinto,

Que allí formaba el infernal tridente,
70

Del número de fustas excesivo,

Representaba lo pintado vivo.

Tan vivamente el arte los sentidos

De cada cosa allí representaba,

Que no la vista, pero los oidos,
75

Con espanto dulcísimo engañaba.

Parece que se oian los ruidos

Que aquella belicosa gente brava

Mostraba en el pintado movimiento,

Qual si gozára de vital aliento.
80

Aquí los fieros Persas, y Atenienses,

Y acullá los Corintos, y sus Jónios;

Allá los bravos Medos, y Focenses,

Y allí los Partos, y Lacedemonios;

Acá los negros Indios, y Tricenses,
85

Y allá los Pílios, y los Paflagonios,

Vierten sangre, dan fuego, desbaratan,

Rompen, abren, destrozan, mueren, matan. [54]

Aquí se via una muger famosa

En favor del confuso Persa armada,
90

Tan valiente y tan brava quan hermosa,

Y, mas que todo aquesto, apasionada:

La gran Reyna de Caria, que amorosa,

Tras tener en su cuerpo sepultada

De su muerto marido la ceniza,
95

Con el vano sepulcro le eterniza.

Esta tambien con los del fiero bando

Del roto Persa, vergonzosamente,

Al viento y mar la vela y remo dando,

Huye de la furiosa griega gente;
100

Y aquel consejo á todos acordando

Que á Xerxes dió de plática y prudente,

Mostró, con gloria de su sexô y nombre,

Ser digna en todo de inmortal renombre.

Su galera, de muchas perseguida,
105

La pintura vivísima mostraba,

Con la vela mayor llena y tendida,

Y con la presta boga, que volaba.

Fué mas que todas las demás seguida,

Dándole caza porfiada y brava,
110

Cada qual aspirando á la promesa

Que Atenas hizo por tan rica presa.

Mas, aunque no alcanzaron esta gloria,

Que fuera la mayor con que pudiera

Ilustrar de los Griegos la memoria
115

La Fama, de sus cosas pregonera;

En lo demás se via la victoria

Pintada de su padre de manera,

Que á hierro y agua y fuego y fuga, rota

Quedó del Persa la soberbia flota.
120
[55]

Ya que de la siniestra banda habia

Visto Garin la obra delicada,

Y aquella grande historia que él sabia

Tan vivamente allí representada,

Por donde el ancho corredor hacia
125

A la espaciosa timonera entrada,

Pasó á gozar en la derecha parte

De lo que ya le prometia el arte.

Mira por el mismo orden compartida

La obra, y en la basa de escultura
130

Medusa bella, por el mar traída,

De un gran caballo á su placer segura.

Muéstrase mas alegre y atrevida

Que Europa, y con mas gracia y hermosura:

Todo lo qual le fué dañoso tanto,
135

Que en fealdad se convirtió y espanto.

A los tres quadros de pintura luego

Alza la vista, y en el uno mira

De dos armadas encendido un fuego,

Y un bélico furor que al mundo admira,

140

Y un caudillo de amor turbado y ciego,

Y otro abrasado en vengativa ira:

Es Marco Antonio el torpe, y el airado

El grande Octaviano su cuñado.

Entre las dos armadas, mil galeras,
145

Casi en iguales partes repartidas,

Daban al ayre claro las banderas

De las Romanas gentes divididas;

Y en el fértil Epíro, en las laderas

Del Accio promontorio, al mar tendidas,
150

Los dos campos estan de los Romanos,

Vueltos al mar, las armas en las manos. [56]

Solo representaba lo pintado

En este primer quadro, presentada

La batalla del uno y otro lado,
155

En orden puesta la una y otra armada:

En la segunda tabla, ya trabado

Se via el gran conflicto con la airada

Furia, que suele en estos trances tales

Emplear sus rigores infernales.
160

Allí se vian llamas encendidas,

Que llegaban furiosas á su esfera;

Allí en el ayre denso suspendidas

Nubes de vista tenebrosa y fiera;

Allí de astadas armas impelidas
165

El daño se mostraba de manera,

Que el mar, de muertos lleno, está revuelto,

Y en espumosa y negra sangre vuelto.

Pero quien el furor que las espadas

Muestran allí podrá decir, al punto
170

Que se ven las galeras abordadas,

Y el confuso tropel de armados junto,

No solo por los vivos gobernadas,

Que aun dañan en las manos del difunto,

Hallando en ellas mil varones fuertes,
175

Por varios casos mil, mil várias muertes.

Pone la vista, al fin, en el tercero

Quadro de la pintura artificiosa,

Y mira el fin de aquel conflicto fiero

Con la roca de Antonio lastimosa;
180

De Antonio, que de honor rompiendo el fuero

Huye, no de prision, ó muerte honrosa,

Sino por ver huir desto á Cleopatra,

En quien el torpe idólatra idolátra. [57]

Y de la Reyna aquí el vaxel se via
185

Con la purpúrea vela desplegada,

Que aunque era tarde ya, se descubria

Por ser de las demás diferenciada;

Demás que la sagaz muger hacia,

En medio de la fuga acelerada,
190

Alzar de quando en quando un fuego, para

Que su querido Antonio la atinara.

Era de ver allí la fuga della,

Y el presto seguimiento dél, causado

De la fuerza de amor, viva centella
195

En que el lascivo amante está abrasado:

Infame fuga y trágica, que en ella,

Herido Antonio, muere desangrado

Al pecho de Cleopatra, y ella muere

Del áspid con que el pecho airado hiera.
200

Echa á fondo y abrasa quanto topa

El grande Augusto en su mayor ventura,

Que el ser de Asia, y de Africa, y de Europa

Monarca esta victoria le asegura.

Al fin llegaba de la bella popa
205

Todo lo de pincel y de escultura

A su perfeto punto, en qualquier parte

De las que se requieren en el arte.

Pero si quan pintor fuera adivino

El que pintó la popa suntuosa,
210

El arte y el ingenio peregrino,

Y la mano sutil y artificiosa,

Y el elevado espíritu divino

Que empleó en la labor maravillosa,

Sin duda lo empleára en otra historia
215

Para ganar eterna fama y gloria. [58]

En la marina misma allí pintada

Del Egéo revuelto y espumoso,

Pintára aquella célebre, jornada,

Aquel gran vencimiento milagroso,
220

Donde mostró la dulce paz amada

Un rayo de su rostro tan hermoso,

Con Pedro, y Diego, y Marco, y la florida

Gente del mundo en santa liga unida:

Donde por Pio Quinto, y por Venecia,
225

Y por Felipe, el gran Don Juan su hermano,

Breve consuelo á la afligida Grecia,

Y espanto del imperio del tirano,

De la infelice gente que desprecia

El nombre felicísimo cristiano,
230

Tuvo tantos marítimos trofeos,

Que pudieron quadrar con sus deseos.

¡O pio! ó santo! ó singular prelado!

Lleno de zelo paternal divino,

Vuestro alto intento en viva fe fundado
235

Abrió al poder cristiano este camino,

Para ver su estandarte enarbolado

En la grande ciudad de Constantino,

Y librar el sepulcro y santa tierra

Del cautiverio injusto, y larga guerra:
240

Teniendo á vuestro intento el aparejo,

Qual en el mundo desear se pudo,

Con el gran Rey, de Reyes claro espejo,

Y de la Iglesia diamantino escudo,

Cuyo gobierno y ser, zelo y consejo,
245

Y cuya gran prudencia, yo no dudo

Que fué claro milagro con que quiso

Darnos Dios de su ciencia claro aviso. [59]

Llore la santa madre militante

Con su sacro real cuerpo difunto,
250

Y cante en gozo eterno la triunfante

Con l'alma santa que llegó á su punto:

Llore la triste tierra, el cielo cante,

Donde muriendo gozo y pena junto

Dió el gran Felipe, á quien de eterna gloria
255

Será como de justo la memoria.

Y no menos, Pontifice famoso,

Tuvistes aparejo para el hecho

En el libre Senado poderoso,

Conforme en intencion á vuestro pecho;
260

Y en aquel fuerte jóven belicoso,

Que General, en general provecho

Del cristiano, fué de la jornada,

Digna de ser por única estimada.

Digna de que las plumas, cuyo vuelo
265

Pasa las altas cumbres de Elicona,

La esparzan con la fama en todo el suelo,

Y la coronen de inmortal corona.

¡O si á mi pluma concediera el cielo

En esto lo que en vella á mi persona!
270

¡O si, así como vi la gran batalla,

Supiera describilla yo, y cantalla!

Al fin, si aquel pintor aventajado,

Que mostró procurar por su arte y gloria,

Fuera en adivinar tan extremado,
275

Como en pintar y en escoger historia;

En el sangriento mar allí pintado

No diera aquella célebre memoria

A los furores bárbaros y ciegos

De Persas, de Romanos, y de Griegos.
280
[60]

No mostrára su espíritu ingenioso

Los hechos, aunque grandes, de gentiles:

Del gran Don Juan el hecho milagroso

Mostrára con sus manos tan sutiles,

Y no en quatro, ó en seis artificioso
285

Retratára los Héctores y Aquiles;

Sino en todos pudiera retratarlos,

Y en muchos mucho mas aventajarlos.

Pues es muy cierto que aunque igual no fuera

La famosa batalla de este dia,
290

En número, ó en fuerzas, á qualquiera

De las quatro que allí pintado habia,

¿Qual furia dellas igualar pudiera

A la infernal de tanta artillería?

¿De tanto fiero y tempestuoso rayo?
295

Del celestial, tan infernal ensayo.

Arcabuces, mosquetes, esmeriles,

Pedreros, y cañones reforzados,

(Por martirio de espíritus viriles,

Por los de infierno, y su Vulcan forjados,
300

Con que suelen matar soldados viles,

Los que apenas mirar serian osados

No usaron las gentílicas armadas,

Y así no pueden sernos igualadas.

Quanto mas, que demás destas no iguales
305

Armas, dellos no usadas, espantosas,

De doscientas y diez galeras reales,

Y de seis galeazas poderosas,

Fué nuestra armada; y los varones, quales

Suelen hallarse en cosas tan famosas,
310

Fueron veintiocho mil, seis de Alemaña,

Doce de Italia, y los demás de España. [61]

Y fué la fiera armada de Otomano

De doscientas galeras y quarenta,

Y cinquenta de aquellas que al tirano
315

Suelen servir á costa suya y cuenta

Galeotas, que el mar mediterrano

Corren, con tanto daño, y tanta afrenta;

Y en naciones, y en armas diferentes,

Fueron treinta y seis mil sus combatientes.
320

De los quales la suerte allí trocaron

Mas de diez mil con doce mil cristianos,

Que en deseada libertad quedaron,

Dexando aquellos hierros inhumanos:

Que este gran bien, que entonces alcanzaron
325

Nuestras cristianas vencedoras manos,

Es bien con quien en igualdad no cabe

La victoria mayor que el mundo sabe.

Por todo, al fin, desta naval victoria

Es sin igual el triunfo, y preferido
330

A quantos tiene el mundo en su memoria,

Y la Iglesia Católica ha tenido:

Para el gran vencedor de eterna gloria,

Y de eterno terror para el vencido:

Obra, al fin, de la paz divina amiga.
335

¡O si siempre duráras, santa liga!

Y ya que no duraste, ó liga santa!

Como durar pudieras hasta ahora;

¡O si qual fértil arraigada planta,

En el jardín de la divina Flora,
340

Volvieses á brotar ahora tanta

Flor, de eterna virtud productora,

Que al nuevo excelso Rey hicieses della

Corona de victoria la mas bella! [62]

Si de Sion con la real conquista
345

Hiciese á mi gran Rey sacro diadema,

La santa paz del cristianismo, vista

En un divino presupuesto y tema;

Despues que á la insolencia calvinista,

Herética, cismática y blasfema,
350

Su primer golpe echase en el profundo

Mar de su error, sacrílego y inmundo.

Despues que los agudos filos nuevos

De su espada mi Rey pruebe, cortando

Duras raices, y ásperos renuevos,
355

Del sedicioso, infiel, pérfido bando,

Con aquellos primeros dulces cebos

El gusto de altos triunfos incitando;

¡O santa paz! potente en santa guerra,

Dale tú el triunfo de la santa tierra.
360

Vaya á tomar la posesion Felipe

De su Jerusalem sagrada, y della

Aquel injusto posesor disipe,

Indigno tanto de reynar en ella;

Que despues, qual corriente de Aganipe,
365

Tras victoria de todas la mas bella,

Africa toda, toda Tracia, todo

El ancho mundo vencerá á su modo.

Así sea, Señor, así el divino

Os lo conceda, quanto á su alta gloria
370

Sea conveniente, en su real camino

No discrepando un punto la memoria:

Así seais, en modo peregrino,

De poema dignísimo, y de historia:

Así la santa paz, en santa liga,

375

Santísimos efectos os consiga. [63]

Pero mientras Garin de la galera

La belleza riquísima miraba,

Ella con viento próspero ligera

El sosegado golfo atrás dexaba;
380

Y al tiempo ya que la mayor lumbrera

En la mitad de su camino estaba,

Mostrando alegre y claro el horizonte,

Descubre de Marsella el alto monte.

Con alegre rumor los marineros
385

Su cumbre con el dedo señalaban,

Y á Garin, y á los otros pasajeros,

Como nube entre nubes le mostraban;

Y al favorable viento los ligeros

Vaxeles con el arte apresuraban,
390

Ora con el timon, ya con la escota,

Tomada para el puerto la derrota.

El General subió á la popa en esto,

Y el contento creció; el rumor cesando,

Garin se le humilló sábio y modesto,
395

El á Garin notablemente honrando;

A quien en su alto y reservado puesto,

Ya las mesas alzadas, retirando,

Como admirado de su ser notable,

Le dice así con dulce voz y afable.
400

Dais, padre, de bondad y de prudencia

Tan grandes muestras, que me habeis forzado

A que quiera saber de cierta ciencia

El nombre vuestro, el hábito, y estado;

Y así con toda salva y reverencia
405

Os pido aquí, en secreto retirado,

Satisfagais en esto á mi deseo,

Si en ello cosa injusta no deseo. [64]

Con baxa voz, humilde y grave, dando

Un severo y tristísimo suspiro,
410

Garin al General responde: quando

Tu grandeza, Señor, contemplo y miro,

Ese término llano, afable, y blando,

Que usas conmigo, qual divino admiro,

Por ver en ti la clara illustre lumbre
415

De heroyca alteza, y santa mansedumbre.

Pedir tú así, Señor, es mandamiento

Que por mí debe ser obedecido;

Y así el hábito y nombre y nacimiento

Y quanto puede ser de mí sabido,
420

Por tu satisfacion y tu contento,

Como es á tu grandeza y ser debido,

Con llaneza diré y verdad sencilla,

Y no sin darte alguna maravilla.

Cerca de donde Lobregate ameno
425

Mezcla sus aguas con el mar profundo,

De bellezas riquísimas tan lleno,

Que á ningun rio debe ser segundo:

Tiene dos islas en su dulce seno,

A donde da la que enriquece el mundo,
430

Todo lo de mas gusto, y de alegria,

Que en los jardines mas curiosos cria:

En una de las quales retirado

Vivia un hombre santa y dulcemente,

A quien fuí yo del mar por hijo dado,
435

Siéndome el cielo próspero y clemente:

Oirás, Señor, un caso señalado,

Reveládome á mí por el prudente

Viejo que me crió de la manera

Que si su verdadero hijo fuera.
440
[65]

Contábame que, estando atento un día

Mirando como el mar bravo y furioso,

Con un levante que le revolvia

Con porfiado soplo y riguroso,

Sus altas olas con furor rompía
445

En su preciso límite arenoso,

Atronando la playa, que alterada

Estaba, negra, triste, y despoblada;

Vió llegar fluctuando á la ribera,

Allí muy cerca de donde él estaba,
450

Una ancha y hermosísima venéa,

Que por cosa admirable celebraba:

La qual, como si alguno la rigiera

En el rigor de la tormenta brava,

Los golpes de las olas esquivando
455

Del bravo mar, la tierra iba ganando.

Y al fin llegada, y puesta en salvamento,

Donde al soberbio mar la tierra enfrena,

Un niño echó con admirable tiento

Fuera del agua en la mojada arena;
460

Y luego del refluxo y mar violento

Sorbida fué, de arena y agua llena,

Quedando yo, que el niño era, tendido,

Sin pulso, sin aliento, y sin sentido.

El viejo, que mirando atentamente
465

Estuvo siempre aquella maravilla,

Con presurosos pasos diligente

A ver lo que era yo llega á la orilla;

Y visto, me levanta, y con ardiente

Zelo de caridad á su casilla
470

Me lleva, y con remedios principales

Vuélveme los espíritus vitales. [66]

Tenia yo de edad un año, quando

Fuí por este camino así admirable

A ser hijo del viejo venerando,
475

En cristiandad, y en discrecion notable:

El qual, como estuviese vacilando,

Con discurso confuso y variable,

Acerca de mi nombre y nacimiento,

Y de aquel prodigioso acaecimiento;
480

Sucedió que, quitándome el vestido

Del tempestuoso mar todo mojado,

En un pequeño reliquiario asido

Un cordon, y con fuerza desatado,

Fué causa que se abriese; y de escondido
485

Manifiesto quedó un papel doblado,

Que era una oracion hecha en mi ruego,

De quien mi nombre supo el viejo luego.

Supo que Juan Garin mi nombre era,

Y así me llamó siempre el sábio anciano;
490

Crióme allí desde esta edad primera

Hasta seis años con su industria y mano:

Al cabo de los quales la ribera

Del mar dexó, la isla, el rio, y llano,

Y subióse conmigo á Monserrate,
495

De cuyo asiento gustarás que trate.

Hizo aquí pausa el sábio religioso,

Como para querer tomar aliento,

Y al mismo punto un tono lastimoso

El hilo rompe de su dulce cuento:
500

Hombre á la mar, dice el proel cuidadoso:

Hombre á la mar, replíca en un momento

La chusma, y como el cómitre le ordena

De golpe amayna la cruzada entena. [67]

Luego por una banda apriesa boga,
505

Y por la otra á toda furia cia,

Y la galera al triste que se ahoga

Vuelve veloz por la sulcada via;

Y no con vara, ó pica, ó remo, ó sogá

El socorro prestísimo le envía,
510

Sino con la barqueta y marineros,

Que al mar se arrojan diestros y ligeros.

Sacan, al fin, al pasajero pobre,

Que de bisoño y mal considerado

Al mar cayó, por confiarse sobre
515

Un filarete en sueño descuidado;

Y para que el aliento y vida cobre

Se atiende con piedad y con cuidado,

Volviendo la galera ya á su curso,

Y las demás que guardan su discurso.

520

[68]

Canto V

Garin, que lastimado y condolido

Del triste que pasó el peligro fiero,

Porque en el alma fuese socorrido,

Fué á velle con cuidado verdadero:

Dexándole ya vuelto en su sentido,
5

Con el esfuerzo y ánimo primero,

Vuelto al ilustre Alberto, y á su intento,

Así prosigue el comenzado cuento.

Monserate, Señor, la alta montaña,

Cuyas grandezas gustas que te cuente,
10

Tras el suceso de mi vida extraña,

Que he referido ya sumariamente,

Está situada en la felice España,

Casi en el medio de la noble gente,

De que es cabeza Barcelona ilustre,
15

Grande ciudad, de gran riqueza y lustre:

De quien hácia poniente está distante

Siete leguas, y doce á tramontana

Tiene los Pirineos, y delante

Al medio dia la marina llana;
20

Por donde, quando sale de levante

La clara luz de quien el dia mana,

Los rayos de oro que en el agua altera

En el hermoso monte reverbera. [69]

Quatro leguas ocupa de la sierra
25

El ancho asiento al rededor medido;

Y el grande rio que en el mar se encierra,

Allí donde yo fuí del mar traido,

Fertiliza del pié la verde tierra,

De las aguas del monte enriquecido,
30

Que son muchas, muy claras, y agradables,

Dulces, suaves, frias, saludables.

La belleza, la gala, y compostura

De toda la montaña es admirable,

La vária y hermosísima espesura
35

No puede ser mas linda y agradable:

La eterna y fertilísima verdura

Es en extremo dulce y deleytable,

Hasta los riscos ásperos y yertos

Estan de flores y árboles cubiertos.
40

Los riscos, cuyas cimas hasta el cielo

En forma de pirámides subidas,

Bastan á divertir y dar consuelo

A las mas tristes almas y afligidas;

Que, ora cubiertas de importuno yelo,
45

Ora se muestren verdes y floridas,

Solo el orden y traza de su asiento,

Quanto es de admiracion, es de contento.

Ni en los famosos tempes de Tesalia,

En la mayor riqueza del Penéo,
50

Ni donde mas las ninfas de Castalia

Enriquece el arroyo Pegaséo;

Ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,

Ni en lo mejor del Arabe, ó Sabéo,

Algun lugar con Monserrate igualo
55

En belleza admirable, y en regalo. [70]

Qual famosa ciudad puesta en la raya

Del enemigo reyno poderoso,

Donde mil torres y atalayas haya

Sobre un asiento altísimo y hermoso;
60

Y que entre el cerco, torre y atalaya

Se muestre el alto templo suntuoso,

La casa principal, los capiteles,

Las almenas, las cruces, y pineles:

Así parece desde léjos vista
65

La sierra, porque estan los riscos puestos

Con tal concierto, que uno de otro dista

Casi á nivel en el altura y puestos.

Engañan al juicio, y á la vista,

Que parece por arte estar dispuestos,
70

Y por entre ellos ver con varias luces,

Templos, almenas, capiteles, cruces.

Estan las peñas como si aserradas,

O partidas á mano, hubiesen sido,

Menos ó mas en partes levantadas,
75

Segun menos ó mas hayan crecido;

Y de vellas la gente así cortadas,

Y el monte en tantas partes dividido,

Fué Mont Serrat en catalan llamado,

Que es lo mismo decir monte aserrado.
80

Pero la universal lengua de España,

De Mont Serrat llamóle Monserrate,

Y así se ha de llamar esta montaña

Por qualquier que en tal lengua della trate:

Fuera otra cosa afectacion extraña,
85

Y quitar á la lengua su quilate,

Pues es en ella propio ya tal nombre,

Y así es razon, Señor, que yo la nombre; [71]

Aunque es mejor nombralla un paraiso,

Segun es la alegria y el consuelo,
90

De que dotar del monte el ayre quiso

El liberal y favorable cielo.

Gozo divino, celestial aviso,

Lleno de sacra luz, claro desvelo,

Influye el rico clima eternamente
95

Del fértil y alto monte al ayre ambiente.

Y á las innumerables plantas bellas

Influye varios y abundantes frutos,

De que con liberales manos ellas

Al hombre en todo tiempo den tributos;
100

Y á las yerbas las flores como estrellas

Hasta en los secos riscos mas enxutos,

De quien el viento ofrezca á los sentidos

Los ámbares y almizques mas subidos.

De fieras y aves ¿quien pintar podria
105

La multitud, belleza, y mansedumbre?

De sus voces y cantos y armonía

¿Quién referir el gusto en su costumbre?

Hacen al hombre amiga compañía,

Qual si razon humana las alumbre,
110

Con gusto que el espíritu levanta

Al Hacedor de maravilla tanta.

Y así las espesuras espantosas,

Las fieras y aves, plantas, frutos, flores,

Las altas sendas, ásperas, fragosas,
115

La regalada suavidad de olores,

Las oscuras cavernas temerosas,

Y del ayre los claros resplandores,

Se conforman de suerte en dar contento,

Que no desea mas el pensamiento.

120

[72]

Y el ver desde amenísimos lugares,

Que tiene á cada paso la montaña,

Mil sierras, mil llanuras, mil lugares,

Los altos montes, término de España;

Y aun las fértiles Islas Baleares

125

Se pueden ver, tal es su altura extraña,

Que estan dentro del mar doscientas millas,

En frente de las Iberas orillas.

Es un regalo, un gozo, una belleza,

Y un entretenimiento tan gustoso,
130

Que levanta el espíritu á la alteza

Del deseado celestial reposo.

Al fin, allí extremó naturaleza

Todo lo mas suave y mas hermoso,

Y todo lo que mas mueve y aviva

135

La santa soledad contemplativa.

Allí pues fué, Señor, donde el discreto

Viejo conmigo se subió escondido,

Aquel puesto mas áspero y secreto,

Por mas á su propósito escogido;
140

Y allí de mi niñez el ya inquieto

Bullicio fue en sus obras convertido,

Siéndome el sábio anciano juntamente

Dulce padre, y maestro diligente.

Tal le gozé veinte años, en aquella
145

Vida llena de gusto y de consuelo,

Solo aspirando y procurando en ella,

Con eficaz deseo y santo zelo,

La vida eterna, que en la patria bella

Al hombre ofrece el Hacedor del cielo:
150

A la qual él subió con gozo y canto,

Quedando solo yo con pena y llanto. [73]

Y así como quedé, perseverando

En aquella dulzura solitaria,

Otros veinte años he vivido, obrando
155

La vida al cuerpo y alma ya ordinaria;

Hasta que al fin de tanto tiempo, quando

Era aquella quietud mas necesaria,

Por suceso importante me es forzoso

Hacer este viage trabajoso.
160

Aquí dió fin al cuento de su vida

El afligido monge sabiamente,

Y mostró de su pena dolorida

Lo que él quiso encubrir como prudente;

Y al punto la galera, que traída
165

Era del fresco y próspero poniente,

De Marsella tomó el seguro puerto

Con grande salva, y singular concierto.

Ya estaba en l'alta puerta de levante

La noche á la salida aparejada,
170

Y ya, pasado el ancho mar de atlante,

El dia apresuraba su jornada;

Quando Garin en devocion constante,

Con licencia dificilmente dada,

Fué á visitar el santo monumento
175

De aquella dama del precioso unguento.

Todo encendido en el divino exemplo

De aquella pecadora tan gran santa,

Quiere ver el sepulcro, cueva y templo

Donde ella hizo penitencia tanta.
180

Para allá parte, y dice: si contemplo

Lo que un contrito espíritu levanta

La penitencia y oracion continua,

Ellas repararán mi gran ruina. [74]

Si en vos, dichosa Madalena, miro
185

El primer nombre deslustrado y feo,

Y el segundo lustroso y lindo admiro,

Que ser trocado en penitencia veo;

Con justa causa á penitencia aspiro,

Con gran razon la busco y la deseo,
190

Animado, aunque indigno y miserable,

Con vuestro santo exemplo memorable.

Aquel santo Señor por mí enclavado

En alta cruz delante á vuestros ojos,

Aquel que vistes vos resucitado,
195

Lleno de mil trofeos y despojos;

Siendo de mí como de vos amado,

El reparo será de mis enojos:

En él espero yo con vuestro ejemplo,

Aunque innérito tanto me contemplo.
200

Diciendo así el andar apresuraba

El contrito animado penitente,

Quando ya el sol del todo se encerraba

En el mar de las Indias de Occidente;

Y de la parte donde él iba estaba
205

En medio del camino justamente,

Quando con grave horror oyó un gemido

Cerca de sí, lloroso y dolorido.

Y vuelto el rostro á la siniestra mano,

Entre una espesa y áspera maleza
210

Vió abierto un corto paso, fácil, llano,

Aunque lleno de espanto, y de tristeza:

Hizo allí fuerza el apetito humano

De investigar las cosas de extrañeza,

Y así volvió, aunque á espacio y receloso,
215

El paso al paso triste y temeroso. [75]

Guióle á aquella parte, donde oía

La voz llorosa que á su son le lleva,

Una pequeña lámpara, que ardia

Al fin del paso en una angosta cueva.
220

A la puerta llegó, y no bien ponía

Los pies en ella, quando en forma nueva,

Y en tono triste, humilde, afable y blando,

Así la voz sonó, siempre llorando.

¡O tú que con divino y santo zelo,
225

Y con alma contrita y dolorida,

Procuras el reparo y el consuelo

De tu pesada y mísera caída!

Quéjate del rigor bravo del cielo,

Duélete de tu amarga y triste vida,
230

Blasfema y aborrece el ser criado,

Para tan miserable y triste estado.

¿Adonde vas, cuidadoso peregrino,

Mil mares y mil tierras travesando,

Piedad, favor y gracia en el divino
235

Juez rigurosísimo esperando?

Vuélvete, ó para aquí de tu camino,

Que en vano vas, ó triste! agonizando:

Yo lo sé, no lo dudes, yo te aviso,

No hay silla para tí en el paraíso.
240

Y porque creas lo que digo, advierte:

De España vienes, Juan Garin te llamas,

Con torpe estupro, y con injusta muerte,

De una doncella mísera te infamas:

En el infierno con tormento fuerte
245

Tu asiento tienes entre eternas llamas,

Con lástima de próximo y con duelo

Sentencia irrevocable te revelo. [76]

La qual, si me ha mandado que te diga

El juez, que es solo quien saberla puede,
250

Es porque se repare tu fatiga

Mientras la mortal vida te concede,

Dándote la fortuna siempre amiga

Mientras contigo en este mundo rueda;

Y alcances esto por tus buenas obras,
255

Ya que el infierno por las malas cobras.

No te congojes, pues, ni así afanado

Andes en tu esperada penitencia:

Huye de Roma, donde tu pecado

Se sabe ya con presta diligencia.
260

El mismo Conde, fiero y lastimado,

Acusa tu sacrílega insolencia,

Hallado el cuerpo do la ve patente,

Y quanto es justo la exâgera y siente.

Y para que mejor, ó Garin, creas
265

Que no ha de ser tu culpa perdonada,

Y el gran rigor del juez del cielo veas,

Como si vieses su sangrienta espada;

Yo triste ahora entre las almas feas,

En la pena mas fiera y lastimada,
270

Eternamente lloro, gimo, y peno,

Habiendo sido en alto grado bueno.

Aquí cesó la triste voz, y al llanto

Primero se volvió con ronco acento.

El monge queda qual si un fuerte encanto
275

Le atára el corazon y el pensamiento:

El fiero horror, el infernal espanto,

Ni da á la vista paso, ni al aliento,

Ni dexa al alma la espantosa pena

Discurso, ni razon, ni cosa buena.

280

[77]

Qual estátua de piedra el monge estaba,

Sin movimiento, y sin color, pasmado;

Quando la luz pequeña que alumbraba

El aposento triste y asombrado,

Con una furia temerosa y brava,

285

De un turbion repentino arrebatado,

En humo espeso y negro fué resuelta,

Y en él se fué la triste cueva envuelta.

Solo Garin quedó en el campo abierto

Del espanto primero como vido,
290

Con el segundo bravo desconcierto

Del repentino desigual ruido;

Y junto á un grande pozo, y al desierto

Camino que á la cueva le ha traido,

Se vió Garin, y casi estuvo dentro
295

Con la intencion de aquel profundo centro.

Pero ya que el confuso desvarío

A la flaqueza humana sojuzgaba,

Y faltando del alma el santo brio,

A punto ya de ser rendida estaba;
300

Sin que supiese él como el albedrio

De aquel peligro el paso retiraba,

El asombrado y flaco peregrino,

A mano diestra por el buen camino.

Y como si de un ímpetu de viento
305

Contra su voluntad fuera llevado,

O si algun repentino encendido

Le siguiera con vuelo acelerado,

Vuelve á seguir el comenzado intento

Con prestos pies por el camino usado;
310

Y en breve tiempo llega al templo santo,

Y allí renueva su angustioso llanto. [78]

Póstrase ante el altar de Madalena

Con presuroso respirar rendido

Al presto movimiento, y á la pena
315

Que con tanta congoja le han traído;

Y sin poder hablar, y sin que á pena

Se pueda aprovechar de algun sentido,

Pasmado se quedó, como si fuera

Voto ofrecido allí de tabla, ó cera.
320

Así gran rato está, pero ya quando

Se vino poco á poco recogiendo

El espíritu pobre, que volando

Andaba ya de su mortal huyendo:

Qual de profundo sueño despertando,
325

Rios de amargas lágrimas vertiendo,

Con sollozar tristísimo y amargo

Vuelve Garin de aquel desmayo largo.

Y dice con llorosa voz, salida

De un ronco pecho convertido en yelo:
330

¿Quien trocó la esperanza de mi vida

En tan desesperado desconsuelo?

¿Qué mar, qué tierra podrá dar cabida

A quien así la niega el justo cielo?

¿Adonde iré, ó qué haré cuitado
335

Tan miserablemente condenado?

¿Es esta la dulcísima esperanza,

Que con tanto cuidado me traía

A santa penitencia, y que en bonanza

El alto mar de mi dolor tenia?
340

¿Es esta aquella bienaventuranza

Que mi santo viage prometia,

Yendo á los pies del Sumo Sacerdote

A demandar el saludable azote? [79]

Que quanto la tremenda voz y horrible
345

De mí me ha dicho sea verdad sin duda

En quanto á quien yo soy, y á la terrible

Culpa que de la gracia me desnuda,

Conozco ser verdad cierta infalible,

Queda mi lengua contra ella muda;
350

Mas que á mi llanto falte en Dios clemencia,

Tengo por dudosísima sentencia.

Y así dudoso en esto, y no dudoso

En que Dios puede al pecador cuitado

Mas perdonalle con amor piadoso,
355

Que pecar él con corazon trocado:

Teniendo de mi parte el congojoso

Dolor de haber en su camino errado,

¿Como puedo creer la irrevocable

Sentencia que esta voz dixo espantable?
360

Pero ¿que voz osar pudiera tanto,

Que con tanta certeza pronunciara

De parte del juez tan justo y santo

Sentencia tal, definitiva y clara?

En todo veo un mar de inmenso llanto,
365

Todo en dolor, en pena todo para;

O sea el llanto que el perdon merezca,

O el que por tal sentencia se padezca.

Y así, por tan intrínsecos cuidados,

Con miedo horrible, con temor horrendo,

370

Con dolores vivísimos, causados

De asombro tan atroz, tan estupendo,

Llorad sin descansar ojos cansados,

Salid sin duelo lágrimas corriendo,

Formad un mar inmenso en mí de pena,
375

Y la culpa anegad que me condena. [80]

Así lloraba, así su pena amarga

Con dolores vivísimos sentía,

Mientras la noche triste, al triste larga,

El usado camino proseguía:

380

Al fin, juntado á la pesada carga

De tormentos, que tanto le afligia,

Un sueño pesadísimo rindióle,

Y el alma á sus fantasmas entrególe.

El triste sueño grave y congojoso

385

Le trabó los sentidos trabajados,

Y al afligido espíritu cuidadoso

Dexó solo en las penas y cuidados:

Allí del fuerte trance riguroso

Confusamente vió representados
390

Los pasados tristísimos horrores,

Los peligros, las penas, y temores.

Y particularmente el sueño vano,

Le representa aquel oscuro centro,

Aquel profundo pozo, que en el llano
395

Al triste fué tan peligroso encuentro;

Y que le arroja con horrenda mano

Uno vestido de ermitaño dentro:

El qual era en el hábito el del monte,

Y en las manos y cara un Aqueronte.
400

Pero ya quando la amorosa estrella

Recogia su luz resplandeciente,

Y la rosada aurora alegre y bella

Salia por las puertas del oriente,

La vio en sueño salir, y á par con ella,
405

Pero mas adornado y mas luciente,

Un jóven vió salir, y que guiaba

Hacia el ardiente pozo donde estaba. [81]

Dos alas hermosísimas batía

El bello joven en el largo vuelo,
410

Con que ligeramente descendía

Por el abierto iluminado cielo:

Severo el lindo rostro sí traía,

Mas echaba mil rayos de consuelo;

Y al afligido y mísero llegado,
415

Así le dice en tono sosegado:

Levanta, no desmayes, persevera,

Esfuerza, no te rindas, cobra aliento,

Vuelve mas animado á la carrera,

Confia, y sigue tu primer intento.
420

Ya ves que vengo de la excelsa esfera,

Donde podrás tener eterno asiento:

No creas las pasadas ilusiones,

Dios oye los contritos corazones.

No dixo mas, sino alargó la mano,
425

Y al cabello la echó del que dormia,

Y del gran pozo por un paso llano

Tras sí le trae allí donde yacía;

Y luego el mensajero soberano

Vuelve ligero á la alta gerarquía:
430

Con el alma Garin le sigue alerta,

Entrar le ve, y hállase despierto.

Temblando, y el cabello espeluzado,

Se vió despierto ante el altar tendido.

Estuvo un rato así; pero animado,
435

Y al discurso y razon restituido,

Siéntese internamente consolado

De un divino consuelo no entendido.

Tiernas lágrimas riegan sus mexillas,

Y dice así, lloroso, y de rodillas:

440

[82]

¿Que yelo riguroso diamantino

Hará, Padre piadoso, resistencia

Al fuerte rayo de ese Sol divino

De tu inefable altísima clemencia?

Anímas á este pobre peregrino

445

A que prosiga, y haga penitencia:

Abresle de tu gracia la ancha puerta:

Quieres, Señor, que viva, y se convierta.

Yo lo conozco verdaderamente,

Era ángel tuyo el que he visto yo ahora
450

Salir y entrar en el lumbroso oriente,

Por las doradas puertas de la aurora.

Ya siente el fuego de tu amor clemente

Esta alma tuya, que sus culpas llora,

Y se apercibe en tu servicio y nombre
455

A dar al traste con el viejo hombre.

Así se consolaba, confirmado

En la verdad de la vision divina:

Desta suerte se ánima, ya esforzado

Con aquella preciosa medicina.
460

En esto del oficio acostumbrado

La santa hora del alba se avecina,

Y entraron luego al santo ministerio

Los cultores del sacro monasterio.

Gimiendo siempre, siempre en tierno llanto
465

Pasó las horas del divino oficio,

Mostrando valerosamente quanto

Vuelve ya á confiar de su ejercicio:

El que gobierna el monasterio santo,

Llegado al fin el alto sacrificio,
470

A Garin llega, y con amor le ofrece

Todo lo que conoce que merece. [83]

Era Garin de aspecto venerable,

Aguileña nariz, enxuta cara,

Alegre vista, gravemente afable,
475

Con humildad, y con modestia rara:

Blanco, rubio, dispuesto, y de agradable

Compostura, que daba muestra clara,

En amable apariencia, ser persona,

Que de nobleza y cristiandad se abona.
480

Y así el monge prudente conociendo,

Luego en viendo á Garin, que merecia,

En su notable aspecto y reverendo,

Cumplida y amigable cortesía:

Hospedage carísimo ofreciendo,
485

Con palabras discretas de alegría,

Su voluntad, su celda, y mesa ofrece;

Y él la caricia acepta, y la agradece.

Van á la celda á entretenerse hasta

Que se llega la hora de la mesa,
490

Dando cuenta de sí la que le basta

A quien sus cosas con prudencia pesa:

Que almacen de palabras no se gasta,

Adonde es dellas la razon turquesa,

Porque las saca solamente al justo
495

Con la verdad, con el provecho, y gusto. [84]

Canto VI

Era el sábio francés discretamente

Curioso, y lo mostraba su aposento:

Gozaba de las Musas el ardiente

Fervor y afecto de divino aliento:

Con el arte de Apeles excelente
5

Adornada en igual compartimiento

La celda está, y entre el color diverso

Altos relieves de divino verso.

Enfrente de la puerta la pintura

Muestra á la vista con belleza y arte
10

El Pan de ángeles santo, en la figura

Que el alto amor al hombre le reparte;

Y en un gran carro de triunfal hechura,

Qual los que ofrece el victorioso Marte,

Aunque de su soberbia no adornado,
15

En alto asiento de oro era llevado.

No feroces cavallos saltadores

Tiran el carro con soberbia huella,

No muestran ruedas y armas los rumores

Ir levantando á la mas alta estrella,
20

No trofeos de humanos vencedores

Hacen la pompa mas vistosa y bella,

Y no cautivos hombres esforzados

Van al divino carro encadenados. [85]

Mansos corderos sosegadamente
25

Con paso humilde el santo carro tiran,

Suave son parece que se siente

Con que los ojos al oído admiran:

Los trofeos del brazo omnipotente

Son tales que á rendir el mundo aspiran,
30

Y los aprisionados, prisioneros

Del hombre, son los enemigos fieros.

Cinco eran estos en disforme traje:

Uno desnudo, en todo extremo feo;

Otro, adornado de humanal linage,
35

Con várias formas de pomposo arreo;

Otro, revuelto en femenil ropage,

Todo manando sensual recreo;

Otro, en forma de béstia torpe y bruta;

Otro, de huesos armadura enxuta.
40

Estos, en sus prisiones diamantinas

Vienen detrás al sacro carro atados.

Otras figuras raras y divinas

Ornan las anchas ruedas, y los lados.

Quatro bultos estan en las esquinas
45

Con magestad altísima asentados,

Que son hombre, leon, águila, y toro:

La Fe es cochero en rico asiento de oro.

Pero como el francés discreto habia

Juntamente pintado el aposento,
50

Para emplear también su poesía

Con celestial espíritu y aliento:

En este primer quadro parecía,

Por admirable traza y ornamento,

El verso lleno de artificio y ciencia,
55

De quien es tal la altísima sentencia. [86]

El que no cabe en el inmenso cielo,

Y en breve humanidad cupo encubierto,

El que vistes nacido en heno al yelo,

Y en cruz despues tras mil tormentos muerto;
60

El que en manjar de celestial consuelo

Se da á las almas, por su bien, cubierto,

Es triunfador del enemigo fuerte,

Del mundo, y carne, del pecado, y muerte.

La dulzura del verso regalado,
65

La gala que en sus términos comparte,

Y el artificio bien considerado

Con que el alto concepto se reparte:

Fué el epígrama por Garin loado,

Y vuelto el rostro á la derecha parte,
70

Mira de la divina Virgen pura

La limpia concepcion puesta en figura.

Una doncella en perficion hermosa,

Del claro sol vestida y adornada,

Se muestra en la pintura artificiosa,
75

De doce estrellas de oro coronada;

Y una sierpe mortífera enconosa,

Abierta la cabeza, y quebrantada,

Se ve tendida estar sin fuerza alguna

Ante sus pies, que estriban en la luna.
80

Al rededor de la figura santa,

Mostrando sus virtudes y loores,

Aquí un arbol se muestra, allí una planta,

Y allá un cerrado huerto con mil flores:

Allá un lucero, acá una fuente, y tanta
85

Diversidad de gracias y favores,

Quanta el verso dulcísimo mostraba,

Que así la alta pintura declaraba. [87]

Alegre día dió este Sol hermoso,

Huyó la noche de esta Luna llena,
90

Aseguró este Norte el mar dudoso,

Con esta Fuente fué la tierra amena:

Echó la muerte al centro tenebroso

La luz que al mundo dió esta luz serena,

Al tiempo que llegó el cumplido tiempo,
95

Que al tiempo se entregó el Señor del tiempo.

Destá suerte los versos sonorosos

Muestran la virginal sacra pintura,

Juntando en sus secretos misteriosos

Heroyca alteza, y cordial dulzura:
100

Dos cosas que los mas artificiosos,

En la mas elevada compostura,

Procuran con acorde melodía,

Para llegar al fin de la poesía.

Dos cosas en que fundan sus poemas
105

Los que la heroyca gravedad imitan,

Con dulce voz cantando obras supremas

De exemplos graves que á virtud incitan:

Y estos, para alcanzar nobles diademas

De eterno lauro, en todo se habilitan;
110

Pues si á lo dulce lo útil fuere junto,

En todo se tendrá el debido punto.

Vuelven la vista á la pared que en frente

Está de la segunda que han mirado,

Donde ven el clarísimo Oriente
115

De luz divina todo iluminado;

Y en ella puerta altísima patente,

Toda adornada de uno y otro lado

De los santos ministros celestiales,

Y de sus cortesanos principales.

120

[88]

Estaban divididos en hileras

Aquellos admirables esquadrones,

Al ayre tremolaban mil banderas,

Mil heroycos trofeos y pendones:

Mostraban ser suavemente fieras

125

Altas trompetas y marciales sonos,

Que en la boca, en las manos, y á los lados

Traían puestos músicos alados.

Viase por entre estas maravillas,

Por este alarde altísimo triunfante,
130

Ser levantada á las mas altas sillas

La humilde amada del excelso amante.

Ponen por donde pasa las rodillas

Quantos la ven, en viéndola delante.

Al brazo de su hijo va apoyada
135

La Virgen madre, como tal honrada.

No hay pluma que al pincel artificioso

Pueda igualar en la sutil pintura,

Tan altamente muestra aquel glorioso

Y sacro triunfante de la Virgen pura.
140

Aquí del rico verso numeroso,

La bien compuesta y facil escritura,

Con el usado gusto y gallardía,

Esto en breves razones contenia.

La paloma sin hiel, la real ave,
145

Que con sus soles mira al Sol de hito:

La pertrechada, y bella, y rica nave,

Que al mundo traxo el blanco Pan bendito:

La que en su claustro con virgínea llave

Tuvo y guardó encerrado al Infinito,
150

Paga á la muerte temporal tributo,

Y coge de la vida eterno fruto. [89]

Admirado Garin de la belleza

De la sutil pintura delicada,

Y de la magestad y sutileza
155

De la alta rima dulce y regalada:

Con devota y dulcísima terneza

Vuelve la vista alegre y consolada

Hácia la puerta, y á su diestra parte

Descubre otra riqueza de aquel arte.
160

De la santa patrona de la ermita

La penitencia el quarto quadro muestra.

Estaba la apostólica bendita,

De penitentes única maestra,

Con lágrimas mostrando la infinita
165

Constancia en la asperísima palestra,

Que así llamo la cueva peñascosa,

Adonde ella quedó tan victoriosa.

No allí rubio color del oro fino

Mostraba el hermosísimo cabello,
170

Ni aquella tez de lustre diamantino

Se via en las mejillas, frente, y cuello;

Y no el color rosado peregrino

Hacia el tierno y dulce labio bello,

Ni en los hermosos ojos parecia
175

La luz que tantas almas encendia.

Encarnizados, tiernos y sumidos

Se ven los ojos, blandos y llorosos:

Cárdenos, levantados, denegridos

Están los labios, secos y escabrosos:
180

Es la tez de morados esparcidos,

Con mortales colores espantosos;

Y color ceniciento y negro envuelto

Muestra el cabello, corto ya, y revuelto. [90]

Sobre la rigurosa peña dura
185

Está la santa puesta de rodillas,

Regando en la santísima amargura

Con ríos de los ojos las mexillas;

Y parecía en la sutil pintura,

Que absorta en las divinas maravillas,
190

Decía el santo corazon contrito

Esto que estaba ante sus pies escrito:

A ti, Señor, que con pasión tan fuerte

Esta alma inobediente redimiste,

A tí se humilla, y llama, y se convierte
195

Con inmenso dolor turbada y triste:

Tú, que para trocar su amarga muerte

En dulce vida, al suelo descendiste:

Tú la recibe: á tí, Señor, la entrego,

Que es para verte tarde para luego.
200

Desta suerte parece realmente

Que la muda pintura está diciendo,

Espíritu tan alto y tan vehemente

Le fué el pintor rarísimo imprimiendo:

Arrebatada de Garin la mente,
205

Con dulce y leve vuelo fué leyendo

Los santos versos, y con llanto amargo

Volvió después de aquel consuelo largo.

Van luego á ver el postrer quadro, puesto

A la parte siniestra de la puerta;

210

Y descubren, en viéndole, un recuesto

De una grande montaña seca y yerta,

Y un tirano bravísimo dispuesto

A dar á un pueblo una doncella muerta:

El monte es Mongibelo, y el tirano
215

El cruel y torpísimo Quinciano. [91]

La virgen santa, delicada y bella,

Es Agueda, y Catánia el pueblo injusto:

Muéstrase del tirano la querella

Ser por no haber querido dalle gusto:
220

Vian de la bellissima doncella

Aquel cuerpo castísimo y augusto,

Con lastimosa muestra ensangrentado,

Del tierno pecho con rigor cortado.

Y aunque de aquella tan cruel herida,
225

Y de duros azotes otras tales,

Está la virgen con rigor herida

Por mil furiosas manos infernales,

Su celestial belleza aun no perdida

Daba de sí mil rayos celestiales.
230

Todo lo qual moviera un tigre hircano,

Y el verso mas, que dice así al tirano:

Corta, tirano torpe, el tierno pecho

Con duro hierro en tu furor templado:

Haz que en sangre y en lágrimas deshecho
235

Quede ese casto cuerpo delicado:

Pon esa virgen en el fiero estrecho

De cruel muerte, á que la has ya entregado:

Muestra en su mayor punto tu venganza,

Que ella, muriendo, la victoria alcanza.
240

Así el quadro postrero de pintura,

Que la celda bellísima adornaba,

Aquel cruel martirio, que asegura

Del fuego de Etna al catanés, mostraba:

La gala, el artificio, y la dulzura
245

De la pluma y pincel Garin loaba;

Y con admiracion, gozo, y contento

Acabaron de ver el aposento. [92]

Y por ancha ventana, que de puerta

Para salir á un corredor servia,
250

El qual, lindo jardin, y bella huerta,

Y montañas y mares descubria,

Ambos salieron, donde no desierta

En parte alguna la pared se via,

Sino poblada de otra sacra historia,
255

Digna de eterna y singular memoria.

De aquella dama tan hermosa, quanto

De santidad y de valor dotada,

Que la fiera cabeza que fué espanto

De tanto pueblo y tanta gente armada
260

Metió en Betulia, á quien libró del llanto

A que estaba del todo ya entregada,

La historia ilustra el corredor hermoso,

Por el mismo pincel artificioso.

Holofernes se via en campo puesto,
265

De innumerable ejército seguido,

Grandes provincias discurrir, dispuesto

A que por Dios su rey fuese tenido;

Y en este injusto y vano presupuesto

El juicio anegado y pervertido,
270

Se via pervertir pueblos potentes,

Y anegarlos en sangre de inocentes.

Los montes de Ange, de altas fuerzas llenos,

Llanos se vian á su fuerza brava:

El Eufrates pasado, en sus amenos
275

Pueblos Mesopotámia le mostraba:

Desde Silicia al mar, los anchos senos

De páramos y valles ocupaba:

Sangre humana por todo, y fuego horrendo,

El inhumano idólatra vertiendo.

280

[93]

A los campos dulcísimos desciende

Del ameno Damasco á la cosecha,

Y mieses, viñas y árboles enciende,

Tala, y destruye, y por el suelo echa:

Destruir, asolar, hundir pretende;

285

Con él lástima, ó ruego no aprovecha;

Temor infunde con su horrible guerra

Sobre quantos habitan la ancha tierra.

Y el consejo de Aquior menospreciado,

Echándole de sí afrentosamente,
290

Se acerca al pueblo de Israel amado

Sin temor de su Dios omnipotente;

Y amenazando al mundo con su airado

Hierro cruel, y con su fuego ardiente,

La ancha tierra cubriendo, qual langosta,
295

Llega á Betúlia por su sierra angosta.

Cerco espantoso al triste pueblo pone,

Los valles y los montes ocupando:

Sobre las fuentes guardias mil dispone,

El agua importantísima quitando:
300

Así traza la empresa y la compone,

A la sed la victoria encomendando:

Salen los de Betúlia en arma puestos

A defender fortificados puestos

Pero la sed es enemigo fuerte,
305

A quien la humana fuerza no resiste;

Presente tiene inevitable muerte

El pueblo fiel, ó cautiverio triste:

A su Dios, Dios de ejércitos, convierte

Su espíritu, y cilicio y saco viste:
310

A su príncipe Ozía acude y culpa,

El del remedio trata, y se disculpa. [94]

Pero entre estos efectos diferentes,

Que el pincel sutilísimo mostraba,

De inmensa multitud de armadas gentes,
315

Y de aparatos de la guerra brava,

Y de pasos tomados, y de fuentes

Que el cruel defendía y agotaba,

Una dama bellísima se vía,

Que de Betúlia á pelear salía.
320

A pelear Judit, y á vencer sale,

Así es cierto, aunque en ella no parece

Arnés de acero y oro, que honra y vale

Al noble y fuerte que á vencer se ofrece:

De otro, á quien no hay alguno que se iguale,
325

Viene armada la dama y resplandece,

Santa virtud, heroyca, incontrastable,

Invencible belleza incomparable.

Divina compostura jamás vista,

Celestial ayre, soberana gala,
330

Que corazones y ánimos conquista,

Y con santas victorias se señala:

Imán divino de la humana vista,

Por donde ida l'alma gloria ofrece,

Quanto beldad humana darla puede,
335

Y quanto al alma en tierra se concede.

De piedras preciosísimas con oro,

Con esmaltes y perlas variadas,

Ropas de seda y plata, que un tesoro

Muestran valer, traía matizadas:
340

Alto diadema con real decoro,

Anillos, y collares, y arracadas,

Le adornan con bellísimas parejas

Cabeza, manos, pecho, cuello, orejas. [95]

Al alma santa de virtud ornada,
345

Que ser hermosa en perficion desea,

Cuerpo de perficion tan señalada

Divinamente adorna y hermosea;

Y al cuerpo de beldad tan acabada

Haciendo vistosísima librea,
350

Fortuna la riqueza inmensa ofrece,

Que en el alto ornamento resplandece.

Los poderosos bienes de fortuna,

Sobre los altos bienes naturales,

Levantán sobre el cerco de la luna
355

Los pensamientos y ánimos mortales:

No ve á la gran Judit persona alguna,

Que con mil bendiciones celestiales

No alabe al Hacedor que en tal hechura

Mostró su omnipotencia, y su figura.
360

Y el Señor, que llevaba al hecho grande

La santa y hermosísima señora,

Le infunde gracia, ó hable, ó mire, ó ande,

Con virtud que almas rinde, y enamora:

Porque, aunque en componerse se desmande
365

La viuda tan curiosamente ahora,

Pende de alta virtud heroyca y pura,

No de otra causa, aquella compostura.

Y así el Señor le da que quantos ojos

Contemplan su belleza y su ornamento
370

Le rindan vasallage, y den despojos,

Sujetándole el alma y pensamiento:

Destierra por do pasa los enojos,

Da donde llega celestial contento,

La puerta Ozías manda se le abra,
375

Sale sola Judit con su fiel Abra. [96]

Admirados mirándola, y al cielo

Los ojos y las manos levantando

Los de Betúlia quedan, su consuelo

Por medio de Judit sola esperando:
380

Muestra el pincel el santo afeto y zelo,

Con que parece estarla encomendando

El clero, el pueblo, y las hebreas madres,

Al alto Dios de sus antiguos padres.

Mas adelante, al fin, la heroyca dama
385

Se muestra descendida ya del monte,

Al tiempo que del sol la viva llama

Comenzaba á ilustrar el horizonte:

Del fresco y rico aljofar que derrama

La alegre mensagera de Argifonte
390

Sembrado el hermosísimo cabello,

Que el cielo parecía componello.

Por los exploradores parecía

Presa Judit, y luego en la ancha tienda

Del príncipe Holofernes se ofrecia,
395

Qual admirable, rica y rara ofrenda:

La inmensa admiracion que en él ponía

El arte muestra, y hace que se entienda

Ser al momento preso de su vista,

Sin que en él haya cosa que resista.
400

Viase entralla en su real tesoro

Al fiel eunúco Vagao entregada,

Do parece en castísimo decoro

Ser, y en su gusto y religion guardada:

Luego entre vasos de altas joyas y oro
405

Grande cena se muestra, y ser sacada

La santa dama, mas que nunca linda,

Do el encendido príncipe la brinda. [97]

El Príncipe encendido y abrasado

En dos ardientes fuegos infernales,
410

Amor el uno, amor el engendrado

De torpes apetitos sensuales;

El otro el vino, el vino en vicio usado,

Que causa tantos tan infames males:

A injusto amante el justo incendio vino,
415

Y á quien quitaba el agua, abrasa el vino.

Tras esto, el caso heroyco, el alto hecho,

Subidamente al vivo parecia,

Dó con su espada, el bárbaro en su lecho

Durmiendo, á manos de Judit moria
420

Cortada la cabeza, que en estrecho

Zurron la diestra y fiel Abra ponía,

En tanto que la heroyca, dama, donde

El cuerpo yace, entre el dosel le esconde.

Ya fuera de la grande tienda, y fuera
425

De los alojamientos caminando,

Qual si á rezar como solia fuera,

Se ven las dos que el valle van girando;

Y á la puerta llegada, donde espera

Betúlia, de su vuelta ya dudando,
430

Desde algo léjos, á la guardia alerta,

Muestra decir Judit abrir la puerta.

Cercada de su pueblo ya gozoso,

Puesta en alto con grande luminaria,

La fuerte diestra en modo victorioso
435

Alzando la cabeza temeraria,

El hecho cuenta, y da el ardid famoso

Para vencer la gente infiel contraria,

Dando gracias, loor, honor y gloria

Al gran dador de aquella gran victoria.

440

[98]

Mostraba en otra parte la pintura,

El cielo arrebolado ya y sereno,

Descubrir el adorno y hermosura

Del monte fértil y del valle ameno;

Y la admirable forma y compostura

445

Del campo militar de espanto lleno,

Quando en tu muro, ó pueblo fiel, disciernes

Colgada la cabeza de Holofernes.

Y desde él, con altísimos clarines,

Arma tocando en levantado grito,
450

Hasta los aledaños y confines

Llegas de aquel ejército infinito;

Donde cumplido ves con tristes fines,

Del pensamiento de Judit bendito

El fin alegre de su excelsa gloria,
455

Poniéndote en las manos la victoria.

Esta se via retratada tanto,

Que á quien la mira atentamente infunde

Horror y asombro tal, grima y espanto,

Que turba los sentidos y confunde:
460

Muerte cruel en su profundo llanto

Sin quedar hombre el fiero bando hunde,

En mar de sangre el campo infiel convierte,

Y en altos montes de hombres muertos muerte.

Y aquí era el fin de la sutil pintura,
465

Que en los dos lados de la puerta estaba,

Sobre la qual se via la figura

De Judit, y debaxo se mostraba

Que un epigrama en dulce compostura

La bendecia y la solenizaba,
470

Y al alto Dios omnipotente en ella,

Qual obra de su mano rica y bella. [99]

Tú de Jerusalem gloria y consuelo,

Tú de Israel altísima alegría,

Tú, honor de nuestro pueblo, cuyo zelo
475

Hizo viril tu pecho y osadía,

Porque tu castidad en su alto vuelto

Te tuvo siempre el alma santa y pia,

Te confortó la mano omnipotente,

Y serás bendecida eternamente.
480

Y casi al mismo punto que acabaron

De ver la alta pintura delicada,

Diligentes ministros allí entraron

Con la comida sóbria y regalada:

A la naturaleza recrearon
485

Con ella, y con la siesta reposada:

Del templo y su cultor Garin tras esto

Se despidió, y partió con paso presto. [100]

Canto VII

Por el mismo camino trabajoso,

Que pasó en noche oscura el ermitaño,

En dia claro vuelve, receloso

Aun casi del pasado fiero engaño:

Recibióle en galera el generoso
5

General, dando con aplauso extraño,

Como sábio señor debida muestra

De amar la alta virtud que Garin muestra.

Aquella noche, quando el estrellado

Nocturno carro á la mitad estaba
10

De su lácteo camino, que empedrado

De lucientes estrellas se mostraba,

La fuerte esquadra, tras el son usado

Que el sonoro clarin al ayre daba,

El fuerte ferro zarpa, el puerto dexa,
15

Y con próspero tiempo dél se aleja.

Un blando y fresco viento de poniente

Hinche las velas de la alegre armada,

Con que volando regaladamente

Va por el agua blanca y sosegada:
20

Sale el dorado sol del alto oriente

Tras la alba de mil flores adornada,

Y con su luz se ve á la diestra mano

El mar inmenso, claro, alegre, y llano. [101]

Alegre vista el piélago espantoso
25

Quando manso se ofrece al navegante,

Pero triste es al ver y temeroso

Quando revuelto, fiero, y resonante:

Ahora al claro rayo del hermoso

Planeta que asomaba por levante,
30

Alegre vista le es en su derrota

A la napolitana ilustre flota:

La qual ya á la siniestra va dexando

A la noble Provenza largo trecho,

Y á Niza y Villafranca, y acercando
35

A Génova se va con viento hecho:

Del qual el sábio General gozando

Lleva el viage próspero derecho

Por el seguro mar claro y abierto,

Sin tomar en Ligúria playa, ó puerto.
40

El viento dura, y dél no se recela

Aquella noche, ni se tiene injuria:

La fuerte esquadra dulcemente vuela

Por el alegre golfo de Ligúria:

Alta la entena, llena la ancha vela,
45

Sulca al amanecer el mar de Etrúria,

Por parte donde claro se divisa

El fértil Arno, y la estudiosa Pisa.

No calma el viento con el sol, la luna

A la tarde saliendo calma el viento;
50

Pero sin ser enojo de fortuna

Vuelve luego mas largo, y mas violento;

Y á Montenegro, y á Liorna, y Luna

Dexa la armada atrás, y de su intento

No cesa, ni al venir del nuevo dia
55

Cesa tampoco el viento y larga via. [102]

Descubre al claro sol la alegre armada,

Siempre con la bonanza favorable,

La ribera de Sena regalada,

Y Pomblin en metales admirable:
60

Hace dichosamente su jornada,

No siente la fortuna variable;

Mas, ay fortuna! entonces mas os temo,

Quando en favorecer haceis extremo.

Hasta la playa del romano Tibre
65

El dulce tiempo, al fin, la armada lleva,

Libre del tempestoso mar, y libre

De sentir contra sí fortuna nueva;

Más quanto el riguroso azote vibre,

Quando del hace señalada prueba,

70

Y quanto en hacer bien se mide y quadra,

Allí le muestra á la contenta esquadra.

Más ¿á qué llamo yo fortuna en esta

Mudanza que en el mar y el viento ahora

Sus furores fortísimos apresta,

75

Y se ofrece bravísima á deshora?

Es ira, es furia del infierno, puesta

Contra Garin con saña matadora,

Para estorbar con áspero rodeo

El fin de su santísimo deseo.

80

A vista estaban ya de la ancha boca

Del fértil, espumoso y sacro río,

Y el remo ya sus turbias aguas toca

Con gozo inmenso, y con inmenso brio:

Quando con furia arrebatada y loca,

85

Y con un repentino desvarío,

Al mar se arroja inesperadamente

El seco y frío bóreas inclemente. [103]

Desciende con tal furia y tal ruido

Del ártico hemisferio el fiero viento;
90

Alza tanto el bravísimo bramido

Del alto mar revuelto en un momento;

Causa tal rechinar y tal gemido

En el seco vaxel hasta el cimiento;

Que la esperanza y el color de vida
95

Llevó á la gente en su veloz corrida.

Lleva al primer encuentro riguroso

Los árboles y velas del trinquete,

Y revuelto, soberbio y espantoso

Arrebata tendal y tendalete.
100

Vista su furia, el cómitre cuidadoso

Con fiero imperio fuertes remos mete:

Tomar el puerto con su fuerza tiente,

Y proejar contra el soberbio intenta.

Estaba el puerto de Ostia tan vecino,
105

El remedio del mal tan cerca estaba,

Que á ser menos furioso y repentino

El fiero viento en su soberbia brava,

Le tomára en tres horas de camino,

Segun la fuerte gente proejaba;
110

Mas fué del viento tal la airada fuerza,

Que en vano en esto el cómitre se esfuerza.

Vuelven al fin las proas, ya rendidos

A las contrarias ondas rigurosas,

Dando á sus altos montes impelidos
115

Las popas de aquel daño recelosas;

Y al que impele estos montes dan tendidos

Los cortos treos, y con presurosas

Y hábiles manos hacen todo quanto

Hacer conviene al peligroso espanto.
120
[104]

La inutil gente va sota cubierta,

Sintiendo en ir allá pena infinita;

Y en el escotillon, ó angosta puerta,

El paso al agua el calafate quita:

Ni cantareta, ni rehendija abierta
125

Dexa, que el paso al respirar permita:

Allí quedan los tristes sepultados,

De mil varios rumores atronados.

Quiere el cómitre diestro á diestra mano

Tomar tierra á pesar del bravo viento,
130

Ya orzado el timon, mas es en vano

Este su conveniente pensamiento:

Crece el soberbio bóreas inhumano,

Con soplo tan veloz, y tan violento,

Que si orcear el cómitre procura,
135

Es dar consigo en la mortal hondura.

Por no anegarse, al fin, en popa toma

Al bravo viento el triste marinero;

Y á tiempo bueno fué, que veis dó asoma

Mas fuerte y largo, mas furioso y fiero:
140

Ya en el golfo bravísimo de Roma

Dobla, cruel, el ímpetu primero,

Y de sus aguas hasta el horizonte

Va levantando monte sobre monte.

Por puntos va creciendo el espantoso
145

Y soberbio soplar de tramontana,

Quando en el alto golfo peligroso

Los tiene la fortuna ya inhumana,

Y va subiendo el bravo mar furioso

Hasta la luz de donde el dia mana:
150

Ante la qual con su violenta priesa

El viento mil nublados atraviesa. [105]

Hasta la noche los trabaja solo,

Con rigurosa y áspera porfía,

El fiero viento del cercano polo,
155

Con bravo soplo opuesto á medio dia;

Más quando ya la clara luz de Apolo

Al ocaso turbada descendia,

Saltan, á su furor y rabia iguales,

Sus dos ministros, y colaterales.
160

El furioso aquilon, y el bravo coro

Al espantoso bóreas se juntaron,

Al tiempo que en poniente el carro de oro

Los caballos del sol somorgujaron;

Y de suerte la armada al suelo moro
165

Los tres airados soplos agujaron,

Que va menos furiosa la saeta,

Y mas aspacio el volador cometa.

Pudiera con alguno destes vientos

Tomar para las islas la derrota,
170

Y alcanzar de salvarse sus intentos,

Con fuerza y arte la afligida flota;

Pero fueron tan fuertes, tan violentos,

Que ni vale timon, ni sirve escota,

Para volver en la furiosa via
175

La proa ya encarada á Berbería.

Demás, que tras la noche tenebrosa,

Y el nuevo asalto de maestre y griego,

Vino una nube espesa y tenebrosa,

Abierta á ratos de espantoso fuego,
180

Que aumentó la tormenta peligrosa,

Y dexó el mundo horriblemente ciego,

Confundiendo en mil truenos y ruidos

Al experto piloto los sentidos. [106]

Y bien que á la escondida luz atento
185

En la brúxula y carta está mirando

El variar, ó el porfiar del viento,

Y adonde su rigor los va arrojando,

Y con sus conselleres con gran tiento

Está varios remedios consultando:

190

Por mas que los intente no aprovecha

En tormenta tan áspera y deshecha.

¿Quien el rumor del alto mar furioso

Podrá explicar? y el fuego y el ruido

Del encendido rayo presuroso,
195

Y de su ronco trueno suspendido?

¿Quien podrá retratar el riguroso

Soplar del raudo viento embravecido?

Y ¿quien, entre terror y asombro tanto,

Del ardiente relámpago el espanto?
200

Y ¿quien dirá la grima y sobresalto,

Que en los humanos ánimos infunde,

Ver al flaco vaxel subir tan alto,

Que entre las negras nubes se confunde,

Y que de alli con tan horrendo salto
205

En el profundo piélagos se hunde?

¡O corazon de piedra, ó duro acero!

Tú que sulcaste el fiero mar primero!

Que te fiaste con un frágil pino

De tentar el furor del viento airado,
210

Y de enfrenar el ímpetu marino,

Quando está mas de rabia y furia armado.

¡O duro corazon diamantino!

Qué temerás, si con la muerte al lado,

Entre el fiero temor de tantas cosas,
215

Te fiaste á las aguas tempestuosas? [107]

La capitana, que al volver la prora

En el furor primero fué postrera,

En padecer la mayor furia ahora,

Aunque va tras de todas, es primera;
220

Y aunque la causa en realidad se ignora

De ser mayor el mal de esta galera,

Garin parece que la descubria,

Quando gimiendo en medio dél decia:

Echenme al mar, como otro Jonás, luego,
225

Que por mí se levanta esta tormenta,

Si quieren ver el mar puesto en sosiego,

Y reparar esta mortal afrenta:

Apague esta agua de mi torpe fuego

Aquel ardor que el alma me atormenta,
230

Que no menos conviene que tanta agua

Para apagar aquella ardiente fragua.

No menos que ancho mar de inmensa altura,

De amargas aguas con furor movidas,

Debe y puede apagar fuego que apura,
235

Y pone en riesgo tal eternas vidas:

Formen, pues, mar inmenso de amargura

Lágrimas de suspiros comovidas,

En el alma infeliz que fué un compendio,

Con fuego tal, del infernal incendio.
240

Estas movidas aguas espantosas,

Y estos vientos airados y revueltos,

Que entre tan bravo horror de obras dañosas

Tienen cuerpos y espíritus envueltos:

Sus fieras semejanzas temerosas,
245

Sus aspectos á asombro y grima vueltos,

Si tales por mí estan en el abismo,

De mi grave dolor forman lo mismo. [108]

Horror, asombro, pasmo, grima, espanto,

En mi afligido corazon imprime
250

La horrible vista deste mar, que tanto

Estos vaxeles con su furia oprime:

Solo por el dolor intenso y llanto

De aquel fuego infernal á que rendíme,

Que irreparable me le representa
255

En modos mil esta mortal tormenta.

¿Qué reparo ha de haber á culpas tales,

Muriendo aquí tan sin satisfacellas?

¿Qué esfuerzo en los espíritus vitales,

Para advertillas bien y componellas?
260

¿Quien diligencias hacer puede, y quáles,

Entre tal confusion, y tanta dellas?

¿Con qué piensa esta gente miserable

Contrastar este mar inconstable?

¿Quien diligencias para el alma puede
265

Hacer aquí como convenga al alma,

Si apenas hay quien satisfecho quede

De que las hace en muy tranquila calma?

Más, aunque así tanto contrario vede

Al alma aquí la deseada palma,
270

Con inmenso dolor y intenso lloro

Tu infinita piedad, mi Dios, imploro.

En un rincón de la ancha popa estaba

Con baxa voz diciendo el peregrino

Tales lamentaciones, con la brava
275

Y triste angustia del rigor marino;

Quando del mar, que por el cielo andaba,

Un alto inmenso golpe repentino

Pasó de popa á proa la galera,

Y al monge se llevó en su furia fiera.
280
[109]

Estaba casi el triste sin sentido

En su congoja atónito y turbado,

Ni á parte alguna con la mano asido,

Ni en tabla, ó sogá, ó hierro asegurado,

Y así fué facilmente el afligido
285

De la galera al bravo mar sacado:

Al bravo y alto mar, que de sí mismo

Le abrió para tragarle un ancho abismo.

¡O peligros crueles, rigurosos,

Que en tantas formas el linage humano
290

Perseguís con rigores tan furiosos,

Con tan pesada y tan violenta mano!

¡O fieros enemigos poderosos,

Que el gran rencor del infernal tirano

Mostrais con sus fortísimos aceros!
295

¿Quien podrá resistiros, y venceros?

La humana débil fuerza enflaquecida

Con mil culpas enormes detestables,

De tan fuertes contrarios combatida,

¿Qué vencimientos puede dar notables?
300

En tan pequeño término de vida

Tantas cosas tan várias y espantables,

Tantos peligros y temores, tantos

Sobresaltos bravísimos y espantos.

Hombre, qué sientes? qué te ensoberbece?

305

¿Hay miseria por dicha, hay desventura,

En que cada momento no tropiece,

Y aun caya tu torpísima locura?

Lo que este siglo engañador te ofrece,

¿No ves que amarguísima dulzura?

310

Vuelve los ojos, mira el claro cielo,

No te engañen las máscaras del suelo. [110]

Las lisonjas, los cargos, la riqueza,

Los regalos, los gustos, las dulzuras,

Los linages, las gracias, la belleza,
315

Los descansos, las prósperas venturas,

No te engolfen, mezquino, en la braveza

De su revuelto mar de desventuras,

Porque no embista por tu mal gobierno

Tu rota barca en rocas del infierno.
320

¿No te escarmientan, dí, tantos castigos

De la mano justísima enviados?

¿Los prósperos sucesos de enemigos?

¿La perdición de reynos, y de estados?

¿Las pérdidas de deudos, y de amigos?
325

¿Los continos tormentos y cuidados?

¿Tu descontento eterno, y tus ofensas?

¡O ciego! ó vano! ó mísero! en qué piensas?

Si un Garin, que con llanto tan vehemente

Sus culpas llora tan arrepentido,
330

Tan lleno de dolor y amor ardiente,

Ves de tantos trabajos afligido;

¿A qué levantas tú la altiva frente?

¿A qué te muestras ensoberbecido?

Templa ese brio, humíllate, y conviérte
335

El alma á Dios con miedo de la muerte.

Trino Señor, que con amor tan grande

Amas mi alma, humilde te suplico

Le dés favor con que en tus sendas ande,

Porque la lleven á su asiento rico:
340

Haz, poderoso Rey, que rijas y mandes

En ella la razón, que á mí me aplique,

A mí me digo, lo que al hombre digo,

Contemplando tu premio, y tu castigo. [111]

Y mirando la altísima clemencia,
345

Dulce Señor, que con Garín usaste,

Pues, á pesar de la infernal potencia,

De en medio de mil muertes le sacaste,

¿Qué no puede, Señor, tu omnipotencia?

Al sordo, airado y bravo mar mandaste,
350

Que, libre de la muerte, diese sobre

Otra galera con el monge pobre.

Y obedeciendo el mar tu mandamiento,

Una gran parte dél, furiosa y alta,

Con Garin casi muerto, en un momento
355

Sobre otra fusta fluctuante salta;

Y con pequeño golpe y movimiento

Allí le dexa, y riguroso asalta

Otro vaxel, y desde proa á popa

Rompe y abate quanto encuentra y topa.
360

Como incitado del humor adusto

Suele representar sueño pesado

Triste vision, que con cuchillo, injusto

Sepára el alma de su cuerpo amado;

Y tras aquel bravísimo disgusto
365

Despierta el hombre ansioso y congojado,

Con duda (tal fué el sueño triste y fiero).

Si fué caso soñado, ó verdadero;

Así quedá Garin del riguroso

Trago cruel de amarga muerte lleno,
370

Triste, turbado, atónito, y ansioso,

Casi del todo de sí mismo ageno:

Un río por la boca echa furioso,

Del mar que tiene en el hinchado seno,

Tras mil arcadas, y ásperos rigores,
375

De crueles tormentos y dolores. [112]

El cuitado Garin, al fin, tendido

En el batel quedó, que siempre estaba

En su lugar, y á su barbeta asido,

Con la gente ordinaria que alojaba:
380

Y allí, desconsolado, y afligido,

Con Dios su flaco espíritu esforzaba;

Y en tanto la asperísima tormenta

La brava furia y fiero espanto aumenta.

Ya la segunda noche temerosa
385

Las negras sombras sobre el mar tendia,

Despues que la tormenta rigurosa

Las frágiles galeras combatia;

Y mas fiera, revuelta y tenebrosa,

Que la que precedió al segundo dia,
390

Sus espantos bravísimos ofrece,

Con que la confusion terrible crece.

Mas truenos, mas relámpagos, mas viento,

Mayor escuridad, mayor ruido,

Mas cansancio, mas pena, mas tormento,
395

Y mayor turbacion, grita y gemido,

La fiera noche con rigor violento

Consigno traxo al cómitre afligido,

Cuyo mandar, ó sea silbando, ó sea

En voz, no llega al fin que se desea.
400

No se muda jamás un solo punto

El septentrional viento espantoso,

Y con sus dos colaterales junto

Siempre alterando mas el mar furioso:

Al triste pueblo, casi ya difunto
405

En la esperanza de alcanzar reposo,

Lleva derecho por el alto lago,

A dar donde ya fué la gran Cartago. [113]

Quando de nubes lóbregas y oscuras

Salía el tardo sol todo cubierto,
410

A los tristes por tantas desventuras

Dando del tercer día aviso cierto,

Descubren los pilotos las alturas

De los montes que dan seguro puerto

En medio de Biserta, y del collado
415

Que Dido vió á su gusto edificado.

Usan allí toda la fuerza y arte

Los marineros tristes y cansados,

Para guiar las proas á la parte

Que ofrece el puerto alivio á sus cuidados:
420

La galera que lleva el estandarte,

A pesar de los vientos enojados,

Ya el puerto toma, y de la estrecha boca

Las no tan removidas aguas toca.

Otras ocho tras ella, una á una,

425

Al puerto, aunque enemigo, deseado,

Las echa, ya clemente, la importuna

Furia del alto mar y viento airado:

Sola sintió el rigor de la fortuna

La galera en que el monge habia quedado;
430

O fuese caso, ó furia del infierno,

Para gloria mayor del Rey eterno.

En unas peñas que á la misma boca

Del puerto estaban embistió el navío,

Llevado del furor con que provoca
435

El viento á irremediable desvarío;

Y en una apenas con la quilla toca,

Apenas da sobre el cruel baxío,

Quando, qual si de frágil vidro fuera,

Quedó rota y perdida la galera.

440

[114]

Allí se vió la lástima en su punto,

Allí la muerte rigurosa y brava

Se vió fiera traer consigo junto

Todo lo que en el mundo mas la agrava:

Allá muriendo uno, acá difunto
445

Otro de un fiero golpe se mostraba;

Otro sobre un madero allí forceja,

Y contra el bravo viento y mar proeja.

Los míseros esclavos y forzados,

A los ramales de cadena asidos,
450

Tristemente se vian anegados,

Del fiero mar acá y allá traidos:

Los diestros marineros esforzados,

Con propios pies y manos impelidos,

Triunfan del bravo mar osadamente,
455

Pero no de la muerte mas potente.

Las tablas, los pedazos de maderos,

Y los troncones de árboles y entenas,

Sacaban á los fuertes marineros

Con fiero golpe el alma por las venas.
460

Ya los últimos tocan los primeros,

Y aquellos casi ya secas arenas,

Quando una recia tabla, ó viga gruesa,

Con mortal golpe entre ellos se atraviesa.

Estos que en las faenas se intricaron,
465

Y el capitan de la galera junto,

Como los que cadenas anegaron,

Pasaron deste mal al mayor punto,

Que otros al bien allí que no esperaron

Se vian pasar en un instante, ó punto;
470

Aunque causando en todo en varios modos

Varios tormentos la tormenta á todos. [115]

Los infantes que lleva esta galera,

Y el alfez que en ella los regia,

Allí tambien siguiendo su bandera,
475

Muestra su obligacion y valentía:

El alfez nadando, en tal manera

Valor les dió con ella en su agonía,

Que victoriosos desta brava guerra,

A pesar de la mar tomaron tierra.
480

Pero al triste Garin, desta segunda

Mortal congoja, ¿quien le saca y libra?

¿Quien le solivia porque no se hunda?

¿Como en el agua, ó ayre, el cuerpo libra?

¿Quien á su ruego y oracion segunda,
485

Y en su favor alguna fuerza vibra?

O poderoso Dios! vuestra clemencia

Le oye, y le libra, y muestra su potencia.

Dixe que en el batel estaba el triste,

Despues de aquel primer peligro extraño:
490

Ahora, pues, que la galera embiste

En el baxío con tan grande daño,

En el pequeño esquife se resiste

Aquel peligro; más con desengaño

De ser fuerza del cielo manifiesta
495

Contra el infierno por el monge puesta.

En seco dió mas de seis pasos fuera

Del riguroso mar la corta barca,

Quitando al triste monge de la fiera

Y brava mano de la airada parca:
500

Vueltos los ojos él a la alta esfera,

Sin hablar rinde al celestial Monarca,

Con el contrito corazón cuitado,

Las gracias á que está tan obligado. [116]

Y ya con mas esfuerzo, y mas consuelo,
505

Tras la contemplacion humilde y santa,

Besando con mil lágrimas el suelo,

Asienta en él la una y otra planta;

Y al puerto va con otros que del cielo

Alcanzaron, qual él, ventura tanta,
510

Que del naufragio misero escapasen,

Y tan grande peligro contrastasen.

Fué recibido en la real galera

Con gran gozo de todos; pero Alberto,

De quien con tierno amor llorado era,
515

Dió dél allí mas claro indicio, y cierto:

Quiso saber del todo la manera

De haber llegado á salvamento al puerto,

Habiendo sido ante él arrebatado

Del alto mar, y al centro dél llevado.
520

A todo satisfizo el ermitaño,

Alabando al Señor, cuya clemencia

Mostró en el fiero irreparable daño

Su infinita piedad y omnipotencia.

Admiró al General el caso extraño,
525

Y á todos; y con santa reverencia,

Por tan nuevo suceso y admirable,

A Garin tienen por varon notable. [117]

Canto VIII

Despues que Alberto con Garin gozoso

Un espacio pequeño se entretiene,

Donde trabaja el cómitre cuidadoso

Con diligencia cuidadoso viene,

Y del seguro puerto y espacioso
5

Hace tomar la posta que conviene;

Y dar orden tras esto que la gente

Del trabajo asperísimo se aliente.

Estaba el sol en la mitad del cielo,

Quando la armada en este punto estaba,
10

Y despejado el africano suelo

De gente mora al General mostraba:

El qual con vigilante aviso y zelo

Ya el orden conveniente consultaba

Para saltar en tierra, y que la armada
15

Fuese del daño inmenso reparada.

Para lo qual, habiendo sido tanto

El daño en general de los vaxeles,

Y faltándoles agua, y leña, y quanto

Hacen faltar tormentas tan crueles:

20

Siendo forzoso despalar, si tanto

Lugar le dan los bárbaros infieles,

Resuélvese en sacar la gente armada,

Y que esté en esquadron fortificada. [118]

Y aunque desde galera descubria

25

Los montes, y los valles, y laderas,

En tierra manda echar experta espía,

Que lo mire y advierta mas de veras:

Luego manda aprestar la infantería,

Que tiene repartida en las galeras,
30

Que es su guardia ordinaria, mil soldados

Por cinco capitanes gobernados.

Es sobrino de Alberto el uno, Almonte

Del Pó llamado, fuerte y valeroso:

El otro el florentin Alcimedonte,
35

Y de Palermo el bravo Sinforoso:

Los otros dos de Nápoles, Oronte,

Y Filadelfo, jóven generoso,

A quien Marte y Apolo en gloria suma

Daban, ora la espada, ora la pluma.

40

Estos cinco famosos capitanes

Sacan su gente plática y briosa,

Algo aliviada ya de los afanes

De la brava tormenta peligrosa:

Ya tienden las banderas los galanes
45

Alféreces, la caxa belicosa

Ya recoger á toda priesa suena,

Aunque la toca el atambor á pena.

Con baxo son, las caxas destempladas,

Recogen la feroz gente de guerra,
50

Por no alterar con altas algaradas

La sosegada gente de la tierra:

De las agudas proas acostadas

A la falda mas llana de una sierra

Sale la armada gente ya por anchas,
55

Para aquel menester capaces, planchas. [119]

Alberto era el primero que salia,

Y tras él sale su sobrino Almonte,

A quien sigue una brava compañía

De gente agreste del Vesúvo monte:
60

Al mismo tiempo en tierra la ponía

Con gente de Salerno Alcimedonte,

Y con napolitanos Sinforoso,

Y Oronte, y Filadelfo valeroso.

Es Sargento mayor Ulisio fuerte,
65

Un varon de valor discreto lleno,

Descendiente del hijo de Laerte,

Y en nada á su mayor menor ni ageno:

Este, para que en orden se concierte

La gente, visto del infiel terreno
70

El llano, el monte, el valle, y las laderas,

Ordena, traza y forma las hileras.

Hace tres esquadrones de la gente,

Guarnecidos de diestros tiradores,

Mostrando cada qual en la ancha frente
75

Largas picas de armados contendores.

Marchan luego con paso diligente

Para el bosque, á la sorda, sin rumores:

Tras ellos sigue chusma de los fieles

Con hachas, y barriles, y cordeles.
80

Estaba el sol en medio del camino,

De la mitad postrera de su via,

Quando se vió la gente en el vecino

Bosque, donde agua y leña pretendia;

Y ya el robusto roble y alto pino
85

Con recio golpe la segur hería,

Y de altos pozos, que en el campo estaban,

A sacar agua dulce comenzaban. [120]

Quando, como si hubiera allí sembrados

Por Cadmo dientes de la sierpe airada,
90

Una gran banda de árabes armados

Apareció con súbita algarada;

Y de flechas y dardos arrojados

Les dió una carga súbita y pesada,

Entrando con tropel bárbaro y fiero,
95

Aunque muy fuerte, el esquadron primero.

No dexó de alterar á nuestra gente

El no esperado acometer furioso;

Aunque Alberto, y Almonte, osadamente

Mostraron bien su esfuerzo generoso:
100

El Sargento mayor diestro y prudente

Al segundo esquadron manda animoso

Que entre al socorro del primero, y manda

Que corte el otro la enemiga banda.

De doscientos soldados de galera,
105

Y los doscientos del Vesúvo monte,

Nuestro fuerte esquadron primero era,

Adonde van el General, y Almonte;

Y todo, aquella gente airada y fiera,

Salida al parecer de Flegetonte,
110

Le descompone, rompe y desbarata,

Y á mas de cien soldados hiere y mata.

Alcimedonte y Filadelfo tienen

El esquadron segundo con su gente,

Los quales animosos contravienen
115

Al furor de la bárbara corriente:

Cuyo soberbio arremeter detienen,

Mostrando cada qual honradamente

La fuerza que conviene, y la prudencia,

Para tan peligrosa resistencia.

120
[121]

Por otra parte Oronte y Sinforoso,

Como mandó el Sargento, acometieron,

Arremetiendo al esquadron furioso

Por el lado mas cómodo que vieron;

Y con esto su fuego belicoso
125

De tal manera todos encendieron,

Que suben de sus llamas las centellas

Hasta al que las reparte á las estrellas.

Un moro, armado de luciente malla

Casi desde los pies hasta la frente,
130

Es el que pone en la cruel batalla

El primero de todos fuego ardiente:

Rompe y abate todo quanto halla,

Qual grande y furiosísima creciente,

Con un pesado alfange damasquino,
135

Contra quien no hay acero fuerte, ó fino.

Llámase el fiero moro Tulipante,

Nacido entre leones y criado,

De miembros y estatura de gigante,

De corazon mas que de tigre airado,
140

Robusto y fuerte, bravo y arrogante,

Sagaz y diestro, suelto y alentado,

Ladron furioso en tierra y temerario,

Y en mar astuto y singular cosario.

Este abre calle á su esquadron, y pasa
145

Por el del General á pura fuerza:

Este con raudo curso le traspasa,

Sin que por nadie le detenga, ó tuerza:

Este á su gente de valor escasa

Con sus obras bravísimas esfuerza:
150

Este mata á Leandro, y á Timbreo,

Y al jóven Claudio, y viejo Clodoveo. [122]

Quatro soldados ornamento y gloria

De Taranto su patria ilustre fueron,

Donde con lastimosa y triste historia
155

Segunda vez por muerte tal nacieron,

Quedando en larga vida la memoria

Del valor con que á ella se ofrecieron,

Viéndola irreparable, irremisible,

En el acero deste monstruo horrible.
160

El qual al valeroso Sigismundo,

Primo de Filadelfo, y su Sargento,

Priva de un golpe de la luz del mundo,

Y de otro al noble Mucio de Agrigento:

Con lo qual causa con dolor profundo
165

En Filadelfo tanto sentimiento,

Que á él ardiendo en cólera se arroja,

Puesta de punta la templada hoja;

Y fué con tanta fuerza, y tanta suerte,

Que por la fina malla el hierro entrado,
170

Quedó en el atrevido pecho fuerte

Hasta el tercio postrero sepultado.

Sintió el moro la furia de la muerte,

Que al corazon le habia ya llegado;

Y alza el alfange, pero al mismo punto
175

Cayó ante el fuerte capitan difunto.

El qual sabroso desto, y encendido

Del enojo de ver su primo muerto,

Pasa adelante con valor subido

A socorrer al General Alberto:
180

Sigue su gente, y es tambien seguido

De Alcimedonte el florentin experto,

Que á Bósforo mató, y á Sarmacante,

Mientras él al soberbio Tulipante. [123]

Y aunque de Abenzain de Yarba, y Fraso,
185

Con sus tres compañías contrapuestos,

Se defendía el peligroso paso,

En pretension de mejorar de puestos:

Fué de los tres contra los dos escaso

El valor de los ánimos dispuestos,
190

Pues á sus manos mueren, y su gente

El puesto y paso gana honradamente.

Su gente, entre la qual dos caballeros

De aquel heroyco antiguo honor romano,

Valerosos soldados verdaderos
195

Se muestran contra el émulo africano:

César, cuyos fortísimos aceros

Del César parecían soberano;

Y Pompeyo, que imita al gran Pompeyo

En deseos de triunfos del Pompeyo.
200

César, que á Lesbo, á Parto, á Turbo, Olíto,

En pretension del paso de aquel suelo,

El espantoso paso de Cocíto

Hace pasar en presuroso vuelo;

Y Pompeyo, que á Franio, á Tolomíto,
205

Al grande Audalla, al espantoso Orbelo,

Las almas saca por sangrientas puertas,

Que las dexan al paso estrecho abiertas.

Llegan al fin á donde con Almonte

El General valiente detenia
210

La furia de la gente, que del monte

Por entre el bosque al llano descendia;

Y allí con Sinforoso, y con Oronte,

Gran resistencia el gran valor hacia,

Habiendo por el lado ya el Sargento
215

Rompido el esquadron á su contento. [124]

Alberto, y su sobrino Almonte, en tanto

Resistiendo la furia horrible y brava,

Cada qual con inmenso horror y espanto

Del atrevido moro peleaba:
220

Alberto al fuerte capitan Leofanto,

Que alcayde en Tunez fué de la Alcazaba,

De un revés la cabeza le derriba,

Y en dos de un tajo se la parte á Liba.

Aismen mató de una estocada, y junto
225

De otra muerto sobre él echó a Creonte,

A Nicandro y Perilo al mismo punto

Mató, y á Nicoran y á Musco, Almonte.

A Celebin en su esquadron difunto

Dexó, y á Zeletin y á Torvo, Oronte:
230

Sinforoso á Dalmuz á Zen, y Abdella,

A Nico, y Tracio, y Nicanor degüella.

Y aquí el noble y discreto Serafino,

Eterno honor del águila famosa,

Y Fulvio de Sulmona, y Antonino
235

De Capua, y Vitantonio de Venosa,

A Lanco, Ormuz, Obir Zerbin, Folino,

Faon, Jafer, Aluz, Pafin, famosa

Y heroycamente peleando embisten,

Y el gran furor detienen y resisten.
240

Un hora, ó mas habia que duraba

El combatir furioso y porfiado,

Quando á la gente sarracena brava

Un socorro le vino reforzado:

El qual, á la cristiana que ganaba
245

Gran parte ya del campo, por un lado

Entrando á toda furia, descompuso,

Y en retirada á paso largo puso. [125]

Mas eran de tres mil los que primero

Acometieron nuestros esquadrones,
250

Y de otros tantos era este postrero

Bravo tropel de bárbaros varones;

A cuyo acometer soberbio y fiero

Quedaron los cristianos corazones

Llenos de espanto, pero no de suerte
255

Que haya quien vuelva el rostro al moro fuerte.

Con valor admirable peleando,

Y aquella brava furia resistiendo,

Se iban ya para el monte retirando,

Baxar á la marina no pudiendo;
260

Pero los fieros bárbaros, tomando

Todos los pasos, fuéronlos trayendo

Al ancho llano, donde á todos lados

En rueda los tenían ya cercados.

Reconocida aquí la adversa suerte
265

El valeroso ejército cristiano,

No pretendiendo mas de honrada muerte,

Hinche de sangre bárbara aquel llano:

No hay pluma, ó lengua, que á decir acierte

Lo que allí hizo la cristiana mano;
270

Pero la multitud de gente perra

Ya ya ganaba la sangrienta guerra.

Que demás de tenellos circuidos,

Y de ser tantos mas los africanos,

Y de estar tan cansados ya y heridos
275

Los bravos y fortísimos cristianos,

Y á los forzados míseros rendidos

Atadas tienen las robustas manos,

Y al buen Garin con ellos juntamente

Tiene ya preso la furiosa gente.
280
[126]

Al buen Garin, por cuya causa el fiero

Infernal enemigo suyo habia

Traido al bravo moro bandolero

A revolver allí mortal porfia.

Atado el triste monge, y prisionero,
285

Tiernas y amargas lágrimas vertía,

Pidiendo á Dios algun piadoso medio

Para el bien de su campo, y su remedio.

¡O Señor clementísimo amoroso,

En quantos modos á tu pueblo amado
290

Muestras el tierno corazon piadoso

De dulcísimo padre regalado!

¡Si permites que á trance peligroso

Sea por sus deméritos llegado,

Tu amor y zelo mas allí le muestras,
295

Y en tu divina voluntad le adiestras!

En el peligro extremo de las vidas,

De los feroces árabes cercados,

Las generosas almas no rendidas,

Estaban los fortísimos soldados;
300

Quando por las furiosas y homicidas

Armas de aquellos bárbaros ayrados,

Un robusto mancebo entró desnudo,

Con una espada sola y un escudo.

Con sola una camisa cobijaba
305

Los fortísimos miembros el cristiano,

Que entte la gente mora se mostraba

Como leon entre esquadron villano.

Era tan alto, que sobrepujaba

Al mas alto de todos una mano;
310

Y era conforme á la admirable altura

La trabazon del cuerpo y compostura. [127]

Más en las bravas fuerzas y destreza,

En ánimo, en valor, y en osadía,

A la disposicion, y á la belleza,
315

Con ventaja grandísima excedia:

Era un milagro de naturaleza

Aventajado á quanto engendra y cria,

Como se podrá ver ahora en parte

Todo empleando de mi musa el arte.
320

Al primer moro, en quien probó la espada,

Partió desde la frente á la cintura;

Del cuerpo la cabeza destroncada

Rodando á otro echó por la llanura:

Al través de otra fiera cuchillada
325

Otro partido tiende en la verdura;

A otro los dos muslos le cercena;

Y juntos de una punta á dos barrena.

De un corte era la espada, y tunecina,

Aunque derecha y larga á lo cristiano,
330

Tan segura de temple, y fuerte, y fina,

Qual la del Teucro que forjó Vulcano;

Y no menos que espada diamantina

Conviene á tan robusta y fuerte mano,

Para sufrir los golpes espantosos
335

Con que entra por los árabes furiosos.

Hácese larga plaza el jóven fuerte,

No hay quien resista, no hay quien rostro haga

Súbita furia de repente muerte

Es de su espada la mas corta llaga:
340

Ni ciencia de Esculápio habrá que acierte

A curar sus heridas, ni arte maga;

Todas van de mortal congoja llenas,

Hasta agotar la sangre de las venas. [128]

Revuelve los airados ojos, vista
345

Ya poca resistencia de aquel lado,

Y ve matar á Sérgio, y á Batista,

Un viejo alferéz, y su abanderado:

Pone en el bravo matador la vista,

Ques un valiente moro señalado,
350

Y á él se arroja, derribando á Brino,

A Zayde, á Mir, y al capitan Fandino.

Espera el bravo bárbaro arrogante,

Y en la fuerte rodela recogido

Repara el golpe, que el antiguo atlante

355

En dos montes hubiera dividido:

El escudo cortó, brazo y turbante,

Y el cuerpo de anchas mallas circuido

En dos medios partió, y la fiera espada

Quedó en el suelo un palmo sepultada.
360

Saca la espada, y pasa presuroso

Adonde ve una cruel pendencia

Que tienen Filadelfo y Sinforoso,

A mas de mil haciendo resistencia:

Entra por ellos con rigor furioso,
365

Y lleno de valor, y de inclemencia,

Cuerpos y piernas, brazos y cabezas,

Volando envia por el ayre en piezas.

Adonde estan los dos valientes llega

Hiriendo y derribando á todos lados,
370

Y de manera enciende allí la brega,

Que van los moros ya desbaratados:

Crece la furiosísima refriega,

Y llega tras los bárbaros airados,

Adonde un moro, capitan valiente,
375

Con gran valor hace parar su gente. [129]

Con treinta bravos moros se acompaña

El capitan valiente y señalado,

Y todos juntos con furiosa saña

Acometen al jóven esforzado:
380

El qual no pierde un pié de la campaña,

Ni un punto de su espíritu extremado;

Antes se arroja entre la esquadra fuerte,

Llevando en la sangrienta espada muerte.

Lo mismo Filadelfo, y Sinforoso,
385

Con encendido corazon hicieron,

Y entre el tropel soberbio y riguroso

Con denodado esfuerzo se metieron.

Cúpole á Filadelfo el valeroso

Arabe capitan, y allí vinieron
390

A batalla cruel de solo á solo,

Que duró tanto quanto al dia Apolo.

Sinforoso, siguiendo al fiero mozo,

Hace a su exemplo pruebas varoniles,

Con miserable pérdida y destrozo
395

De aquellas atrevidas gentes viles;

Cuya grita, alarido, y alborozo,

Aumenta nuevo esfuerzo al nuevo Aquiles:

Con el qual hace innumerables pruebas

Espantables, fortísimas, y nuevas.
400

El General estaba con Almonte

Quando el bravo rencuentro en esto estaba,

Y con su mejor gente, y con Oronte,

En peligroso y fuerte trance andaba:

Al qual el valeroso Alcimedonte,
405

Trayendo el resto de la gente brava,

Acude á socorrer con el Sargento,

O á ver con él el último tormento. [130]

En este punto aquí tambien llegaron

Los nueve capitanes que en el puerto
410

En las nueve galeras se quedaron,

Quando dellas salió el prudente Alberto;

Que habiendo visto el caso, procuraron

Dexar la armada en el mejor concierto,

Y partir luego con intento honroso
415

De verse en aquel trance peligroso.

De la nobleza de la gran Sirena

Son todos los valientes capitanes:

Sus nombres son Ricardo de Lorena,

Flotante de Altamor, Fadrique Danes,
420

Alardo, Olindo, Anselmo de Ravena,

Uberto, Guido, y Telamon de Alfanes:

Faltaba el buen Tancredo, que en la fiera

Tormenta se perdió con su galera.

Desembarcaron asimismo, junto
425

Con estos capitanes señalados,

Cien pasajeros, que en tan fuertes puntos

No quieren de flaqueza ser notados,

Conociendo de honor el claro punto

A que todos estaban obligados:
430

Son españoles, y la fama antigua

De solos dos los nombres averigua.

Cardona, capitán grande y famoso,

De heroycos capitanes descendiente,

Cuyo apellido y grado suntuoso
435

Por todo el orbe resonar se siente;

Y Aragon de Segorbe el valeroso,

De Reyes de Aragon claro pariente,

Amigos de amistad inseparable,

De voluntad, de amor y fe inviolable.

440

[131]

Son los dos que la fama aclara y nombra

Por excelso valor entre los ciento,

Cuyos nombres dexó en escura sombra,

Como es estilo de su corto aliento;

Pero de todos el valor asombra

445

Al insolente bárbaro sangriento,

Que al grande Alberto sus desinios turba

Con la braveza de su infame turba.

Juntos pues todos ya con el valiente

Alcimedonte, y con Ulisio, llegan
450

Donde combate el General prudente,

Matando á quantos el camino niegan:

Crece con ellos la raudal corriente,

Con que los secos páramos se riegan

De sangre mora, aunque también mezclada
455

Con la valiente sangre bautizada.

Allí acudió también el jóven fiero,

Que por el campo todo penetraba,

Mil veces mas airado que primero,

Por dos ó tres heridas con que estaba:
460

Llegó de los cristianos el postrero

Adonde el grande Alberto peleaba,

Pero no fué tan tarde su venida,

Que á mil no fuese muerte, y á mil vida.

Estaba el sol muy cerca de encerrarse
465

En el profundo golfo de poniente,

Quando el rencuentro vino allí á trabarse

Tan porfiada y rigurosamente:

Viniendo en breve término á juntarse

Toda la nuestra y la contraria gente,
470

Como dándose priesa á la victoria,

Antes que dexé el sol sin luz su gloria. [132]

Era el caudillo de la gente mora

Un viejo capitan bravo y osado,

Hecho á correr desde la clara aurora
475

Hasta el hercúleo Calpe el mar airado:

Sus vaxeles perdió, y andaba ahora

Con aquel pueblo acá y allá arrojado,

Haciendo por las bárbaras marinas

Mil insultos, asaltos, y rapiñas.
480

En dos bandas traía repartida

El moro experto aquella gente fiera,

Por un sobrino suyo era regida

La una, y él regía la primera:

La que de su pariente era traida,
485

Es la que en la batalla entró postrera;

Zeylan se llama el viejo, el mozo Armeno,

De gracia, de valor, y de amor lleno.

Este es quien queda en singular batalla

Con Filadelfo, capitan famoso,
490

Y es quien en la de dulce amor se halla

Con Lixerea, de quien es esposo:

Con Lixerea, que, qual él, de malla

Ornado el cuerpo varonil hermoso,

Suele entrar en revueltos esquadrones,
495

Y rendir valentísimos varones.

No entró en este bravísimo rencuentro

La bella mora, por haber quedado

Del alto bosque en el secreto centro,

Adonde estaba su aduar plantado:
500

Ni lo pudo saber ella allá dentro

Habiendo sido tan arrebatado,

Por suceder inesperadamente

En viendo todos la ocasión presente. [133]

Esta suerte de gente al fin los fieros
505

Arabes eran, que al famoso Alberto

Probaron los fortísimos aceros,

Quando descanso pretendió en el puerto;

De quien con sus valientes caballeros

No se escapára de cautivo, ó muerto,
510

Si Dios á tan buen punto no enviára

Aquel fuerte varon que le amparára.

El qual, en el mayor conflicto ahora,

Junto ya con Alberto, y con su gente,

De la que en el merchan de Arabia adora
515

Vierte la sangre miserablemente;

Ya vuelve el rostro la canalla mora,

Ya no hay quien mire la cristiana frente:

Sigue el alcance aquel feroz mancebo

Hasta que se escondió la luz de Febo.
520

La chusma, que prendida en sus cordeles

Estuvo grande rato ya cautiva,

Y el monge, digno que un famoso Apeles

Le pinte, y un Virgilio le describa,

De poder de los bárbaros crueles
525

Fueron sacados por la gente altiva,

Que por el jóven de inmortal memoria

Tuvo del enemigo la victoria.

A retirar entonces manda Alberto

Que apriesa toquen los marciales sonos,
530

Y así del peligroso desconcierto

Se retiraron luego sus varones;

De quien el viejo Ulisio como experto

Vuelve luego á formar sus esquadrones,

Visto que el roto bárbaro arrogante
535

Su campo forma poco dél distante. [134]

Alberto queda al pié de la montaña,

Y allí pone su ejército en defensa,

Y, entrél y el puerto, el moro en la campaña,

Determinado de vengar la ofensa;
540

Y cada qual con diligencia extraña

Las cosas en su ejército dispensa,

Por el orden que entiende que en el hecho

Le serán de mas cómodo y provecho.

No hay quien se quite ni una sola malla,
545

No hay quien repose, ni aun el mas herido,

Cada qual de la suerte que se halla

Puesto está en arma con atento oido:

No hay reparo, trinchera, ni muralla,

Ha de estar el soldado apercibido,
550

Para que al primer arma que sonare

Cale la pica, ó la saeta encare. [135]

Canto IX

Así ya puestos de una y otra parte,

El General en todo cuidadoso

Manda buscar aquel su nuevo Marte,

Aquel fuerte mancebo milagroso.

Hállanle, y viene ante él ya puesto de arte
5

Que no esté por desnudo vergonzoso:

De un bárbaro despojo en noble suerte

Viene armado y vestido el jóven fuerte;

Y desta suerte al General llegado,

Que, de los capitanes de galera,
10

Y de Garin, y de otros rodeado,

Con deseo grandísimo le espera,

Con rostro grave, alegre y sosegado,

Les hace cortesía; de manera

Que todos conocieron ser persona
15

En todo digna de real corona.

El valeroso General prudente,

Visto el real respeto y la prudencia,

Le abraza con amor estrechamente,

Y con gran cortesía y reverencia;
20

Hizo lo mismo aquella noble gente,

Ofreciéndole todos obediencia

Como á señor, y como á quien debían

La vida y libertad que poseían. [136]

Tras esto, y tras curalle dos heridas
25

Que en un muslo y un brazo había sacado,

Y haber con las mochilas proveídas

A la naturaleza restaurado:

A las partes del mozo esclarecidas

El General discreto aficionado,
30

Con razones dulcísimas le obliga

A que su nombre y calidad les diga;

Y particularmente la venida

Milagrosa, señor, le dice, cuenta,

Que ha sido á tantos libertad y vida,
35

Y que tanto tu honor y gloria aumenta:

De tu patria del cielo engrandecida,

Pues un varon le dio de tanta cuenta,

Y de tu nombre, al fin, haz satisfechos

A los que ya lo estamos de tus hechos.
40

El fuerte jóven con el rostro humano,

Agradecido al noble tratamiento,

Mostrando ser no solo cortesano,

Pero señor del cortesano asiento,

Con dulce estilo gravemente llano
45

Responde: cumpliré tu mandamiento.

Soy Don Diego Horel, nací en Castilla,

Sucesor, aunque indigno, de su silla.

Cardona, y Aragon, que el nombre oyeron,

Puesta la vista mas atentamente,
50

Al heroyco varon reconocieron,

De ambos deudo, aunque en modo diferente:

Alegres dél á conocer se dieron;

Alegre él los conoce, y la valiente

Mano las de ambos toma, y sosegado
55

Así prosigue el cuento comenzado. [137]

Por varios casos, y por gran deseo

De ver del mundo las heroycas cosas,

Salí de España, donde no hay empleo

Por ahora de empresas generosas;
60

Y despues de larguísimo rodeo

Del mar y sus carreras tan dudosas,

A Roma al fin llegué, y en coyuntura

Qual pudiera pedir á la ventura.

No es posible que sepas el gran hecho
65

Del Santo Leon Quarto, pues te hallo

Con estos moros puesto en este estrecho,

Y así será justísimo contallo,

Que de admirable regocijo el pecho

Tendrá qualquiera lleno al escuchallo;
70

Y mas en tí será tal regocijo,

Qual de la Iglesia tan ilustre hijo.

Responde Alberto: de la Iglesia santa

Soy, y de su Pastor hijo obediente,

Y de su gozo ha de caberme tanta
75

Parte, qual es á un hijo conveniente;

Y así, señor, suplicote con quanta

Cortesía te debo, el excelente

Hecho que dices digas por extenso,

Que heroyco ya y altísimo le pienso.
80

Sabá, rey africano valeroso,

Don Diego dice, con su armada grande,

Como tan arrogante y victorioso,

Por las costas de Italia y Grecia ande:

Confiado, por verse poderoso,
85

De que nadie en su daño se desmande,

El puerto de Ostia de improviso toma,

Determinando destruir á Roma. [138]

El gran Prelado valeroso y santo

Teniendo aviso del peligro urgente,
90

Depuesto el sacro venerable manto,

Corre á las armas valerosamente;

Y con presteza singular, en tanto

Que el campo forma la enemiga gente,

El con la suya de la santa tierra
95

Sale animoso á la sangrienta guerra.

Yo que ofrecido al gran Leon habia,

Como en tal ocasion era obligado,

Mi persona, con gozo y alegria

De haber á punto tal allí llegado,
100

Con la gente tambien que le seguia

Salí tras el santísimo Prelado:

El qual guiado de virtud divina

Con gran presteza para el mar camina.

Ya el moro con formados esquadrones
105

Talando todo el campo, apresuraba

La multitud inmensa de ladrones

Con que tan atrevido y bravo andaba,

Quando el Santo Leon con sus leones

Al sacrílego lobo se acercaba;
110

Tanto ya, que en un ancho y largo llano

Se descubrió el ejército africano.

Descubiertas las bárbaras banderas,

El valeroso y gran Caudillo nuestro

Va primero á las armas verdaderas,
115

Como en ellas tan plático y tan diestro.

Rinda, Señor, aquellas gentes fieras,

Con lágrimas decia, el pueblo vuestro:

El pueblo que os confiesa y que os adora

Rinda, Señor, aquella gente mora.

120

[139]

No permita, mi Dios, vuestra clemencia,

Que este contrito y fiel pueblo romano,

Sea con tan sacrílega insolencia

Vencido del soberbio infiel tirano;

Muestre en nuestro favor vuestra potencia
125

La fuerza inmensa de su diestra mano,

Pues veis, Señor, lo que á su santa gloria,

Y de su Iglesia, importa esta victoria.

De ese divino trono sempiterno,

Donde á infinita omnipotencia unida

130

Infinita clemencia en su gobierno

Tanto en favor del hombre es conocida,

Salga favor de dulce padre tierno

Contra esta gente bárbara perdida,

Que con tanta soberbia y saña intenta
135

Hacer á vuestros hijos tanta afrenta.

Así oró, regando las mexillas

Con eficaces lágrimas ardientes,

Puesto con todo el campo de rodillas,

En forma de contritos penitentes;
140

Y luego con palabras, que al oillas

Los ojos convertiamos en fuentes,

A la cercana gloria nos incita,

Nos mueve, nos ánima, y habilita,

Diciendo: ó valentísimos varones,
145

Acostumbrados por virtud nativa

A sujetar las bárbaras naciones

En quanto el sol reparte su luz viva;

Si deseais en vuestras posesiones

Gozar de ilustre palma y dulce oliva,
150

No hay camino mas cierto que domando

El fiero orgullo deste iníco bando. [140]

Mirad, mirad que es pueblo de Mahoma

El que se atreve con armada mano

A la triunfante vencedora Roma,
155

Y á su pueblo ya bueno, ya cristiano,

Contra quien siempre le ha vencido toma

Las armas el infiel pueblo africano,

Y contra CRISTO; pues mirad si en esto

Conviene echar de nuestra fuerza el resto.
160

Así diciendo al pueblo, que ya habia

Por orden suya en Roma confesado,

Con poderosa mano bendecia,

Todo en alegres lágrimas bañado;

Y allí de nuestra santa Madre pía
165

Abre el tesoro á su gobierno dado,

Con indulgencias, con absoluciones,

Y con mil largas gracias y perdones.

Estaban ya muy cerca los reales

Del Libio Rey, quando el Romano Papa
170

Las armas de su imperio celestiales

Desta suerte descubre y desatapa:

Tras lo qual las segundas materiales

Muestra dexando la tiara y capa,

Y descubriendo la persona santa
175

Cubierta del arnés hasta la planta.

Como quando á la luz del claro dia

Suele quitar alguna nube parte

De los ardientes rayos de alegría,

Que por el orbe anchísimo reparte;
180

Si aquella de repente se desvía

Con el furor de un bravo viento á parte,

El radiante sol se nos ofrece,

Que con mas clara lumbre resplandece: [141]

Así de nuestra Iglesia el Sol luciente,
185

Dexando el sacro manto religioso,

Al nuevo aparecer resplandeciente

Del limpio arnés fortísimo y lustroso,

Divinos rayos repentinamente

Con resplandor despide milagroso
190

Del claro electro y de la santa cara,

Con viva lumbre mas ardiente y clara;

Y junto con el rayo repentino

Del rostro y del arnés, al mismo instante

Ante el sagrado Capitan divino
195

Fué vista una doncella relumbrante,

Que su redondo escudo diamantino

Con fuerte brazo le tenia delante,

Animándole al hecho señalado

Con rostro alegre, grave, y confiado.
200

Y luego el Santo Príncipe famoso

Arma, arma dice, y arma el campo suena,

El clarin alto, el atambor furioso,

Con fiero alarma cielo y tierra atruena;

Y al enemigo campo poderoso,
205

Que en aquella presteza piensa á pena,

Con ordenada furia en varios modos

Nos arrojamos al instante todos.

Creciente, que de altísimas montañas

Trayendo piedras y árboles descienda;
210

Rio, que en vegas, valles y campañas

Con avenida súbita se extienda;

Rayo, que las fortísimas entrañas

Del Apenino, ó Pirineo encienda;

Temblor de tierra que revuelva el centro,
215

No pueden compararse al fiero encuentro. [142]

Juzgo que fueron muertos y heridos

Mas de diez mil en el encuentro airado

De los soberbios moros atrevidos,

Que en mal punto incitaron al Prelado:
220

Luego por todas partes embestidos,

Y el conflicto del todo ya trabado,

Con brava obstinacion la gente mora

Hizo furiosamente rostro un hora:

Al cabo de la qual, ya no pudiendo
225

Resistir al ejército cristiano,

A la mar se vinieron retrayendo

Con prestos pies, desamparando el llano.

Entonces la victoria prosiguiendo

Siguió el alcance el Capitan Romano
230

Hasta el mar, que en mar roxo convertia

La inmensa sangre que el infiel vertia.

Allí yo (pues me mandas que te diga

Como fué mi venida aquí á tal punto)

Siguiendo la vencida y enemiga
235

Gente con el sagrado Leon junto,

Viendo que en un batél con gran fatiga,

Y con color y rostro de difunto,

De las manos Sabá se nos escapa,

Y que á voces lo dice el Santo Papa:
240

Del caballo me arrojó al mar, y á nado

Sigo el batél donde iba el moro fiero,

Y alcánzole, que habia ya llegado

Sobre un vaxel fortísimo y ligero:

Subo tras él, y hago lo que armado
245

Tiene en obligacion un caballero;

Y fué mi buena suerte de manera,

Que rendí en breve espacio la galera. [143]

Y como tuve alguna resistencia,

Aunque para prender al Rey ponía
250

Con gran cuidado toda diligencia,

Mientras con sus soldados combatía

Se desapareció de mi presencia,

Y en un vaxel ligero que tenia

Veo despues que por el agua vuela
255

Con largos remos y con ancha vela.

Corria una furiosa tramontana,

Que en espuma tenia convertida,

Con prestas y altas olas, la romana

Exênta playa con razon temida:
260

Yo, que en aquella cólera de gana

Por prender aquel Rey diera la vida,

Con los cristianos de galera junto

Hago vela, y volando parto al punto.

Pongo la proa por la misma via
265

Que lleva la ligera galeota,

Y doyle brava caza todo el día,

No perdiéndole un punto la derrota;

Más, ya que el sol sus rayos escondia,

El viento creció tanto, que la escota,
270

Y los amantes, y el timon rompiendo,

Vine á quedar en un peligro horrendo.

Los pláticos cristianos, que en galera

Habian sido mucho tiempo esclavos,

Acá y allá con xárcias y madera,
275

Con remos, con estacas, y con clavos,

Hicieron en el arte de manera,

Que por entonces á los vientos bravos

Se pudo resistir, aunque en mil modos

Ya nos amenazaban muerte á todos.
280
[144]

Tres dias desta suerte contrastamos

La brava furia á nuestro daño intenta,

Y hoy todos ya del todo confiamos

Salir con bien de la mortal tormenta,

Que á tres ó quatro leguas allegamos
285

De tierra, cada qual haciendo cuenta

Que la pisaba ya, quando al navío

Nos hizo mil pedazos un baxío.

Estaba yo en la popa asido á un remo,

Que en cierto modo de timon servia,
290

Quando ví el triste y miserable extremo

A que el grande peligro nos traía;

Fué favor (ello es cierto así) supremo,

Que para tanto en mí valor no habia:

Quítome los vestidos en un punto,
295

Y salto al mar con aquel remo junto.

Desde el cruel baxío peligroso

Hasta el mojado pié de esta montaña

Nadando vine por el mar furioso

Con pena á qualquier otra pena extraña.
300

Besé la tierra quando el pié gozoso

En ella puse, y luego la campaña

Con gente armada se me ofrece, y luego

Conozco el ser del belicoso fuego.

Y con dolor inmenso de que el fiero
305

Infiel al fiel tuviese tal ventaja,

Asiendo de las armas que primero

Se me ofrecieron vine á la baraja.

Apenas á este punto el caballero

Llega, quando el gran cuento le baraja
310

Un arma viva, que á la estable sierra

Hizo casi mover á brava guerra. [145]

A la primera voz los caballeros

Saltan en pié, y acuden á la parte

De donde comenzaron los primeros
315

Gritos del alto estrépito de Marte.

El Sargento mayor sus sábios fueros

Con diligencia próvida reparte,

Y puesto en arma con atento oido,

Ver no pudiendo, atiende al gran ruido.
320

Así pues con las armas aprestadas,

Alerta estando la animosa gente,

Por las tinieblas lóbregas cerradas

Metiendo paz viene un varon prudente.

Repórtense las armas alteradas,
325

Viene diciendo en alta voz vehemente:

Amigo, amigo soy: hágase pausa

Al gran rumor que mi venida causa.

Su nombre en alta voz así diciendo

Mil veces por el campo repetía:
330

El sábio General reconociendo

La amiga voz, á aseguralle envía;

Y todo el campo en su quietud volviendo,

Seguro paso al valeroso abría:

Al valeroso Filadelfo amado,
335

Ya por muerto en su ejército llorado.

Viene el valiente mozo generoso

En paz y en guerra extremadamente bueno,

Cansado por un peso victorioso

Que trae puesto al noble y fuerte seno:
340

Es el bravo caudillo valeroso

Sobrino de Zeylan, llamado Armeno;

Aquel con quien ya dixes que quedaba

Trabado en singular batalla brava. [146]

El moro viene en una sien herido
345

De una gran cuchillada, y el cristiano

Desde los hombros á los pies teñido

De su sangre, que riega todo el llano.

Estaba sin aliento y sin sentido

Por la vertida sangre el africano,
350

Quando ya el capitan para curarle

Adonde Alberto está viene á dexarle.

Luego al son eficaz de sacros versos

Fué la corriente sangre restañada,

Y el alma de mortales y diversos
355

Espantos fue á sosiego revocada;

Y de sucesos de la guerra adversos

Con amiga esperanza consolada,

Que es la que sobrelleva adversidades

En las almas de heroicas calidades.

360

¡O alivio de la vida de este mundo,

Cuyo nombre mas pio y justo es muerte,

Dulce esperanza de valor profundo,

Contigo el sufrimiento se concierte,

Que en tí con él la mortal vida fundo!

365

¡O vital muerte trabajosa y fuerte

De este engañoso temporal infierno,

Donde eres tú tan celestial gobierno!

Gobierno celestial, santa esperanza,

Acompañada á santo sufrimiento,
370

¿Qual hay del mundo fiera malandanza

Que del alma te arranque de cimiento?

¿Qual tú nos pintas bienaventuranza

Que fuera sea del empíreo asiento?

Y ¿qual consuelo y bien en él no calas
375

Con el excelso vuelo de tus alas? [147]

Ya pues que el sábio Armeno fue curado,

Despues que en su sentido le volvieron,

Y su daño y peligro reparado

De la manera que mejor pudieron,
380

Del capitan valiente y señalado

La causa de traelle así supieron:

La qual fué al grande Alberto tan gustosa,

Quanto al discreto Filadelfo honrosa,

De quien en breve así fué referida:
385

Como cayese ese caudillo fuerte,

La fuerza con la sangre ya perdida,

Yendo sobre él me dixo desta suerte:

Vencido habeis; pero si dar la vida

Quereis, á quien habeis traído á muerte,
390

Haced, fuerte soldado, de manera,

Si ser pudiere, que cristiano muera.

No dixo mas el valeroso Armeno,

Y yo le dije que por él haria,

Visto el buen fin de aquel su intento bueno,
395

Todo lo que á cristiano le debia;

Entonces replicó de gozo lleno,

En medio del desmayo y su agonía:

Yo sé que no hay camino en este suelo

Sino la ley de CRISTO para el cielo.
400

Que quando mi dichosa suerte quiso

Que fuese esclavo en la ciudad sagrada,

Adonde está del alto paraiso

La santa llave al viejo Apostol dada,

Tuve de la cristiana Fe el aviso
405

Que gobierna la gente bautizada,

Y junto con las lenguas de cristianos

Supe sus sacros cultos soberanos. [148]

Y siendo mi intencion y mi deseo

Renacer en el agua del bautismo,
410

Me traxo de uno en otro devaneo

El fiero rey del espantoso abismo,

Hasta que libre ya tras gran rodeo

Me volvió al africano barbarismo,

Y al poder de mi tío, y de esta gente
415

Enemiga de paz naturalmente.

Con esto se quedo sin movimiento,

Y yo lleno de lástima y de pena;

Mas conociendo que el vital aliento

Aun no faltaba, puesto que era á pena,
420

Con el recato que yo pude y tiento

Le levanté de la sangrienta arena,

Y como ya se ha visto le he traído,

De mi promesa y su deseo movido.

Apenas fin al cuento aquí ponía
425

Discretamente el capitán famoso,

Quando Garin, que atento estado había

Al referir del caso misterioso,

Al grande Alberto lleno de alegría

Dixo, qual verdadero religioso:
430

Con tu licencia yo de Armeno quiero

Ser para el cuerpo y alma el enfermero,

Holgóse el General; pero mostrando

Valor de heroyco príncipe perfeto,

A Filadelfo quanto puede honrando,
435

Así dice con término discreto:

En eso, padre mio, yo no mando,

A Filadelfo Armeno está sujeto,

Pues en tan buena guerra le ha ganado,

Y así pedilde á él lo demandado.
440

[149]

Filadelfo, el honor reconociendo

Que á su valor su General hacia,

Discretamente fué correspondiendo

Con alta y generosa cortesía;

De manera que todos concediendo
445

Al buen Garin la peticion tan pia,

El se amparó del moro caballero,

Con zelo de cristiano verdadero.

Mas entretanto que en el campo nuestro

En tales modos Marte ha sucedido,
450

El injuriado moro del siniestro

Suceso en brava cólera encendido,

Como valiente capitán y diestro

No reposaba en descuido olvido,

Sino con cuidadosa diligencia
455

Descubre allí su plática experiencia.

Y sabida la nueva lastimosa

De la prisión de su sobrino Armeno,

De dolor bravo y de pasión furiosa

El iracible y fuerte pecho lleno,
460

Con diligencia á su querida esposa

Despacha un hombre en eloqüencia bueno,

Para que con discreto y cuerdo aviso

Del triste caso sepa darle aviso.

Y para que la mueva y solicite
465

A que venga al ejército volando,

Y á que su hermano como suele incite,

Con los valientes moros de su bando,

A que venga á gozar de aquel convite,

Que con victoria les está esperando,
470

Y sobre todo manda que encarezca

Que vengan todos antes que amanezca. [150]

El bravo capitan Abenagonte,

De la famosa Lixerea hermano,

Con cien caballos de Biserta el monte
475

Habita, y corre la marina, y llano;

De quien por todo el clima y horizonte

Que ilustra el suelo bárbaro africano,

La veloz fama esparce y cuenta hechos

Que dan envidia á mil valientes pechos.
480

Este es de quien la veloz fama cuenta

Aquella maravilla señalada

De aquel dragon que tuvo en tanta afrenta

A Biserta su patria regalada:

El qual tenia por tributo y renta
485

Para comida suya dedicada

Una doncella noble cada dia,

Que por concierto el pueblo le ofrecia.

Es caso en toda la Africa sabido,

Que destruyendo este dragon la tierra,
490

Y no habiendo el poder della podido

Jamás vencerle con sangrienta guerra,

Vino por cierto oráculo á partido

De dar de las familias, que en sí encierra

Mas nobles, una moza la mas bella
495

Cada dia al dragon para comella.

Cupo la suerte á Rosa, ilustre dama,

Dama de Abenagonte, mas querida

Que el alma propia, y á quien ella ama,

Con casto y justo amor, mas que á su vida:
500

Ardiendo en él de amor la viva llama,

Su vida á muerte tal viendo ofrecida,

En lugar della el bravo moro y fuerte

A la fiera se ofrece, y á la muerte. [151]

Salió, sin que supiese dél alguno,
505

Al mismo tiempo que de oscuro bosque

El hambriento dragon salia ayuno

Al pasto con quien él despues se embosque;

Y animoso, y valiente, y oportuno,

Antes que el largo cuello desenrosque,
510

Bate las piernas el veloz ginete,

Y por frente al dragon fiero arremete.

Y con tal suerte, y tal destreza, y tanta

Fuerza al dragon la larga lanza arroja

Por medio de la boca y la garganta,
515

Que en medio el corazon el hierro aloja;

Si el alto silbo, si el mirar espanta,

O si la sangre con que el suelo moja,

Y la espuma mortífera que vierte

Amenazaban en tal muerte muerte.
520

Juzgar podráse con saberse solo,

Que fué este drago de la misma raza

Que el Fiton cruelísimo de Apolo,

Del mismo daño y de la misma traza:

Abenagonte, al fin, así matólo,
525

A quien su dama por su esposo abraza

En digno premio del famoso hecho,

Y del amor que lo inspiró en su pecho.

Pero el moro que el triste aviso lleva

Donde está Lixerea llega, y dalo
530

Haciendo de su ingenio y lengua prueba

En hablar con afecto y con regalo;

De tal manera que consuele y mueva

A todos tanto, que sin intervalo

De turbacion, ó triste sentimiento,
535

Zeylan consiga su prudente intento. [152]

Y así sucede como pretendia,

Que apenas el aviso Timbro ha dado,

Quando en son alto ya el clarin heria

El ayre triste, lóbrego, y turbado:
540

A caballo, á caballo referia

El sonoro arambre apresurado;

Y luego al estandarte, al estandarte,

Y el socorro tras esto apriesa parte. [153]

Canto X

Ya que marchando á toda furia viene

La bella mora con su fuerte hermano,

La pasion tierna que en el pecho tiene

Del casto amor, dulcísimo tirano,

Con poderosa fuerza contraviene
5

Al enojo mortal que en el cristiano

Pide rigurosísima venganza,

Y muere ya por emplear la lanza.

Y no para estorbar esto se opone

El amor al enojo en Lixerea,
10

Porque antes mas la mueve y la dispone

A la fiera venganza que desea:

Para lo que sus fuertes fuerzas pone

Amor, que la gobierna y señoera,

Es para que su blando sentimiento
15

Se vea mas que el vengativo intento.

Y así la bella mora ya rendida

Al fiero mal que el corazón le parte,

Entre la furia airada y encendida

Del iracundo proceder de Marte,
20

Y entre el ronco rumor de la movida

Selva, por donde sigue el estandarte,

Hechos dos ríos los hermosos ojos,

Así mueven la lengua sus enojos. [154]

¿Tanto os parece que durado había
25

Envidiosa fortuna de mi estado,

El regalo, el contento, y la alegría

De Lixerea con su esposo amado?

¿O tanto os enfadaba y ofendia

Su valor de mil glorias adornado,
30

Que para mi mortal congoja y duelo

Puesto le habeis en tanto desconsuelo?

El pecho ilustre de virtudes lleno,

Para mí tan amable y amoroso,

Que mi alma por él de mi enageno,
35

Y en él le doy dulcísimo reposo;

¿Es posible, querido y dulce Armeno;

Es posible, querido y dulce esposo,

Que está rendido á voluntad agena,

Y atado y puesto en áspera cadena?
40

Y ¿es posible, ay de mí! que la valiente

Y diestra mano, tan acostumbrada

A conseguir victoria eternamente,

Y para mí tan blanda y regalada,

La tiene esa enemiga infame gente
45

Con duro hierro y fuerte lazo atada?

¿Y que quizá en su rostro esos villanos

Ponen, no plega á Dios, sus viles manos?

¿Que Armeno está, que Armeno está cautivo,

Y Lixerea no le libra y venga?
50

¿No venga y libra? aunque el hado esquivo,

Qual vino contra él, contra mí venga,

Haré, si en mi vigor tres horas vivo,

Que el que mi bien cautivo tiene, tenga

Paga cruel, subida de quilate,
55

Por venganza justísima y rescate. [155]

Así la bella dama dolorida

Sus quejas esparcia por el viento,

Con lastimosa y triste voz salida

Del corazon á fuerza de tormento;
60

Así la viva llama en él prendida

Descubre el amoroso encendimiento,

Mientras con prestos pies la selva espesa

Por lóbregos caminos atraviesa.

Pero ya quando se llegó la hora
65

Que abrió las puertas del dorado oriente,

Y por ellas saltó la bella aurora

Ante el hermoso sol resplandeciente;

La apasionada valerosa mora,

Toda encendida en cólera impaciente,
70

Del bosque ya saliendo al ancho llano,

Gran trecho se adelanta de su hermano.

Ya el sol los dos ejércitos mostraba

Muy cerca, y ya la mora arremetía,

Qual acosada tigre ardiente y brava,
75

A nuestro campo que delante vía;

Quando Zeylan, que al paso la esperaba,

Con blando ruego en él la detenía,

No permitiendo el temerario hecho,

Quietando un tanto el fuerte y tierno pecho.
80

Qual soberbio lebrél acostumbrado

A pardos y osos, tigres y leones,

Que un bravo toro mira rodeado

De gente con agudos garrochones,

Y en encendida cólera abrasado,
85

Al dueño, y al bozal, y á las prisiones,

Contra su voluntad está obediente,

Aunque fogoso, airado, y impaciente, [156]

Tal la valiente mora acostumbrada

A emprender famosísimas hazañas,
90

Y á rendir por su lanza y por su espada

Mil fieras gentes bárbaras y extrañas,

Viendo tan cerca aquella gente armada,

Que le tiene al que tiene en las entrañas,

Ardiendo en ira está obediente al ruego,
95

Aunque impaciente, brava, y sin sosiego.

Pero ya quando Abenagonte llega

Al esquadron con su gineta banda,

Las banderas el campo infiel despliega,

Y que marche Zeylan apriesa manda;
100

Que marche á dar principio á la refriega,

Que con ardiente cólera demanda

Del sábio Armeno la valiente esposa,

De sangrienta venganza deseosa:

La qual y el bravo Alí vienen delante
105

Con su hermano y caudillo Abenagonte;

Tras ellos van el grande mago Atlante,

Medoro, Cloridano y Rodomonte,

Abenzoar, Hamida, Zeit y Organte,

Hazen, Hamet, Muley y Telefonte,

110

Getulo, Coraben, Pertan y Audalla,

Y tras estos la bárbara canalla.

Venia Abenagonte en un overo

Rico curiosamente y alheñado,

Revuelto y hollador presto y ligero,
115

De corazon robusto y alentado:

Hermosos son caballo y caballero,

Y fuertes tanto, que al mas alto grado

Parece que ambos llegan de belleza,

De gala, y gallardía, y fortaleza.

120

[157]

Era el jaez de seda roxa y oro,

Con estribos y hebillas de ataugía,

Y como muy galan el fuerte moro

Una marlota carmesí traía,

Que segun su belleza un gran tesoro

125

Con el tocado y capellar valía;

Trae la espada tunecí, y la lanza

Larga quarenta palmos á su usanza.

Un moro de estatura de gigante

Puesto á su estribo le traía una adarga
130

Bordada con mil perlas de Levante,

Ancha en debida proporcion y larga;

En cuyo campo un gran leon rapante

Está pintado, que la garra alarga

Al alto fruto de una fértil palma,
135

Con bravo aspecto en que descubre el alma.

Viene la dolorida Lixerea

En un caballo blanco mosqueado,

Que con agilidad salta y voltea

Delante al diestro y al siniestro lado,
140

Con un bravo jaez de su librea,

Que es terciopelo azul, todo sembrado

De estrellas de oro fino al propio, quales

Son las claras estrellas celestiales.

Parece así vestida al mismo cielo,
145

Quando forma en la noche un claro dia

La blanca hermana del señor de Delo,

A quien su lindo rostro parecia:

Calmaba el mar, paraba el sol, y el vuelo

El mas furioso viento suspendia
150

Por contemplar su rostro milagroso,

Y condolerse viéndole lloroso. [158]

Una lanza gineta blandeaba

Con la valiente diestra, y con la izquierda

La rienda y la ancha adarga gobernaba,
155

Sin que de fuerte y diestra un punto pierda:

Un alfange del hombro le colgaba,

Que del famoso capitan se acuerda

Abuelo suyo Cidi Abenchapela,

Que al Mauro dió del Alcorán la escuela.
160

De verde y plata viene Alí su hermano,

En un castaño oscuro fuerte y grande,

Estrellado quatralbo y rabicano,

En extremo galan, ó corra, ó ande:

Una asta gruesa y corta trae en la mano,
165

Que no hay quien mejor que él la rija y mande,

Con una adarga cuyo campo es cielo,

Y en medio dél pintado á Mongibelo.

Medoro, que es del capitan sobrino,

Viene vestido de brocado pardo,
170

En un caballo rucio tunecino,

Qual si fuera andaluz lindo y gallardo;

Lanza gineta de ancho hierro y fino,

Y adarga, cuyo campo un suelto pardo

Atado muestra en hierros inhumanos,
175

El fuerte jóven trae en ambas manos.

En un caballo negro como endrina,

Con los ojos ardientes como llama,

De español padre y madre tunecina

Nacido, mas ligero que una gama,
180

Atlante el grande Astrólogo camina,

Y al capitán á grandes voces llama,

Diciendo él: señor, sigue esta suerte

Con ánimo seguro, osado, y fuerte, [159]

Que mirando en el cielo atentamente,
185

Y alzando una figura judiciaria,

He visto que tu fuerte brazo y gente

Vencerá esta canalla temeraria:

Toda la esfera en tu favor consiente,

No hay cosa en ella que te sea contraria.
190

Vamos, que en fe de lo que digo quiero

Ser en acometerlos yo el primero.

Pone piernas tras esto apriesa, y parte

El rocin ligerísimo volando,

Sin aguardar trompeta ni estandarte,
195

El daño del desorden despreciando,

Y da principio al espantoso Marte,

Que ya sangriento y fiero, amenazando

Saña cruel, venganza horrible y brava,

En ambas partes riguroso estaba.
200

Venia ya tambien baxando en esto

El católico campo al campo llano,

Por el prudente y viejo Ulisio puesto

En forma quadra, en batallon romano;

Y Alberto con espíritu dispuesto
205

A ganar el renombre de africano,

Hecho ya al cielo su debido ruego,

Viene delante con el gran Don Diego.

Y á los amigos dos consigo tiene

El sábio Alberto con Don Diego junto,
210

Dando á los tres el puesto que conviene

A sus quilates de tan alto punto;

Del heroyco valor que en sí contiene

Mostrando en sí y en ellos un trasunto,

Digno de que le guarde por exemplo
215

La eternidad en su famoso templo. [160]

Venia Alberto con un peto á prueba,

Morrion, gola y espaldar, armado,

Espada y daga, y una gruesa y nueva

Pica de un fresno altísimo tostado:
220

Un page la rodela fuerte lleva,

En cuyo campo de oro está grabado

Un unicornio, que con la alta frente

Mueve las aguas de una dulce fuente.

Por las armas y aspecto venerable,
225

Venerable por canas y presencia,

Se muestra el grande Alberto, y sin que él hable

Persuade con altísima eloquencia:

Su exemplo de valor raro, admirable,

Visto en heroyca y célebre apariencia,
230

Mueve mas los honrados corazones,

Que pudieran mover mil Cicerones.

Y no menos persuade, y mueve, y fuerza

Al esquadron, que honor ilustre inflama

El Florel valeroso, con la fuerza
235

De exemplos de valor de eterna fama,

Y sus parientes dos; y así se esfuerza

Ardiendo de valor en viva llama

Por estos solos tres, de la manera

Que si en favor mil Césares tuviera.
240

Puesto se habia el castellano fuerte

Un fino coselete de un soldado,

A quien la brava y rigurosa muerte

En la primer batalla lo ha quitado:

La fina espada tunecí, que vierte
245

La sangre de su gente, tiene al lado,

Y á la robusta y fuerte diestra aplica

Una larga, derecha, y gruesa pica. [161]

Y desta misma suerte armados vienen

Todos los capitanes ya nombrados,
250

Que sus puestos delante en orden tienen

Con los quatro varones señalados:

Las hileras después en sí contienen

Segun sus grados y armas los soldados;

Y en medio, qual su espíritu y aliento,
255

Van las banderas ondeando al viento,

Y las caxas ante ellas, con el fiero

Rumor de Marte que ayre y tierra atruena,

Que infunde aquel espíritu severo

Que á muerte furiosísima condena,
260

Que estremece, que asombra, que el entero

Juicio ofusca, que arma y guerra suena,

Que las iras fortísimas provoca

Del corazon armígero que toca.

Así viene el ejército pequeño
265

Del pueblo fiel, á recibir el grande

Del pueblo infiel, que con airado ceño

No hay mal en su intencion que no le mande;

Así viene obediente al sábio dueño,

Sin que del orden nadie se desmande,
270

El cristiano esquadron, así la ofensa

Tener vengada en breve espacio piensa.

Llegaba en esto el indiscreto Atlante

Con su rocin que el suelo apenas toca,

Quando el Florel haciéndose adelante
275

Fuerte opone á aquella furia loca:

A su santo Don Diego, el Nigromante

En alta voz á su profeta invoca;

Y vióse bien la diferencia luego

Del pérfido Mahoma al santo Diego.
280
[162]

El fuerte cuento de la pica asienta

En tierra, y firma la una y otra planta

El español gallardo, y se presenta

Al que tan confiado se adelanta:

Fuera bien que mirára en esta afrenta
285

El moro mago con su ciencia tanta;

Pero qué digo, ya revuelto habia

Toda la judiciaria astrología.

Y habiendo en ella á su sabor hallado

Lo contrario que alli le ha sucedido,
290

Por eso arremetió tan confiado,

Mostrándose valiente y atrevido;

Mas mostróle Don Diego atravesado

En la pica fortísima, y tendido

Gran trecho del caballo, cuya silla
295

Ya ocupa el caballero de Castilla.

No bien habia el sábio judiciario

Visto tan á su costa la experiencia

De lo que daña un hecho temerario,

Y de lo que es incierta aquella ciencia;
300

Quando el bravo español, con su ordinario

Espíritu, y valor, y diligencia,

Y con gallarda ligereza y brio,

Alegre salta en el rocin vacío.

No pudo contenerse el generoso
305

Habiendo visto la veloz carrera,

Y el menudo tropel bravo y furioso,

A no ver del caballo prueba entera;

Y á no mostrar también quan valeroso,

Quan fuerte y diestro caballero él era,
310

Y quan exercitado en la campaña

Con los ginetes pláticos de España. [163]

Ya en esto llega el esquadron ginete,

Y con grande tropel y alto alarido

Nuestro pequeño ejército acomete,
315

De quien es bravamente recibido:

Al gran Don Diego el bravo Ali arremete

Visto lo que de Atlante ha sucedido,

Pensando en él hacer lo que solia

En mil valientes que vencido habia.
320

Mas sucedióle adversa alli la suerte,

Que siempre le fué amiga y favorable,

Aunque en extremo fuese osado y fuerte,

Y en destreza y espíritu notable;

Porque la espada, en quien la brava muerte
325

Airada se mostraba y espantable,

De un tajo brazo y lanza le echa al suelo,

Y la cabeza de un revés en vuelo.

Abenagonte y Lixerea viendo

La miserable suerte del hermano,
330

En ira y rabia, y en dolor ardiendo,

Furiosos arremeten al cristiano:

Fué de los dos el fiero encuentro horrendo,

Tal, que el veloz rocin cayó en el llano;

Pero queda el diestrísimo Don Diego
335

En pié, y ardiendo en vengativo fuego.

A los dos vuelve como tigre fiero,

Y aunque fué el revolver en un instante,

Ya no los halla el bravo caballero,

Que volando pasaron adelante;
340

Y entre ellos y él, un esquadron entero

Así se opuso, que la bella amante,

Y el bravo Abenagonte, aunque quisieron

Volver al español, jamás pudieron. [164]

Mas pensando acabar de su venganza

345

Lo que quedaba aquel gigante moro,

Que para que la adarga lleve, ó lanza,

La estima Abenagonte en un tesoro;

Con fuerza inmensa, y con bestial pujanza,

Qual acosado grande y bravo toro,
350

A Don Diego se arroja ardiendo en ira,

Y mil golpes bravísimos le tira.

Con la adarga del amo en el siniestro

Robusto brazo el gran gigante vino,

Gobierna el desmedido brazo diestro
355

Un ancho y fuerte alfange damasquino,

Qual con broquel y espada un hombre diestro;

Así se aviene el bravo tunecino

Con el alfange largo de una braza,

Y con la adarga anchísima que embraza.
360

En tanto ya los bravos esquadrones:

A toda furia vienen á las manos,

Los quales muestran bien las intenciones

De fieros enemigos inhumanos:

Batalla de fortísimos leones
365

Contra tigres bravísimos hircanos

No se pudiera ver mas rigurosa,

Mas fiera, mas trabada, y mas furiosa.

Allí caen caballo y caballero

Atravesados de una larga pica,
370

Acullá muere el diestro balletero

Mientras la xara á la ballesta aplica,

Acá un ginete temerario y fiero

Contra cien contrapuestas picas pica,

Aquí, mientras el otro el arco flecha,
375

Atravesarse siente de una flecha. [165]

Pero donde el furor mas riguroso

El ronco, airado, y confundido grito

Del bélico rumor, fiero y espantoso,

Levanta en son del infernal Cocíto;
380

Es donde el grande Alberto valeroso

Sustenta igual el desigual conflicto,

Puesto con sus infantes coseletes

Al furor de los bárbaros ginetes.

Allí de aquellos capitanes fuertes,
385

Y del valor y honor de sus soldados,

Se vian famosas y gallardas suertes

De varones destrísimos y osados.

Allí la muerte con airadas muertes

A los soberbios moros confiados
390

Les muestra quanto daño trae consigo

El estimar en poco al enemigo.

Allí de los amigos generosos

Cardona y Aragon famosamente

Son llevados los moros sediciosos
395

Por el rigor de la mortal corriente;

Y allí los pasajeros valerosos,

A imitacion de la guerrera gente,

Mil vidas quitan, muertes mil desprecian,

Por el honor que en alto punto precian.
400

Bien que donde la brava Lixerea

Con Hazen, con Medoro, y con Audalla,

Con Guido, Olindo, y Telamon pelea,

Diferente de aquí va la batalla;

Que aunque no llega al fin que ella desea,
405

Rompe dichosa la cristiana malla,

Entrando el esquadron á viva fuerza,

Amor la ánima, amor su brazo esfuerza. [166]

Ni menos donde el fuerte Abenagonte,

Organte, Zeit, Abenzoar, Hamida,
410

Con Anselmo, y Ricardo, y con Oronte

Combaten, van los moros de vencida;

Antes si por Florante, y por Almonte,

No fuera aquella parte socorrida,

Por ella hubiera al campo fiel hallado
415

Dichosa entrada el fuerte moro osado.

Que alli un robusto moro combatia

Con infernal furor, saña y braveza,

Que el fuerte Abdeluzema se decia

Por su maravillosa fortaleza,
420

A quien Almonte el campo defendia

Con singular valor, brio y destreza;

Aunque de Rodomonte y Cloridano

Guardado estaba de una y otra mano.

Y allí el famoso tirador de arco,
425

Robusto, quanto diestro y arrogante,

Cuñado de Zeylan, llamado Zarco,

De nacion turco, en fuerzas un gigante,

Mato al suave músico Aristarco,

Griego en linage de la fértil Zante,
430

Cuya voz, que á la lira concertaba,

Las almas suspendia y encantaba.

Y allí con Benamir español moro,

Que andaba foragido de Valencia,

Su dulce patria, que en contino lloro
435

Vive por ella en su forzosa ausencia,

Y era entre estos tenido en gran decoro

Por su valor, juicio, y experiencia,

Tienen los nuestros resistencia fuerte,

Y puesta la victoria en alta suerte.
440
[167]

Y allí también el espantable Alfardo,

En fealdad y en fuerzas monstruo fiero,

Mató al valiente alférez Belisardo,

Y á Guido Baldo, noble caballero,

De quien el famosísimo Ricardo,
445

Hermano suyo, y único heredero,

Vengó la injusta muerte dolorida

Privando al feo monstruo de la vida;

Y matando tras él al gran Calibio,

Hechicero famoso y herbolario,
450

Y á un bravo capitan de nacion libio,

Primo de Tulipante, dicho Alario;

Y metiendo el sangriento estoque tibio

Por el pecho á Zazinto, gran cosario,

Y matando al bastardo Amirhabena,
455

Hijo del Rey de Fez, y de Aridena,

De Aridena, muger de Sabá, aquella

Que el viejo Rey de Fez á su alcazaba

Se le llevó, mientras el padre della

Por muger gozosísima le daba;

460

Haciendo á un tiempo al padre, á él, y á ella

Agravio tal, y sinrazón tan brava,

Que produjo en Sabá el mas bravo hecho

Que jamás emprendió bárbaro pecho.

Tomó Sabá aquel caso de tal suerte,

465

Y fué tal su congoja y sentimiento,

Que con su corazon soberbio y fuerte,

Y con su temerario pensamiento,

Sin temer el peligro de la muerte,

Ni otro alguno, si le hay, mayor tormento,
470

Determinó con rigurosa furia

Cobrar su dama, y vengar su injuria. [168]

Para lo qual en una noche oscura,

El solo, sin ayuda de su gente,

Hecha una eficacísima mixtura
475

Para dar fuego repentinamente,

Con tan grande artificio y tal ventura

Le puso á la alcazaba del pariente,

Que la furiosa repentina llama

Le abrió el palacio, y le entregó la dama.

480

Perdió el de Fez mugeres, joyas, y oro;

Perdió el castillo rico y admirable;

Fué espanto eterno de su tierra, y lloro,

El no entendido caso memorable;

Y el mozuelo Sabá con el tesoro,

485

A su amoroso pecho inestimable,

Huyo, mudando el nombre, el trato y trage,

Y disfrazando el rostro, y el language.

Lloróse por quemada en Fez la mora

Con las que se quemaron realmente,
490

Y al que causó la llama vengadora

Por quemado lloró también la gente;

Y en especial el triste Rey los llora

Con afectos de amante, y de pariente:

Tan fuera de pensar el triste estuvo
495

El engaño bravísimo que hubo.

A Tunez Sabá, vino, y heredando

Hizo claro el engaño al vicio tío,

El qual, la atroz injuria blasfemando

Quiso vengar el loco desvarío;
500

Mas el bravo Sabá fiero, mostrando

Su soberbio valor y ardiente brio,

De modo el caso al tío zahirióle,

Que en perpétuo silencio sepultóle. [169]

Parió del viejo Rey la moza dama
505

A Amirhabena, aquel que ahora muere,

A quien libró al nacer de ardiente llama,

Donde Sabá que muera al punto quiere.

Allí la madre, que qual madre le ama,

Le dió dos vidas, y á un su fiel requiere
510

Que el niño crie, y él hasta este punto

Aquí le tuvo, donde fué difunto.

Mas el terror furioso que acompaña

Con fiera amarillez á Marte ardiente,

Quando en su punto la sangrienta saña
515

Muestra su bravo espíritu inclemente,

Discurre con Don Diego la campaña

Con tan horrenda y espantable frente,

Que no hay quien no revuelva dél la suya,

Y por no verle á toda furia huya.
520

No espanto tal al marinero triste

El flaco pecho le convierte en yelo,

Quando en la mar el que al gobierno asiste

Con el timon es arrojado en vuelo,

Y la galera sin remedio embiste
525

En peñas levantadas hasta el cielo,

Qual es el miedo que esta gente tiene

De aquel terror que con Don Diego viene.

Habia con la brava resistencia

De aquel gigante tanto acrecentado
530

El enojo, y la saña, y la impaciencia

En el pecho á vencer acostumbrado;

Que no Don Diego, sino la inclemencia,

Entonces era el español airado,

Haciendo pruebas con su brazo fuerte,
535

Quales las hace la espantosa muerte. [170]

Fué la batalla que con Alimauro

Tuvo (que así llamaban al gigante)

Tal, que el teatro del famoso Escauro

En el tiempo de Roma mas triunfante,
540

A ninguna dió palma, ó roble, ó lauro,

Que ser le pueda igual, ni semejante;

Ni entre las suyas el turbado Xanto

Alguna vió que se extremase tanto. [171]

Canto XI

Como tal vez del cielo airado suele

En seco campo con rigor violento

Fuego caer, que prenda en él, y vuele

Con el furor de algun airado viento,

Sin que al villano mísero, á quien duele
5

Con mortal ansia el fiero encendido,

Le dé lugar que mies ó fruto guarde

De la alta llama que lo enciende y arde;

Así Don Diego riguroso, airado,

En colérico fuego convertido,
10

El esquadron mas fuerte donde ha entrado

En vuelo lleva roto ya, y vencido;

Sin que bravo Zeylan, que con cuidado

Mira por él su campo destruido,

Le dé lugar alguno á que provea
15

Cosa que en su reparo y orden sea.

Y así el valiente moro belicoso,

Ya sin remedio ni esperanza alguna,

Blasfemando colérico y furioso

Del cielo, y de Mahoma, y de la luna,
20

Al valiente español, que victorioso

Con su valor seguia su fortuna,

Se arroja airado con intento ardiente

De matalle, ó morir honradamente. [172]

En tanto los demás con furia horrible
25

Como fuertes varones peleaban,

Y en varias formas con rigor terrible

El fiero espanto bélico mostraban;

Y en su mas alto punto la iracible

Saña del bravo Marte levantaban,
30

Haciendo cosas dignas que la gloria

Haga en el tiempo eterna su memoria.

La brava y hermosísima africana,

Despues de haber el campo discurrido,

Y con grande valor sangre cristiana
35

Dichosamente acá y allá vertido;

La furia airada que con sangre humana

El serpentino crin trae teñido

Con fiero asombro y grima de la tierra,

Cuyo espantable y triste nombre es guerra,
40

Hizo que con el sábio y valeroso

Capitán Filadelfo se topase;

Aquel cuyo valor su amado esposo

Causó que en su poder preso quedase:

El la acomete airado, y envidioso
45

De que tan victoriosa por él pase,

No pensando que fuese tierna dama,

Sino fuerte varon de excelsa fama.

Ella se vuelve á él visto su intento,

Y el caballo cansado, al dar la vuelta,
50

Sin piernas, y sin manos, y sin tiento

Dexa á la dama entre la arena envuelta;

Pero la bella mora en un momento,

En extremo animosa, y fuerte, y suelta,

Con la espada en la mano en pié se halla,
55

Y viene airada á la cruel batalla. [173]

Su hermano en esto con el grande Alberto,

A pié tambien, y cuerpo á cuerpo, muestra

En un duelo peligroso, incierto,

La brava fuerza de su fuerte diestra;
60

Mas la sagacidad del viejo experto,

Y la grande prudencia que le adiestra,

Resiste aquel furor, mostrando un claro

Exemplo de valor notable y raro.

Aragon y Cardona inseparables,
65

Mil almas de mil cuerpos separando,

Con sangrientas espadas espantables

Hinchen de espanto el enemigo bando;

Invencibles los dos, y incontrastables,

Venciendo á todos van, y contrastando:
70

Con este par, ó fama, no compares

Aquellos tus famosos doce Pares.

Y así como en valor sin par señales

Este par soberano y peregrino,

Mueves tus lenguas mil y tus mil alas
75

En mostrar de amistad su ser divino;

De amistad verdadera, que á tan malas

Penas hallamos huella en su camino,

En este siglo lleno de perfidia,

Donde es reyna cruel la infame envidia.

80

Fueron estos dos fuertes caballeros

En la ley de amistad tan señalados,

Que por ella, entre tantos pasajeros

En el oscuro olvido sepultados,

Son en esta jornada dos luceros
85

Del claro sol de fama iluminados:

Ante la qual hallar no pueda excusa

La pérfida amistad que el mundo hoy usa. [174]

Fundaron en razon esta ley santa

De su amistad, y con verdad sincera
90

Altamente ilustraron la de quanta

Virtud le da su calidad entera;

Virtudes digo, que si ahora espanta

No haber fiel amistad, ni verdadera,

Es porque en vicios mil tiene la mira,
95

Y sin razon se funda, y con mentira.

Mil claras sinrazones, mil mentiras,

De que abundan los hijos de los hombres,

Y mil vicios, ó mundo, en que te aíras,

Quitán de alta amistad claros renombres;
100

Pero tú, ingratitud, que al mundo tiras

Mil monstrós del infierno con que asombres;

Tú, de quien todo bien volando huye,

Eres quien mas santa amistad destruye.

Tú, fiera ingratitud, que del ingrato
105

Enemigo comun eres amiga,

Y del divino verdadero trato

De amistad santa pérfida enemiga,

Causas que con infame desacato

Por la misma razon que á ser le obliga
110

Un hombre de otro amigo fiel y justo,

Enemigo le sea infiel y injusto.

Pero donde me lleva y me trasporta

La infame ingratitude con sus dolores,

Por ocasion que da á mi lengua corta
115

La amistad santa destes dos señores;

Cuyo excelso valor á Alberto importa

En los airados bélicos furores

De la batalla en que se ve la vida

De célebre victoria enriquecida.

120

[175]

Aragon de un revés al mauro Lancho,

Capitan valeroso y señalado,

Los dos brazos cortó, que en alto un ancho

Y fino alfange habian levantado;

La rodela dexó el page en el rancho,

125

Adonde estuvo su aduar plantado

Aquella noche, que si la truxera

No poco en este golpe le valiera.

Pero aunque en este golpe aprovechára

Al fuerte capitan el fuerte escudo,
130

De otros mil fieros golpes no escapára

Con que Aragon matar á muchos pudo.

Zarante, nieto de la Reyna Zara,

Se entró rabiando por el hierro agudo,

Que de punta Aragon al pecho fuerte
135

Le ofreció, envuelto en rigurosa muerte.

De otra punta qual esta á Sacripante

Al mismo tiempo allí mató Cardona;

Y de un revés cortó por medio Argante,

Y el un brazo de un tajo á Maratona;
140

Maratona, que era en fuerzas un gigante,

Y un muy pequeño enano en la persona,

Monstruo notable, contrahecho, y feo,

Que afirmaba en blason ser rey pigmeo.

Bravo era el monstruo, y mas lo queda ahora
145

Con el brazo cortado, y encendido

En braveza y en ira vengadora;

Mas poco le ha durado, y le ha valido,

Que la veloz espada matadora,

Cardona reportado y prevenido,
150

Al corazon indómito le apunta,

Y á las espaldas hace ver la punta. [176]

Aquí tambien Uberto, Olindo, y Danes

Matan á Yarbas, á Selin, y á Zerta,

Que habian sido, qual ellos, capitanes
155

En galeras de Argel, y de Biserta.

Caramamin que al capitán Alfanes

Dexa en un muslo larga llaga abierta,

Queda por él sin la espantosa vida

De insolente ladrón, fiero homicida.
160

Telamon, qual aquel bravo de Troya,

También aquí furiosa y bravamente

Peleo con la bárbara Lancroya,

Muger monstruosa, fiera, y insolente,

Tenida entre estos bárbaros por joya
165

Venida desde el último Oriente

A ser allí qual ellos salteadora,

Furiosa, cruelísima, y traidora.

Matóla el fuerte Telamon, y Guido

A su lado mató al soberbio Zayde,
170

Désta fiera muger falso marido,

Y del gran Caruan traidor alcayde:

Florante aquí fué de Selin herido,

Y él mató en recompensa al Alvenzayde,

Moro galan, en Tunez señalado,
175

Y al Merlin por gran mágico estimado.

Y en este fuerte y riguroso punto

Los españoles pasajeros tanto

Mostraron el valor nativo, junto

Al diestro proceder, que fué un espanto:
180

Excelso y sonoro contrapunto

Fueron al valeroso heroyco canto

De los demás, en la armonía y arte,

De la sublime música de Marte. [177]

Y por ellos decir solia Alberto,
185

Quando desta batalla se trataba,

Que de cautivo con su gente, o muerto,

Sin duda le libró la gente brava:

Su término, su honor, y su concierto,

Con grande admiracion siempre alababa;
190

Y con obras mostrándose, les hizo

Honor despues que al suyo satisfizo.

Ya dos horas habia que duraba

La batalla bravísima y sangrienta,

Quando en confuso y fiero punto estaba
195

Mas incierta, mas brava, y mas violenta;

Y de la misma suerte se mostraba

Que el alto mar en áspera tormenta,

Quando á veces las ondas tempestuosas

Vencidas van, y vuelven victoriosas.
200

Ya el campo infiel con ímpetu retira

Al católico ejército animoso;

Ya el campo fiel revuelve ardiendo en ira

Sobre el bárbaro ejército orgulloso;

Y así cada qual dellos fiero aspira
205

Al fin tan deseado victorioso,

En pretension del qual prestos llegaban

A muchos los que menos deseaban.

Hamet, Muley, Pertan, y Telefonte,

Getulo, Coraben, Hazen y Audalla,
210

Hácia la parte donde está en el monte

La chusma fiel, con quien Garin se halla,

Con Anselmo, con Guido, y con Oronte,

Traban rigurosísima batalla,

De mil moros los unos ayudados,
215

Los otros de los míseros forzados. [178]

Y aquí sin duda todos padecieran

A manos de los bárbaros furiosos,

Si por el sábio Ulisio no tuvieran

Socorro los cristianos valerosos;
220

Y aun en cien otras partes padecieran

Trances infortunados y afrentosos,

Si el campo no tuviera por Sargento

Un varon de tal sangre, y tal talento.

Traxo consigo á Telamon y Alardo,
225

A Alcimedonte, y á Fadrique Danes,

A Uberto, á Sinforoso, y á Ricardo,

Valientes marineros capitanes;

Y él, mas que todos plático y gallardo

En los sangrientos bélicos afanes,
230

El primero acomete el moro bando,

Victoria en alta voz apellidando.

Jamás tan léjos della habia estado

Como entonces lo estaba el campo nuestro;

Mas el prudente y fuerte viejo osado,
235

En aquel menester sábio maestro,

Por ardid toma el nombre mejorado;

Y á tiempo fué tan próspero, y tan diestro,

Que saliendo de allí la voz amada

Por el campo voló luego esforzada.
240

Y adonde con Zeylan está Don Diego

En sangrienta porfia alegre llega,

Y allí, aumentando el encendido fuego,

Las alas ligerísimas despliega;

Y no tomando punto de sosiego,
245

Parte de allí, no ya confusa y ciega,

Sino evidente y clara en tono fuerte

Diciendo de Zeylan la cierta muerte. [179]

Por diez heridas al furioso moro

Sacó Don Diego el alma rigurosa,
250

Que blasfemando del celeste coro

Huyó al infierno brava y desdeñosa:

Luego en un tono altísimo y sonoro,

Con dulce voz clarísima y famosa,

La gloria, el nombre del Florel en vuelo,
255

Levantó por el ayre alegre al cielo.

Terror, espanto, miedo, pasmo, muerte,

Infunde en el infiel pueblo africano

La alegre voz, que la dichosa suerte

Divulga del ejército cristiano,
260

El qual en puro esfuerzo se convierte

Al triste fin del árabe inhumano;

Y así los unos huyen temerosos,

Y los otros los siguen victoriosos.

No puede Abenagonte socorrellos,
265

Que á manos del famoso Alberto muere;

Ni amparo, ayuda, ni favor de aquellos

Valientes caballeros nadie espere,

Que en este punto no hay alguno dellos

Que de la vida ya no desespere:
270

Sola la linda mora en la batalla

Con Filadelfo al paragon se halla.

Mas poco mas duraron los valientes,

Dignos de eterna y alta poesía,

Por quien vivan en bocas de las gentes
275

Mientras el sol causare al mundo el día,

Que ambos vertiendo lastimosas fuentes

Dieron á un punto fin á su porfia,

A la tierra los cuerpos entregando

Sin sangre ya, y sin fuerza agonizando.

280

[180]

Amor, que tanto tiempo habia vivido

En el hermoso pecho de la mora,

Mas regalado y mas entretenido

Que en todo quanto habita y enamora,

Turbado, sin consuelo, y afligido,

285

Apaga el fuego, el arco rompe, y llora

Con sentimiento tan amargo y fuerte,

Que parar hace y suspender la muerte.

El fiero brazo, y el cuchillo alzado

Quedó la feroz muerte suspendida,
290

Oyendo el lamentar desconsolado

Que el amor hace por aquella vida;

Y sin calar el golpe acelerado

Pasó adelante casi enternecida,

Volviendo á Filadelfo el cuerpo en yelo,
295

Y abriendo al alma puerta para el cielo.

En tanto pues que dexa Lixerea

La muerte, de su muerte lastimada,

Y en el vencido ejército se emplea

Mas furiosa que nunca, y mas airada;
300

La triste dama en quien amor desea

Alargar su dulcísima morada,

Animada del niño blando y fuerte

Así se queja de la brava muerte:

¡Obras son tuyas, furia aborrecible,
305

Espanto y grima de la humana gente!

¡Hazañas son de tu furor terrible,

Muerte cruel, fierísima, inclemente!

¡Representarte airada y invencible,

Quando tu brava y espantable frente
310

Sea mas horrible, temerosa y fiera,

A quien ni te desea, ni te espera! [181]

¿Este fin tiene, este suceso alcanza

Aquel gozo de amor que al alma mia

En su gozosa bienaventuranza

315

Largos años de gloria prometia?

¿Aquella sin igual rica esperanza

De juventud, nobleza y gallardía,

Paró en tan pobre y desigual tormento?

¡Ay quantas esperanzas lleva el viento!
320

¿Y desta suerte, dulce esposo mio,

Mas que mi vida y que mi alma amado,

Remedio vuestra lástima, y desvío

El fiero golpe que os señala el hado?

Si este sangriento y encendido río,
325

Que mana, ay triste! de mi pecho helado,

Os diera libertad á vos, y vida,

Consuelo fuera mi mortal partida.

Mas esto á vuestra amada Lixerea,

Que muriendo os contempla, y os adora,
330

Y mas que nunca os llama, y os desea,

Querido Armeno, en su postrera hora,

Es lo que duele mas, es lo que emplea

Su fuerza mas terrible, y matadora:

Que ella, sin vos, se parte muerta; y vivo,
335

Sin ella, vos quedais triste cautivo.

¡Amargo trago, amargo trance, y fuerte!

¡Aspero y lastimoso apartamiento!

¡Fiero y bravo rigor de adversa suerte!

¡Insufrible dolor, cruel tormento!
340

¡O sangre sin valor, ó vana muerte!

¡O quantas esperanzas lleva el viento!

¡Ni hay de Armeno gozo, ni su vida

Es con mi sangre y muerte socorrida! [182]

Esto me mata, desto solo muero;
345

Y es mas mortal herida y penetrante

Que asta del brazo de ese caballero,

Que en mi venganza muerto veo delante;

Mas, ay de mí cuitada! que no espero

Que á la una la otra se adelante:
350

Juntas las dos el cuerpo y alma cercan,

Y apriesa la mortal congoja acercan.

Esta postrer palabra apenas fuera

Salió de aquellas perlas orientales,

Rompida de un sollozo que pudiera
355

Enternecer las furias infernales;

Quando la muerte acelerada y fiera,

Con presurosos pasos desiguales,

Por allí vuelta, con veloz corrida

De Lixerea se llevó la vida.
360

En esto á toda furia, á toda priesa

Vuelve la frente ya la gente mora,

Quien á la selva lobrega y espesa,

Y quien á la montaña defensora;

Mas á qual en la fuga se atraviesa
365

Cierta y aguda xara voladora,

Y á qual con mejor suerte, aunque no buena,

Fuertes cordeles, ó áspera cadena.

Quinientos de las manos se escaparon

De la sangrienta muerte encarnizada,
370

De los seis mil ladrones que causaron

La peligrosa y súbita jornada;

Mas todos sin valerles pies quedaron

En manos de la gente bautizada,

Que venció aquella bárbara braveza
375

Con cristiana prudencia y fortaleza. [183]

De los cristianos no faltaron ciento,

Aunque todos allí sangre vertieron,

Mas atóles las llagas el contento

Que de la gran victoria recibieron;
380

Y alegres del dichoso vencimiento

Repararon su armada, y proveyeron

Del agua y leña, que con sangre y vidas

Se compró de las gentes descreidas.

Hecha la provision, y despojado
385

El miserable y triste campo muerto,

De su pillage cada qual cargado

Alegre vuelve al deseado puerto;

Y del buen Filadelfo mal logrado

No se olvidó su General Alberto,
390

Que le estimaba quanto conocia

Su discrecion, su sangre, y valentía.

Garin tomó á su cargo el sepultarlo

Con la pompa mayor que allí se pudo,

Y Alberto fué el primero á levantarle
395

Ya puesto sobre un ancho y fuerte escudo;

Y qual estaba armado, sin quitarle

Alguna pieza, ni el estoque agudo,

Garin guiando, y veinte capellanes,

Le llevan Guido, Olindo, Oronte, y Danes.
400

Una cruz rica en alto levantada

Lleva el pio Garin, delante puesto

De la fúnebre pompa, encaminada

Hácia la mar, al cabo de un recuesto;

Donde al reposo eterno encomendada
405

El alma, y el sepulcro ya dispuesto,

En una peña junto al mar sagrado

El cuerpo ilustre fué depositado. [184]

Tambien los demás cuerpos se enterraron,

Que de entre los revueltos africanos
410

Con piedad dolorosa retiraron

Los que eran en milicia sus hermanos:

Hecho lo qual apriesa se embarcaron,

Y con robustas y maestras manos

Fué reparado el daño peligroso
415

Del pasado naufragio riguroso.

Y los heridos asimismo en tanto

Se repararon algo, solamente

Armeno acrecentó con pena y llanto

Su no mortal herida, y su accidente;
420

¡O quanto, amor, tu ardiente llama, ó quanto,

Y en quantas formas tu rigor se siente!

Sin duda Armeno de su mal curára,

Si tanto tu furor no le apretára.

Curára Armeno, si tuviera cura
425

La pasion amorosa, quando llega

A privar la razon y la cordura,

Y al alma triste el uso dellas niega;

Y cristiano, y en próspera ventura,

Léjos de su africana gente ciega,
430

Viviera con el gozo, y el consuelo,

Que tiene acá quien solo aspira al cielo.

A la real galera, donde estaba

Con Armeno Garin, llegó un soldado,

Trayendo de la mora linda y brava
435

El vestido de estrellas adornado;

El alfange del hombro le colgaba,

De los brazos las ropas, y el tocado

(Que á la curiosidad misma excedia)

De las manos, y alegre así decia:

440

[185]

Bien puede haber ganado plata y oro

Otro en esta jornada peligrosa,

O cautivado algun valiente moro,

O habido alguna joya muy preciosa;

Mas cosa que sin serlo, en un tesoro

445

Es digna de estimarse por hermosa,

Yo la he ganado; y si esto no es creído,

Mírese este bellissimo vestido.

Diciendo así, delante del cuitado

Y triste Armeno, en manos de otros pone
450

La almalafa, la aljuba, y el tocado,

Que con diversos lazos se dispone;

Quien de marlota y capellar ornado

Piensa, mientras se mira y se compone

El azul estrellado terciopelo,
455

Que está vestido de un sereno cielo.

Quien el alfange saca, y la fineza,

Haciendo alguna prueba en él, admira;

Quien la labor alaba, la riqueza;

Quien solamente con codicia mira;
460

Quien quisiera comprarle, y la probeza

Con helado despecho le retira;

Y así al fin todos todo lo alababan,

Y al dueño engrandecian y envidiaban.

Tambien Armeno, en yelo convertido,
465

Atónito, confuso, embelesado,

Está mirando el trágico vestido

Qual si estuviera en piedra transformado;

Mas siendo de aquel pasmo comovido

Al triste preguntar de aquel soldado,
470

Que le dice: si sabe cuyo habia

Sido el rico pillage que traía. [186]

El alma os lo podrá decir (responde

El pobre Armeno con la voz turbada)

Si sale, como yo deseo, de donde
475

Está tan bravamente atormentada;

Si á mi triste deseo corresponde

Fortuna contra mí siempre indinada;

Si ya dolido de mi mal el cielo

Me quiere con la muerte dar consuelo.
480

¡O tristes ropas, quando Dios queria

Alegres á mis ojos lastimados,

Quando con vos, ó bien del alma mia,

Pasaba dulces dias regalados!

¡Ay Lixerea, gloria y alegría,
485

Y dulce fin de todos mis cuidados!

¿Qual inhumana furia, brava y dura,

Os le dió á vos tan lleno de amargura?

Sin duda que á traicion os dió la muerte

Quien os quitó, mi rico bien, la vida,
490

Pues ni el rostro os valió, ni el brazo fuerte,

Contra el traidor, cruel, fiero homicida;

Que vos en él trocárades la suerte,

Si fuérades á vista acometida;

O si él en el hermoso rostro os viera,
495

Antes os adorára que ofendiera.

No, no pudiera ser tan valeroso

Soldado alguno, que de bueno á bueno

Rindiera vuestro brazo poderoso

De mil victorias admirables lleno;
500

Ni hubiera corazon tan escabroso,

Ni tan lleno de cólera y veneno,

Que vuestros ojos no le enternecieran,

Y en dulce mansedumbre le volvieran. [187]

Muerta al fin sois, y sois sin duda muerta
505

A traicion, mi dulce esposa amada:

Cada qual destas cosas es muy cierta,

Mas de lo que quisiera está probada;

Y así ya solo resta que la abierta

Senda por vos, sea por mí pisada,
510

Que os siga yo, mi Lixerea, en esta

Triste jornada solo ahora resta.

O vos, dueño cruel de ese vestido,

Si sois el que matastes á mi esposa,

Y esto que habeis ahora de mí oído
515

Por mi bien os enciende en ira honrosa;

Dadme la muerte, ya que ha merecido

Mi lengua apasionada y licenciosa;

Dadme la muerte, que es el justo medio

Para vuestra venganza, y mi remedio.
520

Aquí se le quedó súbitamente

La voz á Armeno en la garganta asida,

Y la muerte veloz, fiera, inclemente,

Con el vestido trágico venida,

Desenlazando al mísero doliente
525

El nudo estrecho de la amada vida,

Le dexó el cuerpo convertido en yelo,

Con los ojos y manos hácia el cielo.

Garin, su cuidadosísimo enfermero,

Que junto á él estaba, aperciendo
530

Santas razones con que aquel mal fiero

A fácil cura fuese reduciendo;

La postrera congoja, el postrimero

Trago cruel que la apretaba viendo,

Acude presto, y diligente aplica
535

Al pobre enfermo toda su botica; [188]

Y fué á tal tiempo, que aunque el cuerpo helado

No pudo ser de muerte defendido,

Antes de ser el nudo desatado,

Fué el espíritu en tanto entretenido;
540

Que el pio Garin con celestial cuidado,

En su perfeto acuerdo y su sentido,

Al alma vida dió con la agua pura,

Despues con llanto al cuerpo sepultura. [189]

Canto XII

La armada en tanto ya aprestada, solo

Aguarda que el rigor de la corriente,

Que causa el porfiar del bravo Eolo,

Aplaque su mortal ira inclemente;

Y que el revuelto mar de polo á polo
5

Muestre serena la turbada frente,

Para volver por su camino incierto

De infiel y extraño, á fiel y propio puerto.

Al tardo aparecer del quarto dia,

Que en orden aguardando está la armada,
10

Próspero tiempo, y viento de alegría,

Para la dulce Italia deseada;

Calmó el soberbio soplo que tenia

Toda la costa de Africa atronada,

Y della, quando el sol faltó del cielo,
15

Un viento salta con ligero vuelo.

El contrapuesto viento favorable

A la corriente indómita contraria

Venciendo vuelve el alto mar tratable

Con la mudanza entre ellos ordinaria;
20

Queda el soberbio piélago espantable

Manso, al volver de la fortuna vária,

En bonanza se ofrece, y al esfuerzo

Del ábrego quedó rendido el cierzo. [190]

Alegre entonces el famoso Alberto,
25

Quando la noche á la mitad subida

De su camino sosegado y cierto,

La prima guardia tuvo ya rendida,

Manda dexar al africano puerto

Con la cierta señal de la partida:
30

Cuyo alto son apenas fué escuchado,

Quando el puerto se vió desocupado.

Salen al ancho mar, y al largo viento,

Las velas dan con gozo y esperanza;

Ofrece el tiempo al General contento
35

El viento en popa, y la alta mar bonanza:

Huye la tierra infiel, y el firme intento

De alcanzar la que espera el fiel alcanza;

Vuela la armada como su deseo,

Y toma el promontorio Lilibeo.
40

Tres veces saludaron la ribera

De la fertil Sicilia alegremente,

Y tres veces alegre la parlera

Eco, los fines replicar se siente;

Ya queda atrás el puerto, y la ladera
45

De Trápana, que el alto descendiente

De Capis, con su nombre, y su ceniza,

Por el único Títiro eterniza.

Persevera en su vuelo el africano

Viento, y pasa la esquadra italiana
50

Mirando alegre, á la derecha mano

La floreciente Isla Siciliana;

Y á la siniestra de Eolo y Vulcano

Las siete, donde viento y fuego mana

Lipara, Hiera, Estrongila, Ericusa,
55

Eronima, Didima y Fenicusa. [191]

No cesa el fresco y dulce viento moro,

Ni Alberto amayna la cruzada entena,

Hasta que junto casi ya á Peloro

La voz airada de Caribdi suena;

60

Y Cila, amenazando eterno lloro,

Revuelve el Faro, y cielo y tierra atruena:

Aquí á media asta amayna, y del estrecho

Pasa el bravo refluxo un argos hecho.

Vuelve á dar la ancha vela al largo viento
65

Pasado el removido mar Sicano,

Y ve á la diestra Agrópoli y Cilento,

Y la espumosa boca de Brandano,

Salerno, Malfi, Masa, y de Sorrento

El delectoso aunque pequeño llano:
70

Aquí al anochecer el viento el vuelo

Volvió cansado á su africano suelo.

Con los remos suplió la fuerza humana

La falta del soplar de travesía,

Abriendo por la mar quieta y llana
75

Segura senda en la derecha via;

Y al claro aparecer de la mañana,

El que la guardia en el carcer hacia

Descubre á Capri, y luego en voz gozosa

Nápoles dice, Nápoles famosa.
80

Ausente madre de su hijo amado,

Que anda con Marte en furias repentinas,

Y largos dias y años le ha esperado

Con suspiros y lágrimas continas,

Y siente que le dan del bien llegado
85

El parabien y nuevas sus vecinas,

No con mayor consuelo y regocijo

Gozosa y presta acude á ver el hijo. [192]

Que á la alta y dulce voz del marinero

Acudieron á ver la amada tierra
90

Los tristes trabajados del mar fiero,

Y de la brava y peligrosa guerra;

Y con gusto y contento verdadero

Estan mirando la mas alta sierra,

Y luego el monte menos alto, y luego
95

El llano donde esperan su sosiego.

Ya cerca al fin, á menos de una milla

La fuerte esquadra el manso mar navega,

Y descubriendo va en la amiga orilla

La inmensa gente que á esperalla llega;
100

Y gozosa y alegre á maravilla

Las banderas y flámulas despliega,

Las tapieras, los ricos tendaletes,

Las banderolas, y los gallardetes.

Y con vistosa muestra así adornada,
105

Y en forma de batalla en orden puesta,

A la querida tierra deseada

Se va acercando con alegre fiesta:

Suena la caja con furor tocada,

Dale el alto clarin dulce respuesta,
110

Y acompañando el marcial sonido

Alza la humana voz dulce alarido.

Con el aplauso mismo recibida

Es de la tierra la contenta gente,

Y en el muelle seguro recogida
115

Al mar arroja el corvo y fuerte diente;

Y demás dél, con cabo en tierra asida

Pone la armada mas seguramente:

Luego con el batél que nadar hace,

Del todo á su deseo satisface.

120

[193]

Alberto sale en tierra acompañado

De toda la nobleza de su armada,

Trayendo al diestro y al siniestro lado,

Con honra merecida aventajada,

Al buen Garin, de todos estimado

125

Por su vida exemplar ya muy notada,

Y al famoso Don Diego, su querido,

Por nuevo Marte en general tenido,

Y á los dos valerosos y notables

Amigos, de quien tanto él muestra serlo,
130

Quanto ellos con sus obras memorables

Llegan perfetamente á merecerlo.

En medio destes hombres admirables,

Lleno de excelsa magestad al verlo,

Alberto sale, y llega así contento
135

Donde le aguarda gran recibimiento.

Es la estacion del General famoso

Primero que otra alguna al templo santo,

A dar debidas gracias del dichoso

Fin del viage deseado tanto:
140

De allí á palacio, y luego mas gozoso

Al suyo va, donde con dulce llanto

Su familia le espera de la suerte

Que Penelope al hijo de Laerte.

A los quatro españoles sus queridos
145

Lleva consigo Alberto á su posada,

Deseando tenellos divertidos

En aquella su patria regalada:

Alentando sus ánimos traídos

Por la trabajosísima jornada
150

Quedan los dos amigos, y Don Diego;

Pero Garin quiso partirse luego. [194]

No fué posible detenelle un hora

Mas de las que tardó la noche fria

A dar lugar que la siguiente aurora,
155

Con claros rayos llenos de alegría,

Mostrase el rostro que ilumina y dora

Quanto en la fertil madre el cielo cria,

Y abriese al rubio Febo radiante

Las clarísimas puertas de levante.
160

Parte el gozoso monge, al fin, por tierra,

Solo, y á pié, para la sacra Roma;

No fuerte bestia en que pasar la sierra

Aceta, ni dinero alguno toma;

Ni en la bizaza acostumbrada encierra
165

Las cosas prevenidas de que coma:

¡O pobreza de espíritu subida,

Como de todo estás bien proveida!

¡Riquísima pobreza, tus tesoros

Solo aquel que los goza los estima,
170

No el que goza del mundo pompas y oros,

Si la ambicion con ellos le lastíma!

¡Dichoso el que en grandezas y en decoros

Desta humilde pobreza se sublima!

No el ambicioso, aunque el haber le sobre:

175

Rico es aquel, mísero es este, y pobre.

Si contento no estás, si satisfecho

El estado que tienes no te tiene;

Si levantado, si alterado el pecho

La alma con tus haberes no se aviene;

180

Si el corazón te aprieta, si en estrecho

Te pone lo que menos te conviene,

Que es el no contentarte con tu suerte,

Miserable mortal, tu vida es muerte. [195]

Miserable mortal, martirizado
185

De ambicion, fuerte furia del infierno,

Que sin cesar acá y allá arrojado

Lleva tu pensamiento en vuelo eterno;

Jamás de ti contento ni pagado,

Satisfecho jamás de tu gobierno,
190

Siempre de ti quejoso, imaginando

El modo siempre, siempre el como y quando.

¡O dulce paz, quietud, gozo, consuelo

Del alma do te acoges y regalas,

Del alma, á quien para elevarse al cielo
195

Das de águila real ojos y alas!

¡Libre de afetos míseros del suelo,

Pobreza que al Perú mas rico igualas,

De la fiera ambicion destruidora,

Y en ella de mil monstros vencedora!
200

Dame que, así como tus bienes veo,

Sepa dellos gozar, como el prudente

Garin, con el espíritu y deseo

De pobre peregrino, y penitente;

Dame que, sacudiendo el devaneo
205

Con que ambicion turbando va la mente,

Tu razon sosegada el alma rija,

Y solo lo que el cielo elige elija.

Quando de nuestro cielo el sol faltando

A la nocturna sombra se le entrega,
210

Y así como él se va en poniente entrando,

Ella sus alas lóbregas despliega;

Con su santo deseo, apresurando

El contrito Garin el paso, llega,

No con poco deseo de posada,
215

A una en todo extremo regalada. [196]

Habia, sin pensarlo, el monge errado

El camino derecho que llevaba,

Y por un ancho del siniestro lado

Confiado y contento caminaba,
220

Hasta dar en un valle, que adornado

De un alto monte que le rodeaba,

Aquel albergue vió maravilloso,

Y á él se fué con paso presuroso.

Desde que vió la casa, y su lindeza,
225

Se le ofreció el camino llano, y lleno

De lo mas lindo que naturaleza

Pone á la tierra en el fecundo seno:

El alma le robó con su belleza

A Garin por la vista el valle ameno,
230

Imprimiéndole en ella un cierto aviso,

Que entraba en el terrestre paraiso.

Via selvas umbrosas, verdes prados,

Jardines curiosísimos, hermosos,

De mil vivos colores matizados,
235

De mil frutos y flores abundosos;

Altas mieses con granos sazonados,

Anchos viñedos, largos y espaciosos;

Bosques, dehesas, sotos, grangerías,

Torres, cercados, casas, y alquerías.
240

Y via bellas fuentes, que cristales

Deshechos como nieve parecian,

Que con sonoros y altos manantiales

Del monte por mil partes descendian;

Y las mieses, y plantas, y frutales
245

Del admirable valle enriquecian,

Por todo él alegrísimo riendo

Sus corrientes dulcísimas torciendo. [197]

Iban, despues de haber todo el hermoso

Valle fertilizado y discurrido,
250

A dar á un lago claro y espacioso

De jazmines y rosas circuido,

El qual en medio tiene aquel suntuoso

Palacio, en mil columnas sostenido:

Centro del valle es la laguna bella,
255

Y el hermoso palacio es centro della.

Por quatro bien labradas y anchas puentes,

Que van á dar á quatro grandes puertas,

Que á todos de ordinario estan patentes,

Y como propias á qualquiera abiertas,
260

Se entra en la casa; y por las mansas fuentes

Del lago tambien tiene entradas ciertas,

En muchos barcos, que por todas partes,

Pescando van con industriosas artes.

Todo esto va Garin mirando, mientras
265

La escasa luz del sol se lo consiente;

Pero ya, al fin, casi en un punto él entra

En la ancha casa, y Febo en ocidente;

Y luego en la primera puerta encuentra

Un huesped, aunque viejo, diligente
270

Tanto, que en todo lo que disponia

La misma diligencia parecia.

Era lo que en el valle habia mirado,

Y en la grande laguna el monge pobre,

Con lo que dentro via comparado,
275

Como oro fino á baxo peltre, ó cobre:

Contempla el gran palacio sustentado

(Extraña y admirable cosa) sobre

Altas columnas, no de marmol pário,

Sino de vidro quebradizo y vário.

280

[198]

Bien que no solo el monge no juzgára

Ser fragil vidro las columnas bellas;

Mas creyendo jurar verdad jurára

Diamante ser la menos fuerte dellas;

Y de tal fortaleza le estimára,

285

Qual las dos que sustentan las estrellas;

Tanto podia en el palacio extraño

Del diligente huesped el engaño.

Como quien á la nieve está mirando

Desde cerca en un alto ventisquero
290

Gran rato, quando el sol reverberando

Hace con ella fuerte resistero,

Que del todo la vista disgregando

Queda sin su valor y ser primero,

Sin que ver pueda lo que mira atento,

295

Ni tener dello algun conocimiento;

De la misma manera deslumbrado,

En poniendo los pies en los lumbrales

De aquel hermoso albergue, freqüentado

De mil famosas gentes principales,
300

Quedo Garin, y con el viejo al lado,

Que le acaricia con palabras tales,

Que le obliga á que tome muy despacio

Gracioso alojamiento en su palacio.

En una pieza grande y rica mete
305

El huesped á Garin con rostro afable,

Donde una cena (antes un gran banquete)

Le ofrece, qual á un príncipe notable;

Y como tal, en un real retrete

Una cama, qual tálamo admirable:
310

Cena Garin templadamente en tanto

Con gusto grande, y no pequeño espanto. [199]

Satisfecho ya el monge con la cena,

El viejo dice: mientras llega la hora

De reposar, serálo huesped buena
315

De entretenerte entre Pomona y Flora,

Que al claro rayo de la luna llena,

Mejor que á los del sol, podrás ahora

Gozar un rato de un jardin curioso,

De quanto el mundo pudo dar copioso.
320

Tómale por la mano así diciendo;

Y Garin se levanta alegremente,

Y á su huesped afable va siguiendo

Por entre grande multitud de gente:

Toda la qual parece estar riendo
325

Con tan serena y sosegada frente,

Que el juicio á Garin se le confunde,

Y aquella extraña risa en él se infunde.

Al medio de la casa á cielo abierto

Llegan, al fin, por donde una ancha puerta
330

Les da seguro paso, siempre abierto,

Para la grande y regalada huerta.

Aquí (el viejo astutísimo y experto

Dice á Garin) el ánimo despierta,

Para gozar de todas estas cosas
335

Que ahora se te ofrecen milagrosas.

La luna llena en el sereno cielo

Con la prestada luz resplandecía

Tanto, que del hermoso y fértil suelo

Las cosas y colores descubría:
340

Plata pura llevaba un arroyuelo,

Que por la primer calle discurría

De aquel jardín, y en su pintada orilla

Oro era la flor, si era amarilla; [200]

Si era encarnada, era amatiste fina;
345

Rubí, si roxa parecia al verla;

Si azul, rico zafir de nueva mina;

Y si era blanca, diamante, ó perla;

Y por lo que se ve se determina

Qualquier dellas llegándose á cogerla;
350

Y aunque son tales las extrañas flores,

Tienen sus suavísimos olores.

De verdes jaspes, tersos, transparentes

Los troncos y las ramas parecían,

En mil árboles varios, eminentes,
355

Que las iguales calles dividían,

Cuyas hermosas hojas excelentes

De esmeraldas color y ser tenían,

Y los diversos frutos que producen,

Como en el cielo las estrellas lucen.
360

De vária luz alegres rayos claros

Despiden los hermosos frutos, tales

Que á lo admirable de sus visos raros

No hay visos que les puedan ser iguales:

Apacibles, dulcísimos y caros,
365

Maravillosos, sobrenaturales,

Y de tal fuerza en su agradable vista,

Que tiraniza á toda humana vista.

Admirado Garin de la extrañeza

Del único jardin, pasa gozando
370

De su rara y riquísima belleza,

Las nunca vistas cosas admirando;

Y en unas la bellísima riqueza,

La novedad en otras contemplando,

Va bebiendo de todas el veneno,
375

Casi del todo de sí mismo ageno. [201]

Espiraba un olor de mil olores

Regalados, preciosos, y suaves;

Oian desfogar los ruseñores

Con voz aguda sus dolores graves,
380

Viendo andar gozando fruto y flores

Otras aunque nocturnas lindas aves:

Sentíase tras esto una armonía,

Que el cielo y elementos suspendía.

Para donde la música sonora
385

Vuelve Garin la vista, y el oído;

Y á la sonora voz, que se acordaba

Al suave y dulcísimo sonido,

Sin resistencia alguna apresuraba

Los mal guiados pies tras el sentido,
390

Metiéndose con paso apresurado

En un enredo crético intricado.

La dulce lira y dulce voz oía

Mas cerca cada paso, y no por eso

Al músico agradable ver podía
395

Por el hermoso laberinto espeso;

Y por la misma privacion hacia

Siempre mayor el comenzado exceso,

Con mas deseo el músico buscando,

Y mas adentro en la maleza entrando.
400

Al centro del enredo ya llegado,

En un prado se vió maravilloso,

De rosales espesos rodeado,

Con cierto desconcierto artificioso;

Y en un redondo estanque bien labrado,
405

Puesto en medio del prado deleytoso,

Al claro rayo de la luna llena

Descubrió una bellísima sirena. [202]

De la cintura arriba se mostraba

Compuesta de una linda vestidura
410

De carmesí encendido, que adornaba

El pecho y brazos con sutil hechura:

El dorado cabello, que igualaba

Al sol en resplandor y en hermosura,

Parte atado tenía, y parte suelto,
415

Parte entre perlas y rubís revuelto.

Las manos, que á la nieve no tocada

Exceden en blancura milagrosa,

Al blando pecho tienen arrimada

La vihuela dulcísima y hermosa
420

Cantó siempre, aunque vió que era mirada,

Fingiendo de no verlo la engañosa;

Y del sonoro artificioso canto

Fué tal desde aquel punto el salto encanto.

¿Quién tan esquivo, quien tan inhumano
425

Consigo mismo es, con vano intento,

Que del suave y dulce amor humano

Huya el gusto, y el gozo, y el contento?

Al nemeo leon, al tigre hircano

Ablanda el regalado sentimiento
430

Del natural amor de la criatura,

Lleno de suavísima dulzura.

¿Y hombre ha de haber que dél se aparte, y huya,

Siéndose á sí cruel, duro, y arisco?

¿Y que á sus calidades atribuya
435

Las del aspid mortal y basilisco?

Quien estas da al amor, será la suya

De un yerto yermo aborrecido risco,

Lleno de eterna sombra y triste luto,

Que ni produce flor, ni espera fruto.

440

[203]

No tienes tú, bellísima diana,

Que ahora al suelo das tu luz hermosa,

Esta opinion tan bárbara y profana,

Aun con ser tú de castidad la diosa;

Pues como venga el sol á la mañana,

445

Irás á la morada peñascosa

De Endimion tu pastorcillo, donde

Con dulce amor te goza y corresponde.

Y no tú, padre altísimo Tonante,

En cielo y tierra, infierno y mar potente,
450

Desprecia del amor el importante

Fuego, que enciende tan gustosamente;

Pues en él, quando fué Egina amante,

Se convirtió, con viva llama ardiente,

Como en la torre por la griega en oro,
455

Y por la de Fenicia en Tiro en toro.

Es amor un deseo regalado

De gozar la belleza que enamora,

En quien vive el amante transformado,

Y con quien siempre entretenido mora;
460

Y á quien, como á su cielo deseado,

Dulcemente contempla, ama, y adora;

Y es su fin cumplimiento del deseo,

Todo lleno de gozo, y de recreo.

Aquí dió fin al engañoso acento
465

La falsa y hermosísima sirena,

Dexando juntamente el instrumento,

Llena de engaño, y de lascivia llena;

Y luego por el líquido elemento

Calar dexóse á la profunda arena,
470

Primero habiendo con lascivo juego

Hecho del agua del estanque un fuego. [204]

Qual de profundo sueño recordado

Fué Garin por el huesped, al decirle

Que era ya hora de dexar el prado,
475

Y en reposada cama convertirle:

No le responde el monge embelesado,

Sino luego dispónese á seguirle:

Guíale el viejo por mas corta via,

Adonde ya la cama le atendia.
480

Déxale solo, porque así lo quiere

Garin, el huésped en el aposento:

La puerta el monge, solo ya, requiere,

Y ciérrala con llave á su contento:

La cama mira, y el retrete inquiera;
485

Y divertido en el oido acento,

Y en lo demás de aquella casa, al sueño

Hizo en la blanda cama de sí dueño.

Ya que el retrato vivo de la muerte

Al monge en el primer sueño entretuvo,
490

Y en la profundidad del ocio inerte

Los trabados sentidos le detuvo;

Aquel que su remedio y bien le advierte

Desde que en guardia y proteccion le hubo,

Permite el Rey de la admirable esfera
495

Que le dé su favor de esta manera.

Muéstrase en sueño el soberano nuncio,

Qual quando en el altar de Madalena

Le dió aquel dulce y regalado anuncio,

Que fué remedio de su angustia y pena;
500

Y dícele: Garin, yo te denuncio

Eterna muerte en inmortal cadena,

Si con menos descuido, y mas recelo,

No adviertes lo que siempre te revelo. [205]

¿En regalada cama, descuidado,
505

Fuera de tu costumbre, duermes? vela,

Que estás de mil peligros rodeado,

Y en ellos tu enemigo se desvela:

No estés al torpe sueño así entregado,

Haz sobre tí cuidosa centinela:
510

Para volver á tu camino esfuerza,

Y para resistir la infernal fuerza.

Advierte atentamente lo que digo,

Que en parte estás donde sino lo adviertes,

Quedarás preso por el enemigo
515

En esa carcel llena de sus muertes:

Prepárate á vencerle, que contigo

Siempre yo asistiré con armas fuertes.

Alerta pues, no mas descuido: alerta,

Que el enemigo llama ya á la puerta.
520
[206]

Canto XIII

Apenas dixo la razon postrera

El angel santo, el vuelo revolviendo

Con gravedad á la mas alta esfera

El ayre escuro con su luz abriendo;

Quando al retrete llega por de fuera

5

El viejo huesped, tal rumor haciendo,

Que del triste Garin huyó al momento

El torpe sueño, qual ligero viento.

Abre el monge los ojos, y recoge

Aprieta los sentidos derramados,
10

Y en el alma con ellos luego acoge

Los nuevos pensamientos y cuidados,

Y por entrellos al deseo descoge

Largas alas en vuelos regalados:

Allí la casa mira, allí le suena
15

Al oído la voz de la sirena.

Estaba así suspenso y pensativo

El sueño y las visiones cotejando,

A sí ya en uno con razon esquivo,

Y ya sin ella en otro dulce y blando;
20

Quando, qual suele poco á poco el vivo

Rayo del sol salir iluminando

Con claros y dorados resplandores,

De los fértiles campos los colores, [207]

Así la pieza en que Garin tenia
25

La cama nunca dél acostumbrada,

De un admirable inusitado dia

Poco á poco quedó toda ilustrada:

Del pecho el corazon se le salia,

La voz tenia en la garganta atada,
30

Mirando atento aquella luz extraña,

Y espera, y teme, y piensa que se engaña.

Mas otra maravilla mayor luego

De esta primera le dexó olvidado,

Con mas temor, con mas desasosiego,
35

Con mayor turbacion, miedo y cuidado,

Que fué ver, tras el dulce y claro fuego

Con que el rico retrete fué alumbrado,

A su lado, en su cama, una doncella

Como la misma hermosura bella.

40

En el rico trezado artificioso,

Y el extraño atavío, parecia

A la sirena, que en el deleytoso,

Estanque aquella noche visto habia;

Mas en el rostro y el mirar gracioso,
45

En el real donayre y gallardía,

Aquella muestra ser que de su sierra

Con corazon contrito le destierra.

De aquella dama, á quien la injusta muerte

Dió con tanta crueldad su injusta mano,
50

Garin el rostro y la belleza advierte,

No en la imaginacion, ó en sueño vano;

Sino en formado cuerpo, de la suerte

Que es junto con el alma el cuerpo humano,

Tan retratada al vivo, que el ser muerta
55

Tiene entonces Garin por cosa incierta. [208]

Y con debido miedo celerando

De vision en tal forma aparecida,

Al alto cielo en su favor llamando,

Della se aparta con veloz huida;
60

Y ella la voz entonces desatando,

Así con sus venenos le convida:

¿De quien, mi gloria, quieres alejarte?

¿De quien quieres huirte, y esquivarte?

No soy yo sierpe ponzoñosa y fiera,
65

Que usar quiera en tu daño su veneno;

No soy Aleto yo, no soy Megera,

Ni tengo su mirar de espanto lleno:

Muger soy, y muger que amando espera

En tí, que de mi amor estás ageno,
70

Sin razon siendo de tu propio gusto

Fiero enemigo, y matador injusto.

Esto que yo te ofrezco, y tú desprecias.

Otro con ansia inmensa lo desea,

Y en procurar lo que en tan poco aprecias

75

El cuerpo y alma con fervor emplea.

Cruel, si de gozarte no te precias

Con quien solo en gozarte se recrea,

Y te precia y te estima en sumo grado,

¿En que fundas tu gusto, y tu cuidado?

80

Vuélvete á mí, regálame en mi pecho,

Donde el amor te tiene puesto vivo,

Que está tanto en sus lágrimas deshecho,

Quanto te muestras tú al amor esquivo:

No fué tu corazon de mármol hecho,
85

Aunque tan duro y frio, y tan altivo:

Vuelve á lo menos á mirar ahora,

A quien como á su ídolo te adora. [209]

Aquí paró la lengua ponzoñosa,

Y en vez della las manos atrevidas
90

Quisieron emplear la rigurosa

Fuerza, que rinde y doma tantas vidas;

Pero de la estacada peligrosa

Huye Garin, y evita sus heridas

De aquella combatiente dama bella,
95

Y huye por vencer con ansia della.

El huye victorioso, y ella sigue

Vencida su porfia comenzada;

Y no ya con las manos le persigue,

Ni con la lengua de dulzura armada:
100

Para que su dureza se mitigue

Otra arma toma mas aventajada:

Vierten sus ojos cristalinas lluvias,

Y sus manos arrancan hebras rubias.

Pudiera el rico aljofar trasparente,
105

Que por la nieve y púrpura corria,

Y la enojada mano que impaciente

El cabello bellissimo rompia,

Y el suspirar tiernísimo y ardiente

Con que el lascivo lloro interrumpia,
110

Hacer piadosa la implacable muerte,

Y dar vencido lo mas bravo y fuerte.

Pero derrama en la infecunda arena

En vano su mortífera semilla,

Y queda, al fin del blando ruego, llena
115

De excesivo dolor y maravilla:

El llanto enxuga, el rostro ya serena,

Ya no suspira, ya no se amancilla,

Sino brava, colérica, y furiosa

Hacerle fieras amenazas osa.

120

[210]

Que no le dexará salir le jura,

Si con su voluntad no condesciende,

De aquel retrete, que en prision escura

Convertirá, si en cólera se enciende,

Donde estará en eterna desventura

125

Si mas su dura obstinacion la ofende,

Que entienda que en aquella casa grande

No hay quien contra lo que ella manda mande.

Ni por aquí tampoco en el valiente

Halla para vencelle entrada cierta,
130

Que siempre victorioso y diligente

Huye, buscando acá y allá la puerta;

Y aunque es ya tal su turbacion vehemente,

Que con la parte donde está no acierta,

Sigue su retirada victoriosa
135

Por triunfar de la dama poderosa.

Tigre, á quien haya el cazador experto

Del ponzoñoso albergue saqueado

Algun hijuelo, y otro alguno muerto

En su sangre revuelto haya dexado,
140

No tanto con su airado desconcierto

Muestra el furioso pecho lastimado,

Quanto aquella el dolor que la lastíma,

De ver quan poco el buen Garin la estima.

Y así con un furioso y bravo ceño,
145

Los ojos en dos fuegos convertidos,

Vencida por el monge zahareño

Huye, dando tristísimos aullidos.

Garin entonces, no rindiendo al sueño

Con el descuido que antes los sentidos,
150

Sino despierto, y de rodillas puesto,

Dice, parando en mil suspiros, esto. [211]

Mis fuerzas, ó clemente Rey eterno!

Y mi deseo, os es patente y claro:

Este quiere, Señor, vuestro gobierno,
155

Y han menester aquellas vuestro amparo:

Sin esto llevará de mí el infierno

Lo que os costó, Señor, á vos tan caro;

Pues, ó mi Dios! vuestra clemencia sea

Quien de amparo y gobierno me provea.
160

La nocturna tiniebla que asombraba

Lo que ilumina el sol resplandeciente,

Ya con ligeras alas se acercaba

A las oscuras puertas de poniente,

Y al horizonte en su lugar dexaba
165

Al que siguiendo va perpetuamente;

A cuya luz al avisar del alba

Hacen las aves sonora salva.

Quando salió Garin mas consolado

A buscar para irse cierta via,
170

Salas y patios dexa apresurado,

Y á las salidas de la casa guia;

Ya quatro vueltas casi en vuelo ha dado,

Y de las quatro puentes que tenia

Para entrar en la casa la laguna,
175

Para salir hallar no puede alguna.

Ni en toda la ribera aborrecida

Ve cosa en que pasar el lago pueda,

Sino una barca rota y destruida,

Que encima apenas de las aguas queda:
180

Pasmado allí, no viendo otra salida

En quanto el espacioso extraño rueda,

En otro mas revuelto de sí mismo

Está Garin hasta el mas hondo abismo. [212]

Un piélago revuelto le es el pecho
185

Con todo quanto mira, y quanto infiere,

Presuponiendo que de aquel estrecho

Salir, y luego en todo caso quiere,

Por parecerle temerario hecho

Fiarse en aquel fragil barco, inquiere
190

Otra vez, y otra, toda la ancha costa

Del grande estanque, á su deseo angosta.

Mas viendo, al fin de grande rato, que era

Excusado esperar otro camino

Para pasar la alta laguna y fiera,

195

Que era revuelta un lago camarino;

Con viva fe encendida y verdadera

Entra animoso en el abierto pino,

La amarra suelta, y con aliento extremo

Cala con arte el uno y otro remo.
200

Gimió de popa á proa la barquilla

Al peso del varon determinado,

Rechinaron costillas, borde, y quilla,

Hizo mucha agua de uno y otro lado:

Garin con faz mudada y amarilla,
205

Mas con entero corazon y osado,

Sigue animoso su viage, abriendo

Con presurosa boga el lago horrendo.

A la mitad de la laguna estaba

Con su corta barquilla peligrosa,
210

Y anhelando y cansado apresuraba

Todavía la boga fatigosa;

Quando saltó, con furia presta y brava,

Una borrasca súbita espantosa,

Que revolviendo el lago, al lago averno
215

Le iguala, abriendo en él bocas de infierno. [213]

No pueden contra la áspera tormenta

La fragil barca, ni la debil fuerza

Del triste monge, aunque mil artes tienta,

Y en mil modos con ánimo se esfuerza:
220

Que el batél del rigor que le atormenta

A dar á fondo el gran furor le fuerza,

Y Garin de los remos desasido

Queda en las altas aguas sumergido.

Sacude recio la una y otra pierna,
225

Tendiendo á un tiempo el uno y otro brazo,

Hallándose con ansia tan interna

Del alto lago en el cruel regazo

Las ropas, y el temor que le gobierna,

Le son mortal estorbo y embarazo;
230

Y así el bravo combate de las ondas

Ya le sorbia en sus cavernas hondas.

Quando el viento, calmó y la lucha fiera

De las revueltas aguas espantosas,

Y á un tiempo el triste monge en la ribera
235

Firmó las flacas plantas temerosas;

Esfuerza entonces, y del todo fuera

Sale de aquellas ondas peligrosas,

Y está en lo enxuto apenas, quando advierte,

Que lago y casa en humo se convierte.
240

Espántale el suceso temeroso,

Y huye del lugar aborrecible

Con paso apresurado y codicioso,

Aunque turbado del temor terrible:

El valle que antes era tan hermoso
245

Es monte ahora casi inaccesible,

En todo el qual sola una senda yerta

Halla Garin para subir abierta. [214]

No duda de emprender la alta subida

Por la difícil y enriscada senda,
250

Para volver en su afanada vida

Con mas valor la mal regida rienda;

Porque tiene esperanza que, subida

La excelsa cumbre, podrá ser que entienda

A donde se perdió el primer camino,
255

Quando al valle, y laguna, y casa vino.

Sube al fin, quien dirá con que fatiga,

Con quanto afan, cansancio y desconsuelo,

El mojado vestido le fatiga

Pesando, y convirtiendo el cuerpo en yelo:
260

Esle naturaleza allí enemiga

Con hambre y sed pidiendo su consuelo:

El esfuerzo le falta, y le parece

Que la aspereza del camino crece.

Pero el fuerte varon fuerza sacando
265

De la cruel necesidad urgente,

Y con firme propósito aspirando

Al remedio esencial de su accidente;

Aunque con tanta lástima afanando,

Sigue la senda valerosamente,
270

Tanto que aun con la febea lumbre

Llegó del yerto monte á la alta cumbre.

Descubre allá llegado un ancho llano,

Alegre y lleno de infinitas flores,

Que muestra un templadísimo verano,
275

Y espira suavísimos olores,

Y en medio un fuerte alcázar soberano,

Que con la luz del sol da resplandores,

Tan llenos de dulcísimo consuelo,

Que alegran y enriquecen tierra y cielo.

280

[215]

El tormento, el cansancio, y la tristeza

Huyó del afanado peregrino,

Al punto que la excelsa fortaleza

Tan cerca descubrió de su camino:

Apresura los pies por la belleza

285

Del admirable llano, que divino

Llamar se puede, pues del cielo tiene

Quanto para este nombre le conviene.

Llega al fin al alcázar, y á la entrada

Halla una bella dama generosa,
290

De ricas vestiduras adornada,

Qual principal señora y valerosa:

Está de un hombre grave acompañada,

Y de dos dueñas, que á qualquiera cosa

De su servicio acuden diligentes,
295

Como ministros fieles y prudentes.

No bien hubo pisado los umbrales

Del soberano alcázar, y humillado,

A la dama y sus gentes principales

Con el debido acatamiento honrado;
300

Quando con mil consuelos celestiales

Fué dellos recibido y hospedado,

Haciéndole el regalo y cortesía

Que en todo el suelo desear podía.

A un aposento alegre le llevaron,
305

Donde cómoda cama le pusieron,

El vestido mojado le mudaron,

Y sóbriamente refeccion le dieron;

En reposado sueño le dexaron,

Como necesitado dél le vieron,
310

Hasta que al asomar del sol luciente

Le recordaron amorosamente. [216]

Ya las ropas enxutas y compuestas

El peregrino alegre y consolado

Halla junto á la cama á punto puestas,
315

Y otro qualquier regalo aparejado;

Y la dama y las dueñas ve dispuestas,

Y el hombre á regalarle con cuidado,

Así en quanto requiere el hospedage,

Como en quanto conviene á su viage.
320

Para el qual desde allí gozoso toma

El camino que va derechamente

A la alta invicta y santa madre Roma,

Alegre fin de su deseo ardiente:

Pasa con prestos pies la verde loma
325

Del alto monte rico y floreciente,

Su viage larguísimo prosigue,

Y el derecho camino apriesa sigue.

Tuvo, quando quedó en tiniebla el suelo

Por la ausencia del sol, buena posada,
330

De donde alegre al aclararse el cielo

Salió á seguir su próspera jornada;

Y quando ya llegó el señor de Delo

Al fin de su carrera acostumbrada,

El de la suya el presto pié detuvo,
335

Donde tambien buen hospedage tuvo.

Sale la aurora, de su blanca mano

Pintadas flores derramando y rosas,

Con viva luz volviendo al monte y llano

Sus colores vivísimas hermosas:
340

Huye la blanca luna del hermano,

Vuelan á dar las sombras tenebrosas

Al antípoda nuestra noche fría,

Mientras Febo á nosotros nos da día. [217]

Y á este tiempo vuelve el cuidadoso
345

Garin á su camino apresurado,

Mas contento que nunca y animoso,

Mas alegre que nunca, y mas confiado.

¡O estado de los hombres lastimoso!

Mas ¿á que llamo yo en el hombre estado?
350

¿Que cosa tiene en este mundo el hombre

Que con razon pueda tener tal nombre?

Si es un pasar su corta y fragil vida

Triste de descontento en descontento;

Si es un andar de afanes combatida,
355

Sin que en la tierra tenga, ó halle asiento;

Si es un volar en siendo poseída

Para su fin ligera como el viento:

No hay en el suelo estado, ni hay holganza,

Sino es que sea estado la mudanza.
360

Y es así que el estado invariable

En sola la mudanza en él consiste;

Posee perpétuo estado miserable

De variedad de afan el hombre triste:

El grado mas subido y estimable
365

Vária miseria le circuye y viste:

Mil martirios de espanto el rico y alto

Tiene; y ¿quales no tiene el baxo y falto?

¡O Césares supremos, ó monarcas!

¡O potentados de la tierra grandes!
370

¡O rico que te ves llenas las arcas

De quanto á la codicia le demandes!

¡O pobrecillo tú, que unas abarcas

Apenas tienes, con que arando andes!

Cada qual en su estado y suerte, ¿quantos
375

Martirios padeceis, penas, y espantos? [218]

¡O pura vanidad de vanidades,

Viendo que los estados de este mundo

Son pura variedad de variedades,

De desventuras, y de error inundo!
380

¡No conocer las claras ceguedades

Que á despeñar nos llevan al profundo!

¡Ay que sí conocemos, pero el daño

Es el dexar vencernos de su engaño!

Quando llegaba con su clara lumbre
385

El amoroso padre de Faetonte

Al alto punto de la excelsa cumbre

Que parte en su mitad nuestro horizonte,

Vió de gente Garin gran muchedumbre

Al camino calar de un alto monte,
390

Que un laberinto era en espesura,

Y un infierno en espanto y desventura.

De ballestas, venablos y lanzones

La confusa canalla viene armada,

Siguiendo á paso largo á dos varones,
395

O monstros fieros, de quien es guiada:

Los quales, qual hicieran dos leones

A mansa res, medrosa y desmandada,

Así á Garin á un tiempo se arrojaron,

Quando ya en el camino le alcanzaron.
400

Y con su mismo ceñidor las manos

Atrás le ataron rigurosamente,

Y soberbios, airados, y inhumanos

Al triste entregan á su infame gente:

Corren fieros tras esto los cercanos
405

Caminos todos, hasta que en poniente

El sol abrió las puertas de alegría,

Por donde lleva al nuevo indio el día. [219]

Entonces por el alto monte espeso

Coléricos se emboscan y encaraman,
410

Y el día, airados por el mal suceso,

Enormemente maldiciendo infaman:

Tiénenle por tristísimo y avieso,

Y blasfemando dél así le llaman,

Por no haber hecho presa mas notable
415

Que aquel inutil hombre miserable.

Llegan al fin, en una gran quebrada,

A una boca estrecha y peligrosa

De una caverna, de árboles cercada,

Escondida, enriscada, y escabrosa:
420

Entran en la alta cueva, y arrimada

Una peña á la puerta tenebrosa,

Que con hierros fortísimos la cierra,

Pasan á las entrañas de la sierra.

Casi en el medio el fiero monte tiene
425

Un ancho descubierto, á cuya altura

Sino es la que en el ayre se sostiene

Llegar no puede alguna criatura:

Por el qual á la grande cueva viene

Tanta luz, que le quita el ser oscura;

430

Y la tiene en dos partes dividida,

Y en cien grandes cavernas repartida.

Un lestrigon, Formínolo llamado,

Es señor de la cueva peñascosa,

De Antifates y Lamio derivado
435

En Formia, que hoy es Nola deleytosa:

Al qual, en corazon duro y airado,

Y alma inhumana, brava y desdeñosa,

Jamás monstró ha tenido el ancho mundo,

Que de gran trecho no le sea segundo.

440

[220]

Ni Antropófago alguno tan enorme

Hubo jamás en sus antecesores;

Ni Sicilia Ciclópe tan disforme

Tuvo entre sus indómitos mayores;

Ni pudo ser á este cruel conforme

445

En fuerzas, y en soberbias, y en rigores

Alguno de los hijos de la tierra,

Que al trono celestial movieron guerra.

De carne humana el inhumano horrible

El vientre insaciable se saciaba;
450

Fieras de espanto y de furor terrible

Con sus robustas manos, halagaba;

Las sierpes de veneno aborrecible

Como queridas hijas regalaba,

Y alimentadas de lo que él comía,
455

A su plato, en su mesa las tenía.

Cárceles escurísimas y fieras

Llenas tenía de cautiva gente,

Que prendian sus gentes carniceras

En los caminos ordinariamente:
460

Seis esquadras tenia siempre enteras

Consigo en la ancha cueva el inclemente,

Que cada qual era de cien ladrones,

Todos de su linage, lestrigones.

Los quales no jamás en otra cosa
465

Ocupaban las noches y los dias,

Que en correr la montaña peligrosa,

Y los vecinos pueblos y alquerías:

Hambrienta esquadra, fiera y asquerosa,

De robadoras y hórridas arpías,
470

Nunca tal se arrojó á poblada mesa,

Qual estos fieros á qualquiera presa. [221]

De mil gallardos jóvenes lozanos,

De mil hermosas mozas delicadas,

Tenian los ladrones inhumanos
475

Las cárceles tristísimas pobladas;

Y de otros mil varones que las manos

Pusieron con valor á las espadas

En su defensa, el monte, sus laderas

Poblaban espantosas calaveras.
480

Para el sangriento plato que ordinario

El soberbio Formínolo tenia,

Con el perverso, abominable y vario

Tropel de fieras que con él comia:

De tierna juventud aquel nefario
485

Y triste robo con rigor hacia

Su gente, y ella para sí la tierra

Tala, destruye, abrasa, asuela, atierra. [222]

Canto XIV

Llorando la espantosa desventura

A que sus graves culpas le han traido,

Teniendo siempre de la muerte dura

Presente el amarguísimo gemido,

Garin estaba en la mazmorra oscura

A donde el primer dia fué metido,

Ya treinta habia quando el monstruo fiero

A ver llegó su triste prisionero.

El soberbio Formínolo espantoso

Que visitar sus cárceles usaba
10

Cada vez que la luna el espacioso

Cielo con lleno rostro le mostraba,

A la prision del monge doloroso

Llegó con gente que le acompañaba,

Y uno que va mostrándole el camino,
15

Trayendo ante él un encendido pino.

De cien tiernos mancebos que allí habia

Escogió diez el monstruo abominable,

Tomando el que mejor le parecia

Para su fiero plato detestable:
20

Los quales á otra carcel los hacia

Pasar, aunque mejor, mas espantable,

Donde por orden muertos y guisados

A su mesa despues eran llevados. [223]

Así en las otras cárceles dezmaba
25

Tristes mozos y mozas doloridas,

Y á la nueva prision los apartaba

Cada mes ordenando sus comidas;

Y de otros, que comellos no gustaba,

Con las sangrientas fieras sus queridas,
30

Otras mil que tenia aprisionadas,

Eran bastante alimentadas.

Señalaba tambien el monstro á estos,

Y eran luego los míseros sacados,

Y en otra cárcel mas terrible puestos,
35

Hasta ser á las fieras entregados.

Vivos, y de sus ropas mal compuestos,

Quales estaban estos desdichados,

A las fieras los fieros los echaban,

No como á los primeros los guisaban.
40

El triste monge, el mísero romero,

Por trabajos tan ásperos traído,

El buen Garin, retrato verdadero

De aquel varon paciente en Hus nacido,

Fué nombrado con otros el primero
45

Por aquel fiero monstró descreido,

De toda humana piedad esquivo,

Para ser de las fieras pasto vivo.

El quarto dia por el claro oriente

Con pies apresurados asomaba,
50

Despues que la cruel muerte inclemente

En la segunda cárcel aguardaba;

Quando al cuitado, la perdida gente

Que las hambrientas fieras ministraba,

Metió en un fuerte torno, que asentado
55

Estaba en la pared de un gran cercado. [224]

Confusamente sierpes y panteras,

Dragos y grifos, tigres y leones,

Manticoras, crocutas, y otras fieras,

Várias en fuerzas, y armas, y naciones,
60

Son en aquel cercado prisioneras

De los mas fieros que ellas lestrigones,

Solamente por gusto allí criadas,

De ser de humana carne sustentadas.

Puesto pues en el torno de la muerte
65

El mísero Garin, ya della cierto,

De rodillas en él con pecho fuerte,

Y con fervor de fe vivo y despierto,

Al alto Dios sus lágrimas convierte,

Y con cristiano y varonil concierto,
70

Dice llorando así, mientras el torno

Para darle á las fieras anda en torno:

Vos, mi Dios, mi refugio, y mi consuelo,

A quien nada se encubre, ó disimula,

Sabeis bien mi intencion, sabeis mi zelo,
75

Y el dolor que me aqueja, y me atribula;

Si en este afan, martirio, y desconsuelo,

Conviene que se limpie, adorne y pula

Mi alma para entrar en vuestras bodas,

No queden penas, vengan luego todas.
80

Vos, trino Dios, eterno, omnipotente,

Que, como al grande Pablo, del mar fiero

Ya me librástes milagrosamente,

Con clemencia de padre verdadero;

Podeis librarme ahora del presente,
85

Peligro, en que tan triste muerte espero,

Como al humilde Daniel; de suerte

Que es vuestra voluntad mi vida, ó muerte. [225]

Y así, Señor, con ella yo de hecho

Mi voluntad conformo aquí gozoso;

90

Solo por la piedad de vuestro pecho,

Solo, Señor, solo pidiros oso,

Que pase alegre este mortal estrecho

Al ancho mar del inmortal reposo

El alma, triste ahora y dolorida,
95

Y quanto puede y debe arrepentida.

Así Garin decia, y entretanto

Le puso el fuerte torno removido,

En el cercado de terror y espanto

Sepulcro de hombres, y de fieras nido:
100

Cesó la voz, cesó el amargo llanto,

En mayor sentimiento convertido,

En el punto que vió las carniceras,

Cruels, grandes, y espantables fieras.

En esto en la ancha cueva un espantoso
105

Ruido de armas y de voces suena,

Tal, que parece el monte cavernoso

Al alto cielo quando airado truena:

Eco, en son ronco, bravo, y presuroso,

Responde acá y allá, y alto resuena,
110

Diciendo en voz distinta, airada, y fiera:

Arma, arma, arma, muera, muera, muera.

Al ancho descubierto de la cueva,

Que mil pasos en quadro rodeaba,

Por todas partes el ruido lleva
115

La cruel gente enojadiza y brava:

Quien con fuerte coraza armado aprueba

Apretando un venablo allá llegaba,

Quien con ballesta, quien con un escudo,

Y una ancha espada corre allá desnudo.

120

[226]

A un lado del gran patio mal seguro,

En fuerte punto á pura fuerza entrado,

Teniendo por espalda el fuerte muro,

El paso de la puerta ya ganado,

Con un arnés mas que la noche escuro,

125

Y un pequeño esquadron fuerte y osado,

Un valiente mancebo recogido

Es el que causa y mueve el gran ruido.

Ganó la primer puerta, y la segunda,

Y el patio ahora fiero poseía,
130

Donde la grita, estruendo y barahunda,

Toda la sierra retiñir hacia:

La qual desde la parte mas profunda

Apriesa allí su brava gente envia,

Para que se socorra aquella parte
135

Que está ofendida del rigor de Marte.

De la manera que naturaleza,

Quando le ofenden parte muy sensible,

Envia humor sangriento con presteza,

Para ayudarla en quanto le es posible;
140

Así en aquella súbita braveza,

La cueva con sangriento humor terrible

La parte ayuda que ofendida siente,

Viniendo en vuelo alli toda su gente.

Ya el jóven mas osado y valeroso,
145

Y mas rendido á la amorosa llama,

Que bien aconsejado y venturoso,

Apresurando el hado que le llama;

Y su esquadron no menos deseoso

Que su caudillo de gloriosa fama,
150

Como generosísimos leones

Reciben á los bravos lestrigones. [227]

¿Que batalla se vió jamás qual esta?

¿Donde la furia del sangriento Marte

Llegó por sus bravezas á ser puesta
155

En tan airada y rigurosa parte?

Jamás hallarse pudo tan dispuesta

La cruel ira que el rencor reparte,

Para tomar aquello todo junto

Que la puede poner en mayor punto.
160

Jamás con tal rigor y enojo tanto

Se peleó sobre el pesado cerco,

Donde en sangre trocó el agua del Xanto

El cruel griego porfiado y terco:

Ni quando influye su mayor espanto
165

El fiero Marte desde su alto cerco

Se muestra tan furioso, y tan airado,

Qual se mostraba allí el menor soldado.

El valeroso caballero que era

Caudillo de la fuerte compañía,
170

Metido en medio de la gente fiera,

Con generoso esfuerzo y osadía

Mata de un golpe al capitan Quimera,

Así llamado porque descendia

Del espantoso quadriforme monte,
175

Que tanta fama da á Belerofonte.

Mata tras este al medio toro Trinco,

Y junto á él al medio lobo Sigre,

Monstro veloz que á él se fué de un brinco,

Qual si no hubiera cosa en que peligre:
180

Cinco pesados golpes le dan cinco

Monstros horrendos, hijos de una tigre,

A los quales volviendo el varon fuerte,

Con otros cinco golpes les dió muerte. [228]

A Bronte, despues destos, de una punta
185

El corazon indómito barrena,

Con Glauco luego riguroso junta,

Y el brazo de la espada le cercena:

La gran cabeza á un fuerte casco junta

A divorcio del cuerpo le condena
190

Al gigante Ariston, el qual cayendo

Mató á Filanto con el peso horrendo.

Corta de un tajo el muslo diestro á Lampo,

Y de un revés las manos á Trimulco;

Parte el hinchado estómago á Melampo,
195

Y en dos medios el rostro á Libifulco:

Rompe al fin y abre en el infame campo

Con la furiosa espada un ancho sulco,

Por donde sigue en ira y muerte envuelto

Su pequeño esquadron bravo y resuelto.
200

Junta con el bravísimo Esterópe,

Que ve cubierto de una piel de drago,

Y como no hay acero en que se tope,

Hace la espada en él mortal estrago:

Cae rabiando el áspero ciclópe,
205

Mas cruel que el mas duro antropofágo,

Y arañando y mordiendo aulla y gime,

Y dientes y uñas en la peña imprime.

A Formio, que de un peto sin la gola

Se habia armado en aquel punto triste,
210

Tú desde un alto, amarga madre Nola,

Atravesarle la garganta viste:

Luego la espada el capitán arbola,

Y mata de un revés al loco Alpiste;

Y tras él siega el blanco cuello á Runco,
215

Como delgada vara, ó tierno junco. [229]

Pero la fiera y lastimada madre

Que al hijo vió matar de aquella suerte,

Como que no haya cosa que le quadre

Sino venganza ya en el mundo, ó muerte,
220

Qual perro que rabiando, sin que ladre,

Suele embestir con furia brava y fuerte,

Así callando con furor terrible

Al patio salta la muger horrible.

No hay hombre entre la bárbara caterva
225

Que esta muger en fuerza aventajase,

Y en ligereza, ó tigre, ó pardo, ó cierva

Jamás quiso alcanzar que no alcanzase;

Y en ánimo, y en ánima proterva

Ni hay hombre ni animal que la igualase:
230

Una furia infernal era encarnada,

Y como tal al patio sale armada.

A dos manos un tronco de una encina,

La mitad hecho brasa y encendido,

Trae la furiosa Nola, y se avecina
235

Al fuerte caballero sin ruido;

Y á su salvo el pesado tronco inclina,

Con ánimo gozoso enfurecido,

A la cabeza, con tal fuerza y vuelo,

Que como muerto le tendió en el suelo.
240

Y entonces con un grito airado y triste,

Como rabiando, y qual vengada en parte,

A mis manos, traidor, dixo, moriste,

Pero fáltame aun despedazarte:

El corazon que en ese pecho asiste
245

Me he de comer, no solo he de matarte.

Así decia en son horrendo y ronco,

Y alzaba en alto el encendido tronco. [230]

Quando dos camaradas del valiente

Capitan, que á su lado peleaban,
250

Ambos á un tiempo valerosamente

Fuertes escudos al reparo alzaban,

Sobre quien descargó la encina ardiente;

Y aunque ambos del gran golpe arrodillaban,

Diestros los dos á un tiempo de dos puntas
255

Las espadas en ella arrojan juntas.

Y ambas al ancho vientre que dió vida

Al que ahora le es causa de la muerte,

Hallaron cierta entrada y acogida

Por donde al corazon el golpe acierte:
260

Al qual llegando, la muger caida,

Con gemido mortal, horrible, y fuerte,

Sobre el caido capitan, le causa

Que vuelva en sí del mal que ella fué causa.

En sí vuelve el valiente caballero,
265

Y viéndose en el suelo, al punto salta

En pié, mil veces que antes mas ligero,

Para enmendar aquella quiebra y falta,

Que tal la estima el ánimo severo,

Juzgando como tal la heroyca y alta
270

Obligacion de aquel honor que debe

Mas blanco ser que no tocada nieve.

A Xarra, poderoso ladron bravo;

A Canino, tan perro como el nombre;

A Forcolino, renegado esclavo;
275

A Leon, mas leon hambriento que hombre;

Al insolente sedicioso Flavo;

A Orbuz, traidor de singular renombre,

Con varios golpes, diestros, bravos, fuertes,

Dió, varias, bravas, y espantables muertes.

280

[231]

No menos que el caudillo valeroso

Sus valientes soldados peleaban,

Pues ya con largo paso y victorioso

Gran parte de la plaza grangeaban,

Y en un herviente lago y espumoso

285

Con la sangre inhumana la tornaban;

Aunque eran los feroces lestrigones

Seis tantos que los ínclitos varones.

Pero sin duda la cruel pendencia

Fuera dichosamente definida,
290

Aunque fuera mayor la resistencia

De aquella brava gente mal nacida,

Si del caudillo la fatal sentencia

Pudiera ser trocada, ú diferida

Siquiera el breve término de un hora
295

Por la muerte furiosa executora:

La qual en una xara enarbolada,

Envuelta, y escondida, y presurosa,

Por entre el morrion y gola entrada

Fué á quitarle la vida valerosa;
300

Y en la tierna garganta atravesada,

Con prestas alas, brava, y rigurosa

Se llevó el alma generosa en vuelo,

Volviendo el cuerpo valeroso en yelo.

Alzaron alaridos victoriosos,
305

Viendo al valiente capitan caido,

Aquellos bravos monstruos espantosos,

Y cobraron el ánimo perdido;

Y aunque los fuertes mozos generosos

Con gran valor sustentan su partido,
310

No pueden contrastar á la corriente

De la súbita bárbara creciente. [232]

Y tanto mas que en este punto amargo,

El terrible Formínolo indinado

De haber visto quan poco en su descargo,
315

A su opinion, su gente ha peleado,

Entraba ya en el patio á paso largo,

Desde la planta á la cabeza armado

De fuertes planchas de templado acero,

Con una maza que era un roble entero.
320

Rayo parece el bravo monstró horrendo

Que entre espesos relámpagos y truenos

En tormenta deshecha va rompiendo

Negros nublados de temores llenos;

Y acrecentando en espantoso estruendo,

325

Muestra quemar del mar los anchos senos,

Hundir el cielo, destruir la tierra,

Y al infierno doblar la eterna guerra.

Mata del primer golpe á Federico,

Un soldado romano fuerte y noble,
330

Metiéndole el templado peto rico

En las entrañas con el duro roble;

A Paulo boloñés, y á Genserico,

Muertos tras de él derriba de un mandoble;

Y á Sulpicio de Arezo los dos brazos
335

Hace de un golpe escaso mil pedazos.

Quatro nobles mancebos, naturales

De la grande Parténope famosa,

Viendo las bravas fuerzas desiguales

Del fiero monstró, y lo que puede y osa,
340

En intencion, en fuerza y zelo iguales,

Con heroyca virtud maravillosa

Juntos se arrojan, bravos y furiosos,

Y danle á un tiempo golpes rigurosos. [233]

Qual jabalí valiente y enojado,
345

De quatro nuevos perros circuido,

Que al uno dexa el pecho atravesado,

Y al otro por el vientre dividido,

Y otro á sus pies derriba degollado,

Y al otro tiende casi en dos partido,
350

Tal el valiente monstro á golpes fieros

Hizo de aquellos quatro caballeros.

Claudio, Leandro, Marco, y Trimegisto

Los nombres eran de estos valerosos,

Digno; que del Antártico á Calisto
355

Suenen sus apellidos generosos:

Los quales eran Pino, Muso, Almisto,

Y Sancio de los Sículos famosos;

Cuya mano en la lira, y en la espada,

Con espanto era vista, y escuchada.
360

Cayó un helado pasmo temeroso

En los valientes mozos que quedaban,

Viendo del monstruo airado y espantoso

Lo que el enojo y fuerza amenazaban;

Y aquel ardiente brio generoso
365

Con que tan vivamente peleaban

Se convirtió en temor terrible y fuerte

De la presente inevitable muerte.

Y á la voz infernal y rostro horrendo

Con que el bravo Formínolo iracundo
370

Amenazando sigue el estupendo

Estrago de su brazo furibundo,

las frentes á la puerta revolviendo,

Nadie queriendo ser allí segundo,

Procuran la salida temerosa
375

Por la infelice entrada tenebrosa. [234]

Pero como es estrecha y mal pulila,

Aunque la desdichada esquadra estaba

A número tan corto reducida,

Que de veinte soldados no pasaba;
380

La maza de Formínolo regida

A los míseros últimos llegaba,

Haciendo dellos con su fuerza fiera,

Qual si de vidro el mas armado fuera.

La mitad de los veinte desta suerte,
385

Por el pesado tronco endurecido,

Recibieron amarga y presta muerte,

Muy á gusto del monstro embravecido:

Los otros diez con mas dichosa suerte

Salvos salieron del enorme nido,
390

Y por las altas peñas se arrojaron,

Y al camino real juntos llegaron.

Donde, por singular alto misterio

De quien gobierna y rige el cielo y tierra

Con aquel poderoso magisterio
395

Que sola su divina mente encierra,

Hallaron quien del fiero cimiterio,

De donde huyen con tan triste guerra,

Desenterró los míseros cautivos

Que en él morian sepultados vivos.
400

Y quien de su caudillo generoso,

Y de sus compañeros desdichados

Hizo justa venganza, á su famoso

Nombre dando renombres señalados,

Es Don Diego Florel el valeroso,
405

A quien hallan los míseros soldados

En el camino, y danle en breve cuenta

Del monstro, del caudillo, y de su afrenta. [235]

Las armas pide el español valiente,

Armas, airado, dice, y en un punto,
410

Ya puesto á pié, recibe de su gente

El fuerte arnés que allí le trae junto;

Y animoso, y colérico, y ardiente,

En un momento puesto en todo á punto,

A los diez dice, que uno dellos sea
415

Guia por quien la fiera cueva vea.

Pudo la fama allí del varon fuerte

Tanto en los diez soldados valerosos,

Que ya sin miedo de la airada muerte

Todos se ofrecen bravos y animosos;
420

Y probando con ánimo su suerte

Segunda vez, con pasos presurosos

Guiando van al fuerte caballero

A la alta cueva del ciclópe fiero.

A cuya boca, que un pequeño llano
425

Tiene delante de árboles cercado,

Hallaron á Formínolo inhumano

A su roble fortísimo arrimado.

Muera, en voz alta dice el castellano:

Muera, replíca su esquadron osado;
430

Y como furiosísimos leones

Se arrojan á los bravos lestrigones.

La plaza era pequeña, de manera

Que aquellos diez valientes no tenían

Contra sí entonces de la gente fiera
435

Mas de otros tantos, porque no cabian;

Y el espantable lestrigon, que espera

Hacer lo que sus fuerzas ya solian,

De solo á solo á singular batalla

Ahora ya con el Florel se halla:

440

[236]

De suerte que su bárbara esperanza

No le sucederá como imagina,

Sino en vez della altísima venganza

De la mano justísima divina:

De la qual, quanto mas es la tardanza,

445

Tanto es mayor la fuerte disciplina,

Que asiste en ella por igual concordia

Con la justicia la misericordia.

El primer golpe fué el del gran Don Diego,

Que á la soberbia frente amenazando
450

Sacó del morrion repente fuego,

Y al lestrigon dexó vayveneando;

Mas afirmase el monstró al punto, y luego

La persona y la maza levantando

Un golpe cala, que en su fantasía
455

Muerto á sus pies al español tendia.

Y tal fuera el suceso del pesado

Y fuerte golpe, si Don Diego diestro,

Mudando pies hácia el siniestro lado,

No le dexára en tierra al lado diestro;
460

Y al mismo tiempo extremamente osado,

Y extremamente plático maestro,

Al alto lestrigon fiero se junta

Con una brava y rigurosa punta.

No fué la furiosísima estocada
465

Por donde el caballero pretendia;

Pero tampoco fué del todo errada,

Pues el gran brazo al peto le cosía:

Ser la rabia del monstruo comparada

A cosa alguna que la tierra cria,
470

Con palabras pensando exâgerarla,

Será muchos quilates amenguarla. [237]

Las hermanas crinadas de serpientes,

Furiosas hijas de la noche triste,

Quando en su pecho en daño de las gentes
475

En el punto mayor su saña asiste;

Jamás pondrán sus furias inclementes

En el punto de furia en que consiste

Aquel pecho del monstruo enfurecido,

En un ardiente infierno convertido.

480

Cala otra vez la ya empinada maza,

Mata al fuerte español, si el golpe acierta;

Corta es, y embarazada está la plaza;

La vida importa la destreza cierta:

Nada desto á Don Diego le embaraza,
485

Antes le aviva mas, y le despierta;

Y así se guarda de este golpe fiero

De la manera que esquivó el primero.

Fuego y humo, y mortífero veneno

Por los ojos y boca el monstruo arroja,
490

No sabe que partido le sea bueno,

No atina que arma, ó que remedio escoja:

En esto ya el Florel, de industria lleno,

Tiñe otra vez la cortadora hoja,

Haciéndole en un muslo gran herida,
495

La ancha escarcela por mitad partida.

No pudo mas la cólera impaciente

Del bravo lestrigon sufrir la pena,

Que en las heridas y en el alma siente;

Y alzando en alto la ñudosa entena,
500

Con la ancha cara como brasa ardiente,

Y de espuma mortal la boca llena,

Representando allí la misma ira

Al valiente Don Diego se la tira. [238]

Fué favor singular del alto cielo
505

No acertarle la maza rigurosa,

Que como xara de ballesta en vuelo

Salió de aquella mano poderosa:

Erró á Don Diego, pero no en el suelo

Dió sin dañar la encina temerosa,
510

Que á quatro estrigones dio la muerte,

Y á Genofonte de Verona el fuerte.

Casi en un punto fué el echar la maza,

Y cerrar con Don Diego el monstro artero;

Mas él, haciendo con la espada plaza,
515

De sí le alarga con acuerdo entero,

Y luego el ancho escudo desembraza

Por añadir mas fuerza al fuerte acero,

Y alza á dos manos la furiosa espada,

Y cala una espantosa cuchillada:
520

La qual en medio de la frente fuera,

Mas echándola atrás el monstro airado,

Cebó en el fuerte peto de manera,

Que en dos partes por medio fué cortado:

Dobló el golpe el Florel á la testera,
525

Al qual el gran cuchillo atormentado

Saltó en quatro pedazos dividido,

El monte respondiendo al gran ruido.

Y al mismo punto el lestrigon horrendo

Aturdido midió la dura tierra
530

Con aquel fiero cuerpo, que quiriendo

Hacer pudiera á todo el mundo guerra:

Hizo temblar el desigual estruendo

De la caída toda la ancha sierra,

Qual si un terrible y bravo terremoto
535

Pusiera el mundo todo en alboroto. [239]

Va sobre el fiero lestrigon vencido

El fuerte caballero victorioso

Alegre y bravo, y el puñal buido,

Arma en tal punto de valor precioso,
540

Por quatro veces le dexó metido

En el soberbio corazon furioso:

Huyó al eterno abismo el alma en vuelo,

Con su ausencia alegrando tierra y cielo. [240]

Canto XV

Entanto que el Florel famoso estuvo

En tal batalla con el monstro envuelto,

Su pequeño esquadron propicio tuvo

Al fuerte Marte ya á su bando vuelto;

Y en la pequeña plaza se entretuvo

Con la soberbia multitud revuelto
5

De aquella enorme gente, cuyos brazos

Hace el temor ahora mil pedazos.

Atónito el infame bando queda

Al temor que la muerte le dispensa,

No hay mano que regir la espada pueda,
10

Ni en la espada hay aceros ya ni ofensa.

A cualquier brazo el torpe miedo veda

El escudo subir á la defensa,

Suspenso cada qual á su caudillo

Mirando está, pasmado y amarillo.
15

Ni para procurar huyendo vida

Les concede el helado espanto aliento,

Y así la muerte del Florel traída

Airada emplea su cruel tormento:

No quedó de la gente mal nacida
20

Quien esquivase el triste fin violento

De su caudillo: todos perecieron,

Y en muerte como en vida le siguieron. [241]

Hecha pues la venganza rigurosa

En aquella infernal infame gente,
25

Con sus nueve soldados la espantosa

Cueva discurre el español valiente;

Y abriendo aquí una carcel tenebrosa,

Y otra prision haciendo allí patente,

Fueron todos los presos libertados
30

Que en la gran cueva estaban sepultados.

Toda la qual habiendo discurrido,

Al patio con los presos ya salian,

Quando hallaron otro triste nido,

Donde muchas mugeres se dolian:

35

Sube el Florel de los demás seguido

Por unas gradas que á la estancia guian:

Las puertas rompen, y entran en la fiera

Carcel, que clara y espaciosa era.

Estaba en alto esta prision, y habia

40

En el un quadro della una ventana,

Que al cercado mortífero salia

De las fieras que comen carne humana;

Donde la providencia eterna guia

Al Florel con su mano soberana,
45

Para que al buen Garin su amigo vea,

Y vida á un tiempo y libertad le sea.

No bien á la ventana el varon fuerte

La cabeza asomó, reconociendo

Lo que en aquella casa de la muerte
50

Con espanto y horror van descubriendo,

Que del pobre Garin la extraña suerte

En que le puso el lestrigon horrendo

Se le ofreció á la vista, que turbada

Quedó en dolor inmenso embelesada.

55

[242]

Mira al monge carísimo entregado

A la parte del torno, que entregaba

Los miserables hombres al airado

Tropel de fieras que el corral cerraba:

En éxtasis divino arrebatado
60

El ermitaño parecía que estaba,

Las rodillas hincadas en el suelo,

Y los ojos clavados en el cielo.

Los leones, los tigres, las panteras,

Los osos, dragos, grifos, y serpientes,
65

Y todas las demás sangrientas fieras,

Que en aquel gran cercado están presentes,

Hambrientas, y coléricas, y fieras,

Con espantoso rechinar de dientes,

Y el monte con aullidos atronando,
70

Al contrito Garin andan mirando.

Y no hay alguno, ó gran padre divino!

Que llegar ose á la comida puesta

En el gran torno, donde de contino

Les era en tanta multitud dispuesta:
75

Visto pues el amado peregrino,

El gran Florel á le salvar se apresta,

Y no sabiendo otra mas cierta via

Saltar por la ventana ya queria.

Pero los prisioneros le dixeron
80

Del torno, y de la parte donde daba,

Al qual corriendo todos acudieron,

Siguiendo al español que los llevaba:

En breve espacio con el torno dieron,

Y roto el hierro que le aseguraba,
85

Danle la vuelta, y libran al cuitado,

Que tanto tiempo en tal martirio ha estado. [243]

Desde el amanecer hasta aquel punto,

Que pasado de Atlante el sol se via

A la ancha puerta de poniente junto,
90

Llevándose consigo apriesa el dia,

Estuvo allí Garin vivo, y difunto,

En la espantosa muerte que temia,

Pasando aquel tormento riguroso,

Favor del cielo raro y milagroso.
95

No de otra suerte el ermitaño queda,

Quando le dexa en parte ya segura

Del fuerte torno la voluble rueda,

Llena de espanto, y miedo, y amargura,

Que un hombre á quien el cielo le conceda
100

Salir con vida de la sepultura,

Y así elevado está sin movimiento,

Y sin poder articular acento.

Pero ya vuelto en sí, al Florel famoso,

Con agradecimiento y alabanza,
105

Sublima y pone en el lugar glorioso,

Que sola la virtud sublime alcanza;

Y luego el uno y otro victorioso

Al patio van de la cruel matanza,

Donde ya las mugeres habian ido,
110

Y alzaban amarguísimo alarido.

De aquellas que en el último aposento

Halló la mano del Florel famosa,

Levanta aquel tristísimo lamento

Una muger que muestra ser hermosa:
115

El dorado cabello suelto al viento

Arrancaba con mano rigurosa,

Puesta sobre el caudillo de la gente,

Que entró la cueva temerariamente. [244]

Severo el español, y desgustado,
120

Como que el triste llanto le ofendia,

La causa dél pregunta, y un soldado

De aquellos nueve que con él venia,

Con un suspiro del amor causado

Que á su infelice capitan tenia,
125

Los ojos arrasados, desta suerte

Al gran Don Diego de aquel caso advierte.

Es Almonte, señor, aquel difunto,

Tu amigo regalado y verdadero,

Sobrino del famoso Alberto, y junto
130

El que le habia de ser solo heredero:

Si llegó de valor al alto punto

El pobre mal logrado caballero,

Ya tú, señor, lo sabes: solo ahora

Diré, porqué, y quien es la que así llora.
135

Ismeria, aquella moza dolorida,

Que el llanto hace sobre el cuerpo helado,

Fué del famoso Almonte tan querida

Siendo su amor por ella tan pagado,

Que parecia de una sola vida
140

El fin, el pensamiento, y el cuidado,

Que á los dos regalaba, ó afligia,

Y en las demás acciones las regia.

Mientras Almonte anduvo con su tio

En las galeras todo este verano,
145

Ella quedó, vuelta de llanto un río,

En un lugar pequeño aquí cercano:

El qual, por cierto enojo, ú desvarío,

Destruir quiso el lestrigon tirano:

Destruyóle, y robó las damas bellas,
150

Y á la infelice y triste Ismeria entre ellas. [245]

Lo qual sabido por Almonte quando

A Nápoles volvieron las galeras,

Con insufrible alteracion mostrando

Del falso amor las furias lastimeras,
155

La muerte al lestrigon amenazando,

Mal informado de sus fuerzas fieras,

De la ciudad partió secretamente

Con sesenta soldados de su gente.

Aquella furia del amor nacida,
160

Y del frio temor alimentada,

Que es bravo infierno á la afanada vida

Del triste pecho donde fué criada;

Aquella matadora embravecida

De todo el bien con que su padre agrada;
165

Aquella peste, aquella ardiente llama,

Que el mundo á quien abrasa zelos llama:

Aquella pudo tanto en el valiente

Y desdichado Almonte, que al momento

Que supo de su Ismeria el inclemente
170

Rigor de su amarguísimo tormento,

Partió, como ya dixé, con su gente

De su materno dulce alojamiento,

Siguiendo su tristísima fortuna,

Sin que él supiese entonces cosa alguna.
175

Con infelice suerte al fin salimos,

Aunque principios prósperos llevamos,

Porque quando en la cueva nos metimos

Tras cien ladrones que al subir hallamos,

Con las muertes que á ellos y otros dimos
180

Dos puertas y este patio les ganamos,

Adonde el amarguísimo suceso

Está qual ves bien claramente expreso. [246]

Así le dixo Hipolito de Aricia,

Que así llamaban á este buen soldado,
185

Qual al buen Virbio, que por la malicia

De su torpe madrastra fué arrastrado:

Quedó el eterno honor de la milicia,

Don Diego, extremamente lastimado,

Y sabido su amigo el triste cuento,
190

Al cuerpo va con tierno sentimiento.

A donde ya Garin, visto el furioso

Llanto de aquella moza lastimada,

Habia con espíritu piadoso

Llegado á socorrer su pena airada;
195

Y con afecto santo y fervoroso,

Y con santa eloquencia aventajada,

Sabido el fin del capitán valiente,

Así á la dama dice brevemente:

La amorosa pasión no pueda tanto,
200

Hermosa dama, en vuestro tierno pecho,

Que ponga con su triste duelo y llanto

Al alma pobre en miserable estrecho:

Conviértase ese amor profano en santo,

Aspire ese dolor á mas provecho;
205

Pues si dexa de ser el amor ímpio,

Podrá el dolor el corazon dar limpio.

No presta sobre el muerto ya haceros

Fuentes de amargas lágrimas los ojos,

Sino para perder vuestros aceros,

210

Y dar al enemigo los despojos:

De ese mismo dolor debeis valeros

Para que en paz se vuelvan los enojos,

Que al santo amor vuestra alma á dar se atreve,

Dando al humano lo que á él se debe.

215

[247]

Ea pues ya no cosa indina humana

Cause ese llanto, ese dolor, y pena;

Rinda la eterna parte y soberana

En vos á la mortal, flaca, y terrena:

Temed al juez de cuya mano mana,
220

Con su potencia de justicia llena,

Irrevocable altísima sentencia,

Contra quien es ingrato á su clemencia.

Así sois grata á la divina mano

De esa belleza que afeais llorando,
225

Que por vano dolor de amor humano

Divino amor y eterno echeis en bando?

Paso abierto teneis, facil, y llano,

Para ganar lo ya perdido, quando

Convirtais el dolor que os precipita
230

En el que penas infernales quita.

Goza desta ocasion que Dios piadoso

Con tanto amor en vuestras manos pone:

Mira que quiere ver si el amoroso

Corazon vuestro á amarle se dispone.
235

Teme, teme de verle riguroso:

Goza de la clemencia que interpone

A la justicia merecida tanto

De vuestro injusto amor injusto llanto.

Teme la eterna pena del infierno,
240

Que grangeais con tantas de este mundo:

Ama la gloria del amor eterno,

Bien empleando vuestro amor profundo:

Claro ingenio y juicio en vos discerno:

En él la persuasion mayor yo fundo;
245

Pues tanto amar sabeis, no en ciego engaño

Vuestro amor empleeis con tanto daño. [248]

Ese amor y ese ingenio que contemplo

Tan subidos de punto en vos, conviene

Se aprovechen ahora del exemplo
250

Que en dama como vos cada qual tiene:

De Madalena el amoroso templo

Doy por exemplo, y quanto en sí contiene

Este qual la piedad divina diólo,

Os represento ante los ojos solo.
255

Ahora pues es tiempo y coyuntura

Para gozar de estos divinos dones:

Trocad ahora en celestial dulzura

El amargo dolor de esas pasiones:

Con mil otros exemplos de escritura
260

Podria reforzar mis persuasiones;

Pero no mas en cosa tan sabida

Quede con esto Ismeria persuadida.

Con espíritu tal de tal sugeto

El buen Garin hizo á la triste Ismeria
265

Este breve sermon santo y discreto,

Para remedio á su mortal miseria;

Que penetrando en su inmortal secreto

Le descubrió lo que en aquella feria

De pérdida tenia, y de ganancia,
270

Aclarando las sombras de inorancia.

Y así con admirable alivio luego,

Del difunto querido retirada,

Dando al cuitado corazon sosiego,

Y algun consuelo al alma apasionada:
275

Condescendió con lo que el gran Don Diego

Ordenó de la mísera jornada,

Que fué llevar él mismo al jóven muerto

A la presencia de su tio Alberto. [249]

Y que ella juntamente con él fuese
280

A la ciudad, donde con honra eterna

En obediencia santa convirtiese

La vana libertad que la gobierna;

Adonde grangear mejor pudiese

Con el dolor de aquella pena interna
285

Gloria, que fuese exemplo qual de santa,

A quien el sensual encanto encanta.

Esto se concertó, y se puso á punto

Por obra, y el Florel excelso y claro

Acompañó tristísimo al difunto,
290

De virtud dando un alto exemplo y raro:

No va Garin con este llanto junto,

Hecho del rico tiempo sábio avaro:

Vuelve cuidadoso á su camino santo,

Tanto estorbado, y deseado tanto.
295

A Nápoles llegó el Florel famoso

Con el difunto en breve tiempo; pero

Ismeria no, que su dolor rabioso

Le dió la muerte en el lugar primero:

Fue el suceso mas triste y lastimoso
300

Que vió jamás la luz del hemisfero:

Mirando un día el frio cuerpo amado,

El de la triste moza quedó helado.

Amor causó esta triste desventura,

Pero ¿porque la fiera causa desto
305

Se ha de llamar amor? sino locura,

Sino infernal tormento manifiesto;

Sino qual se pone en la mortal criatura

En el eterno criador es puesto

Amor será; pero desotra suerte
310

Es furia airada, y es eterna muerte. [250]

En el mismo lugar fué sepultada,

La sin ventura Ismeria, donde habia

Sido antes por Formínolo robada

En infelice, y en aciágo dia:
315

Al fin, al grande Alberto ya dexada

La mal lograda prenda que traia,

El buen Don Diego su licencia toma,

Y por la posta vuelve á ir á Roma.

De la qual el alegre peregrino
320

Con gusto celestial, con gozo inmenso,

Apresurando siempre su camino

Con su fervor, y su deseo intenso,

Causando en su enemigo el desatino,

Y el dolor que es de envidia horrible censo,
325

Ya pocas millas léjos se hallaba,

Y á mas andar á ella se acercaba.

No pudo el rey de la tartárea corte,

Del buen Garin bravísimo enemigo,

Sufrir el ver que tanto ya se acorte
330

El fin al monge de su intento amigo;

Y yendo airado en un momento al norte,

Al aquilon de eterno desabrigo

De sus furias cavernas saca en vuelo,

Haciendo estremecer al ancho suelo.
335

Granizo y piedra á un tiempo, y agua, y truenos,

Y rayos, que uno á otro se alcanzaba,

Relámpagos de horror y espanto llenos,

Con priesa y furia repentina y brava,

El aquilon de los hinchados senos,
340

Con ímpetu fierísimo arrojaba,

Haciendo al ayre, y fuego, y agua y tierra,

Y al cuitado Garin airada guerra. [251]

Grandes nublados, tristes, y espantosos,

El dar su luz al mundo al sol vedaron,
345

Y sus alegres rayos luminosos

En tinieblas negrísimas trocaron:

Las aguas de los llanos espaciosos

A los altos collados se igualaron,

Llevándose sus súbitas corrientes
350

Plantas, ganados, casas, peñas, gentes.

¿Que turbacion, que miedo, que desmayo

Fué el tuyo, ó buen Garin, quando esto viste,

Como á la piedra, al agua, al fiero rayo,

Santo varon, entonces resististe?
355

¿De que manera este infernal ensayo,

Cristiano pacientísimo, venciste?

Dilo tú, que á mi lengua en tus loores

Fáltanle los retóricos colores.

En un barranco de profunda altura,
360

Que entre dos cerros raudo al mar corria,

Y de árboles, y peñas, y espesura

Hasta las cumbres lleno descendia,

Se vió Garin quando en tiniebla escura

La borrasca trocó la luz del dia,
365

Sin humano remedio sumergido

Furiosamente del raudal traído.

¡O fe bastante á que el mas alto monte

Por tu virtud se mude de su asiento,

Y á detener la luz del horizonte,
370

Y remover el firme firmamento!

¡O fe merecedora que remonte

La palabra de Dios el ornamento

De sus altas palabras elegantes,

Loando al capitán de cien infantes!
375
[252]

¡O capitán el mas famoso y claro

Que tuvo el vencedor romano suelo,

Pues tuviste por término tan raro

La disciplina militar del cielo!

¡Soldado á los soldados tan preclaro,
380

Que á la luz de tu fe, y tu honor, y zelo,

Contento cada qual con su estipendio,

De valor y virtud será un compendio!

¡Que no menos un alto exemplo labra,

Y libertad en disciplina muda,
385

Por el camino que el capitán abra

Seguirán los soldados, quien lo duda!

¡O gran centurion, con tu palabra,

La de Dios viendo quan propicia acuda,

Tal bien el alma del soldado cobre,
390

Que entre el Señor en su morada pobre!

Y tu gran fe mirando, pues miralla

Tanto se precia en límites humanos,

Que ni le impide mar, foso, ó muralla,

Fuegos y aceros, fieros y inhumanos,
395

Halle con ella el bien que Garin halla

Valiéndole sus rayos soberanos,

Porque en medio del agua repentina

Ardia en él su viva luz divina.

El mismo curso arrebatado y fiero
400

Del hinchado barranco riguroso,

Sacó al contrito monge al verdadero

Puesto de su camino trabajoso:

Los pies en él firmó, y el hemisfero

Al punto se mostró claro y hermoso,
405

De las oscuras nubes despejado,

A su carcel el viento retirado. [253]

Quedó en la cuesta de un collado ameno

El trabajado peregrino, quando

El cielo se mostró claro y sereno,
410

Y la fiera borrasca fué calmando;

Desde donde de gozo inmenso lleno,

Lágrimas amorosas derramando,

Descubrió la ciudad santa señora

Del mundo, á quien postrado adora.
415

¡O dulce fin de mi deseo ardiente,

Sacra morada de la santa esposa

Del Príncipe glorioso omnipotente,

Mas que toda la tierra venturosa!

¡A tí se postra humilde y reverente
420

Esta alma fatigada y congojosa,

Por camino tan largo á tí venida,

Para volver al de la eterna vida!

¡Acógeme, santísima morada,

Aunque indigno, en tu seno generoso,
425

Sea esta alma afligida consolada

En tu regazo maternal piadoso!

¡Da lugar á que sea ya escuchada

Del que es en cielo y tierra poderoso,

Para que de su mano disciplina
430

Reciba santa, y santa medicina!

Así dixo, y regando las mexillas

Vuelve á seguir la santa romería,

Que al buen romero ya de pocas millas

Por entonces alegre se ofrecia.
435

¡O excelsas y secretas maravillas,

Quien hay que entienda vuestra oculta via!

Fin este del trabajo aquí parece,

Y por principio de mayor se ofrece. [254]

Fin del trabajo inmenso, que trabaja
440

Al buen Garin, este parece ahora,

Y es principio de aquel que se aventaja

En virtud de perdon mercedora;

En aquella virtud con que se ataja

La muerte eternamente matadora,

445

Haciendo el cuerpo en penitencia quanto

Le pide el alma en su contrito llanto.

Trabajo al corazon le causa inmenso

Al buen Garin, y el alma le atormenta

Aquel deseo de perdon intenso,
450

Y aquel dolor de su mortal afrenta,

Y no menor que le recibe pienso

De lo que él piensa en dar su errada cuenta;

Pero el mayor que pide su conciencia

Es el dalla, y pagar con penitencia.

455

Entra pues el romero en la gran Roma,

En regaladas lágrimas deshecho,

Y el camino mas corto apriesa toma,

Que al gran palacio sacro va derecho:

El qual ya viendo que de cerca asoma,

460

Salto el corazon le da en el pecho,

De mil yelos y fuegos rodeado,

Ya triste, ya medroso, ya animado.

Y primero que llegue al aposento

Del Pontífice Sumo de la tierra,
465

Para esforzar el ánimo y aliento

Al victorioso fin de aquella guerra,

Entra devoto al sacro alojamiento,

Que á quien no cabe todo el orbe encierra

En la capilla del Apostol sacro,
470

Que fué allí con sus lágrimas lavacro. [255]

Y allí en breve oracion calificada

Con amor, y esperanza, y fe encendida,

Para poder hacer la deseada

Confesion de las culpas de su vida,
475

Pide al Señor la gracia que aprestada

Está para qualquiera que la pida,

Teniendo como debe la conciencia

Del todo aparejada á penitencia.

Cosa admirable he de decir, mas cierta
480

En un varon qual el Leon sagrado,

Y por Garin, que ya del todo abierta

Tenia el alma al esencial cuidado.

El monge apenas de la sacra puerta

Hubo el umbral con devocion pasado,
485

Y al gran Pedro en su altar favor pidiendo

Está contritas lágrimas vertiendo.

Quando el Sumo Pontífice del suelo,

Que en su retrete retirado estaba,

Mirando atentamente el alto cielo
490

Al claro resplandor que le alumbraba;

Vió abrir el ayre con ligero vuelo

Un pelícano bello, y que llegaba

Al capitel del templo, donde via

Que un hijo enfermo y flaco le atendia.
495

Y llegado el pelícano amoroso

A donde el hijo estaba agonizando,

El tierno pecho abriéndose piadoso,

Y sobre él de su sangre derramando;

Vió que se levantó sano y gozoso,
500

Y que tras él el hijo fué volando,

Hasta que entre la luz del sol envueltos,

En ella pareció quedar resueltos. [256]

Admiró la vision al gran Prelado;

Mas fué la admiracion breve, que al punto
505

Supo en revelacion ser lo mirado

Del bien del buen Garin vivo trasunto:

Así de su venida fue avisado,

Y de las tristes causas della, y junto

De lo que él hacer debe, y ya entretanto
510

El pio monge dexa el templo santo,

Y pasa de palacio la ancha puerta,

Patio, escalera, corredor, y sala,

Ballando con dichosa suerte abierta

La que al retrete del gran padre iguala:
515

Llega con esperanza alegre y cierta:

Entrada pide, y dulcemente dala

Quien á cargo la tiene, ya primero

Brevemente informado del romero. [257]

Canto XVI

O musa, tú las lágrimas y el llanto,

Tú la voz y el juntar de palma á palma

Aquí me dicta, que este varon santo

Gran tormenta corrió en aquella calma;

Y juntamente, pues entiendes quanto
5

Para su bien lo ha menester mi alma,

Haz que no solo el raro caso diga,

Sino que en él al penitente siga.

Ante el sacro Leon Quarto en el nombre,

Qual el primero en zelo, y en prudencia,
10

Que daba resplandor mayor que de hombre

Con divina y santísima presencia,

Llega el buen monge, digno de renombre

Mientras tuviere el mundo su existencia,

Y el pecho derribado por el suelo
15

Adora humilde al que abre y cierra el cielo.

Como la santa amante venturosa

Estaba ante los pies de su querido,

Con alma convertida y faz llorosa,

La mejor parte habiendo ya escogido;
20

Y como la clemencia generosa

Del gran Señor á redimir venido

Estaba oyendo el congojoso llanto,

A sus oídos sonoro canto. [258]

Así el contrito monge á los pies puesto
25

Del gran teniente de aquel Rey eterno,

El corazon á su salud dispuesto

El llanto vierte con dolor interno;

Y así tambien en su sagrado puesto

El gran Leon de celestial gobierno,
30

Oyendo está mansísimo y clemente

El lloro del contrito penitente.

El qual el monge reprimiendo en parte

Con su nativa singular prudencia,

Ya convertido en un cristiano Marte
35

Al valor del que tiene en su presencia;

Sin dexar de decir la menor parte,

Purga y limpia su alma, y su conciencia,

No se olvidando ni una circunstancia

Que fuese para el caso de importancia.
40

Oyóle el sacro Príncipe del suelo

Con oídos de padre tan piadoso,

Y tras dalle santísimo consuelo

Con santo afecto dulce y amoroso:

Todo inflamado en un fervor del cielo
45

Dice al ya confesado religioso,

Que el día siguiente á su presencia vuelva

Por penitencia, para que él le absuelva.

Con esto el monge á un monasterio santo

Se fué á esperar el venidero día,
50

Y el Pontífice sacro, visto guanto

Mirar en aquel caso convenia,

Al alto cielo lo consulta en tanto

Que el señalado término venia,

De donde el orden tuvo expresamente,
55

Que habia de dar al santo penitente. [259]

Ya el tardo sol con claros rayos de oro

Los montes y la mar iluminaba,

Ilustrando del campo aquel tesoro

Que el rocío del alba aljofaraba;
60

Y Filomena al lamentar sonoro

El ayre suspendia y regalaba,

Alternando sus quejas tan suaves

Con todas las demás divinas aves:

Quando del sueño breve interrumpido,
65

Y de la noche larga y enojosa,

El buen Garin del todo desasido,

Con alma consolada y cuidadosa,

Para mejor hallarse apercebido

A la clemente absolucion preciosa,
70

Y á recibir la santa penitencia,

Descargo principal de la conciencia,

Con las rodillas puestas en el suelo,

Y el alma al alto empíreo levantada,

Está pidiendo su favor al cielo
75

Con la santa oracion acostumbrada:

La qual con suavísimo consuelo,

Siendo en un hora á dulce fin llegada,

Vuelve por el entero cumplimiento

De su importante pretension y intento.
80

Hasta que al sol ya cerca del poniente

Las horas de la tarde le servian,

Y las nocturnas en el alto oriente

El estrellado carro apercibian,

No tuvo tiempo el santo penitente

85

(Tantos los graves casos le impedían)

Para acabar lo que en su bien quedaba,

Aunque su Santidad lo deseaba. [260]

Pero lugar habiendo entonces, luego

Entró Garin; y á caso fué á tal punto,

90

Que entró en la sacra cámara Don Diego

Casi con él sin intervalo junto:

El gran Florel es el que entró, aquel fuego

De heroyco y alto honor, aquel trasunto

Del mayor griego, y del mayor romano,
95

Del grande macedon, y pio troyano.

Despues que el muerto Almonte dió á su tio,

Ya con cuidado de volver á España,

Sin detenelle caudaloso rio,

Fragosa senda, ó áspera montaña;
100

Probando de una y otra posta el brio,

Y aun el de quien le sigue y acompaña,

Vino á tomar con amoroso zelo

La bendicion del gran Rector del suelo.

Fué por el sacro Príncipe acogido
105

El español con tanto regocijo,

Qual suele ser del padre recibido

Tras larga ausencia el deseado hijo.

Tanto, dice el Prelado esclarecido,

Me alegro, me consuelo, y regocijo,
110

O valeroso caballero, en veros,

Que es imposible el quanto encareceros.

Y no sea tenido á maravilla

Este mi regocijo, y mi contento,

Pues fuistes vos de la romana silla
115

En aquel gran peligro tal sustento;

Y seréis de la célebre Castilla

Honor y gloria, lustre y ornamento,

Con que á mil reynos pueda aventajarse,

Que no menos de vos debe esperarse:
120
[261]

No menos de esa excelsa sangre goda,

Que os levanta el espíritu á la cumbre,

Donde muestra el valor heroyco toda

La grande luz de su admirable lumbré,

Debe esperar, quien mide y acomoda
125

El discurso á la clara certidumbre,

Que por vuestros abuelos, como exemplo

En vos y en vuestros nietos yo contemplo:

De los quales (y aquí el pastor divino

Mostró el rostro encendido y relumbrante)
130

Tal valor, tal grandeza me imagino,

Y me parece aquí tener delante,

Que serán un escudo diamantino

Desta su santa madre militante,

Contra las armas fieras y crueles
135

De poderosos bárbaros infieles.

Y no han de serle solamente escudo

Para guardalla de enemiga ofensa,

Sino cuchillo juntamente agudo

Executor de su justicia inmensa:
140

Por esto solo el buen Pelayo pudo,

Con tan pequeñas fuerzas y defensa,

Valerse allá en las ásperas Asturias

Contra las bravas africanas furias.

Por esto solo, tras hazañas tales,
145

Que admirarán las venideras gentes,

Hechas con mil favores celestiales

Por todos vuestros claros descendientes:

Concordantes en méritos iguales

Los dos famosos nombres florecientes
150

De Godos y Austria, en santo ayuntamiento,

Serán con suerte de perpétuo aumento. [262]

Por esto solo un invencible Carlos,

Emperador de la romana silla,

Sublimes triunfos de quien suele darlos
155

Tendrá con infinita maravilla:

Monstros fieros domando, que domarlos

Al cielo y al infierno maravilla,

Monstros horrendos, que querrán á saco

Poner el mundo, idolatrando en Baco:
160

Monstros que de las furias y las iras

De aquel ídolo torpe comovidos,

Tendrán en un abismo de mentiras

Sus almas y sus cuerpos sumergidos:

Monstros sordos, qual aspid, á las liras
165

Que regalan católicos oídos,

A la virtud del todo el rostro vuelto,

Del todo el freno para el vicio suelto.

¡O Carlos dichosísimo, o dichosos

Los que militareis en su milicia,
170

Siguiéndole en sus hechos tan famosos,

Quanto llenos de honor y de justicia!

Será gran vencedor de sediciosos,

Gran domador de envidia y de malicia,

Justo castigador de injustos crueles,
175

Fiel triunfador de bárbaros infieles,

Y en suma será digno de ser padre

Del Monarca de España poderoso,

Hijo querido de esta santa Madre,

Como el mas obediente y religioso:
180

No habrá en el mundo á quien ser Rey le quadre

Con mil quilates, afirmar lo oso,

Como al gran Rey Felipe, del gran Carlo

Hijo, qual puede el suelo desearlo. [263]

Felipe, que en razon del gran gobierno
185

De estado, y religion, y fe, y potencia

Será el mayor en quien el brazo eterno

Ha de mostrar su inmensa providencia;

Y su caro Felipe, que el paterno

Valor tendrá, qual infalible herencia,
190

A quien en tierna edad reyno en el suelo

Dexando, al reyno él subirá del cielo.

Pacífico Monarca de la España,

Y de otros reynos mil y señoríos,

Su dulce hijo dexará en campaña
195

Opuesto á infieles sediciosos brios:

Con ira santa y con divina saña

Haciendo en l'alma bravos desafios

A los contrarios de esta su gran madre,

No menos que su excelso invicto padre.
200

Y de Austria una preciosa Margarita

Le dexará por compañía divina,

La qual desposará mano bendita

De un Papa á quien Ferrara se destina,

En aquella ciudad con su infinita

205

Gloria, qual de ocasion tan peregrina,

Y con gozo de Italia, su distancia

Atravesando, y de la mar de Francia.

Y con divino altísimo consuelo,

Y gozo en general de España toda,
210

Y en especial del valenciano suelo,

Donde será la suntuosa boda:

Suelo favorecido por el cielo

En grato ser á vuestra sangre goda,

Y con razon, porque tendrá Valencia
215

En aquel tiempo altísima excelencia. [264]

Largos años colmados de mil glorias

Tendrán Felipe y Margarita juntos,

Altas empresas, célebres victorias,

Hazañas famosísimas, y asuntos:
220

Veráse en mil auténticas historias,

Con eternos de honor divinos puntos,

Que ellos, y quantos fueren de Austria y Godos,

Serán fuerte católico en mil modos.

En vuestra sangre, en vuestros nietos fundo
225

De la Iglesia el amparo y el consuelo,

Siendo ella la que mande todo el mundo

Con poder y saber dado del cielo;

Mas si el poder con el saber profundo,

Con afecto piadoso y santo zelo,
230

Por la fe y religion se arma y se auna,

¿Puede faltar felicidad alguna?

Esto al fin baste, y vos, varon notable,

Apresurad el viage comenzado,

Volved gozoso á vuestra patria amable,
235

Que os aguarda qual hijo regalado:

Dad principio al intento inestimable,

Que en vuestra alma real está guardado

De emprender cosas dignas que la gloria

Las eternice en su inmortal memoria.
240

Que con ellas el cielo generoso

Permitirá, discreto caballero,

Conforme á vuestro intento valeroso,

Que seais en mil glorias el primero;

Y con esto en el nombre poderoso
245

Del alto Rey del lúcido hemisfero,

Volved alegre á vuestra patria ilustre,

De quien seréis un sol de eterno lustre. [265]

Y yo con tierno afecto al cielo pido

Que esto así sea en su servicio y nombre,
250

Pues él honra aquel suelo esclarecido

Con el valor ilustre de tal hombre;

Y que viva en su vuelo mas subido

La fama, dando celestial renombre

A vuestras cosas, de quien yo me obligo
255

Ser siempre favorable y grato amigo.

Puso el Florel humilde por el suelo,

Al oir esto, el rostro y manos, dando

La adoracion debida al que del cielo

Tiene en la tierra el poderoso mando;
260

Y con inmenso y celestial consuelo

Partió del gran Pontífice llorando:

El qual también, qual padre de amor lleno,

Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y ya partido el español valiente,
265

El gran Dotor de autoridad divina

Vuelve el afable rostro á aquel doliente,

Que espera saludable medicina:

El qual postrado ante él con llanto ardiente

La pide, y solicita, y la avecina;
270

Mas por entonces otro caso impide

Lo que Garin con este afecto pide.

Llega del gran Prelado á la presencia,

En aquel punto con Garin estando,

Un Cardenal de santa reverencia
275

Un cautivo cristiano apadrinando;

Y en el aspecto grave y apariencia

Alegria dulcísima mostrando,

Albricias pide á su prelado divo

De la nueva que trae aquel cautivo.
280

[266]

Las quales el Pastor divino manda

Conformes á su ser, y juntamente

Al cautivo cristiano afable manda

Que la nueva que trae él mismo cuente;

Y él dice así: Santo Señor, quien anda
285

Con el término aun de aquella gente

Que cautivo me tuvo, la eloqüencia

Le ha de faltar debida en tu presencia;

Mas aunque esto es así, tu mandamiento

Haré, Señor, como mejor pudiere;
290

Y ya que no adornáre yo mi cuento

Será llana verdad lo que dixere.

Es la nueva de gozo y de contento,

Que este tu siervo trae y decir quiere,

Que Sabá tu enemigo y nuestro queda
295

Al fondo ya de la inconstante rueda.

Milagroso suceso, y que sin duda

Ha sido por tus méritos, ó santo

Y divino Pastor, con quien se escuda

La santa Madre, á quien amparas tanto.
300

Quando el cosario Rey con su desnuda

Gente, que al cristianismo puso espanto,

De tus manos huyó roto y vencido

Por el romano mar embravecido.

El agua y viento en tu favor pusieron
305

Su fuerza en acabar la del tirano,

Y su armada fortísima embistieron

Con rigurosa vengadora mano:

Los bárbaros vaxeles esparcieron

Por el revuelto mar siciliano,
310

Y en varias peñas de la mar batidas

Hicieron sacrificio de mil vidas. [267]

Qual á la costa de Sicilia arroja

La tramontana con su fuerza entera,

En parte donde el mar airado moja
315

Altos peñascos de áspera ribera;

Y qual adonde es fama que se aloja

Vulcano fiero con su gente fiera,

En parte que los mares rigurosos

Rompen en los baxíos engañosos.

320

Y á qual sepulta el mar en su alto centro

Con bravos y furiosos remolinos,

Hecho fiero señor del todo dentro

Con el favor de raudos torbellinos;

Y á qual con un encuentro y otro encuentro,

325

En medio del rigor de sus caminos,

Acá y allá le vuelve y le revuelve,

Y al fin en mil pedazos le resuelve.

Desta suerte los bárbaros vaxeles

Fueron del fiero viento destrozados,
330

Y así fueron los míseros infieles

Del espantoso y bravo mar tragados;

Y así tambien á mil cautivos fieles

Con la tormenta fueron acabados

Los ásperos tormentos del pesado
335

Yugo del cautiverio desdichado.

El Rey Sabá que en una galeota

Huyendo de la playa habia salido,

Por el derecho viento la derrota

Diestro tomó de su africano nido;
340

Y aunque en mil partes destruida y rota,

Dichosamente fué el infiel traído

A dar á la canal del ancho lago,

Que está en medio de Tunez y Cartago; [268]

Mas fué de suerte que en la playa brava
345

Dió el vaxel al través en un baxío,

Antes harto de entrar adonde entraba

El mar en el estaño por su río;

Donde la triste gente que pensaba

Haber dado á la muerte ya desvío,
350

Viéndola entonces ya tan manifiesta,

Quedó en sus manos mas que nunca puesta.

Uno de los esclavos que tenia

El vaxel era yo, y en aquel punto

La libertad estuvo y vida mia,
355

Quando pensaba yo quedar difunto.

Sabá que en el peligro horrendo via

De fiera muerte en l'alma ya un trasunto,

Lleno de horror y asombro á mí se vuelve,

Mientras la arena su vaxel envuelve.
360

Estaba yo junto á la popa suelto

Quando embistió el navío en el arena;

Y á mí, cobrando espíritu, el Rey vuelto,

Con voz de un confiado esfuerzo llena,

Dice: Matías, si del mar revuelto
365

Me ayudas á salir libre de pena,

La amada libertad desde aquí tienes,

Y parte como hermano de mis bienes.

Yo que en nadar, Señor, toda mi vida

He sido extremadamente exercitado,
370

Al dulce son de la promesa oida

Al moro prometí lo demandado;

Y con él junto, al agua embravecida

Al punto me arrojé, todo animado

De alcanzar libertad, vida, y hacienda,
375

Valiendo al Rey en la mortal contienda. [269]

Puestos los ojos en la deseada

Tierra donde esperaba mi ventura,

Y el alma bien de veras levantada

Con ruego humilde á la celeste altura:
380

Con robusta destreza exercitada

Al Rey, que su salud tambien procura

Solo con ayudarse, y no impedirme,

Pasé desde el baxío á tierra firme.

Y por ella conmigo mano á mano
385

Para Tunez se va, solo seguido

De algunos que tambien del mar al llano

Salir como nosotros han podido.

Era de ver el bárbaro africano,

Perdido habiendo lo que habia perdido,
390

sosegado y grave, y ni gozoso

Mostrarse, ni tampoco doloroso.

Del naufragio tristísimo la pena,

Y de salvar la vida la alegría,

Ni llena el alma de dolor, ni llena
395

De contento mostrarla ya podía:

Al fin así por la mojada arena

Fuimos con la turbada luz del día

A Tunez, donde el moro tristemente

Fué recibido de su casa y gente.
400

Y allí, cumpliendo la palabra dada

En aquel su mortal desasosiego,

Me dió la libertad tan deseada

Con el primer pasage, que fué luego;

Y juntamente para la jornada,
405

Hasta verme en España en mi sosiego:

En tanto tuvo el moro agradecido,

El habelle, ayudado yo, y valido. [270]

Este es, Padre santísimo, el suceso

Del moro Rey, que vuestra sacra mano
410

Con su valor hizo volver avieso

El intento sacrílego y profano,

Que con solemne juramento expreso

Hizo á su pueblo bárbaro africano,

De destruir esta sagrada tierra
415

A sangre y fuego con airada guerra.

Y yo solo á decillo aquí he venido,

Como soy, sacro Príncipe, obligado,

Despues de haberlo en voto así ofrecido,

Quando salí del bravo mar á nado;
420

Y ahora humilde y reverente pido

En albricias, Señor, de lo contado

La santa bendición, y alto consuelo,

De esa mano que cierra y abre el cielo.

Estas albricias y otras generosas
425

Matías le dió el Pastor divino,

Y con lágrimas santas y gozosas

Al Cardenal mando, que con él vino,

Que con solemnes fiestas y piadosas

Luego de aquella nueva al uno y trino
430

Dé el pueblo gracias, con efectos quales

Se deben á favores celestiales.

Y tras esto á Garin vuelve amoroso

El sacro rostro lleno de alegría,

De su largo esperar ya cuidadoso,
435

Qual padre que su pena le dolia;

Y con afecto paternal piadoso,

Y palabras de altísima armonia,

Todo inspirado de divina ciencia

Al monge impone así la penitencia.

440
[271]

Habiendo al alto cielo consultado,

Garin, vuestro negocio de importancia,

Con la solicitud, zelo, y cuidado

Que me pidió vuestra cristiana instancia:

Sé que el clemente Dios, aparejado
445

A dar su mano siempre á la constancia

Que en los buenos propósitos se emplea,

Quiere que lo que oiréis sin falta sea.

Para que vuestras culpas criminales

Os perdone, Garin, el Rey eterno,
450

Y goceis los asientos celestiales

De aquel que los posee en el infierno,

Como andan los terrestres animales

A quatro pies por natural gobierno,

Así habeis de ir desde esta santa tierra
455

Hasta vuestra morada en vuestra sierra.

Digo que á quatro pies á Monserrate

Volver habeis desde esta casa, donde

Ordena Dios que vuestro bien se trate

Con el que á su clemencia corresponde;
460

Y no habeis de perder de aquel quilate

Aunque qual fiera os caze Jofre Conde,

Hasta que un niño de tres meses sea

Quien otra cosa os mande, y os provea,

Esta es la voluntad de Dios piadoso,
465

Y aquella penitencia saludable

Que vos pedistes con dolor ansioso

En vuestra santa confesion loable:

Sed en ella prudente y animoso,

Y del poder altísimo inefable
470

Fiad, que dél tendreis favor de suerte

Que venzais al infierno, y á la muerte. [272]

Así dixo el gran Príncipe del suelo,

Y aceptando Garin la penitencia,

La santa absolucion le dió y consuelo,
475

Con paternal amor, zelo, y clemencia:

Con lo qual, lleno de favor del cielo,

Parte de su santísima presencia,

Animado el contrito penitente

Con alta fe vivísima y ardiente.

480

[273]

Canto XVII

¿Qué canto, ó lengua, ó pluma habrá que diga,

O Garin, valeroso peregrino,

El trabajo, el tormento, y la fatiga

Que pasaste en el áspero camino?

Tu santidad y la razon obliga
5

A engrandecer tu pecho diamantino;

Pero ¿como podré llegar á tanto

Yo con mi debil pluma, y lengua, y canto?

Si es trabajo excesivo al caminante

El caminar acomodadamente
10

En un caballo que ande de portante

Con prestos pies, y con alegre frente;

Si la blanda litera, y si el triunfante

Carro de quatro ruedas excelente,

Cansan, como se alarguen la jornada
15

No mas de á conocer nueva posada;

Y si el marchar á pié dicen que es muerte,

Y lo es casi en efecto, aunque mas sea

El que camina acostumbrado y fuerte,

Y aliento, y fuerza, y juventud posea:
20

Bendito monge! si esto así se advierte,

¿Que juzgará quien considere y vea

Que vais á quatro pies, y de rodillas,

Por camino de mas de dos mil millas? [274]

¿Y que habeis de pasar Alpes subidas
25

Al cielo con tan áspera espesura,

Y compañas de sierras, y encendidas,

Sin reparo, sin sombra, y sin verdura;

Y corrientes hinchadas y crecidas

De raudal fiero, y de espantosa altura;
30

Y helados y altos Pirineos fragosos,

Y otros cien mil peligros rigurosos?

Juzgar podrá, varon de eterna fama,

Quien esto considere sábiamente,

Que ardia en vos con encendida llama
35

La virtud de perfeto penitente;

Y que el divino amor, que á sí nos llama,

Os abrasaba el sábio pecho ardiente,

Con deseos vivísimos de aquella

Patria del alma, inmensamente bella.
40

Y juntamente podrá ver los fuertes

Varones de la Iglesia primitiva,

Que ofrecían los cuerpos á mil muertes

Por ver las almas llenas de fe viva:

Trocadas, ó gran Dios! están las suertes
45

En esta edad á la virtud esquiva;

Mas blandura en la Iglesia y mas ternera,

Y en los cristianos menos fortaleza.

Sale pues de la reyna de la tierra

El buen Garin de la manera impuesta,
50

Las manos baxa, el pecho y rostro atierra,

Y al viage asperísimo se apresta:

Ni espeso bosque, ni enriscada sierra,

Ni ardiente llano, ni nevada cuesta,

Las rodillas levántanle del suelo:

55

Tanto en él puede el alto amor del cielo. [275]

Solo para tomar algun sustento

Entraba el santo monge en los poblados,

Yéndose al general alojamiento

De los enfermos y necesitados:

60

Con quien, tomado mísero alimento,

Sin dar algun lugar á mas cuidados,

Al único esencial en que se via

Con alto aliento y ánimo volvia.

Así la gran Toscana regalada
65

Pasó el gran peregrino y penitente,

Así pasó la Lombardía helada,

Y sus rios de altísima corriente;

Así la cumbre al cielo levantada

De los Alpes subió el varon paciente,
70

Y desta suerte de la noble Francia

Atravesó la anchísima distancia.

Desta manera el alto Pirineo

Pasó Garin, regando las mexillas

Por ver desde él el fin de su deseo
75

En aquel caminar de tantas millas;

Y al fin así, tras largo y gran rodeo,

Le volvieron sus manos y rodillas

A su querido Monserrate, donde

Como fiera emboscándose se esconde.
80

Habia del zodiaco pasado

Siete veces el sol las doce estancias,

Y el campo siete veces habia dado

Al diestro agricultor ricas ganancias,

Despues que el triste monge trabajado
85

Paso las asperísimas distancias

Que desde Roma á Monserrate habia,

Y allí su penitencia proseguia. [276]

Quando el valiente Don Jofre velloso,

Padre de aquella dama lastimada
90

Por quien hace el contrito religioso

Esta su penitencia señalada,

Con gente de su estado poderoso,

La mas ilustre y mas á sí llegada,

Vino á cazar al alto monte mismo,
95

Que antes le fué de pena un hondo abismo.

Que quando ni á Garin ni á la doncella

Halló el cuitado padre, que esperaba

Vella sana, contenta, alegre, y bella,

Sin la infernal pasion que la aquejaba;
100

Fué su congoja tal, que encarecella

Solo se puede con lo que la amaba,

Y el tierno amor en esto se colija

De un amoroso padre á dulce hija.

Fué la congoja tal, fué tal la pena,
105

El asombro fué tal, tal fué la grima,

Que al triste Conde, el alma de amor llena,

Caso tan portentoso le lastíma:

Tan fieramente al corazón le suena,

Por tan horrendo y tan atroz le estima,
110

Que no tuvo el consuelo en él abierta

Por tiempo largo ni una estrecha puerta.

Duró muy largo tiempo el gran tormento

Del suceso tristísimo espantoso,

En su punto mostrando el sentimiento
115

Que era razón de mal tan lastimoso;

Haciendo juntamente en un momento,

Así en todo el condado populoso,

Como en la fragosísima montaña,

Para buscarla diligencia extraña.

120

[277]

¿Qué maleza, qué bosque, qué espesura

Dexo de ser reconocida y vista?

¿En qué caverna lóbrega y oscura

No penetró su lastimada vista?

¿Qué escondrijo de fieras y de horrura,

125

Donde el peligro en fiero espanto asista,

Hubo, que al triste Conde le faltase

Para que no buscando le quedase?

Pero como jamás halló vestigio

El padre lastimado y dolorido,
130

Teniendo por tristísimo prodigio

El espantoso caso sucedido;

Con temor del poder del reyno estigio

Estuvo largo tiempo recogido,

Dando muestra con claros sentimientos
135

Del dolor de sus tristes pensamientos.

Mas ya que el tiempo con su leve curso

Mitigó en parte su congoja y duelo,

Y abrió la puerta al varonil discurso

Por donde entrar pudiese algun consuelo;
140

Acudió el triste Conde al gran recurso

Que tienen los prudentes en el suelo,

Que es la razon con que se quadra y mide

El hombre á todo lo que el cielo pide.

Y con ella conforme en esto, dando
145

Lugar decente á lícitos contentos,

Anda en guerra de paz, ya ejercitando

Caballos y armas, galas y ornamentos;

Ya en corto barco el largo mar sulcando

Por la ribera, estando en paz los vientos,
150

Ya persiguiendo tímidos venados,

Y ya acosando jabalís osados. [278]

Ya en curiosos riquísimos jardines

Gozando sus bellezas milagrosas,

De azahares, mosquetas, y jazmines,

155

De clavellinas, alhelíes, y rosas,

De fuentes y arroyuelos, que confines

Son á calles y plazas deleytosas,

A quien mil parras y árboles defienden

Al sol los rayos quando mas se encienden.
160

Ya en saraos hechos á ocasion de bodas

De la nobleza de su ilustre corte,

Donde el contento humano muestra todas

Las galas de su fiesta y su deporte;

Donde tú, gusto humano, te acomodas
165

Tan á tu talle, á tu medida, y corte,

Entre el regalo de las bellas damas,

Dulce y eterna yesca de tus llamas.

Ya músicas oyendo concertadas

De dulces instrumentos sonoros,
170

De peregrinas voces acordadas

En altos modos casi milagrosos;

Ya historias escuchando celebradas

De sucesos altísimos famosos,

Ya con heroycas poesías el alma
175

Teniendo en celestial divina calma.

Pues como en estos ejercicios varios

Su pensamiento el Conde divirtiese,

Y de los mas gustosos y ordinarios

El de la caza de los montes fuese:
180

Llevando de aparatos necesarios

Quanto en la caza desear pudiese,

A Monserrate, como dixen, un día

Llegó para cazar de montería. [279]

Y habiendo prevenido mil senderos
185

Con cautelosos lazos y paranzas,

Y puestos los solícitos monteros

En cubiertos puestos y asechanzas,

Con los diestros lebreles y rastros

Buscando de las fieras las estanzas,
190

Hallaron una en una angosta cueva

En todo á todos admirable y nueva.

Forma de hombre tenia, bien mirada

La extraña fiera, en lo que ser podía

Con atención y discreción juzgada,
195

Aunque en la tierra á cuatro pies yacía:

De un vello espeso y largo cobijada

Con gran monstrosidad la piel tenia,

Que revuelto, encrespado, y descompuesto

Hacia fiero el cuerpo, y bravo el gesto.
200

Espantados los perros aullando

Sin abocar la fiera se quedaron,

Confusos los monteros recelando

Calados los venablos se pararon;

Y pláticos la fiera rodeando
205

Al Conde y caballeros convocaron,

Con furor esparciendo por el viento

Con los sonantes cuernos el aliento.

Acude el Conde y su gallarda gente

A la parte que el alto son guiaba;
210

Y mirada la fiera atentamente,

Y el miedo y mansedumbre que mostraba,

Cierran con ella algunos frente á frente,

Y sin que se mostrase, ó fuerte, ó brava,

Con extraño contento y maravilla
215

De la cueva la sacan de trailla. [280]

O misterioso Dios! el ermitaño

Que sigue humilde vuestra santa traza,

Y en recompensa del pasado daño

Su cruz de penitencia alegre abraza,
220

Es esta fiera, que con tanto engaño,

En tan monstrosa forma el Conde caza,

Forma en que con el tiempo y su vestido

La penitencia el cuerpo ha convertido.

Pudo tanto en el pobre penitente
225

La desnudez, el tiempo, y la aspereza,

Que vista de los pies hasta la frente

Su trabajada terrenal corteza,

Era de la que fué tan diferente,

Que nadie, aunque tuviera gran certeza
230

De ser Garin el que qual fiera estaba,

Dexára de pensar que se engañaba.

Bendito y santo monge! ¿que sentia

Esa alma ilustre, de prudencia llena,

Quando al velloso cuello te ponía
235

El diestro cazador dura cadena?

¿Porque sábios discursos discurria

Para sentir consuelo en vez de pena?

¿Que acuerdo hizo envuelto en dulce llanto

De las palabras del Prelado santo?
240

Este, diría, es fin de la aspereza

Que pasa mi mortal terrena parte,

Y principio muy lleno de certeza

Del bien que á la divina se reparte:

Aumente pues aquí la fortaleza
245

Su esfuerzo, su valor, su industria, y arte,

Que este es principio y fin en dulce liga

De gozo eterno y temporal fatiga. [281]

Este es el alto punto en que consiste

La perficion desta importante obra,
250

Si aquí en su esfuerzo la virtud asiste

Todas sus fuerzas para siempre cobra:

Si la perseverancia aquí resiste,

Y en este mar ahora no zozobra,

Todo será despues seguro puerto
255

Hasta llegar al deseado y cierto.

Pero del gran Pastor la alta promesa

Que la memoria por sin duda ofrece,

Al alma mía que este caso pesa

En la balanza de lo que merece;
260

Aunque es de peso tal lo que le pesa

De lo que el cuerpo mísero padece,

Esfuerze la virtud perseverante

Con ánimo y espíritu constante.

Y sea la razón divina en esta
265

Fuerte batalla vencedora fuerte,

Pues ella tiene de su parte puesta

La alta victoria en tan heroyca suerte:

Con ella pues el alma esté dispuesta

A padecer del cuerpo qualquier muerte
270

Por evitar la suya, y estar firme

En que la gran promesa se confirme.

¡O fuerzas de dulcísima esperanza,

Que soleis resistir á las mayores

Con que el comun fuerte enemigo alcanza
275

Victorias de mil grandes defensores!

Vea el bravo ofensor su brazo y lanza

Rotos en vuestros célebres valores,

Espada y mano inútiles contemple

En vuestro acero de divino temple.

280

[282]

Tales razones la razón divina

Por el alma del monge dilatada,

Con que al santo valor de elefantina

Fuerza con encendido ardor armaba;

Y l'alta eterna gloria, en la vecina

285

Humilde y temporal pena mostraba,

Con vivo resplandor, y clara lumbre,

Llena de milagrosa certidumbre.

Acordábase el monge valeroso

De lo que el gran Leon le habia impuesto,
290

Que aunque del Conde Don Jofre velloso

En aquel punto y trance fuese puesto,

No dexase valiente y animoso

De proseguir su firme presupuesto,

Hasta que milagrosamente diese
295

El niño el orden que tener debiese.

Y aunque de verse puesto en tal estado

Ante quien ofendió tan gravemente,

El valeroso pecho alborotado

Con recelo, temor, y angustia siente;
300

En las santas palabras confiado

Del sagrado Pontífice prudente,

Se ánima y vence aquel terror y miedo

Con esforzado espíritu y denuedo.

Y el engaño notable conociendo
305

En que está el Conde y los demás, pensando

Que es bestia fiera, ó monstro, no advirtiendo

Ser hombre lo que atentos van mirando:

Todo su aviso y discrecion poniendo,

Así al engaño se anda acomodando,
310

Que en todo el proceder de sus naciones

Les confirme sus falsas opiniones. [283]

No fia al ayre de ninguna suerte

La voz humana el sábio monge pobre,

Aunque el dolor de la cadena fuerte,
315

O de otro algun pesar le aqueje y sobre:

Da á entender que no entiende, y que no advierte

El bien, ó el daño que con él se obre,

Pace la yerba, cébase en el suelo,

No vuelve nunca el rostro á ver el cielo.
320

Desta suerte contento y engañado

Va el Conde con aquel por quien habia

Cien veces la montaña rodeado,

Y quantas en su estado poseía:

No con fin de tenelle aprisionado
325

De la suerte que entonces le tenia,

Sino de demandarle estrecha cuenta

De su querida hija, y de su afrenta.

Secretos son de la alta providencia,

Que en su fuerza sustenta y rige el mundo,
330

A que llegar no puede humana ciencia,

Aunque investigue el cielo, y el profundo:

No es esto estrella, ó hado, ó contingencia,

Ni es el poder del disponer segundo

Que la esférica máquina gobierna,
335

Sino divina providencia eterna.

Que sin que los pecados cometiera

Que cometió Garin con la doncella,

Ser santo perfectísimo pudiera

Con gozo y gloria de la patria bella;
340

Y sin venir á ser monstrosa fiera,

Llegar pudiera al dulce fin de aquella

Trabajosa carrera en que se via

Por la que antes gozoso proseguia. [284]

Mas es de providencia inmensa eterna
345

Altísimo secreto misterioso

El proceder divino que gobierna

Lo que cria su brazo poderoso:

El qual, aunque ni sepa ni discierna,

El humano juicio tenebroso,
350

No es falta, pues qualquiera en l'alma sabe

Lo que le importa quanto en ella cabe.

Porque lo que saber al hombre importe,

Aquel angel que tanto al hombre importa,

Por orden del gran Rey de la alta corte
355

Con alto advertimiento traza y corta;

Y de quanto conviene que le exhorte

Con amoroso espíritu le exhorta,

Pero de sus sucesos el camino

Es reservado al disponer divino.
360

¿Quien pensára jamás si al monge viera

En su querido Monserrate puesto,

Con tan extraña vida, y tan austera,

En la limpia conciencia tan compuesto,

Que el triste habla de ser en tal manera
365

Derribado del santo presupuesto,

Y despues por tal término y tal via

Llegar al fuerte punto en que se via.

No hay asiento seguro, no hay estado

Ni cosa cierta sino la mudanza
370

En este mundo, en guerra siempre armado,

Do verdadera paz jamás se alcanza;

Donde ora en alto y poderoso grado

Llenos de valerosa confianza,

Ora en mil varios y diversos puestos
375

Los míseros mortales esten puestos, [285]

En qualquier parte se levantan vientos

Que dan á sus intentos por la proa,

Donde quiera hay tormentas y tormentos,

Cada qual tiene un hueso donde roa:
380

La carraca mayor de pensamientos

Se vuelve en breve, la menor canoa,

Que traza la caduca humana ciencia,

Y dispone la eterna providencia.

Ya pues el Conde tras haber cazado
385

La fiera que por única estimaba,

Y las demás del monte fatigado,

Sin dexar parte en su aspereza brava:

Divertido á su gusto y regalado

En aquello que tanto le agradaba,

390

A Barcelona se volvió contento,

Donde tenía el principal asiento.

Y por grandeza y gusto el monstró manda

En palacio poner cómodamente,

No en aposento alegre y cama blanda,
395

No en trato de hombre, y de hombre tan prudente;

Si no en la parte donde trata y anda

Con frecuencia mayor la comun gente,

Junto á una estancia grande y bella, donde

Cien hermosos caballos tiene el Conde,
400

Que, en esto á maravilla era curioso;

Y así para armas de napolitanos

Y de frisones, y para el ayroso

Y agil ginete turcos y africanos;

Como para que muestre el valeroso
405

Caballero sus hechos soberanos,

Tiene el lindo andaluz y el de Castilla,

Reyes de todos á una y otra silla. [286]

Al fin allí, con fin que el pueblo todo

Del monstro goce, que se ponga ordena
410

El Conde, donde al frio, al agua, y lodo

En un rincon se puso á la cadena;

Adonde todos llegan, y á su modo

Cada qual le atormenta, y le da pena

Con tan varias maneras de disgustos,
415

Quanto de quien los da los varios gustos.

Qual le da á su pesar duros abrazos

Por mostrar bestialmente valentia,

Y le atormenta y hace mil pedazos

Con su vana y torpísima porfia:
420

Qual le levanta el rostro, el pecho, y brazos,

Haciendo dél curiosa anatomia,

Qual le derrama un golpe de agua encima,

Qual con golpes de palos le lastima.

Quien por bestia le tiene, quien por hombre;
425

Quien dice ser de aquella especie, o desta;

Quien le llama de aquel, quien deste nombre;

Quien le pregunta, y fuerza á la respuesta;

Quien le amenaza, y gusta que se asombre,

Y le aqueja, y le aflige, y le molesta,
430

Dándole pesadumbre, angustia, y pena,

Con pies y manos, piedras y cadena.

Qual con viles manjares le convida,

Y porque coma le amenaza y grita;

Qual viéndole gustar de la comida,
435

Por gustar dél se la arrebatada y quita;

Y al fin, qual es y quanta la movida

Gente que á ver la novedad incita:

Tales y tantos son los movimientos

Que al triste monge dan duros tormentos.

440

[287]

Pero qual alto monte, cuyo asiento

Al furioso batir del mar airado,

Y al soberbio soplar del bravo viento,

Está firme en su peso asegurado;

Tal al contino desigual tormento

445

Del novelero vulgo porfiado,

Que le congoja y atormenta tanto,

Está en su intento firme el monge santo.

Y aunque el prolixo y enojoso día

Pasa desta manera el afligido,
450

Y para el sueño de la noche fría

Con áspero cansancio va rendido;

No restaura con él esta porfía,

Que del todo le dexa enflaquecido,

Por emplearse con ardiente zelo
455

En ofrecer su penitencia al cielo.

Entonces es quando discreto aplica,

Mostrando su santísima paciencia,

Aquello todo con que multiplica

El valor á su estrecha penitencia:
460

Allí la ilustra, allí la vuelve rica,

Allí le da finísima excelencia,

Con lustrosos matices y colores

De alegres sentimientos y dolores.

¡Qué esperanza, qué fe, qué amor divino!
465

¡Qué constancia tan puesta en su fineza!

¡Qué saber tan excelso y peregrino!

¡Qué humildad, y obediencia, y fortaleza!

¡Qué corazón, qué pecho diamantino,

Lleno de heroyca y celestial nobleza!
470

¡Qué desprecio tan célebre del suelo!

¡Qué deseo tan íntimo del cielo! [288]

El que la sed del oro le atormenta,

Y el que la hambre del mandar le mata,

El que los torpes vicios alimenta,
475

Y el que santas virtudes desbarata;

El que regalos de Epicuro inventa,

Y el que qual Eliogábalo se trata,

¿Que confusion tendrán, que corrimientos,

Si al heroyco Garin miran atentos?
480
[289]

Canto XVIII

El punto se descubre ya y la clave,

O musa, donde estriba, y donde funda

Nuestro canto la música suave,

Delicada, difícil, y profunda;

Pues para que lo dulce con lo grave

5

No se altere, se afee, y se confunda,

Sino que en alta consonancia junto

Se llegue al deseado firme punto.

Comenzad vos, divina musa, el canto

En tono mas sublime y sonoro,

10

Dad mas favor á lo que ahora canto

Levantado mi espíritu gozoso:

Soltad la rica vena heroyca tanto,

Que dure el raudo curso presuroso

Hasta dar en el mar de gracia y gloria,
15

Adonde se eternice su memoria.

A vos, Reyna santísima del suelo,

De su gran Redentor madre piadosa;

A vos, divina Emperatriz del cielo,

Del Espíritu Santo amada esposa;
20

A vos, amparo y luz, guía, y consuelo

Desta alma indigna que llamaros osa;

A vos invoco, á vos, Señora mia,

Pido consuelo y luz, amparo y guía. [290]

Para que en vuestra gloria y alabanza
25

Pueda llegar mi corta voz y aliento,

Al entonado punto donde alcanza

Mi generoso y alto pensamiento;

El ser vos mi firmísima esperanza

Excuse mi arrojado atrevimiento,
30

Pues tal valor por ella el alma cobra,

Que emprenderá qualquier difícil obra.

Mientras el penitente monge santo

En su admirable penitencia estaba,

Causando al bravo infierno triste espanto,
35

Y alegre al que en el mundo le miraba:

El tesoro santísimo, que tanto

Enriquece el lugar que le guardaba,

Fué descubierto en una sacra mina

Con milagrosa luz clara y divina.
40

Aquel sacro retrato milagroso

De la Reyna de la alta gerarquía,

Que al rico Monserrate venturoso

Da luz mayor que la del sol al dia;

En este tiempo célebre y dichoso
45

Que Garin su paciencia enriquecia,

Dichosamente pareció, del arte

Que cantará mi musa en esta parte.

Entre muchos pastores que el ganado

En la fertil montaña apacentaban,
50

Donde al ardiente tiempo y al helado

Extremos templadísimos hallaban;

A siete pastorcillos, que del lado

Del claro oriente en la montaña andaban,

El alto Dios omnipotente quiso
55

Dar de este rico don alegre aviso. [291]

Como al aparecer vuestro en la tierra,

Quando mi Redentor del alto cielo,

Venistes á trocar en paz la guerra

Del miserable habitador del suelo:
60

En la áspera campaña y yerta sierra,

Entre el ganado, y entre escarcha y yelo,

A los simples pastores avisastes,

Y á ellos los primeros os mostrastes;

Así al parecer maravilloso
65

Del virginal retrato venerable,

Que al mundo dais con pecho generoso

Por inmenso tesoro inestimable,

Quereis, Señor, con orden misterioso,

Que en aquella montaña memorable
70

Simples pastores los primeros sean

Que con favor altísimo le vean.

Abrióles la infinita omnipotencia

A los siete zagales venturosos

La humana vista, y con divina ciencia
75

Mostróles sus secretos misteriosos:

Hízoles ver en corporal presencia

Los divinos espíritus gozosos,

Que en la corte de los santos moradores

Nobles ministros son y embaxadores.
80

Angeles los dichosos niños vieron

Del cielo descender en esquadrones,

Y por divina ciencia conocieron

Ser con alto misterio sus visiones;

Y sábios ya, y prudentes, atendieron,
85

Con altos y elevados corazones,

Al discurso admirable y fin del vuelo

De aquel hermoso ejército del cielo. [292]

Los ángeles santísimos baxaban,

Y aquellos simples pastorcillos vian
90

La clarísima luz con que ilustraban

El celestial camino que traían;

Y los divinos cantos que cantaban

Atónitos los niños los oían,

Y las dulces finales, que el sonoro
95

Monte formaba del celeste coro.

Vian venir los gozos y contentos

Por guias de las gentes celestiales,

Y las gracias tañer en instrumentos

Quales jamás oyeron los mortales,
100

Y formar suavísimos concertos

Las angélicas voces inmortales,

Y llegando del cielo al monte santo,

Doblar en él el son, el gozo, y canto.

En una angosta cueva mal pulida

105

Vian entrar la ilustre y santa gente,

Cuyo alto asiento y áspera subida

Es á la parte del dorado oriente;

Y allí en forma admirable recogida,

Ya recogido el sol en ocidente,
110

De aquel pequeño y escabroso suelo

Formaba un grande y regalado cielo.

¿Quien explicar podrá la alta armonía,

El canto dulce, alegre, y sonoro,

La inmensa suavidad y melodía,
115

El divino conciento artificioso,

La dulzura, el consuelo, la alegría,

El regalo, el contento milagroso,

Que sentian los rústicos zagales

Las músicas oyendo celestiales?
120
[293]

Para que de los orbes soberanos

El orden se encarezca y la belleza,

Basta decir que es obra de las manos

Del gran Maestro de naturaleza;

Y así de los divinos cortesanos,
125

Para decir la gracia y la fineza,

Basta también decir que son al corte

De las grandezas de su eterna corte.

Basta decir que los que el alto canto

Entonan en la cueva peñascosa,
130

Con la admirable música que tanto

La simple gente tiene allí gozosa,

Son los que dicen Santo, Santo, Santo,

Con incesable voz dulce y sabrosa,

En la alta eterna gloria, á la presencia
135

De la divina sempiterna Esencia.

Al fin esta vision gloriosa, siendo

Muchos sábados vista y admirada

De aquellos simples niños, y atendiendo

A cosa tan divina y señalada,
140

A Monistrol su humilde pueblo yendo,

Con eloqüencia por el cielo dada,

Contaron á sus padres lo que vieron,

Y á que lo viesen ellos los movieron.

Van los padres á ver la vision santa,
145

Y vénla de la suerte que sus hijos,

Con tanta luz, con alegría tanta,

Con tantos y tan dulces regocijos;

Y no menos que á ellos les espanta

Ver que entre en los estrechos escondrijos,
150

De la escabrosa cueva aquella gente

Tan regalada, rica, y excelente. [294]

Y admirados del caso misterioso,

Y en él algunos días empleados,

Notando dél el orden milagroso
155

Vuelven á su lugar apresurados;

Y con afecto santo y fervoroso,

Del alto Dios movidos, inspirados,

Dan al ministro de su iglesia aviso

De la rara vision del paraiso.
160

Hacer el cura quiere la experiencia

Antes que crea cosa tan extraña,

Sabiendo de la rústica inocencia

Quan facilmente en el creer se engaña:

El lo quiere saber de cierta ciencia,
165

Y cuidadoso sube á la montaña

Un sábado al partir del claro dia,

Los pastores sirviéndole de guia.

No bien el sol se derribó al poniente

Dexando escuro el ártico hemisfero,
170

Quando el retor y la aldeana gente,

Que de la cueva pisan el sendero,

Otro sol mas hermoso y mas luciente,

Mas alegre, y gozoso, y verdadero,

Descender vieron por el horizonte
175

Al fertil, rico, y venturoso monte.

Aquella luz divina, que fué vista

Por los simples zagales y pastores,

Aquella el cura ve, vuelta la vista

A sus claros y alegres resplandores:
180

Los quales hacen que se adorne y vista

De alegres ropas de admirables flores

La felice montaña, y que se illustre

El ayre escuro con sereno lustre. [295]

Y aquella sonora melodía,
185

Que los otros oyeron en la cueva,

En los oidos al retor heria

Con la admirable suavidad y nueva:

Ya la silvestre gente dado habia

De lo que le contó bastante prueba,
190

Pues con su relacion tan justa viene

La alta vision que ante los ojos tiene.

Hasta que á la mitad de su camino

Llegó la dulce noche sosegada,

Se oyó el cantar del esquadron divino
195

En la cueva del cielo regalada;

Y entonces por el ayre cristalino

Se volvió á su santísima morada,

Dexando al cura en la alma y pensamiento

Lleno de admiracion y de contento.
200

Y advirtiendo al altísimo misterio

Que la vision santísima mostraba,

Y á lo que del excelso eterno imperio

En su parte inmortal se le inspiraba;

Y mirando al divino ministerio
205

En que él en Monistrol se exercitaba,

Del monte descendió determinado

De dar cuenta del caso á su Prelado.

Un ardiente deseo no entendido,

Que á publicar la santa maravilla
210

Suavemente le llevaba asido

En amorosa celestial trailla;

Con un gozo tan dulce y tan subido,

Que el alma le consuela y maravilla,

Hace al cura que en esto se resuelva,
215

Y que del santo monte apriesa vuelva. [296]

A Manresa, ciudad allí cercana,

Que era entonces cabeza de obispado,

Llega el retor discreto á la mañana

A contar la vision á su Prelado,
220

Con quien no siendo la embaxada vana,

Tambien qual los demás de Dios tocado,

Ordena, sin que el caso se dilate,

De subir en persona á Monserrate.

Quiere ver la divina maravilla
225

De que le da su sacerdote nueva

El Obispo prudente, y conferilla

En quanto importe con bastante prueba:

No quiere contentarse con oilla,

Quiere inquirir la causa, y ver la cueva;
230

Y en esto ya resuelto, con su gente

Parte el Obispo el sábado siguiente.

Vos, mi Dios, que á Felipe en un momento

Llevastes por extraña y larga via

Al coche do el eunuco egipcio atento
235

Con gran deseo de entender leía,

Para que en vuestro nombre á su contento

Le declarase la alta profecía,

Y le diese en las aguas del camino

El sacramento que él pidió divino.

240

Vos mismo sois el que al Obispo ahora,

Y á la gente que alegre le acompaña,

Con voluntad de hecho executora

Llevais á la santísima montaña,

Para que llegue la dichosa hora

245

En que de la escabrosa cueva extraña

Sea sacado aquel retrato santo

Tan celebrado del celeste tanto. [297]

Para que de la santa mina sea

Sacado aquel riquísimo tesoro,
250

Que á la tierra enriquece y hermosa

Como su original al alto coro:

En quien halla descanso quien desea

El verdadero inestimable oro

Con que se dota el alma generosa,
255

Que quiere ser del alto Rey esposa.

Dexe ya de estimar la madre tierra

Sus fértiles entrañas abundosas

Por lo que en ellas cria, y lo que encierra,

Y lo que da con manos generosas:
260

Solo se estime porque en esta sierra

Entre sus duras peñas escabrosas

Tuvo guardado este tesoro santo,

Que es para enriquecer á tantos tanto.

A la hora que el sol pasado atlante
265

Para el ocaso el día apresuraba,

Y de las nubes que tenía delante

Los extremos de oro iluminaba,

El Pastor de Manresa vigilante,

Con los demás de quien se acompañaba,
270

Llegó del monte al sitio más dispuesto

Para lo que traía presupuesto.

Y cuando ya la noche oscura y fría

Estaba con sus sombras en oriente,

Y contenta y alegre se ponía
275

El vestido mas claro y transparente;

Quando el fiel pueblo de la AVE MARIA

La devota señal y alegre siente,

He aquí que asoma la vision divina,

Y á la sagrada cueva el vuelo inclina.
280
[298]

El ayre ve de rayos de oro lleno

El Prelado que atento al cielo mira,

Cuyo divino resplandor sereno

Con luces hermosísimas le admira:

Del grande abismo en el mas hondo seno
285

La nocturna tiniebla se retira,

Como sol resplandece la ancha sierra,

Y en sus entrañas la alta luz se encierra.

En la pequeña cueva acostumbrada

Entra la milagrosa luz divina,
290

Donde en el mismo punto que es llegada

El canto angelical se determina:

Música tan suave y concertada,

Armonía tan dulce y peregrina,

Son que con tal regalo y gusto suene,
295

No tiene igual en quanto el mundo tiene.

No puede en quanto tiene de consuelo

El ancho mundo y de gozosa suerte

Cosa igualar á la que en dulce cielo

La cueva benditísima convierte;
300

Pero ¿como podrá tener el suelo,

Aunque todo se junte y se concierte,

Cosa que iguale á la que allí se oía,

Si era del ciclo, y era por MARIA?

Había con su yelo acostumbrado
305

La sosegada noche venturosa

De su alto curso á la mitad llegado

Mas alegre que nunca, y mas hermosa;

Quando el divino canto regalado

Cesó en la sacra cueva peñascosa,
310

Y el alto coro envuelto en su alta lumbre

Volvió gozoso á la celestial cumbre. [299]

Quedó en tiniebla oscura todo el suelo

Para los ojos que la luz seguían,

No tanto por estar sin luz el cielo,
315

Quanto por causa de la que perdían;

Mas aunque el carecer de aquel consuelo

De la vision angélica sentían,

Y la perdida inmensa luz causaba

Que en sombra qualquier otra se trocaba;
320

Una regaladísima esperanza,

Llena de mil gozosos pensamientos,

Daba á sus almas celestial holganza

Entre mil alegrías y contentos:

Creían con divina confianza,
325

Los misterios altísimos atentos,

Que en la cueva del cielo regalada

Alta ventura habia de ser hallada.

Y no fué esta esperanza alegre quales

Son las tristes del lisonjero mundo,
330

Que paran sus altísimas señales

En precipicios de dolor profundo;

Pero el fin de favores celestiales

Es bueno, es cierto, es qual en él le fundo;

Y el que en la tierra tiene fundamento,
335

Es sueño, es ayre, es humo, es sombra, es viento.

Llegó la noche célebre y famosa

A las oscuras puertas de poniente

Con su alegre familia, que gozosa

La acompañaba regaladamente;

340

Y pareció mas que jamás hermosa

La blanca aurora en el dorado oriente,

Vertiendo ante la clara luz del dia

Contento y gozo, gloria y alegría. [300]

Y el sacro Obispo, con deseo ansioso
345

De investigar quanto posible fuese

La causa porque el cielo tan piadoso

Aquella cueva así favoreciese,

Mandó que con cuidado presuroso

La difícil subida se inquiriese,
350

Poniéndose él tras diligentes guías

Por las fragosas y entricadas vías.

Y así con esperanza alegre y cierta,

Llevados de su pia y santa instancia,

Fueron á dar á la pequeña puerta
355

De la sagrada y venerable estancia:

Los ámbares y almizcles que conierta

La humana industria para dar fragancia,

Los dulces y suavísimos olores

Mas estimados de las bellas flores,
360

Y todo lo que en esto mas regala,

Y mas consuela en toda la ancha tierra,

Al olor comparándose que exhala

De aquella rica parte de la sierra,

Es como si á la luz del sol se iguala
365

La de la luna quando el tiempo encierra

En pardas nubes su turbada cara,

Y la del sol serena muestra y clara.

Entran con santo miedo y reverencia

El Prelado, ya cierto de que habia
370

En la cueva de altísima excelencia

Cosa que á las humanas excedia:

¡O eterna y soberana omnipotencia!

Un sagrado retrato de MARIA

Halla el Obispo venturoso dentro
375

De aquel bendito y venerable centro. [301]

Un divino tesoro, que enriquece

Devotas almas de inmortal riqueza,

A la vista al Obispo se le ofrece

En aquella dulcísima aspereza:
380

Una imagen hermosa, que parece

Obra divina de sublime alteza,

Mira el Prelado en la alta cueva atento,

Lleno de celestial gozo y contento.

Es qual de venerable dama anciana
385

La sacra imagen que el Prelado mira,

Cuya santa belleza soberana,

Dando consuelo celestial, admira:

Su perficion ser mas que de obra humana

Con señales altísimas inspira,
390

Pues junto con beldad suave, espanta

Su gravedad y reverencia santa.

Es el color de su divina cara

Moreno, mas hermoso á maravilla,

Tanto, que ante él la luz del sol mas clara
395

Es oscura, turbada, y amarilla;

Y al fin, su perficion y forma rara

No es posible en su punto describilla,

Sino diciendo que es conforme quanto

Ser puede á la del hijo sacrosanto.
400

Del qual en las rodillas santas tiene,

Con maternal afecto acariciado,

El hermoso retrato, que conviene

En todo con su imagen cotejado:

Con la siniestra mano le sostiene
405

Puesta en el hombro izquierdo del amado,

Y al diestro lado la derecha asoma,

Como que alguna cosa en ella toma. [302]

Tal es la sacra imagen que en la cueva

Hallada fué con celestial consuelo,
410

Por orden milagrosa, excelsa, y nueva,

Dada en favor á todo el ancho suelo:

De la qual, viendo quan de veras deba

Poner en venerarla afecto y zelo,

El Obispo resuélvese en llevarla
415

A su iglesia, y en ella colocarla.

Resuelto pues en el consejo santo,

Manda que de Manresa al punto venga

Su clerecía, el pueblo, y todo quanto

A tan alegre fiesta mas convenga;
420

Así se cumple luego, y entretanto

Hace que todo el tiempo se entretenga

Dando en la cueva á Dios dulces clamores,

Con himnos, salmos, gracias, y loores.

Con dulce voz alegre, y alto aliento,
425

La veloz fama, diestra embajadora,

Guiada del consuelo y del contento

Que las cristianas almas enamora,

Con las ligeras alas hiera el viento,

Y con la voz altísima y sonora,
430

Y á los pueblos del pié de la montaña

Cuenta la excelsa maravilla extraña.

Acuden gentes de una y otra parte

Al dulce son de la famosa nueva,

Y adoran, quien de cerca, y quien de aparte,
435

El gran tesoro de la rica cueva:

No hay pendon, ni bandera, ni estandarte;

No hay cosa de contento antigua, o nueva;

No hay música de paz, ó son de guerra,

Que no se traiga á la bendita sierra.

440

[303]

Y no hay cruz, ni reliquia, ni ornamento

En todos los lugares convecinos,

Que mostrando el altísimo contento

No adorne del gran monte los caminos:

Los quales para el santo y pio intento,
445

Con robustas encinas y altos pinos,

Con piedras, y con otros materiales

Son vueltos llanos, fáciles, y iguales.

Ya el pueblo junto, y ya la clerecía

Con la devota pompa en orden puesta,
450

Y ya la sacra imagen de MARIA

Para la santa traslacion dispuesta:

Hinchendo el alto monte de armonía

Baxando van en procesion la cuesta,

Puestos en dos hileras con mil luces,
455

Siguiendo á los pendones, y á las cruces.

Lleva el Obispo el celestial tesoro

Dentro de un palio entre la noble gente,

Divino canto altísimo y sonoro

Alza su clero ante él suavemente;
460

Y el alto monte otro apacible coro

En mil partes al fin formar se siente,

Repitiendo con dulce melodía

Ya el nombre de JESUS, ya el de MARIA.

A vos, omnipotente Padre eterno;
465

Y á vos, Hijo divino, igual al Padre;

Y á vos, quo de ambos procedéis coeterno;

Y á vos, ó Virgen, de Dios hombre madre,

Con alto son, y con el gozo interno,

Que mas al que desea el alma quadre,
470

Alzan debidas gracias y loores

Los músicos, el clero, y los cantores. [304]

Y así en orden conforme procediendo

Para bajar por mas segura via,

Fué la devota procesion subiendo
475

Por donde el mejor paso se ofrecia:

¡Divina cosa y admirable! siendo

Llegada la alta imagen de MARIA

Al lugar donde ahora está, repente

Sin poderse mover paró la gente.
480

Pára la gente sin saber la causa,

Y sin poder hacer que el movimiento

Sirva á la libre voluntad que causa

Su diferente accion á su contento:

Milagrosa conocen ser la pausa,
485

No interviniendo humano impedimento,

Que así á todos les fuerce en un instante

A no poder pasar mas adelante.

Estuviera confusa y temerosa

La gente con el caso señalado,
490

Si el sagrado Pastor con voz gozosa,

Por el Eterno altísimo inspirado,

No dixerá la causa misteriosa

De haberse de tal suerte allí parado,

Diciendo: en este sitio, en este puesto
495

Este sacro tesoro ha de ser puesto.

Aquí quiere el Eterno omnipotente

Que este retrato de su Madre y nuestra

Se quede en un lugar sacro y decente,

Hecho con el poder y industria vuestra:
500

Esto es lo que el pararnos de repente

Indubitadamente enseña y muestra.

Ea pues á la obra, que yo quiero

En emplearme en ella ser primero. [305]

Así diciendo, en un altar formado
505

De sus pontificales ornamentos

Pone el santo tesoro encomendado,

Mientras se da principio á sus intentos;

Y al punto el pueblo alegre, ya tornado

A la accion corporal y movimientos,
510

A l'alta obra se ofrece y se dedica,

Y cada qual á su labor se aplica.

Quien con el sábio Obispo el sitio traza

De la iglesia, y capilla, y monasterio;

Quien de la puntual fábrica y traza
515

Cuidoso toma el cargo y magisterio;

Y la gozosa gente alegre abraza

Lo que este ordena, ó manda con imperio,

O cosa facil sea, ó sea cosa

Quanto pudiere ser dificultosa.
520

Tiene este de la obra ya la planta

Que la intencion del arquitecto encierra,

Por donde, aunque es la diferencia tanta

De lo que se ha de obrar, nada se yerra:

Qual corta una cantera y la levanta,
525

Qual árboles altísimos atierra,

Qual zanjas, y qual fuentes abre, y quales

Traen mil diferentes materiales.

Todo fué aquí tambien maravilloso,

Pues muy en breve vieron hecho tanto,
530

Que al pueblo y al Pontifice gozoso

Causó notable admiracion y espanto;

Y así del monasterio venturoso,

Y del afortunado templo santo,

Por momentos la obra fué acabada,
535

Y en ella la alta imagen colocada. [306]

Quedó en el monasterio aquel discreto

Cura de Monistrol, y alguna gente,

A quien tocó en el íntimo secreto

Con mas fervor la mano omnipotente,
540

Hasta que se pusiese por efeto

El santo culto mas cumplidamente,

Con religiosos dignos de aquel puesto

A vida perfectísima dispuesto.

Este era del Obispo el santo intento,
545

Pero Dios, ó bendita y santa sierra!

Mas lustre te guardaba y ornamento,

Y mas renombre en quanto el ayre encierra:

Santo era del Obispo el pensamiento,

Y de los moradores de su tierra;
550

Mas lo que Dios de tí tiene ordenado

Es divino favor en sumo grado.

Al fin, esta divina y rica suerte,

Este raro suceso milagroso,

Pasó para bien nuestro desta suerte
555

En este santo monte venturoso;

Mientras en su virtud constante y fuerte

En Barcelona el santo religioso,

Con la alta perficion de la paciencia

Pasa su memorable penitencia.

560

[307]

Canto XIX

Con su dulce familia el regocijo

Por Barcelona desplegaba el vuelo,

Desterrando al pesar, al escondrijo

Mas oscuro y mas íntimo del suelo,

A causa de haber dado al Conde un hijo
5

Por singular favor y gracia el cielo,

Que de sus canas el regalo fuese,

Y en el ilustre estado sucediese.

En cañas, toros, justas, y torneos,

Galas, saraos, divisas, y ornamentos,
10

Caballos, armas, máscaras, y arreos,

En altas obras de altos pensamientos;

Y en todos los demás nobles empleos

De los ilustres lícitos contentos,

Ocupa el regocijo en Barcelona
15

Qualquier estado y suerte de persona.

No hay señor, no hay hidalgo, ó caballero,

Que no se muestre en lo que mas confía;

O ya representando un Marte fiero

Con generoso esfuerzo y gallardía;
20

O ya depuesto el relumbrante acero,

Mostrando general cortesanía

En gala, en ademán, en gracia, y ayre,

En dulzura, en regalo, y en donayre. [308]

El mismo Conde alegre y consolado
25

Sus nobles cortesanos acompaña,

O sea en sala, ó sea en estacado,

O sea en plaza, ó calle, o en campaña;

Y diestro, y animoso, y remozado,

Ya doma al toro la furiosa saña,
30

Ya gana el prez en el torneo, ó justa,

Ya en las follas las armas barahusta.

Ya en aparatos de altas invenciones

Con grandeza real y pompa hechas,

Ya en varios casos de altas ocasiones,
35

Que dan las sendas de virtud estrechas,

Dexa los valerosos corazones,

Y las heroycas almas satisfechas,

Poniendo el real término en su silla

Con amable admirable maravilla.
40

Y ya entre mil blanduras y mil galas,

Conversable, apacible, y cortesano,

Con las servidas damas en las salas

Convierte en blanda la robusta mano,

Dando mayor lugar á que sus alas
45

Desplegue y trate el regocijo humano,

Y toda la contenta compañía

Que le ministra, y acompaña, y guía.

Y al fin, por dulce fin de estos contentos,

Que fueron tales, que dobló la fama
50

Todos los sonoros instrumentos

Con que por la ancha tierra se derrama,

Consigo á sus reales aposentos

A los varones de su estado llama,

Y en su mesa real con ellos junto
55

Quiere en las nobles fiestas hacer punto. [309]

Vinieron los Barones de su estado,

Y fué el banquete rico y suntuoso,

De todas las grandezas adornado,

Que adornarle pudiera un Rey famoso;
60

A donde no faltó quien, acordado

Al instrumento y son artificioso,

Con dulce pecho y voz, quiebro y garganta,

Cantáse como fué Narciso planta.

Y como con menguada voz su pena
65

Muestra Eco, y de su amado el devaneo,

Como Ariadna en la desierta arena

Llama llorando al pérfido Teseo,

Como Venus del cielo se enagena

Por ser solo su Adonis su recreo,
70

Como Alcides mató, y porque al Centauro,

Y como fué vencido el Minotauro.

Y como del clarísimo Planeta

Huyó volando Dafnes infelice,

Como sacaba el músico Poeta
75

De la carcel eterna á su Euridíce,

Como en la noche lóbrega y secreta.

Alcion vió anegado á su Ceíce,

Como se coronó Baco de yedra,

Y como Aglaura fué mudada en piedra.

80

Con tales cosas del real banquete

El regalo el cantor acrecentaba,

Y quanto con la música promete

El regocijo largamente daba;

Quando allí fué sacado de un retrete

85

El que las fiestas célebres causaba,

Traido para gozo de su padre

Por su segunda regalada madre. [310]

El dulce hijo, que al Jofre famoso

Dió con tal gozo el favorable cielo,
90

Por quien su fuerte pueblo generoso

Estaba en regocijo y en consuelo,

Traido al pecho dulce y amoroso

De que alimenta el tierno corpezuelo,

A donde estaba el padre entró, ilustrando
95

Quanto con los ojuelos va mirando.

Y apenas la ama con el tierno infante

A la mesa del Conde habia llegado,

Quando el monge, en su cruz fuerte y constante,

Entra en la sala á su cadena atado:
100

Mandó el Conde traelle allí delante,

Habiendo en la comida del tratado,

Bien fuera de entender que le inspiraba

El cielo á él lo que él allí mandaba.

¡O infinita de Dios sabiduría,
105

Por quan secretas sendas y admirables

Tu sempiterna omnipotencia guía

Sus excelsas hazañas memorables!

¡O felice cristiana monarquía,

Que divinos favores tan amables
110

Recibes de la mano omnipotente

De tu gran Dios dulcísimo y clemente!

Pero ¿que no ha de dar al cristianismo

De gracias y favores celestiales,

Quien con tan alto amor se dió á sí mismo
115

Con manos en tal grado liberales?

¡O ceguedad, ó confusion, ó abismo

De ingratitud de míseros mortales!

Dádivas recibidas en tal suma,

Que el olvido en el alma las consuma?

120

[311]

¡O ingratitud de humanos corazones!

¡O por fiera dureza de diamante,

O por fragilidad que en tus pasiones

Tan varias te mantiene tan constante!

¡Quan admirables y divinos dones
125

Desprecias como cosa no importante,

Miserable mortal, por las miserias

En que tienes tus tratos y tus férias!

¡Ambicion de grandezas y de estados

De esta caduca y momentánea vida,
130

A cuyos vanos peligrosos grados

Se sube por tan áspera subida,

Es la que en tu memoria da cuidados,

Que la traen de afanes combatida,

Con olvido total y con desprecio
135

De aquellos bienes de tan alto precio!

¡Codicia insaciable de riquezas,

Solo para que el cuerpo se recree

Con sensuales vicios y torpezas

En que quanto hay en la ancha tierra emplee,
140

Envidias, y pasiones, y asperezas

Con que se postre á quien virtud posee,

Como si fuese oprobio vil del suelo,

Siendo el regalo y el honor del cielo!

¡Indómita soberbia y arrogancia
145

De estos vicios horrendos producida,

Asentada en la bárbara inorancia,

De mentira cubierta y revestida,

Es lo que en l'alma tiene cierta estancia,

Y della es la virtud desposeida,
150

Y así el pecar es su mas cierto trato,

O con desprecio, ó con olvido ingrato! [312]

¡Padre piadoso, Dios que solo quieres

Dotar al hombre, por tu gracia pura,

De los grandes y riquísimos haberes
155

Con que enriqueces tu gloriosa altura,

Humilde te suplica, por quien eres,

Esta, Señor, tu amada criatura,

Que tan ingrata así en pecar se emplea,

Que otro Garin en penitencia sea!
160

El qual, como ya dixé, había llegado

A donde el Conde y los demás habían

Con la comida suntuosa dado

A las fiestas el fin que pretendian;

Y siendo el santo monstro contemplado
165

Por los señores que le circuían,

Y sobre él varias cosas discurriendo,

Su especie y calidades inquiriendo;

Milagroso suceso! el tierno infante,

Que el ama en su regazo sostenia,
170

Con clara voz y angélico semblante,

Vuelto á la fiera lleno de alegría,

Dixo: Dios quiere ya que se levante,

Garin, tu rostro al ser que antes tenia,

Que ya tu penitencia es acabada,
175

Y tu culpa del todo perdonada.

Y el pequeñito niño apenas hubo

Estas altas palabras declarado,

Con que en admiracion inmensa tuvo

Aquel ilustre pueblo allí juntado;
180

Quando Garin el rostro alzó, y sostuvo

En los dos pies el cuerpo fatigado,

Y con humilde y santa reverencia

Llegó: del Conde á la real presencia. [313]

Y con palabras, cuyo afecto un monte
185

Mover pudiera de su firme asiento,

Y convertir el reyno de Aqueronte

A blando y amoroso sentimiento:

Puestos los ojos en el horizonte,

Y en su esperanza el alto pensamiento,
190

Al Conde dixo así sucintamente,

Toda su corte y casa allí presente.

Yo soy, Príncipe sábio y valeroso,

Aquel que á Dios y á tí con grave ofensa

Dí causa de emplear el poderoso
195

Rigor, que con justicia se dispensa:

Yo soy Garin, y si nombrarme oso,

Es para dar debida recompensa

De mis grandes pecados, de la suerte

Que tu ofendida calidad concierte.

200

Aquí me tienes ante tu presencia,

Puedes satisfacerte á tu contento,

O sea con rigor, ó con clemencia,

Mi vida, ó muerte es ya tu mandamiento;

Y á las dos cosas yo con obediencia
205

Doy como debo aquí consentimiento,

Pidiendo arrepentido y humillado

Perdon á Dios y á tí de lo pasado.

No dice mas el santo monge, y queda

Como elevado y de rodillas puesto,
210

La admiracion del todo al Conde veda

Poderle responder á lo propuesto;

Pero ya reportado y vuelto en rueda

El admirado rostro, aunque compuesto,

Dice el sábio señor de Barcelona:
215

Tambien perdono yo á quien Dios perdona. [314]

Alzáos, ó santo monge, alzáoos del suelo,

Que aunque tan gravemente me ofendistes,

Pues con tan gran favor y amor del cielo

Perdon de vuestras culpas merecistes,
220

Yo tambien os perdono y os consuelo,

Y de lo que en mi daño cometistes

En recompensa solo aquí se elija

Que me digais á donde está mi hija.

Con el mayor decoro que ser pudo
225

Dixo el caso Garin, no claramente,

Sino cubierto de un honroso escudo

Para todas las partes mas decente:

Oyólo el Conde, y que esté ya desnudo

El santo penitente no consiente:
230

Manda que luego se le dé vestido,

Y al punto de ermitaño fué vestido.

Y dexa el Conde allí determinado

De partir luego para el monte santo,

A sacar dél el cuerpo sepultado
235

De la hija que quiso y lloró tanto;

Y tambien para ver el celebrado

Retrato de la Virgen, que ya el canto

De la fama veloz le divulgaba,

Y á irle á ver las gentes incitaba.
240

Ya en aquella comarca venturosa,

Con dulce son de altísimo consuelo,

Canta la fama la maravillosa

Merced que goza del piadoso cielo,

Con mil en que la mano poderosa
245

Del alto Dios muestra el gustoso zelo

De que se pidan por la imagen santa,

Que la fama veloz divulga y canta. [315]

Toda movida la provincia tiene

Ya de la fama el canto de alegría,
250

Con voz que en la devota oreja suene

Celestial consonancia y armonía,

Por quien con santo afecto y zelo viene

Ante el sacro retrato de MARIA,

A pedir al Señor de los señores
255

Gracias, mercedes, dones, y favores.

Parte pues con Garin y con su gente

Para el bendito Monserrate el Conde,

Y al deseo de todos igualmente

La presta diligencia corresponde:
260

Al lugar llegan donde la inocente

Dama venturosísima se esconde,

Mira el sitio Garin en la espesura,

Y señala despues la sepultura.

Abren por la señal la dura tierra
265

Diestros sirvientes con robustas manos,

No pretendiendo mas en lo que encierra

De un cuerpo ya comido de gusanos,

Para que se traslade de la sierra

Al honroso lugar de sus ancianos,
270

Y allí qual los demás se deposite

Hasta que al gran juicio resucite.

Mas, ó gran Dios en todo poderoso!

No cuerpo allí es hallado desta suerte,

Sino vivo, fresquísimo, y hermoso,
275

Libre de las señales de la muerte;

Cuyo alto rostro con mirar gracioso

Al dulcísimo padre se convierte,

Y cuyos pies á él se van, y cuyas

Manos al padre toman de las suyas.

280

[316]

Levante aquí el humano entendimiento

Las alas ligerísimas en vuelo

A la contemplacion del sentimiento

Que causaria aquel favor del cielo:

Considérese el gozo y el contento,
285

La inmensa admiracion y alto consuelo

Del padre, y hija, de Garin triunfante,

Y de la atenta gente circunstante.

Ofuscada del gozo inmenso queda

A cada qual el alma allí y la mente,
290

La extraña admiracion á todos veda

Otra accion que miralla atentamente:

Que ojos lengua alguno mover pueda

La nueva maravilla no consiente,

En mar de gloria cada qual el alma
295

Tiene gozosa en admirable calma.

¿Qué se le puede preguntar á aquella

Señora ilustre de sí misma ahora?

O ¿qué á qualquier pregunta podrá ella

Responder á la gente que la adora?
300

De claro aljofar la una y otra estrella

Hinche de gozo, y con el padre llora,

Que con abrazo de dulzura lleno

Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y con palabras llenas de dulzura
305

Dice la dama llena de contento:

Merced, á que de humana criatura

Ni llega merecer, y entendimiento;

Favor, á gloria de la Virgen pura,

Y de su sin igual merecimiento;
310

Gracia, que del mar dellas se deriva,

Es lo que veis en mí viéndome viva. [317]

Una señal sacó la dama ilustre

Que adornaba el suceso milagroso,

Que fué una raya de encendido lustre
315

En el cuello blanquísimo y hermoso,

Como en él puesta para que se ilustre

Su blancura por modo artificioso,

Y era la parte tierna y delicada

Por donde fué la dama degollada.
320

Todo era admiracion de la espantosa

Obra divina del poder eterno,

De aquel Señor que con su voz piadosa

Nos llama siempre con amor tan tierno;

Y todo era triunfar de la envidiosa
325

Sierpe cruel del espantoso infierno

Aquel buen monge, en paga y recompensa

De la pasada lastimosa ofensa.

¡Qué gozo, qué consuelo, qué alegría,

Con este triunfo altísimo y victoria,
330

El pio Garin en l'alma sentiria,

Teniendo en lo pasado la memoria!

Y ¡qué dolor y pena causaría

A su fiero adversario con su gloria,

Viendo vencer con triunfo tan subido
335

Al que él pensó del todo haber vencido!

En pena eterna y en dolor redonda

El triunfo de Garin, gozo, y consuelo

Del infernal poder, con que confunda

Su iníca saña el pio y justo cielo:
340

Dobló su llanto y su pasión profunda

El príncipe de eterno desconsuelo,

Victoria el santo monge dél teniendo,

Y su temido monte en gloria viendo. [318]

Van al fin todos, tras haber pasado
345

De gozo y de consuelo un dulce rato,

Al templo santo, donde está el sagrado

De la Virgen Santísima retrato:

El qual adora cada qual postrado

Con tierno corazon y ánimo grato,
350

Y de veras allí se regocija

El monge, el Conde, y la dichosa hija.

Y ya que en tal consuelo entretenidos

Algunos breves días estuvieron,

Y los tuvo aquel gozo divertidos,
355

Como el mas grande que jamás sintieron:

Ya que para partirse apercebidos,

Y á punto el Conde y los demás se vieron,

La sábia dama al padre sábio y fuerte

Descubre su alto intento desta suerte.
360

Bien fuera digna de castigo eterno,

Dulce padre y señor, sino mirára

A la merced presente con interno

Zelo de gratitud, siendo tan rara:

Fuera culpa bien digna del infierno
365

Si desta obligacion yo me olvidára,

Y por volverme á Dios no pospusiera

Quanto del mundo desear pudiera.

Que aunque puedo volviendo á Barcelona,

En compañía de mi madre y vuestra,
370

Emplear sábiamente mi persona

En lo que el cielo en nuestro bien nos muestra,

Mas en la religion se perficiona

La alta virtud del sumo bien maestra,

Con quien segun la obligacion que tiene
375

La alma cristiana su vivir ordene. [319]

Todo es aquí suceso milagroso,

Mi vida, vuestro gozo, el admirable

Perdon de este bendito religioso,

Y esta sagrada imagen tan notable:
380

Todo pues en su modo misterioso

Nos persuade la intencion loable,

Que á mí en l'alma me escribe de su letra

Quien sus cosas mas íntimas penetra.

Digo, porque declare bien mi intento,
385

Que con licencia vuestra yo querria

Quedar, señor, en este santo asiento

Con religiosa y santa compañía,

Que en este punto su acontecimiento

En gran ventura, es grande suerte mia,
390

Y es gran señal que quiere Dios que sea

Esto que tanto mi alma ya desea.

Y es razon que la vida que poseo,

Por tan notable y rara maravilla,

Escoja por dichoso y rico empleo
395

El quedar á servir esta capilla;

Y por debido voto y por trofeo

Se dedique á la Virgen sin mancilla,

Pues por su gracia y mano valedora

Con tal merced yo la poseo ahora.
400

Aquí podrán devotas religiosas

Ofrecerse conmigo en santa vida,

A quien hace estas obras milagrosas

Con que á su amor nos mueve y nos convida:

Sean por vos miradas estas cosas,
405

Y la justicia de que soy movida,

Y dad, señor, con sentimiento justo

A mi loable y santo intento gusto. [320]

Así mostró la generosa dama,

Con sus palabras llenas de eloquencia,
410

El santo amor y zelo que le inflama

El alma con altísima prudencia:

Tras lo qual tiernas lágrimas derrama

Del santo afecto efecto y apariencia,

Las quales eran en su rostro al verlas
415

Entre rosas al sol cristal y perlas.

No menos se admiró en la hija amada

El padre contentísimo con esto,

Y la gente que alegre y admirada

Oía atenta su deseo honesto:
420

De lo que su alma fué maravillada,

Y las de los demás en todo el resto;

Y así con alto sentimiento el Conde

En todo con la dama corresponde.

Dice que su intencion se cumpla, y sea
425

Luego de la manera que ha ordenado,

Y manda que al momento se provea

Quanto conviene al caso señalado:

Detiéndose allí mas, y luego emplea,

Con lo que está en la casa fabricado,
430

Gasto mayor con trazas mas costosas,

Y habitacion conforme á religiosas.

Las quales fueron como las que ahora

Habitan en San Pedro en Barcelona,

Del orden santo con que ilustra y dora

435

El gran Benito su inmortal corona;

Y dellas fué cabeza la señora,

Que lo pudiera ser en Elicona,

Pues supo la mayor ciencia del suelo

Perfectamente, que es ganar el cielo.

440

[321]

La dama ilustre que escogió ofrecerse

A Dios en el convento milagroso,

Sin confiarse ni desvanecerse

En el mundo y el padre poderoso,

A ser cabeza quiso disponerse
445

En aquel monasterio misterioso

De muchas que con ella estar quisieron,

Y su santo propósito siguieron.

Ya pues que el santo monasterio estaba

Qual á tan alto intento convenia,
450

Y el sacro culto en él se comenzaba

Con principios de altísima alegría;

Y viendo el Conde ya que en él quedaba

Su santa hija en santa compañía,

Y que no tiene en cosa alguna falta
455

De las de su intencion divina y alta,

Determinó dexarla en el deporte

De su devota soledad amada,

Y dar la vuelta con su casa y corte

A su noble ciudad regocijada;
460

Y dado en todo ya el debido corte

Fué para la partida señalada

Por hora aquella en que del sacro oficio

Se da fin al santísimo ejercicio.

Ya el claro sol por el abierto oriente
465

Lleno de luz alegre se levanta,

Y ya el devoto Conde con su gente,

Ante la imagen milagrosa y santa,

Oye el divino oficio atentamente,

Que el religioso coro oficia y canta
470

Con voz al celestial contento unida,

El día señalado á la partida. [322]

Y ya el divino oficio habia llegado

Al fin alegre de su excelso canto,

Quando el pio Garin todo inflamado
475

En divino fervor y zelo santo,

De un lustre celestial iluminado

Con que causaba á quien le via espanto,

La lengua eloqüentísima desata,

Y de altas cosas memorables trata.

480

[323]

Canto XX

Puesto del templo en la sublime parte

Al divino evangelio dedicada,

Usando en el principio santo el arte

Que se acostumbra en la lición sagrada;

Con el fervor que el cielo le reparte
5

En l'alma de sus gracias regalada,

Así dice Garin con alto aliento

Al Conde que oye con su pueblo atento.

No puedo, ó gran señor, en modo alguno

Dexar de publicar lo que me inspira
10

Este extraño fervor en mí importuno,

Que así conmigo á todos os admira:

En este tiempo alegre y oportuno,

Que quien así mueve mi pecho mira,

Quiere que diga yo á su santa gloria
15

Cosas dignas de altísima memoria.

Oidme pues, oidme atentamente

Lo que han de oír y ver otras edades,

Que á mi lengua se ofrece y á mi mente

Con altas y lustrosas claridades:
20

Es la intencion de mi sermon presente

Deciros las divinas calidades,

Que con divino y admirable exemplo

Ha de tener este sagrado templo. [324]

Tú, Rey eterno, que mi pecho inflamas
25

De la luz clara de este templo santo,

Que ha de encender en sus divinas llamas

Innumerables corazones tanto:

Los que con estas maravillas llamas,

De tu luz queden alumbrados quanto
30

Conviene ahora para que veamos

Las grandezas del templo que fundamos.

Y tú, Reyna Santísima del cielo,

Causa destas grandezas milagrosas,

Mientras predico las que en todo el suelo
35

Han de ser predicadas y famosas,

Tú favorece el justo y santo zelo

De celebrar tus memorables cosas,

Y el arte aclara en los oyentes todos

De este sermon, y sus piadosos modos.
40

Tu divino retrato milagroso,

Virgen, luz de las vírgenes prudentes,

Causa de este convento religioso,

Y de sus altos dones permitentes,

Ha de ser el mas célebre y famoso
45

De quantos tengan las cristianas gentes,

Y aquel por quien hará en tu santo nombre

Infinitos favores Dios al hombre.

No habrá nacion en todo lo habitado

Do desta santa imagen no se trate,
50

No asiento alguno se verá ilustrado

Con monasterio de mayor quilate,

No verá el sol lugar mas celebrado

Que el felice y bendito Monserrate,

Y no habrá invocacion en todo el suelo
55

Por quien mayores gracias haga el cielo. [325]

Como fecunda planta en buen terreno

De diestro agricultor bien cultivada,

Que al buen principio de esperanza lleno

Corresponde con suerte mejorada;
60

Así ha de ser en este monte ameno

Esta divina casa en él plantada,

Que su alto agricultor hará que sea

Mas que deste principio se desea.

Que quien aquí mas altamente vuele
65

En desear su venturoso aumento,

Terrero quedará qual siempre suele

El humano deseo y pensamiento;

Y por mucho que en esto se desvele

Llegar no puede al elevado asiento
70

En que visiblemente yo contemplo

Que ha de estar esta casa y este templo.

Y no mas de cien años les concede

Dios á santas mugeres esta estancia,

No porque en ellas aunque el tiempo ruede
75

Ha de faltar altísima constancia,

Que antes el bien que á la virtud sucede

Tendrá con ellas gran perseverancia,

Sino porque traerán aquí varones

Por justísimas causas y razones.
80

Será tanto el concurso de la gente

Que aquí vendrá de todo el ancho suelo,

A visitar devota y santamente

Esta imagen de altísimo consuelo,

Que ni será bastante ni decente,
85

Ni fuera de peligros y recelo,

El atender las religiosas santas

A la hospitalidad de gentes tantas. [326]

Un Borrel, sucesor en este estado,

Con zelo santo y discrecion cristiana,
90

Su conveniente intento autorizado

Por la Silla Apostólica Romana,

Dexará este convento transplantado

En su ciudad con honra soberana,

Y en vez de las castísimas doncellas
95

Monges pondrá del orden mismo que ellas.

Pues quanto desde entonces adelante

Ha de ir creciendo la grandeza santa

Desta casa real, desta importante

Divina, excelsa, y milagrosa planta,
100

No hay lengua humana á lo decir bastante,

Porque ha de ser de maravilla tanta,

Que los que entonces llegarán á vella

Aun apenas podrán comprendella.

Una perpétua fama en todo nueva
105

Criará el cielo en este tiempo, solo

Para que en honra de esta casa nueva

Quantos vivientes mira el claro Apolo

De las riquezas que en sus ondas lleva

El Indo, el Tajo, el Hemo, y el Pactólo,
110

Y de la luz de la Febea llama,

Se ha de adornar esta gloriosa fama.

Y á par del tiempo ha de durar creciendo

Por puntos siempre en voz y en hermosura,

De este templo santísimo poniendo
115

El dulce nombre en la mayor altura,

Maravillas rarísimas diciendo

Llenas de celestial gozo y dulzura,

Ricas gracias y altísimos favores

Siempre mas milagrosos y mayores.
120
[327]

Ciudades moverá, moverá estados

A venir á pisar estos umbrales,

Trayendo á sus señores y prelados

Con deseos y afectos celestiales;

Y todos en amor santo abrasados,
125

Con poderosas manos liberales,

Ofrecerán aquí famosos dones

De rentas, joyas, oro, y posesiones.

Y esto será con muy mayor instancia,

Con mas fervor, mas zelo, y mas frecuencia,
130

Quando pongan aquí santa observancia

Dos Reyes de católica excelencia:

Los quales en divina coligancia,

Viviendo con altísima prudencia,

En honra de sus hechos señalados
135

Serán Reyes Católicos llamados.

Vendrá á ser desto el lustre y ornamento

De esta bendita casa en sumo grado,

Crecerà el sitio, crecerà el convento

Con mil comodidades mejorado:
140

Para todos será el alojamiento

Alegre, y apacible, y regalado;

Y asimismo tambien para el divino

Retrato santo en modo peregrino.

Que quanto ser pudiere esta capilla
145

En aquel tiempo se verá ilustrada,

Dando á la imagen mas costosa silla

Con fábrica real acrecentada:

De mano de la misma maravilla

Mostrará ser la obra señalada

150

En devocion, en lustre, y en decoro

Y en la belleza del retablo de oro. [328]

Y tomando de mí, aunque indigno pobre,

Principio aquí la vida de ermitaños,

Será, que tanto lustre y tanta cobre
155

Perficion santa, ya en aquellos años,

Que este monte será donde zozobre

La infernal rabia, y sus eternos daños;

Y donde el celestial divino aviso

Dé á sus cultores dulce paraíso.

160

Catorce humildes celdas repartidas

Por este santo monte venturoso

Poseerán los monges, que las vidas

Ofrecerán al singular reposo;

Donde en contemplación entretenidas

165

Las almas con regalos de su esposo,

Convertirán este dichoso suelo

En dulce parte para sí del cielo.

Que con el orden y la compostura

De sus celdas, y templos, y ejercicios,
170

Y el asiento, y la vista, y hermosura,

Y todos los humanos beneficios;

Y el alto acuerdo de la eterna altura,

Y el olvido total de humanos vicios,

No será en ellos menos que una gloria
175

Este momento de célebre memoria.

Pues quanto los benditos religiosos,

En estos sacros claustros encerrados,

Han de ilustrar con hechos virtuosos

Estos santos y fértiles collados,
180

Y con los rayos, mas que el sol lustrosos,

De sus divinos bienes y cuidados

Han de dar luz á quanto el ayre rueda,

No hay lengua humana que decirlo pueda. [329]

De ordinario serán mas de sesenta
185

Estos benditos monges recogidos,

Todos hombres de letras y de cuenta,

Famosos en la tierra, y escogidos;

Y donados habrá mas de noventa,

Todos en vida activa entretenidos
190

Con huéspedes y pobres ordinarios,

Y en otros ministerios necesarios.

Y demás de estos ínclitos varones,

De religiosos hábitos ornados,

Serán en otras mil ocupaciones
195

Otros doscientos hombres ocupados;

Sin los que á varias partes y naciones

Serán por las limosnas enviados,

Con los regalos de la Cofradía

Que aquí ha de haber en honra de MARIA.
200

La qual ha de tener por sus cofrades

Todos los Potentados que en la tierra

Seguirán las santísimas verdades

Del que en el suelo el cielo abre y cierra:

El qual de las mayores calidades
205

Que su poder universal encierra

Ha de dotar la Cofradía ilustre,

Que será deste monte eterno lustre.

Pero ¿qué voz, qué espíritu y aliento

Las memorias dirá, las de mercedes
210

Que adornarán deste real convento

Las columnas, los techos, y paredes?

No podrás ver, ó sol, tal ornamento

En quanto ver de todo el mundo puedes,

Como el que aquí pondrán fieles devotos,
215

Con presentes, con dádivas, y votos. [330]

El enfermo llegado al postrer punto,

Y la alumbrada el de parir llegado,

Con su mortaja el que ya fué difunto,

La madre con el hijo ya anegado,
220

En estos claustros serán vistos, junto

Con mil que, ó en desierto, ó en poblado,

Por mil traidoras manos enemigas

Tuvieron mil peligros, mil fatigas.

Aquí de aquel mancebo á quien convino
225

Que de su propia patria siempre ausente

En la comun de Corte el desatino

Comun siguiese en su veloz corriente,

Y esta alta invocacion le abrió el camino

A la salud del alma conveniente,
230

La oferta se verá de cortesano,

No ingrato, ni soberbio, ni tirano.

Aquí de aquel varon á quien en suerte

Cupo el seguir al espantoso Marte,

En vida que es una perpétua muerte,
235

Sin que en cosa de vida alcance parte,

Y tuvo esta alta devocion de suerte

Que vino á ser de su milicia el arte,

Las armas se verán con gozo y gloria

Rendidas en señal de gran victoria.
240

Aquí del preso y del cautivo rota

La doblada cadena será vista,

Aquí la nave que enemiga flota,

O tormenta bravísima resista,

Aquí el vaxel que en áspera derrota
245

En altas peñas, ó en baxíos embista,

Pintados se verán en las tablillas,

Que son memorias de estas maravillas. [331]

Y aunque estas gozosísimas señales

Serán ya mas que yo decir podria,
250

Al tiempo que los dones celestiales

Comience á reparar la Cofradía;

Quando sus altas fuerzas principales

Alcance la Española Monarquía,

Tendrá esta maravilla un admirable
255

Punto de aumento, excelso, y memorable.

Que así como será favorecida

Entonces esta casa milagrosa

Por los Reyes de aquella edad florida,

Que serán Condes de esta tierra honrosa;
260

Así también del cielo enriquecida

Con mano liberal maravillosa,

Será esta santa Iglesia entonces tanto,

Que vendrá á ser un celestial espanto.

Quando el sacro Felipe poderoso
265

Será Monarca de lo que es España,

Y digno por su ser maravilloso

De mandar quanto el mar circuye y baña,

Llegará este convento milagroso,

Y el nombre de esta célebre montaña,
270

Al rico ser de celestial fineza,

Y al colmo de su altísima grandeza.

Habránse visto ya milagros tantos

Por esta invocacion santa en el suelo,

Y estarán ya los religiosos santos
275

Con fama tal por su divino zelo,

Tendrán tal bien y tal remedio quantos

Aquí vinieren por favor del cielo;

Que entonces en el mundo no habrá cosa

Mas celebrada, excelsa, y milagrosa.
280
[332]

Monserate será la maravilla

Mayor del mundo en aquel tiempo bueno,

Que por Felipe á la española silla

La mayor suerte albergará en su seno:

Esta casa, este templo, esta capilla,
285

Y este retrato de alta gloria lleno,

Entonces echarán rayos mayores

De milagrosas gracias y favores.

¿Qué será ver en aquel tiempo tanto

Concurso aquí de peregrinas gentes?
290

¿Qué oír el incesable y dulce canto

Del sacro oficio en horas diferentes?

¿Qué será ver honrado el templo santo

De riquezas al culto suficientes?

¿Qué las luces eternas colocadas
295

En oro, y plata, y joyas estimadas?

¿Qué será ver labrar un rico templo,

Que en aquel tiempo emprenderá el convento?

El qual ya desde aquí miro y contemplo

Ser obra de riquísimo ornamento:
300

Bien mostrará tener el alto exemplo

De la que entonces con divino intento,

Hará aquel sábio Rey de eterna fama

En las faldas del alto Guadarrama.

¿Qué será ver el orden y aparato
305

Para hospedar Pontífices y Reyes?

¿Y el ordinario y abundante plato

Que aquí darán á innumerables greyes?

¿Qué contemplar el celestial ornato,

Los órdenes, preceptos, y las leyes,
310

Con que lo humano y lo divino junto

Aquí pondrán en su perfecto punto? [333]

Bien se echará de ver en esta parte

Que tendrá entonces la española tierra

En su favor al poderoso Marte,
315

Que en este altar en blanco arnés se encierra;

Y que siguiendo siempre su estandarte

Militará Felipe en justa guerra,

Contra los fieros del contrario bando,

Mil hidras y mil monstros sujetando.
320

El qual, vencido habiendo monstros tales

Con excelso valor, divino, y santo,

Llamado ya á los reynos celestiales

Con gozo dellos, regocijo, y canto;

Vencido de accidentes corporales,
325

Que causarán al mundo inmenso espanto,

En ellos por un Job siendo estimado,

Para siempre á reynar será llevado.

Y no menos entonces será claro

El gran favor del cielo poderoso,
330

En aumento, y en honra, y en amparo

De nuestra España, y de su Rey famoso,

En darle un sucesor, que en el preclaro

Nombre, y en el valor maravilloso,

Sea retrato de su padre, tanto
335

Que cause en tierna edad gozoso espanto.

Hará con la esperanza solamente

En aquel tiempo el jóven Rey Felipe,

Que tan de veras la española gente

Del gran favor del cielo participe,
340

Que el coro de virtudes excelente,

Que gusta de las aguas de Aganipe,

Tendrá mas dulce albergue en nuestra España,

Que en quanto el sol rodea, y el mar baña. [334]

Y juntamente dos Infantas bellas,
345

Dignas hermanas de este Rey glorioso,

Entonces mostrarán vivas centellas

De su gran Rey, qual de su sol lumbroso:

Siendo las dos clarísimas estrellas

Que ilustren aquel siglo venturoso,
350

Dando Isabel á Flandes luz divina,

Y al Piamonte, aunque breve, Catalina.

Y no será en España solamente

La buena suerte entonces, que yo creo,

Segun lo que mi alma nota y siente
355

Del sumo bien que en este templo veo,

Que en quanto alumbra el sol resplandeciente

Verá cumplido el fiel su fiel deseo,

Viendo tener á quanto mire Apolo

Solo un Pastor, en un aprisco solo.
360

Y así se ha de creer que quando sea

La alta felicidad de este convento,

Quanto ahora en el mundo se desea

Ha de llegar á su lugar y asiento:

Dichoso el hombre que lo alcance y vea,
365

Y gozar sepa de aquel gran contento,

Y no menos dichosos los que en esta

Iglesia celebramos esta fiesta.

No es menos buena nuestra alegre suerte

Que la que en este caso declaramos,
370

Pues el clemente cielo nos advierte

Del rico bien del templo que fundamos;

Y mas si vale para que se acierte

El camino real á que aspiramos,

A cuya causa Dios nos la declara
375

Con dulce amor y maravilla rara. [335]

Y esto aquí se contemple, esto se sienta,

Y á esto cada qual el alma encare,

Pues tanto mas ha de quedar contenta,

Quanto mas desta suerte aquí repare:
380

Por esto Dios su sacro culto aumenta,

Y ha de aumentar mientras el sol no pare

En este santo monte, con eterno

Dolor y espanto del oscuro infierno.

Por esto aquí su sacra Madre amada,

385

Por medio de su imagen milagrosa,

Ha de ser sumamente venerada,

Y ha de mostrar su mano poderosa;

Y por esto ha de ser tan frecuentada

Esta fértil montaña venturosa

390

En todo tiempo, y mucho mas el dia

Del santo nacimiento de MARIA.

O Virgen soberana! ¿qué pinceles,

Qué matices, qué esmaltes, qué colores,

Qué Zeuzis, qué Timantes, ó qué Apeles,
395

Bastarán á pintar vuestros loores?

O ¿qué cuenta podrán contar los fieles

Que aquí recibirán vuestros favores

Este bendito dia, dedicado

Por el mayor de vuestro templo amado?
400

En este día que esta sacra puerta,

Llena de gozo y de dulzura tierna,

Estará como siempre franca abierta

Representando la real eterna,

Se verá por notada cuenta cierta,
405

Que la experiencia larga la discierna,

De cinco á seis mil almas ser entrada,

Dándoles hospedage y dulce entrada. [336]

Que puesto que vendrán por todo el curso

Del año innumerables peregrinos,
410

Mas tal será este día su concurso,

Que ocuparán el monte y los caminos;

Pues, ó gran Dios! si hago aquí discurso

De los grandes favores y divinos

Que en día tal con tu clemencia tanta
415

Harás aquí por esta imagen santa.

Antes que pueda la mas breve parte

Con presteza decir sucintamente,

El claro sol que el día nos reparte

Le llevará consigo al ocidente:
420

Todo sirva, Señor, para agradarte,

Todo tu culto y religion aumente,

Pues todo tú, gran Dios, de eterno nombre,

Quieres que sea para bien del hombre.

En suma digo, ó Conde poderoso,
425

Y pueblo ilustre á mi sermon atento,

Que en este santo templo venturoso,

Y en este felicísimo convento,

Y por este retrato milagroso,

Y su alta invocacion y llamamiento,
430

En cuerpo y alma sus devotos todos

Alcanzarán favor en varios modos.

Los cuitados enfermos de accidentes

A las humanas ciencias incurables,

Con lástimas y afanes diferentes,
435

Con lisiones y penas espantables,

Sumamente afligidos y dolientes,

Tristes en todo extremo y miserables.

Si aquí la devoción los encamina,

Del cielo alcanzarán la medicina.
440
[337]

Los desterrados pobres y afligidos

Del cruel mundo acá y allá arrojados,

Los dél, como no suyos, perseguidos,

Con su envidia y malicia atormentados,

Los hombres libres, sueltos, distraídos,
445

Y en humanas miserias engolfados,

Aquí viniendo, altísimo consuelo,

Gracias, y dones hallarán del cielo.

Los que el soberbio espíritu ambicioso

Traen revuelto en vanos pensamientos,
450

Qual suelen del hinchado mar dudoso

Las aguas revolver soberbios vientos,

Aquí, si con afecto fervoroso,

Para no zozobrar con sus intentos,

Piden gobierno qual conviene al alma,
455

Hallarán puerto de segura calma.

Al fin aquí de todos quantos males

El mísero mortal teme y padece,

Que quantos sean en el mundo, y quales

En la alma y cuerpo á cada qual parece,
460

Si con santos afectos celestiales

A la Virgen santísima se ofrece,

Poniendo esta alta invocacion por medio,

En cuerpo y alma alcanzará remedio.

¡Virgen piadosa, que de la afligida
465

Alma sois dulce puerto de consuelo!

¡Virgen gloriosa, que á la humana vida,

Para la eterna puerta sois del cielo!

¡Virgen hermosa, que del sol vestida

Luz sois que alumbra todo el ancho suelo,
470

Aquí los penitentes peregrinos

Estos dones tendrán por vos divinos! [338]

¡Santa, sábia, graciosa, honesta, y bella,

Ilustre y hermosísima MARIA,

De aqueste tempestuoso mar estrella
475

En la dulce region de la alegría,

Vos nos llevad con vuestra gracia á ella,

Siéndonos norte de infalible guia

La invocacion de este retrato vuestro,

Inmenso bien, de vuestra mano, nuestro!
480

Vuestra bendita imagen, colocada

Con tal favor de esa divina mano,

En esta excelsa sierra dedicada

A ser del cielo ya camino llano,

Con viva fe y espíritu invocada
485

En las miserias del linage humano,

Será el refugio suyo, y el gobierno,

El gozo temporal, y el bien eterno.

Ea pues, no haya alguno que no sea

Devoto de esta imagen sumamente,
490

Desta sagrada imagen, por quien crea

Tener favor del alto omnipotente,

Tal, que en esta mortal fiera pelea,

Que perpétua en el mundo el hombre siente,

Ganará al enemigo la victoria,
495

Y triunfo alcanzará de eterna gloria.

Aquí dió fin el santo religioso

Al sermon santamente predicado,

Y al Conde y á su pueblo venturoso

Dexó en amor santísimo abrasado:
500

El qual consoladísimo y gozoso,

El tiempo de partirse ya llegado,

Se despidió con tierno sentimiento

Del templo, y de su hija, y del convento. [339]

Garin tambien, y en la bendita sierra
505

Volvió á tomar su solitaria estancia,

Y la señora á quien el claustro encierra

Quedó con las demás en su observancia;

Y aquella sacra imagen que en la tierra

Para el favor del cielo y su importancia
510

Nos es tesoro de tan gran quilate,

Así convierte en cielo á Monserrate.

FIN

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

